
MIJAIL
CHOLOJOV
EL DON
APACIBLE
TOMO I
Mijail Cholojov
Premio Nobel de Literatura 1965
EL DON
apacible
TOMO I



EL DON APACIBLE

MIJAIL CHOLOJOV



EDICIONES G.P. BARCELONA
Título original: TIKHIY DON
Versión castellana de PEDRO CAMACHO
Portada de R. COBOS

Deposito Legal: B. 30.270-1965 Número de Registro: 7.897/65
Difundido por
PLAZA & JANES, S. A.
Barcelona: Enrique Granados, 86-88 Buenos Aires: Montevideo, 333 México D. F.: Amazonas, 44 Bogotá: Carrera 8.ª Núms. 17-41
LIBROS RENO son editados por Ediciones G. P. Apartado 519, Barcelona e impresos por Gráficas Guada, S. R. C. Rosellón, 24, Barcelona - ESPAÑA

Ven conmigo sobre el Don apacible.
Con nosotros, en el Don,
no se vive como entre vosotros.

(Antigua canción cosaca)

No son los arados
los que han laborado nuestra tierra gloriosa,
está laborada por los cascos de los caballos;
nuestra tierra gloriosa está sembrada de cabezas cosacas,
y adornado de jóvenes viudas nuestro Don apacible,
y, florecido de huérfanos, nuestro padrecito, el Don apacible.

Las ondas del Don apacible están henchidas
de lágrimas de Padres y de madres.
¡Oh, padrecito nuestro, Don apacible!
¡Oh!, ¿por qué son tus olas tan turbias?
¡Ay!, ¿cómo no he de estar turbio yo, Don apacible...?

Fríos manantiales saltan del fondo del Don apacible,
los peces turban el agua en medio del Don apacible.

(Antigua canción cosaca)

PRIMERA PARTE

I

La granja de los Melekhov se encuentra al extremo de la aldea. Al norte de la propiedad, la puertecilla de la alquería sobre el río. Descendiendo la margen escarpada, de unos veinte metros de altura, por un senderillo abierto en medio de terrones cretosos cubiertos de musgo, se llega al ribazo sembrado de conchas nacaradas. Un festón gris e irregular de guijarros bañados por las ondas bordea la corriente espumosa del Don, rizada por el viento.

Al Este, tras los cercados y los hórreos, se divisa la carretera del *atamán* (Jefe cosaco), festoneada de ajenjos grisáceos y la hierba centenaria aplastada por los cascos de los caballos; la capilla en la encrucijada, y, más lejos, la estepa velada por una bruma fluctuante. Al Sur se eleva la cadena de los montes calcáreos, y a Occidente, la calle que corta el pueblo en dos.

Al terminar la última campaña de Turquía, el cosaco Prokofi Melekhov retornó a su casa con una mujercita menuda y frágil, velada de pies a cabeza por un chal. Ocultaba su rostro y sólo muy raramente dejaba ver sus ojos llenos de angustia y de asombro. Su chal de seda recamada, impregnado de perfumes desconocidos y remotos, excitaba la envidia de las mujeres del pueblo. Como la cautiva turca no pudiera entenderse con los padres de Prokofi, el viejo Melekhov no tardó en ceder a su hijo la parte de propiedad que le correspondía, para que pudiera vivir solo con su mujer. Jamás volvió a poner los pies en casa de Prokofi, al que no pudo perdonar la ofensa recibida por el casamiento con una extranjera.

Prokofi se instaló rápidamente en la nueva posesión. Los carpinteros le construyeron la casa. Él mismo levantó el cercado para las bestias y, en el otoño, sacó a su mujer de la casa paterna. Al cruzar con ella la aldea, siguiendo la carreta cargada con sus muebles, toda la población, grandes y chicos, se lanzó a la calle. Los cosacos sonreían disimuladamente; las mujeres se interpelaban de una puerta a otra, cambiando impresiones; una horda de pilluelos sucios vociferaba a espaldas de Prokofi. Éste, con la cabeza erguida, con el abrigo desabrochado, sin hacer caso de nadie, andaba con el paso lento del labrador que conduce el arado, apretando con su mano enorme y negruzca la

delicada muñeca de su mujer. Sólo los músculos de sus mejillas se hinchaban y contraían en tanto que el sudor perleaba su frente de piedra dura.

Desde entonces, sólo raramente se le vio en la aldea. No volvió a frecuentar la plaza. Vivía solitario en su finca sobre la margen del Don. En el pueblo se contaban extrañas cosas a su respecto. Los niños que guardaban el ganado en la estepa afirmaban, por ejemplo, que ciertas tardes, a la caída del sol, Prokofi llevaba a su mujer en brazos hasta el otero tártaro. La depositaba en la cima, con la espalda apoyada en la piedra secular, roída por el tiempo, sentábase a su lado y así permanecían largo rato con los ojos fijos en la estepa. Al anochecer, Prokofi envolvía a su mujer en su abrigo y la volvía a su casa. La aldea se deshacía en conjeturas para la explicación de esta manera de obrar tan extraordinaria. A fuerza de hablar de ello, las mujeres se olvidaban de despiojarse. Unas afirmaban que la mujer de Prokofi era de una belleza sorprendente, mientras otras, lo contrario. Este misterio quedó esclarecido cuando la más audaz, Mavra, cuyo marido estaba haciendo el servicio militar, se decidió a ir a casa de Prokofi con el pretexto de pedir levadura fresca. Mientras Prokofi bajaba a la cueva para buscársela, Mavra examinó a la turca y consideró que no valía nada.

Minutos después, Mavra, muy arrebolada, con el pañuelo de la cabeza torcido, cotorreaba en la encrucijada, entre un grupo de mujeres.

— ¿Qué ha podido encontrar en ella? ¡No lo entiendo! ¡Ni siquiera parece una mujer! Pero, ¡quiá! ¡Está lisa por delante y por detrás! ¡Es una vergüenza! Hasta nuestras chiquillas están más rollizas. La cintura es como la de una avispa; se la podría partir en dos. Los ojos son negros y enormes, y ella los hace rodar como un demonio. ¡Dios me perdone! A pesar de eso está embarazada.

— ¡No puede ser! —exclamaron las mujeres.

— ¡Tal como lo digo! Entiendo algo de eso, no lo dudéis: he tenido ya tres hijos.

—Y de cara, ¿cómo está?

— ¿De cara? ¡Es, sencillamente, amarilla! Sus ojos son tristes; es cierto que la vida no es alegre en un país extraño. Además, amigas mías, olvidaba deciros que lleva los pantalones de Prokofi.

— ¡No es posible! ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! —clamaron a coro las mujeres, aterradas.

— ¡Lo he visto con mis ojos! Lleva los pantalones sin la trenza roja, seguramente el pantalón de trabajo de Prokofi. Viste una camisa larga y, sobre la camisa, el calzón de Prokofi, embutido en sus medias. ¡Al verlo, el corazón me dio un vuelco!

Comenzaron a murmurar por el pueblo que la mujer de Prokofi era una hechicera. La nuera de los Astakhov —vecinos más cercanos de Prokofi—juró que había visto, el segundo día de Pentecostés, hacia el alba, a la mujer de Prokofi con los cabellos sueltos y los pies desnudos, ordeñar una vaca. A partir de este día, la ubre de la vaca se había secado, achicándose como el puño de un niño; la vaca dejó de dar leche y acabó reventando.

Una epidemia terrible cayó entonces sobre la región. Todos los días aparecían los pastos cubiertos con los cadáveres de las vacas y los terneros. La epidemia alcanzó en seguida a los caballos. Los rebaños de la aldea disminuían a ojos vistas. Entonces un siniestro rumor comenzó a circular de casa en casa.

Después de una asamblea general de la aldea, los cosacos fueron a casa de Prokofi, quien salió a la puerta para saludarles.

— ¿Qué os trae por aquí, cosacos?

La multitud rodea la puerta en silencio. Un anciano, un poco achispado, gritó el primero:

— ¡Tráenos a tu bruja, queremos juzgarla!

Prokofi se precipitó en la casa, pero le dieron alcance en la antesala. Un fornido artillero, apodado *Luchnia,* cogió a Prokofi por el cuello y, apretando su cabeza contra la pared, dijo:

— ¡No hagas tonterías! La cosa no es para tanto. No te haremos nada. A tu mujer la clavaremos con un palo al suelo por hechicera. Más vale suprimirla que dejar perecer toda la aldea por falta de sus bestias. Estate quieto, que, si no, te romperé la cabeza contra el muro.

—Arrastrad a esa perra hasta el patio —aulló la muchedumbre.

Un cantarada del regimiento de Prokofi cogió a la turca por los cabellos con una mano, amordazóla con la otra y, arrastrándola fuera, la arrojó a los pies de la multitud.

Un grito agudísimo sobrepujó el alboroto, Prokofi, derribando a los seis cosacos que intentaban sujetarle, corrió a su cuarto y descolgó el sable, suspendido en la pared. Los cosacos se lanzaron fuera, tropezando unos con otros. Prokofi franqueó de un salto los escalones de la gradería, haciendo silbar el sable sobre su cabeza. La multitud, espantada, se dispersó por el patio. Cerca de la alquería, Prokofi alcanzó al artillero *Luchnia,* menos ligero que los demás, y le hendió hasta la cintura de un sablazo. Entonces los cosacos, que se disponían a arrancar las estacas de la cerca, huyeron por la estepa.

Media hora después, habiendo recobrado su valor, la multitud acercóse al patio de Prokofi. Dos de ellos penetraron cautelosamente, como exploradores, en la antesala. En el umbral de la cocina la mujer de Prokofi yacía en un charco de sangre con la cabeza abatida y la lengua apretada entre los dientes. Prokofi, ausente la mirada y la cabeza sacudida por un temblor nervioso, abrazaba, arropándolo en una pelliza de piel de carnero, un pedazo de carne roja que chillaba débilmente: era el hijo que acababa de nacer antes de tiempo.

La mujer murió aquella tarde. La madre de Prokofi, apiadada del niño, se lo llevó consigo. Lo instaló junto a su estufa de vapor, alimentándole con leche de burra y, un mes más tarde, cuando no había duda de que aquel chiquillo, atezado como un turco,

estaba en salvo, lo llevó r. la iglesia, donde fue bautizado con el nombre de su abuelo: Pantelei.

Prokofi fue condenado a presidio por la muerte de *Luchnia* y regresó doce años después. Con la barba bermeja ya canosa recortada, vestido a la usanza moscovita, no parecía un cosaco. Recogió a su hijo y reemprendió las labores en la finca. Pantelei crecía; tenía la piel atezada y la sangre ardiente. Se parecía a su madre por la menguada estatura y la flexibilidad. Prokofi le casó con la hija de un cosaco vecino. Desde entonces, la sangre turca fue mezclándose con la cosaca, y de este modo se multiplicaron los cosacos de nariz aguileña, de belleza un tanto salvaje, los Melekhov, a quienes se apodó los *Turcos.*

Después de la muerte de su padre, Pantelei trabajó enérgicamente en la finca; revistió la casa con un nuevo techado, hizo construir dependencias y cobertizos de palastro. El fumista recortó, por encargo suyo, dos gallos de hojalata y los fijó en los tejados. Las siluetas de aquellos gallos animaron la finca de los Melekhov, dándole un aspecto de bienestar.

Con los años, Pantelei engordó, ensancháronse sus hombros y curvóse su espalda ligeramente, pero siguió teniendo el aspecto de un anciano vigoroso. Contrajo la costumbre de beber desde que se rompiera la pierna en su juventud, en una carrera de caballos en presencia del zar; llevaba en la oreja izquierda un pendiente de plata en forma de media luna, mientras que los campesinos y los cosacos lo llevan en la oreja derecha cuando no son hijos únicos; y el pelo y barba, negros, no encanecían, y perdía la cabeza siempre que montaba en cólera. Su carácter irascible hizo envejecer prontamente a su opulenta mujer, tan bella en otro tiempo, cuyo rostro estaba ahora surcado por una verdadera trama de arrugas. El hijo mayor, Pedro, ya casado, parecíase a su madre; menudo, con la nariz respingona, con los ojos azules y una espesa cabellera ensortijada color de trigo maduro. Por el contrario, el menor, Grigori, era el retrato de su padre. Medio palmo más alto que Pedro, a pesar de tener seis años menos, con la nariz aguileña de Pantelei, los ojos ardientes, un tanto oblicuos, en forma de almendra y con la córnea azulada, los pómulos acentuados, de piel bronceada y tersa. Grigori tenía la espalda algo encorvada, como su padre, y en su sonrisa había algo salvaje que les era común.

La familia de los Melekhov comprendía además una muchacha, Duniachka, predilecta del padre, adolescente de manos alargadas y ojos inmensos, y la mujer de Pedro, Daria, que tenía un niño.

II

Algunas estrellas brillaban aún en el cielo pálido, color de ceniza. La brisa matinal soplaba empujando las nubes. La bruma se cernía sobre el Don, arrastrándose a lo largo de la margen cretosa, para descender en las torrenteras semejante a una serpiente sin cabeza. Sobre la baja orilla izquierda, los bancos de arena, los cañaverales y los bosques Húmedos de rocío semejaban surgir del reflejo de un incendio sin llama. El sol languidecía tras el horizonte, antes de despuntar.

Pantelei Prokofievich fue el primero en despertar en casa de los Melekhov. Salió a la gradería abrochándose el cuello de la blusa bordada. En el patio, la hierba aparecía cubierta por un rocío argentado. Abrió las puertas de los establos e hizo salir al ganado. Daria, en enaguas, corrió a ordeñar las vacas. El rocío humedecía sus pantorrillas blancas; cruzó el patio dejando tras de sí, sobre la hierba, una estela vaporosa. Pantelei vio erguirse la hierba hollada por los pies de Daria y retornó a su cuarto. La ventana que daba al jardincillo, abierta de par en par, dejaba entrar las ramas inmóviles de los cerezos en flor, iluminados por la claridad rosada del alba. Grigori, acostado panza abajo y con un brazo estirado, dormía profundamente.

— ¡Grichka! (Diminutivo de Grigori) ¿Quieres venir de pesca?

— ¿Qué hay? —rezongó el muchacho incorporándose a medias.

—Vamos a pescar antes de que salga el sol. Grigori, bostezando a más y mejor, descolgó los calzones, los embutió sobre las medias de lana y calzóse las botas de pescar.

— ¿Se ha acordado mamá de preparar el cebo?

— ¡Seguramente! Vete hacia la barca. En seguida voy contigo.

El viejo guardó en una caja una porción de trigo oloroso, ablandado a vapor, recogió cuidadosamente algunos granos esparcidos por el suelo y se dirigió hacia el ribazo, cojeando ligeramente. Grigori le esperaba sentado en la barca, dándose importancia.

— ¿Dónde quieres que vayamos?

—Hacia el Tcherni-Yar. Vamos a probar la suerte en el mismo sitio donde estuvimos la última vez.

La barca desatracó de la orilla, rozando ligeramente el fondo, para ser al punto botada

por la corriente, que la arrastró. Grigori la gobernaba, con ayuda de un remo, sin remar.

—Da un remazo.

—Espera a que estemos en el centro del río.

La barca surcó la corriente, dirigiéndose a la orilla izquierda. En dirección del pueblo, llegaba hasta ellos el canto de los gallos. La barca costeó el borde escarpado de un derrumbadero, rozándole ligeramente, y abordó a una especie de pequeña dársena. A unos doce metros de la orilla emergían del agua las ramas de un olmo sumergido. Un remolino formaba en rededor de ellas sucias burbujas de espuma.

—Prepara los sedales mientras amarro la barca —murmuró el padre.

A renglón seguido, tomó de la caja un puñado de trigo y lo arrojó al agua. Grigori fijó en el anzuelo varios granos henchidos y sonrió:

— ¡Picad, picad, peces grandes o chicos...! El sedal cayó, desplegando un círculo, desenrollóse, se atirantó y volvió a aflojarse. Grigori, sujetando con el pie la caña de pescar, buscó en sus bolsillos la petaca, poniendo sumo cuidado en no moverse un punto.

—No picarán hoy, padre; la luna está en menguante.

— ¿Has cogido las cerillas?

—Sí.

—Dame lumbre. El viejo cosaco empezó a fumar contemplando el sol que ya se insinuaba tras la colina.

—La carpa muerde indistintamente, a veces durante el último cuarto —dijo, después de un momento de silencio.

—Me parece que la morralla anda dispuesta a morder el anzuelo —suspiró Grigori.

El agua se agitó en torno de la barca y una cama de buen tamaño, reluciente como un cobre rojo, saltó sobre las ondas batiéndolas con su móvil cola y salpicando la barca de una lluvia de finas gotitas.

—Ahora podemos confiar —dijo Pantelei Prokofievich, enjugándose la barba con la manga.

Junto al olmo sumergido, entre ramas abiertas, otras dos carpas saltaron a la vez; una tercera, algo más pequeña, saltó más lejos, cerca del derrumbadero. Grigori mordía impacientemente la punta del cigarro. Un sol turbio se remontó en el horizonte. Pantelei Prokofievich había gastado ya toda la caja de cebo y, apretando los labios con expresión de disgusto, miraba fijamente al extremo de su caña de pescar.

Grigori escupió la colilla, siguiéndola con una mirada de furia. Maldecía interiormente a

su padre por haberle despertado tan pronto. El tabaco, fumado en ayunas, le había dejado un sabor acre en la boca. Se inclinó para coger agua en la palma dé la mano; pero, en aquel momento, su caña osciló, inclinándose lentamente hacia el río.

— ¡Tira! —murmuró el anciano—. ¡Asfíxiale! Grigori, sobresaltado, tiró de la caña, pero ésta se curvó y su extremo hundióse en el agua. Una fuerza desmesurada arrastraba hacia el fondo la flexible caña de madera de sauce.

—Aguanta firme —gritó el viejo, separando la barca de la orilla.

Grigori esforzábase en levantar la caña; pero perdió el equilibrio, vaciló un momento y estuvo a punto de caer. El sedal se rompió.

—Ése no es un pez, es un buey —gruñó Pantelei Prokofievich, cebando de nuevo el sedal.

Grigori, riendo nerviosamente, preparó otro sedal y lo arrojó al agua. Apenas el plomo hubo tocado el fondo, la caña se curvó de nuevo.

— ¡Ah! ¡Ya te tengo, demonio! —exclamó Grigori, halando con trabajo el pez, que se debatía furiosamente, tratando de seguir la corriente.

El sedal surcaba el agua en zig-zag, vibrando como una cuerda templada. Pantelei Prokofievich apretaba fuertemente la manga de la red, dispuesto a atrapar el pez tan pronto como surgiera.

— ¡Sácalo a flote! ¡Ten cuidado con la cola!

—No temas, sé muy bien lo que me hago.

Una enorme carpa, amarilla y roja, asomó a la superficie, haciendo burbujear el agua en rededor; pero pronto, hundiendo su larga cabeza plana, se sumergió en el río.

— ¡Tira de tal modo, que me dan calambres en el brazo! ¡No! ¡No te saldrás con la tuya!

— ¡Aguanta firme, Grichka!

— ¡Ya lo hago!

—Procura que no pase bajo la barca. Jadeando, Grigori arrastró hacia la barca el pez, acostado sobre el flanco. El viejo trató de atraparle con la red; pero la carpa, dando un coletazo desesperado, hundióse una vez más en el río.

— ¡Sácale la cabeza fuera del agua! Cuando haya tragado algo de aire se calmará.

Grigori arrastró de nuevo, con precaución, a la superficie, el pez, que, agotado, con la boca abierta, golpeóse la cabeza en la barca quedando inmóvil. El sol naciente se reflejaba en sus aletas de color oro rojo.

—Te has debatido demasiado y ahora estás rendido —gruñó Pantelei Prokofievich, halándole con la red.

Permanecieron allí media hora más. Pero las carpas se habían dispersado ya.

—Recoge los sedales, Grichka, creo que hemos pescado la última. Ya no habrá más.

Arreglaron los trebejos de pesca. Grigori apartó la barca de la orilla. Al llegar al centro del río, Grigori comprendió, por la expresión de su padre, que éste quería decirle alguna cosa; pero el viejo contemplaba en silencio las dependencias de su finca, al pie de la colina.

—Oye, Grigori —comenzó, al fin, con indecisión, retorciendo en sus dedos la cuerda atada al saco que reposaba entre sus piernas—. He notado que algo pasa entre tú y Axinia Astakhov.

Grigori enrojeció hasta las orejas y volvió la cara.

—Atiende, muchacho —continuó el padre en tono duro y descontento —; podría hablarte de otro modo. Stefan es nuestro vecino y no te permitiré cortejar a su mujer. Este asunto podría acabar en un pecado.

Te advierto que, si vuelvo a advertir algo, te daré de palos.

Pantelei Prokofievich apretó el puño nudoso y, frunciendo las cejas, observó cómo fluía la sangre al rostro de su hijo.

—Es una calumnia —replicó Grigori sordamente, mirando a su padre el entrecejo.

— ¡Cállate!

— ¡Si ha de dar oídos a todos los chismes!

— ¡Silencio, hijo de perra!

Grigori se puso a remar con rabia. La barca avanzaba a trancos, dejando tras de sí un surco espumoso.

Guardaron silencio hasta llegar al desembarcadero. Al acercarse a la orilla, el padre volvió sobre el mismo tema:

— ¡Ten cuidado! No olvides lo que he dicho. De lo contrario, a partir de hoy, no saldrás más a divertirte. No darás un paso más fuera del patio. Sucederá como te lo digo.

Grigori no respondió nada. Cuando atracaron, preguntó:

— ¿Hay que entregar el pescado a las mujeres?

—Llévalo al comerciante, que lo comprará —dijo el viejo con tono sosegado—; así te ganarás algo para tabaco.

Grigori caminaba tras de su padre mordiéndose los labios: "Puedes vigilar cuanto te venga en gana, que, aunque me ataras las dos piernas, saldría esta noche a reunirme con mis camaradas", pensaba, mirando con furor la robusta nuca de su padre.

Ya en casa, Grigori limpió cuidadosamente el pescado y pasó una rama de sauce por sus agallas. Saliendo del patio encontró a su amigo Mitka (diminutivo de Dimitri) Korchunov que andaba jugueteando con el extremo de su ceñidor hecho con laminillas de plata. A través de las estrechas ranuras de sus párpados, filtrábase la mirada un tanto insolente de sus ojos amarillentos, de pupilas alargadas como las de un gato.

— ¿Dónde vas con ese pez?

—Es la pesca de hoy; le llevo al comerciante.

— ¿A Mokhov?

—Sí, al mismo. Mitka calculó de un vistazo el peso de la carpa.

—Pesa quince libras, cuando menos.

—Quince y media; la he pesado.

— ¿Quieres que te acompañe? Sé trapichear muy bien. —Ven.

— ¿Qué me darás?

—Nos entenderemos buenamente; no vale la pena hablar de ello.

Las calles estaban llenas de gente que volvían de misa. Grichka y Mitka encontraron a los tres hermanos conocidos por los *Chamiles,* por Chamil, el célebre cabecilla cherkés que tuvo en jaque durante mucho tiempo a los rusos. El mayor, Alexei, el manco, iba en medio; el cuello duro del uniforme oprimía su garganta musculosa; la barbita ensortijada, un tanto recogida por los lados, le daba un aspecto arrogante; solía guiñar el ojo izquierdo.

Tiempo atrás fue víctima de un accidente de tiro. Explotó en sus manos un fusil, y una astilla de la culata le destrozó la mejilla. Desde entonces su ojo guiñaba inconscientemente y un largo chirlo azulado surcaba su mejilla, perdiéndose bajo los cabellos. Aunque el brazo izquierdo le fue arrancado hasta el codo, Alexei podía liar pulcramente su pitillo con una sola mano: apretaba con el muñón, contra el pecho, la petaca, arrancaba con los dientes un papel de fumar, lo plegaba, echaba en él la porción de tabaco y lo arrollaba con los dedos. En un amén el cigarrillo estaba en su boca y Alexei, guiñando el ojo, pedía lumbre. Aunque manco, era el primer pugilista del pueblo. A primera vista, su puño nada tenía de extraordinario, más bien era pequeño; pero un día que se enfadó con su buey durante el laboreo, le dio tal puñetazo que el buey cayó sobre el surco manando sangre de las orejas; a duras penas pudo levantarle. Los otros dos hermanos, Martín y Prokhor, parecíanse de modo sorprendente a Alexei. Eran altos y robustos como encinas, con la sola diferencia de que cada uno tenía un par de brazos.

Grigori saludó a los *Chamiles,* pero Mitka pasó ladeando la cabeza. En un concurso de pugilismo, celebrado la semana de carnaval, Alexei no tuvo en cuenta para nada los dientes de Mitka y le dio tal puñetazo en la mandíbula que el pobre muchacho hubo de escupir dos molares en el hielo del río, estriado por los talones ferrados de los cosacos.

Alexei guiñó cien veces seguidas el ojo, diciendo a Grigori:

—Véndeme el pescado.

— ¡Cómprale!

— ¿Cuánto quieres?

—Un par de bueyes y además tu mujer. Alexei agitó el muñón, riendo a todo trapo.

— ¡Bromista! ¡Ah, ah! ¡Payaso! ¡La mujer! ¿Te llevarás también los retoños?

—Guárdalos para ti, si no, se extinguiría la raza de los *Chamiles* —bromeó Grigori.

En la plaza de la iglesia la muchedumbre era más compacta. El sacristán levantaba por encima de su cabeza un pato atado por las patas y gritaba:

— ¡Cincuenta *kopecks!* ¿Nadie da más?

El pato se retorcía volviendo el pescuezo y miraba a las gentes con desdén. Cerca, numerosos cosacos formaban círculo en rededor de un viejecito cuyo pecho estaba enteramente cubierto de cruces y medallas.

—El abuelo Grichaka cuenta mentiras de la guerra con Turquía; vamos a oírle —dijo Mitka.

—Mientras escuchamos, la carpa empezará a pudrirse.

—Se hinchará y aumentará de peso, cosa que nos conviene.

En la plaza, detrás del pabellón de bomberos, donde se secaban los toneles y las bombas de incendio, divisaron el tejado verde de la casa del comerciante Mokhov. Los dos amigos se acercaron a la gradería, cuyo saledizo estaba cubierto de parrizas a través de las cuales se filtraba el sol.

— ¡Fíjate, Mitka, cómo viven los ricos!

—Hasta el pomo de la puerta es dorado —dijo Mitka entreabriéndola.

— ¿Quién va? —gritó una voz que provenía de la terraza, Grigori, súbitamente intimidado, entró el primero, barriendo el piso con la cola de la carpa.

— ¿Qué queréis?

Una muchacha, sentada en una mecedora, tenía sobre las rodillas un plato lleno de fresas.

Grigori miró, sin responder, los labios carnosos y rojos que oprimían una fresa. La muchacha observó a los dos amigos, inclinando un poco la cabeza. Viniendo en socorro de Grigori, Mitka tosió y dijo:

— ¿No quiere usted comprar un pescado?

La muchacha engulló su fresa y sonrió imperceptiblemente.

— ¿Un pescado? Voy a preguntarlo.

Se levantó empujando la mecedora y haciendo castañetear las sandalias que calzaban sus pies desnudos. La luz pasó su blanco vestido y Mitka pudo ver las confusas morbideces de sus firmes piernas y las puntillas de su enagua. Estaba maravillado de la blancura velada de sus pantorrillas desnudas y no apartaba la mirada de las manchas amarillentas y lechosas de sus taloncitos.

— ¡Mira, Grichka, fíjate en la enagua! Parece de vidrio. Todo se ve al trasluz —dijo Mitka, dando un codazo a la carpa, en vez del compañero.

La muchacha volvió a la terraza y se sentó nuevamente en su mecedora.

—Id a la cocina.

Grigori entró en la casa, andando de puntillas. Mitka quedó como clavado en el suelo; no podía apartar la mirada de la recta línea que separaba los cabellos de la muchacha en semicírculos dorados. Ella le observaba con expresión maliciosa.

— ¿Es usted del país?

—Sí, soy de aquí.

— ¿De qué familia?

—Korchunov.

— ¿Cómo se llama?

—Dimitri.

Mientras hablaba, no cesó de frotar la concha rosada de sus uñas y con un brusco movimiento replegó sus piernas.

— ¿Quién es el que sale de pesca?

—Mi amigo Grigori.

— ¿Y usted no va?

—Pesco cuando me viene en gana.

— ¿Con sedal?

—También.

—Me gustaría pescar —dijo ella, después de un silencio.

—Pues venga, si la cosa le agrada.

— ¿Cómo nos las arreglaríamos? Hablo seriamente.

—Hay que madrugar mucho.

—Me levantaré, si me despiertan.

—Yo podría hacerlo; pero, ¿y su padre?

— ¿Qué pasa con mi padre? Mitka se echó a reír.

—Puede tomarme por un ladrón y azuzar los perros contra mí.

—No diga tonterías. Duermo sola en la alcoba del rincón. Aquella ventana que ve allí. Si viene a llamarme, golpee la ventana y yo me levantaré.

Un rumor de voces llegaba de la cocina; el tono tímido de Grigori alternaba con la voz gruesa y áspera de la cocinera.

Mitka callaba, resobando con los dedos las laminillas de plata de su cinturón de cosaco.

— ¿Está usted casado? —preguntó la muchacha, disimulando una sonrisa.

— ¿Por qué me lo pregunta? —Por nada; simple curiosidad.

—No, soy soltero.

Mitka enrojeció súbitamente; la muchacha, jugando con un ramito de fresas, continuó interrogándole: —Dígame, Mitka, ¿le quieren las muchachas? —Unas sí, otras no...

— ¡Habráse visto...! ¿Y por qué tiene usted los ojos de gato?

— ¿De gato? —preguntó Mitka completamente desconcertado.

—Ciertamente que son ojos de gato.

—Proviene, sin duda, de mi madre; no tengo la culpa.

— ¿Y por qué no se casa, Mitka?

Mitka se rehízo y, notando un asomo de burla en las palabras de la muchacha, respondió, lanzándole una mirada de reto con sus ojos amarillos:

— ¡La que podía lograrme, todavía no ha nacido! Ella le miró asombrada, ruborizándose y levantóse.

Sonaron pasos en la escalinata; la sonrisa burlona de la muchacha escocíale a Mitka como una ortiga. El patrón, Sergio Platonovich Mokhov, pasó dignamente ante Mitka, arrastrando los pies calzados con botas de suave cuero de cabrito.

— ¿Vienen por mí? —preguntó, sin volver la cabeza.

—Han traído un pescado, papá. Grigori salió de la cocina sin la carpa.

III

Grigori volvió de la velada después del primer canto del gallo. En la antesala percibió un olor de lúpulo y hierbas aromáticas. Cruzó la estancia de puntillas, desnudóse, colgó cuidadosamente los calzones domingueros, se persignó y acostóse. El claro de luna vertía sobre el piso un cuadrado luminoso, recortado por los barrotes de la ventana. En un rincón, bajo una toalla bordada, los iconos miraban desde sus urnas de plata. Por encima de la cama, las moscas, alborotadas por él, comenzaron a bordonear.

Grigori se adormeció, pero el niño de su hermano empezó a gimotear en la cocina. La cuna chirrió como una carreta mal engrasada. Daria gruñó con voz soñolienta:

— ¡Cállate, criatura del infierno! Ni de noche has de dormir.

Y cantó dulcemente:

Koloda-Duda,
¿dónde has estado?
¡He guardado los caballos!

¿Y qué has ganado?
Un caballo con arneses,
con franjas de oro.

Grigori, dejándose adormecer por el sonido cadencioso y arrullador de la canción, recordó: "Pedro partirá mañana para el servicio militar; Daria quedará sola con el niño, se recogerá el heno probablemente sin ella." Hundió la cabeza bajo la almohada, pero la canción le seguía persiguiendo:

¿Dónde está, pues, tu caballo?
Está detrás de la puerta.
¿Y en dónde está la puerta?
La ha arrastrado el agua.

Un caballo relinchó en el patio. Grigori reconoció el relincho del caballo militar de Pedro, ya que los cosacos se presentan al servicio militar con el caballo y el equipo completo de su propiedad. Se abrochó la camisa con los dedos entorpecidos y estuvo a

punto de volverse a dormir, arrullado por la canción.

¿Dónde están los patos?
En los cañaverales.
¿Dónde están los cañaverales?
Las muchachas los segaron.

¿Dónde están las muchachas?
Las muchachas se han casado.
¿Dónde están los cosacos?
Partieron para la guerra,

...Antes de amanecer, medio adormilado, Grigori llegóse a la cuadra, sacó el caballo y lo llevó al río por el sendero escarpado, bordeado de setos. Una tela de araña le cosquilleó el rostro y el sueño se disipó. Una camino fantástico, trazado por la luna, cruzaba el Don. La bruma flotaba sobre el río. Las estrellas salpicaban el cielo, semejantes a granos de mijo. El caballo avanzaba precavidamente tras Grigori, pues el camino era difícil. Los patos graznaban en la otra margen del río. Cerca de la orilla, en el limo, un esturión, que perseguía a los peces menudos, saltó con un ruido sordo y desapareció.

Grigori permaneció largo rato junto al agua. Un relente húmedo y suave trascendía del río. Los belfos del caballo goteaban. Una sensación de indolencia, agradable y ligera, llenaba el corazón de Grigori. Se encontraba a gusto y no pensaba en nada... Al remontar el ribazo, lanzó una mirada hacia Levante, donde la azulada oscuridad empezaba a diluirse. El alba desplegaba su cola roja y picoteaba las estrellas que parecían granos de mijo sobre la tela malva del cielo.

Cerca de la cuadra, encontró a su madre:

— ¿Eres tú, Grichka? — ¿Quién quieres que sea?

— ¿Has dado de beber al caballo?

—Sí —respondió Grigori de mala gana.

Su madre llevaba en el delantal pedazos de estiércol seco para encender la lumbre y trotaba con sus pies flacos y desnudos.

—Debías ir a despertar a Astakhov. Stefan quería partir con Pedro.

La frescura matinal penetraba a Grigori, y éste sentía templarse en él un resorte vibrante. Tenía la carne de gallina. En tres brincos franqueó la escalinata de los Astakhov. La puerta no estaba cerrada.

Stefan dormía en el suelo, sobre un tapiz extendido en la cocina. La cabeza de su mujer reposaba en su hombro. Grigori vio, en la penumbra, la camisa de Axinia recogida sobre las rodillas. Se detuvo un segundo con la boca seca, la cabeza insegura, lanzando una rápida mirada en rededor como un ladrón y gritó con una voz ronca, que le pareció

extraña:

— ¡Eh, vosotros! ¡Levantaos! Axinia exclamó sobresaltada:

— ¿Qué pasa? ¿Quién anda ahí? Apresuradamente tanteó en la oscuridad para cubrirse.

—Soy yo; mi madre me ha mandado despertaros.

—En seguida. Está esto tan embrollado que apenas si puede uno removerse. Dormimos en el suelo por culpa de las pulgas. ¡Stefan, levántate!

Grigori comprendió por el tono de la voz que su presencia la molestaba, y se fue apresuradamente...

Aquella mañana partían una treintena de cosacos para cumplir el servicio militar durante las maniobras de verano. Debían reunirse en la plaza. Hacia las siete, varios furgones cubiertos con toldos, escoltados por cosacos a pie y a caballo, en traje de campaña, con túnicas de tela blanca, se dirigieron hacia la plaza.

Pedro, en pie sobre la gradería, recosía apresuradamente una correhuela rota. Pantelei Prokofievich giraba en torno del caballo echando avena en el pesebre y dando órdenes frecuentemente.

—Duniachka, ¿has empaquetado las galletas? ¿Has salado el tocino?

Duniachka, con las mejillas enrojecidas, volaba como una golondrina de un lado para otro y respondía riendo a su padre:

— ¡Ocúpate de lo tuyo, papá! Me he encargado de hacer los paquetes de mi hermanito y todo irá de modo que no se moverá antes de Tcherkask.

— ¿Todavía no ha terminado de comer? —preguntó Pedro, mostrando el caballo con un movimiento de cabeza, mientras humedecía el hilo con los labios.

—No para de triturar —respondió el padre pausadamente, tanteando cuidadosamente con la mano rugosa por debajo de la silla, para que no quedase el menor grano de arena que pudiera molestar al caballo durante las etapas.

—Cuando el *Bayo* acabe el pienso, déle de beber, papá.

—Grichka lo llevará al río. ¡Eh, Grigori, toma el caballo!

El caballo, ágil y fogoso, con una estrella blanca en la frente, arrancó caracoleando. En cuanto hubo franqueado la puerta del patio. Grigori, apoyando ligeramente la mano en la crin saltó a la grupa del caballo y partió al trote largo.

Llegado al borde del derrumbadero, quiso contenerlo, pero el caballo perdió el ritmo del trote y descendió al galope. Echado hacia atrás, casi acostado sobre el lomo de la bestia, Grigori percibió una mujer que descendía del ribazo, llevando dos cubos. Tiró de las riendas, torció a la izquierda y, envolviendo a la mujer en una nube de polvo, entró en el

agua.

Axinia, acercándose a la orilla, le gritó con voz sonora:

— ¡Demonio! ¡Estás loco! Has estado a punto de atropellarme con tu caballo. ¡Pierde cuidado, ya le contaré a tu padre cómo montas!

— ¡Despacio...! Vecina, no te enfades. Cuando tu marido esté en el campo, puede ser que me necesites en tu casa.

—Haces en casa tanta falta como el demonio.

—Cuando haya que segar el heno, vendrás a pedirme ayuda —replicó Grigori riendo.

Axinia subió sobre las tablas, cogió agua con el cubo suspendido en la palanca y lanzó una mirada a Grigori, en tanto apretaba entre las rodillas la falda sacudida por el viento.

— ¿Está preparado tu Stefan? —preguntó Grigori.

— ¿A ti qué te importa?

— ¡Qué quisquillosa eres! No te se puede preguntar nada.

—Está dispuesto. ¿Qué más querías saber?

— ¿Vas a quedarte viuda?

—Parece que sí.

El caballo alzó la cabeza, resopló y, mirando a la otra orilla del Don, golpeó el agua con el casco delantero. Axinia sumergió el otro cubo en el río, ajustó la palanca sobre los hombros y empezó a escalar el ribazo, balanceándose ligeramente sobre las caderas. Grigori siguió a caballo. El viento hacía crujir la falda de la joven y acariciaba los finos ricitos sobre el cuello bronceado. Un pequeño casquéte, bordado con sedas de vivos colores, cubría el abultado nudo de sus cabellos. Una camisa rosa, embutida en la falda, modelaba la espalda robusta y los firmes hombros. Al andar se inclinaba un poco hacia delante, lo que permitía a Grigori ver el pliegue que se formaba en el centro de la espalda y las manchas de sudor que desteñían la camisa bajo las axilas. Seguía con la mirada cada movimiento, sintiendo un vivo deseo de proseguir la charla.

—Te aburrirás sin tu marido, ¿verdad? Axinia volvióse sin detenerse y sonrió.

— ¡Naturalmente! Cásate —estaba sofocada y hablaba con voz entrecortada—. Cásate y verás si te aburres o no sin tu amada.

Grigori desmontó y, andando a su lado, la miró en los ojos.

—Pero, hay mujeres que están contentas aunque falte el marido. Daria suele engordar cuando Pedro está ausente.

Axinia respiró penosamente y las aletas de su nariz se estremecieron. Luego dijo, arreglándose el pelo:

—El marido no es una sanguijuela, pero algunas veces cansa. Y a ti, ¿cuándo te casarán?

—No lo sé; depende de mi padre. Probablemente cuando concluya el servicio militar.

—Todavía eres joven; no te cases.

— ¿Por qué?

—No siempre es divertido.

Le miró a hurtadillas y sonrió con la comisura de los labios. Grigori advirtió, por vez primera, que sus labios eran carnosos y sensuales. Peinando en mechones la crin del caballo, dijo:

—No tengo gana de casarme. No me será difícil encontrar alguna que me quiera sin necesidad de ello.

— ¿La has encontrado ya? — ¿Para qué buscarla? Cuando se vaya tu Stefan.

—No te hagas ilusiones.

— ¿Me arañarías?

—Se lo diría a Stefan.

— ¡Me río de tu Stefan!

— ¡Habráse visto! ¡Qué valiente eres! Ándate con ojo, pudiera ser que algún día llorases.

—No me asustas.

—No quiero asustarte. Diviértete con las muchachas. Te bordarán pañuelos. En cuanto a mí, ya puedes dejarme tranquila, ni siquiera me mires.

—No perderé ocasión de mirarte.

—Pues bien, mírame si quieres.

Axinia sonrió con aire conciliador y dejó el sendero, queriendo adelantar al caballo. Grigori le cerró el camino.

—Déjame pasar, Grigori.

— ¡No!

— ¡No hagas el tonto! Tengo que preparar la ropa para mi marido.

Grigori hizo caracolear al caballo y, riendo, empujaba a Axinia hacia el bosque.

— ¡Déjame pasar, demonio! Hay gente allá abajo. Si nos vieran, ¿qué pensarían?

Dirigió en rededor una mirada de inquietud; adelantóse, con las cejas fruncidas, y no se volvió más.

En la gradería, Pedro se despedía de sus padres, Grigori ensilló el caballo. Pedro, recogiendo el sable con una mano, bajó precipitadamente los escalones y tomó las riendas que Grigori le tendía.

El caballo, presintiendo el camino, piafaba y tascaba el freno. Pedro puso el pie en el estribo y, con la mano apoyada en el pomo de la silla, dijo a su padre, antes de montar:

—No canse demasiado a los bueyes. Los venderemos en otoño. Hay que comprar un caballo para Grigori. No venda el heno de la estepa. Ya sabe que este año nos ha escaseado el forraje.

— ¡Bueno, que Dios te bendiga! ¡Feliz viaje! —dijo el viejo, persignándose.

Pedro saltó a la silla y arregló los pliegues de su túnica, ceñida a la cintura. El caballo se dirigió a la puerta. La empuñadura del sable rutiló al sol. Daria iba detrás con el niño en brazos. La madre se enjugaba los ojos con la manga del vestido y se sonaba en el delantal.

— ¡Pedro, las pastas! ¡Has olvidado las pastas! ¡Las pastas de patata! —gritó Duniachka, corriendo hacia la puerta.

— ¿Por qué aúllas de ese modo, tonta? —dijo Grigori, irritado.

—Ha dejado las pastas —gemía Duniachka, apoyándose en el portón y dejando correr las lágrimas por sus mejillas rojas y sucias.

Daria, protegiéndose los ojos con la mano, seguía con la mirada al jinete que se alejaba en medio de una nube de polvo. Pantelei Prokofievich sacudió una viga carcomida de la puerta cochera y dijo a Grigori:

—Arregla la puerta y fija un pilar en el rincón. —Luego reflexionó un momento y prosiguió, como si anunciase una nueva—: Pedro ha marchado.

Grigori veía a través del cercado los preparativos de marcha de Stefan. Axinia, que se había puesto una falda verde, le llevaba el caballo. Stefan dijo sonriendo alguna cosa a su mujer. A renglón seguido la besó, sin prisas, y dejó largo rato reposar la mano en su hombro. Ennegrecida por el sol y el trabajo, esta mano destacaba fuertemente sobre la blusa blanca de Axinia. Stefan volvía la espalda a Grigori y éste podía ver la nuca robusta y rapada, los anchos hombros un tanto caídos y la punta torcida del bigote rubio. Axinia reía y sacudía la cabeza en señal de negativa. El enorme caballo negro partió a paso largo. Stefan parecía pegado a la silla. Axinia iba a su lado, cogida del estribo con

una mano y mirando a su marido con expresión amorosa y sumisa.

Pasaron ante la finca vecina y desaparecieron en un recodo del camino. Grigori les siguió con una larga mirada, sin pestañear.

IV

Al caer de la tarde bochornosa, la tormenta se acercaba. Una enorme nube negra cubría el cielo. El Don, encrespado por el viento, arrojaba sobre las márgenes las olas espumantes. En la lejanía, breves relámpagos encendían el cielo, y algún trueno conmovía la tierra. Un buitre giraba bajo las nubes; los cuervos seguían su vuelo graznando. El nubarrón llegaba por el lado de Poniente, siguiendo el curso del río. Detrás de la aldea, el cielo ensombrecíase amenazador; todos los ruidos de la estepa se habían suspendido como si estuvieran en acecho. En la aldea se oía el ruido de los postigos, que se cerraban apresuradamente; las viejas tornaban de las vísperas precipitadamente, persignándose con rapidez por la calle; un torbellino de polvo se levantó en la plaza y algunas gotas de lluvia empezaron a regar la tierra, reseca por los primeros calores de la primavera.

Duniachka cruzó el patio en un salto, dejando que flotaran sus largas trenzas; cerró la puerta del gallinero y paróse en medio del patio con las aletas de la nariz estremecidas, como un caballo contenido por una barrera. Los pilluelos jugaban en la calle. Mitka, el hijo del vecino, de ocho años de edad, giraba sobre una pierna. La enorme gorra de su padre, cayéndole sobre los ojos, giraba a la vez en su cabeza. Cantaba con voz aguda:

¡Lluvia, lluvia; cae muy fuerte!
Nos cobijaremos en el matorral,
rogaremos al buen Dios,
adoraremos a Cristo.

Duniachka miraba los pies desnudos y agrietados de Mitka entregados a un vigoroso pataleo. Hubiera deseado también bailar bajo la lluvia, mojándose la cabeza para que el pelo se le espesase y ensortijase. Hubiera querido andar sobre las manos en el fango como el pilluelo de Mitka, aun a riesgo de caer en los espinos. Pero su madre la miraba severamente desde la ventana. Duniachka suspiró y volvió, corriendo, a la casa.

La lluvia arreciaba. Un trueno estalló justamente sobre el tejado y sus gruñidos fueron a extinguirse al otro lado del Don.

En el vestíbulo, el padre y Grichka, reluciente de sudor, tiraban de las jábegas amontonadas en un desván.

—Bramante grueso y una aguja grande, ¡pronto! —gritó Grigori a Duniachka.

Encendieron una lámpara en la cocina. Daria se puso a reparar las redes. La vieja gruñía, acunando al niño.

—Siempre has de inventar algo, padre. Deberíamos acostarnos. El petróleo es cada vez más caro y lo gastas sin necesidad. ¿Acaso puede pescarse a esta hora? ¿Dónde vais? ¡Os ahogaréis todos! ¡Hace un tiempo espantoso! ¡Mirad, mirad qué relámpagos! ¡Ah, Dios del cielo! ¡Jesucristo! ¡Virgen Santa!

Una luz azulada y cegadora iluminó por un momento la cocina. Todos callaron y pudo oírse el ruido de la lluvia golpeando en los postigos. Después sonó el terrible gruñido de un trueno. Duniachka lanzó un grito y fue la primera en hundir la cabeza en las redes. Daria hizo el signo de la cruz en dirección a la puerta y las ventanas. La vieja contemplaba con horror a una hermosa gata negra que se frotaba en sus piernas.

— ¡Dunka! ¡Aparta a la maldita bestia! ¡Que la Virgen perdone mis pecados! ¡Dunka, echa la gata fuera! ¡Vete, demonio! ¡Que el maligno te lleve!

Grigori, sacudido por una risa insensata, dejó caer la red.

— ¡Ea! ¿Qué pasa? —gritó Pantelei Prokofievich —.

Mujeres, recoged pronto. Ya os advertí ayer que había que reparar las redes.

— ¿Dónde irás a pescar ahora? —trató nuevamente de discutir la madre.

— ¡Cállate, no entiendes una palabra! Es precisamente el momento ideal para pescar esturiones en el banco de arena. El pez tiene miedo a la tormenta y huye hacia la orilla. El agua ya debe estar removida. Duniachka, ve a ver si el torrente crece.

Duniachka se dirigió, de mala gana, a la puerta.

—Pero ¿quién va a arrastrar la red? Daria no debe hacerlo; podría coger frío en los pechos —continuó la vieja.

—Iré con Grichka. Para la segunda red llamaremos a Axinia y a otra mujer.

Duniachka volvió sofocada. Sus pestañas goteaban. Olía a tierra húmeda.

— ¡El torrente ruge de un modo que da miedo!

— ¿Quién irá además?

—Vamos a llamar a Axinia y a otra mujer.

—Bueno, iré.

—Entonces, ponte un abrigo y corre a casa de Axinia. Si quiere venir, dile que invite también a Malachka Frolov.

—Ésa no tendrá frío —dijo sonriendo Grigori—, tiene tanta grasa como un cerdo.

—Debías coger heno seco para abrigarte el pecho, Grichka —aconsejó la madre —; si no, te enfriarás el vientre.

—Grigori, ve a buscar heno; la madre tiene razón.

Duniachka volvió en seguida con las mujeres. Axinia, vestida con una blusa desgarrada, ceñida por una cuerda a guisa de cíngulo, y con una falda azul, parecía más menuda y frágil que de costumbre. Bromeó con Daria, quitándose el pañuelo para rehacerse el moño, y lanzó a Grigori una mirada glacial. La gorda Malachka atábase mientras tanto las medias, diciendo con voz ronca:

— ¿Han preparado los sacos? ¡Por Dios Nuestro Señor, hoy obtendremos buena pesca!

Salieron al patio. La lluvia caía sobre la tierra blanda, formando charcos y arroyuelos que desaguaban en el Don.

Grigori iba delante. Sentíase invadido por una alegría insólita.

— ¡Ten cuidado, padre, hay una zanja!

— ¡Oh, qué oscuridad!

—Mantente cerca de mí, Axinia, será menos triste si nos ahogamos juntas —decía Malachka, riendo a carcajadas.

—Fíjate bien, Grigori; ése debe ser el desembarcadero de los Maidanikhov.

— ¡En efecto!

—Empecemos aquí —gritó Pantelei Prokofievich, dominando el fragor de la ráfaga.

—No se oye nada —gritó Malachka.

— ¡Entrad en el agua *y* que Dios os ayude...! Yo iré donde haya mayor hondura. ¡Malachka! ¡Sorda arpía! ¿Dónde vas? Soy yo quien debe entrar en el río. Espera en la orilla. ¡Voy hasta allá, que hay más profundidad! ¡Grigori! ¡Axinia irá también por la orilla!

La tormenta rugía sobre el Don. El viento implacable deshacía en jirones el denso cortinaje de la lluvia.

Avanzando con precaución, Grigori penetró en el agua hasta que le llegó a la cintura. Un frío viscoso le traspasó el pecho, oprimiéndole el corazón. Las olas le azotaban el rostro como latigazos. La red se hinchaba como un balón, y se hacía pesada. Los pies de Grigori, calzados con medias de lana, patinaban en el fondo arenoso. La corriente le arrancaba las cuerdas de las manos. Se hundía más y más; súbitamente perdió pie y cayó en un agujero. La corriente le impelía al centro del río. Grigori, sin soltar la red, nadó vigorosamente hacia la orilla. El abismo negro y móvil le espantaba como nunca. Al fin hizo pie de nuevo y respiró con alivio. Un pez chocó con su rodilla.

Oíase en la oscuridad la voz del padre.

— ¡Vuelve al río...!

La jábega se hundió nuevamente sesgando en el río; otra vez la corriente hizo perder pie a Grigori, quien empezó a nadar levantando la cabeza y escupiendo.

— ¡Axinia!, ¿sigues ahí?

— ¡Todavía vivo!

— ¡La lluvia parece decrecer!

— ¡La lluvia menuda cesa, pero los grandes chaparrones van a dar comienzo!

— ¡No grites tan fuerte! ¡Si el padre te oye, se enfadará!

— ¡Vaya miedo que le tienes a tu padre! Durante un minuto arrastraron la red en silencio, luchando con la fuerza del agua, que entorpecía sus movimientos.

— ¡Grichka! Me parece que hay escollos cerca de la orilla; habrá que rodearlos.

De súbito, un golpe terrible derribó brutalmente a Grigori en el río. El agua saltó fragorosamente, como si una parte del derrumbadero acabara de desplomarse. Lejos de sí, oyó Grigori los gritos agudos de Axinia, que pedía socorro. Sumergióse y nadó hacia donde sonaban los gritos, con el corazón oprimido por la angustia.

— ¡Axinia!

El viento y el fragor de las olas ahogaron su voz.

— ¡Axinia! —gritó nuevamente Grigori, helado por el terror.

— ¡Eh! ¡Grí-go-ri! —llegó de lejos, hasta él, la voz apenas perceptible de su padre.

Grigori seguía nadando. Sus pies tocan algo mórbido, lo coge con las manos: es la red.

— ¡Grichka! ¿Dónde estás? —pronunció muy cerca la voz lacrimosa de Axinia.

— ¿Por qué no me respondías? —clamó Grigori, irritado, incorporándose en el río.

En cuclillas, temblando de frío, desenredaron la red, que estaba muy enredada. El fragor del trueno sonaba más lejos. La tierra, húmeda, brillaba bajo la pálida claridad. El cielo, lavado por la lluvia, estaba claro y adusto.

Desenredando la red, Grigori miraba atentamente a Axinia. Su semblante estaba pálido como el de un cadáver; pero sus labios rojos, un tanto remangados, comenzaban a sonreír.

—Aquello me lanzó tan fuertemente sobre la orilla —dijo—que perdí la cabeza. ¡Creí morir de miedo! ¡Pensaba que te habías ahogado!

Sus manos se encontraron. Axinia metió sus dedos en la manga de Grigori.

— ¡Qué calor se nota en tu manga! —dijo con voz quejumbrosa—. ¡Estoy helada! El frío me punza todo el cuerpo como con mil agujas.

Grigori encontró en la red un boquete de metro y medio.

— ¡He aquí por donde ha pasado el condenado esturión!

Alguien llegaba corriendo. Grigori reconoció en la oscuridad a Duniachka y le gritó:

— ¿Tienes hilo?

—Sí.

Duniachka llegó sofocadísima.

— ¿Qué hacéis aquí? Papá dice que vayáis hacia el banco de arena. Hemos cogido un saco lleno de esturiones —anunció con aire de triunfo.

Axinia, castañeteando los dientes, remendó la red y partieron a todo correr, para entrar en calor, hacia el banco de arena.

Pantelei Prokofievich liaba un cigarro con los dedos entumecidos por el agua y, sacudiéndose cuidadosamente, contaba con satisfacción:

— ¡La primera vez hemos cogido ocho esturiones! La segunda... —Se detuvo, encendió el pitillo y mostró con el pie el saco lleno, sin añadir palabra.

Axinia miró con curiosidad los esturiones que se debatían, frotándose unos con otros ruidosamente.

— ¿Qué habéis hecho entretanto? —Un esturión ha roto la red.

— ¿La habéis reparado?

—Hemos podido ligar en seguida las mallas.

— ¡Ea!, demos la vuelta hasta allí y luego volveremos. Entra en el agua, Grichka. ¿Por qué vacilas?

Grigori apenas podía mover las piernas entumecidas. Axinia tiritaba de tal suerte que estremecía la red.

— ¡No tiembles!

—Bien lo quisiera; pero no puedo impedirlo.

— ¡Oye, salgamos del agua! ¡Que se vaya a la porra el pescado!

Una enorme carpa dorada saltó, espejeando, en la red. Grigori, apresurando el paso, la recoge para capturarla y Axinia escaló la margen encorvándose. El agua se escurría de la red sobre la arena y el pez se debatía en seco.

— ¿Regresamos a campo traviesa?

—Por el bosque se ataja.

— ¡Eh! ¿Acabaréis pronto?

— ¡Volved! ¡Ya os alcanzaremos! Sólo nos falta secar la red.

Axinia se retorció la falda, cogió el saco del pescado y corrió a lo largo del banco de arena, Grigori llevaba la red. Al cabo de trescientos metros, Axinia se puso a gemir:

— ¡No puedo más! ¡Mis piernas se niegan a sostenerme!

—Aquí hay un montón de estiércol del año pasado. ¿Quieres calentarte?

—Ya lo creo, si no, me moriría antes de llegar a casa.

Grigori abrió el montón de estiércol haciendo un hoyo. El enervante olor del heno le dio en la cara.

— ¡Métete aquí dentro! Parece un horno. Axinia se hundió hasta la garganta en el heno.

— ¡Qué agradable es esto!

Tiritando de frío, Grigori se recostó a su lado. Un aroma embriagador trascendía de los cabellos de Axinia. Ésta había echado hacia atrás la cabeza y respiraba hondamente con la boca apenas entreabierta.

—Tus cabellos huelen a lúpulo —murmuró Grigori, inclinándose sobre ella.

Ella no respondió; su mirada brumosa y lejana estaba fija en la luna menguante.

Grigori sacó la mano del bolsillo y atrajo, de súbito, la cabeza de la joven. Ésta le rechazó con un movimiento brusco y se incorporó.

— ¡Déjame!

— ¡Calla!

— ¡Déjame, si no grito!

— ¡Oye, Axinia!

— ¡Tío Pantelei! (En Rusia, los campesinos llaman "tío" a las personas ancianas, aunque no tengan ningún parentesco)

— ¿Te has extraviado? —respondió al punto en los matorrales la voz de Pantelei Prokofieyich.

Grigori saltó a tierra, rechinando los dientes.

— ¿Por qué gritas? ¿No encuentras el camino? —preguntó de nuevo el padre, acercándose.

Axinia estaba en pie cerca del estiércol y se arreglaba el pañuelo.

—No me he perdido, pero estoy helada.

— ¡Qué tontas son las mujeres! Hay aquí un montón de estiércol donde podrías calentarte a gusto...

Axinia inclinóse y recogió la red.

V

El campamento Setrakov, donde Pedro y Stefan debían hacer juntos el servicio militar, se encontraba a sesenta kilómetros del pueblo.

Los dos vecinos viajaban en el mismo furgón. Iban con ellos otros tres cosacos de la aldea: Fedot Bodovskov, un joven cosaco de tipo calmuco, salpicado de viruela; Khrisanf Tokin, apodado *Khristonia,* de un regimiento de la Guardia Imperial, y el artillero Ivan Tomilin.

Después de la primera etapa, engancharon al carro el caballo de *Khristonia* y el caballo negro de Stefan Astakhov. Los otros tres caballos, ensillados, seguían el furgón. *Khristonia,* alto y fuerte, aunque algo simple de espíritu, conducía el carro. Sentado en la delantera del furgón, tapada la abertura con su ancha espalda encorvada, animaba a los caballos con su sonora voz de bajo profundo. Acostados bajo el toldo, Pedro, Melekhov, Stefan Astakhov y Tomilin, fumaban. Fedot Bodovskov iba detrás, midiendo a largos pasos el camino polvoriento, con sus piernas arqueadas de calmuco.

El furgón de *Khristonia* rodaba a la cabeza del convoy. Le seguían ocho carros, a los que habíanse enganchado caballos ensillados y sin ensillar. Las risas, los gritos, las canciones estallaban en el camino, mezclándose al resoplar de los caballos y al tintineo de los estribos. Pedro, con la cabeza reclinada sobre el talego de las galletas, retorcía su bigote amarillento.

— ¡Stefan!

— ¿Qué quieres?

—Cántanos la canción del regimiento.

—Hace demasiado calor y tengo la boca seca.

—Pues no habrá tabernas hasta la aldea más próxima; hay que tener paciencia.

— ¡Bueno, empieza! Pero tú no estás muy fuerte en el canto. ¡Vuestro Grichka sí que tiene una linda voz! Cuando canta, parece que una campanilla de plata vibra en el aire. A menudo hemos cantado juntos en las veladas.

Stefan echó hacia atrás la cabeza, tosió y comenzó con voz sonora y grave:

Aparece el alba rósea en el cielo matinal...

Tomilin apoyó la mejilla en la palma de la mano, como suelen hacer las mujeres, y acompañó al cantor con su voz delicada y plañidera. Pedro miraba, sonriendo y masticándose el bigote, cómo se hinchaban las venas en las sienes del robusto artillero:

La muchacha al atardecer ha salido a buscar agua...

Stefan volvióse a *Khristonia,* con el cuello enrojecido por el esfuerzo:

— ¡Eh, *Khristonia!* ¡Ayúdanos!

¡El mozo se apresura
y empieza a ensillar su caballo!

Stefan sonrió a Pedro, éste dejó de morderse el bigote y mezcló su voz al trío. *Khristonia.* dilató su enorme boca, erizada por una barba tupidísima, y aulló, haciendo temblar el toldo del furgón:

Ensillado el caballo bayo,
galopa tras la muchacha...

Khristonia torció su desmesurado pie descalzo y esperó que Stefan volviera a comenzar. Éste, con el rostro oculto en la sombra, cerró los ojos y prosiguió con voz dulce y acariciadora, que tan pronto menguaba hasta el débil susurro como vibraba metálica y sonora:

Permíteme, permíteme, muchacha,
dar de beber a mi caballo en el río...

De nuevo la voz de *Khristonia* parecida al bordoneo de una campana de bronce, apagó las demás. Las voces de otros cantadores llegaban de los furgones zagueros, uniéndose al coro...

Las ruedas rechinaban, los caballos relinchaban; la canción, lenta y poderosa, se elevó, corrió y ensanchóse, como un río desbordado, por encima de la carretera. Un avefría de alas blancas saltó de las hierbas secas y voló sobre la estepa. Voló hacia la torrentera, lanzando gritos; contempló con sus pequeños ojos de esmeralda el convoy de carros entoldados con lonas blancas, los caballos que levantaban con sus cascos densas nubes de polvo, y los hombres, con las túnicas blancas, que marchaban al lado de los furgones. El avefría cayó en la torrentera, golpeando con el pecho la hierba seca, hollada por las patas de las bestias, y ya no vio lo que sucedía en la carretera, donde los furgones continuaban rodando fragorosamente, seguidos por los caballos ensillados que trotaban de mala gana, en tanto que los cosacos corrían al coche delantero, arrimándose en torno a él y riendo ruidosamente. Stefan, erguido en toda su estatura en medio del furgón, se

sujetó con una mano en el toldo, agitó la otra en el aire y cantó con voz sugestiva:

¡No te sientes junto a mí,
no te sientes junto a mí,
que dirán que me quieres,
que me quieres, y me visitas!
Soy de cuna no vulgar.

Una docena de gruesas voces tomaron la canción al vuelo y entonaron sobre el camino polvoriento:

Soy *de cuna no vulgar...*
No vulgar, pero ladrona,
No vulgar, pero ladrona.
Amo al hijo de un príncipe...

Fedot Bodovskov silba. Los caballos se encabritan en sus tiros. Pedro asoma la cabeza fuera del furgón y ríe agitando la gorra. Stefan, riendo a mandíbula batiente, sacude burlescamente los hombros. Sobre la carretera, en medio de una nube de polvo, *Khristonia,* sin cíngulo, despeinado, cubierto de sudor, bailaba la danza cosaca, aullaba, giraba como un peón, dejando sobre el polvo las huellas monstruosas de sus pies desnudos.

VI

Los cosacos acamparon por la noche cerca de un túmulo antiguo, cuya cumbre pelada estaba cubierta de arena amarillenta.

Por el Oeste avanzaba una nube, y de sus negras alas comenzaba a caer la lluvia. Dieron de beber a los caballos en un estanque. Algunos sauces curvábanse bajo el viento, cerca de sus bordes. Los relámpagos reflejábanse en el agua corrompida, apenas agitada por leves rizos. El viento sembraba parsimoniosamente algunas gotas de lluvia, como si arrojase una limosna en las renegridas manos de la tierra. Trabaron los caballos y les dejaron pastar. Tres hombres fueron designados para guardarles. Los demás encendieron hogueras y suspendieron las marmitas en los varales de los carruajes.

Khristonia hacía la sopa. Agitando la cuchara de madera en la marmita, contaba a los cosacos sentados cerca de él:

—...El túmulo de que os hablo era algo más elevado que éste. Entonces dije a mi difunto padre: "¿Crees que el *atamán* nos castigará si excavamos el túmulo sin su permiso?"

— ¿Qué tonterías cuenta éste? —preguntó Stefan, acercándose.

—Cuento cómo busqué un tesoro con mi difunto padre, que en paz descanse.

— ¿Dónde lo buscasteis?

—Detrás del valle Fetissov, hermano; tú debes conocerle: el túmulo Merkulov.

— ¡Bien, bien!

Stefan se acurrucó junto al fuego, tomó un carbón encendido y se lo colocó en el hueco de la mano. Encendió despaciosamente el cigarrillo, haciendo pasar el ascua de una mano a otra.

—Pues bien... Mi difunto padre me replicó entonces: "¡Vamos, Khrisanf, a socavar el túmulo Merkulov!" Había oído decir a mi abuelo que allí se ocultaba un tesoro. ¡Pero no encuentra un tesoro quien quiere! Así, mi padre prometió a Dios: "Si me das el tesoro te edificaré una hermosa iglesia..." Habíamos decidido ir allí. El túmulo estaba emplazado en los terrenos de la aldea y sólo el *atamán* podía ponernos dificultades. Llegamos al sitio en cuestión al declinar el día. Cuando se hubo hecho enteramente de noche, trabamos la bestia que nos subiera al túmulo y preparamos las palas. Empezamos a cavar justamente en la cima. La tierra era dura como la piedra. El túmulo databa de muy

antiguo, sabedlo. Cuando hubimos hecho un hoyo de dos codos de hondura, ya me encontraba yo cubierto de sudor. Mi padre no cesaba de rezar; en cuanto a mí, hermanos, me creáis o no, os aseguro que comencé a sentir una música verdadera en el vientre. Por experiencia sabéis lo que se come en estío: leche cuajada y *kwas,* esa bebida fermentada, hecha con pan de cebada y agua hirviente. Aquello persistía. Terribles retortijones me apretaban el vientre. Notaba que por momentos me quedaba helado y mis ojos se enturbiaban. Mi difunto padre, que en paz descanse, me dijo: "¡Porra, Khrisanf, eres un cerdo! ¡Estoy rezando y tú no puedes dominar tu vientre! ¡No se puede respirar! ¡Vete —prosiguió—, baja del otero, cerdo, más que cerdo! ¡Si no andas listo, te romperé la cabeza con la pala! ¡Por tu culpa, cochino, el tesoro quedará oculto bajo la tierra!" Fui a acostarme en la falda del otero; el cólico se adueñó de mí, en tanto mi padre cavaba solo. ¡Era fornido el endemoniado! De este modo estuvo cavando hasta que su pala chocó con una losa de piedra. Entonces me llamó. Levanté la losa con una barra y, podéis creerme, hermanos, algo brilló bajo la losa..., pues aquella noche disfrutábamos de una hermosa luna.

—Eres un solemne embustero, *Khristonia* —interrumpió Pedro, sonriendo y tirándose del bigote.

— ¿Por qué embustero? ¡Vete al cuerno! *Khristonia* se asobarcó el largo calzón y lanzó sobre el auditorio una mirada de triunfo.

—No, por mi salud, no miento. ¡Juro por Dios Nuestro Señor que digo la verdad!

— ¡Acaba tu cuento!

— ¡Pues bien, hermanos, aquello brillaba, brillaba..., no os digo más! Miré de cerca y vi, lo aseguro..., vi un carbón quemado. ¡Medía, cuando menos, cuarenta celemines! Mi padre me dijo: "Entra en el agujero, Khrisanf, y saca ese carbón." Bajé y estuve hasta el alba sacando fuera aquella porquería. Cuando llegó la mañana, de pronto..., ¡hele allí!

— ¿Quién? —preguntó Tomilin, tendido sobre una manta de caballo.

— ¡Pues el *atamán,* naturalmente! ¿Quién querías que fuera? Pasó delante del túmulo en su cabriolé. "¿Quién os ha dado permiso para cavar aquí, pillastres?" No respondimos nada. Entonces nos condujo arrestados a la aldea. Hace un año llamaron a mi padre ante el Tribunal de Kamenskaia; pero él tenía pensado, por lo visto, que era mejor morirse antes; ruando le vinieron a buscar, respondimos que había dejado, de contarse entre los vivos.

Khristonia retiró del fuego la marmita conteniendo la sopa humeante y fue a buscar las cucharas.

—Entonces, ¿tu padre no construyó la iglesia que prometiera al Señor...? —interrogó Stefan, cuando *Khristonia* volvió con las cucharas.

—Eres tonto, Stefan. ¿Cómo querías que edificase una iglesia por un pedazo de carbón?

—Ya que lo había prometido, debió mantener su palabra.

—En el voto no se hablaba de carbón, sino de tesoro.

Sonoras carcajadas hicieron temblar la llama; *Khristonia* soltó la marmita, levantando la cabeza con aspecto bobalicón, y rió a mandíbula batiente, sobrepujando a sus camaradas.

VII

Stefan se casó con Axinia cuando ésta tenía diecisiete años. La tomó en Dubrovski, pueblo situado en la orilla opuesta del Don.

Un año antes del matrimonio, su padre, un cosaco quincuagenario, la había violado. Aconteció esto una tarde de otoño, a ocho kilómetros del pueblo, en la estepa donde el padre y la hija trabajaban. Le había amarrado las manos con la traba del caballo.

Un año después, los *svaty* o casamenteros llegaron en coche para pedir a Axinia en matrimonio. Stefan, corpulento, vigoroso y bien formado, gustó a Axinia, y en una clara y fría jornada de otoño se celebró la boda.

Seguidamente, Axinia se instaló, como joven señora, en casa de los Astakhov. La suegra, una anciana cenceña y alta, encorvada por una cruel enfermedad, despertó muy temprano a la joven recién casada al siguiente día de la boda, la condujo a la cocina y, revolviendo sin ton ni son la vajilla, le dijo:

—Escucha, querida nuera, no has venido aquí para el amor y para que pases la mañana en la cama. Ve, pues, a ordeñar las vacas y, en seguida, a preparar la comida. Yo soy vieja y estoy enferma, y cosa tuya debe ser el cuidado de la casa.

Aquel mismo día, Stefan arrastró a su joven esposa al granero y, fríamente, ferozmente, la molió a golpes. Le aporreó en el vientre, los senos, la espalda, cuidando de no dejar señales. A partir de entonces comenzó a trasnochar y frecuentar las mujeres. Casi todas las noches se iba, encerrando a Axinia con llave en la alcoba o en el granero.

Año y medio tardó en perdonarle el ultraje; sólo el nacimiento de un hijo pudo calmarle; pero era siempre parco en caricias y dormía raramente en casa.

La finca de Stefan era grande, el ganado numeroso y el trabajo no tardó en absorber a Axinia. Stefan era algo perezoso. Salía a menudo, después de haberse peinado muy bien el tupé y de fumar un pitillo, a jugar una partida de cartas o chismorrear con los camaradas, mientras que Axinia había de ocuparse de las bestias y del arreglo de la casa. La suegra apenas ayudaba. El menor esfuerzo provocaba sus crisis. Caía entonces en la cama y gemía, retorciéndose convulsivamente, con los ojos idiotizados por el dolor, extrañamente fijos en el techo. Un sudor fétido perlaba su rostro, cubierto de grandes manchas negras, mientras sus ojos rezumaban gruesas lágrimas. En tales momentos, Axinia abandonaba el trabajo y, agazapada en un rincón, miraba llena de terror y de piedad el semblante de su suegra.

Año y medio después del casamiento, la anciana murió. Aquel mismo día por la mañana, Axinia sintió los primeros dolores del parto. A mediodía, una hora antes de acostarse, la suegra murió saliendo de la cuadra. La comadrona, que iba a advertir al embriagado Stefan que no entrase a ver a su mujer, vio a la vieja tendida en el suelo, con las piernas dobladas bajo el vientre.

Después de nacer el niño, Axinia sintióse más unida a su marido. No era amor lo que sentía, sino doloroso afecto y costumbre. El niño murió meses después. La vida volvió al curso antiguo. Y cuando Grigori Melekhov apareció en su camino, sintióse, con cierto terror, atraída hacia este muchacho moreno y cariñoso. Daba vueltas en torno de ella con la obstinación de un toro, y esto espantaba a Axinia. Notaba que no temía a Stefan y comprendió que no desistiría. Empeñada en no ceder, en resistirle con todas sus fuerzas, advertía, sin embargo, que empezaba a vestirse con mayor coquetería y trataba de encontrarle con mayor frecuencia, bajo cualquier pretexto. Le agradaba sentirse acariciada por los ojos cálidos y henchidos de pasión del mozo. Mientras se levantaba al amanecer para ir a ordeñar las vacas, sonreía medio adormilada, pensando: "Hoy tendré una alegría. ¿Qué será? Grigori... Grichka..." Este nuevo sentimiento la llenaba por entero, asustándola, y lo sentía crecer, caminando suavemente a tientas, como se camina en la primavera sobre el quebradizo hielo del Don. A partir de la marcha de Stefan decidió ver a Grichka lo menos posible. Después de la pesca a la rastra, reafirmó su decisión.

VIII

Dos días antes de la Pascua de Pentecostés, los cosacos hicieron el reparto de los prados comunales para la siega.

Al regresar a su casa, después del reparto que presenció, Pantelei Prokofievich se descalzó, suspirando, rascóse placenteramente los cansados pies, y dijo:

—Nos ha tocado la parcela cerca de Krasny-Yar. La hierba de allí no es muy buena que digamos... Tiene lugares enteramente pelados.

— ¿Cuándo cortaremos el heno? —dijo Grigori. —Después de las fiestas.

— ¿Llevaréis a Daria con vosotros? —interrogó la vieja con aire receloso.

—Si es menester, lo haremos. Danos la comida; ¿por qué te quedas con los brazos caídos?

La vieja abrió ruidosamente la puerta del horno y sacó la caliente sopa de verduras. En la mesa, Pantelei Prokofievich contó minuciosamente cómo el astuto *atamán* había tratado de engañar a toda la aldea cosaca.

—El año pasado quiso también hacerlo —dijo Daria—. Cuando se dispusieron los lotes, pasó todo el tiempo animando a Malachka Frolov a echarlo a suertes.

—Es una vieja sinvergüenza —declaró Pantelei Prokofievich con la boca llena.

— ¿Quién atará después los haces y recogerá el heno, papá? —preguntó tímidamente Duniachka.

— ¿Qué otra cosa tienes tú que hacer?

—Sola no acabaría nunca.

—Pediremos ayuda a Axinia Astakhov. Stefan me pidió, antes de partir, que segara su parte. Es menester servirle.

A la mañana siguiente, Mitka Korchunov, cabalgando en un garañón de patas blancas, llegó a la quinta de los Melekhov. El día era gris. Caía una fría lluvia. Mitka se inclinó sobre la silla, abrió el portón y penetró en el patio. La madre Melekhov le interpeló desde la gradería, con aire descontento:

— ¿Qué vienes a hacer aquí, torbellino del demonio?

La vieja no quería a Mitka, pendenciero y ligero de cascos.

— ¿Por qué te enfadas, Ilinichna? —replicó asombrado el mozo, en tanto amarraba su garañón a la balaustrada de la gradería—. Vengo a ver a Grichka, ¿Dónde está?

—Durmiendo, en la cochera. ¿Acaso estás paralítico, que no puedes venir a pie a nuestra casa?

—Siempre buscas disputar con todo el mundo, madrecita —respondió Mitka, incomodado.

Dirigióse a la cochera, contoneándose y golpeando con su vergajo las cañas de las charoladas botas.

Grigori dormía en una carreta cuya delantera había sido quitada. Mitka guiñó el ojo izquierdo, como si apuntara, y golpeó a Grigori con su vergajo.

— ¡Levántate, *mujik!* (campesino)

La palabra *mujik* era para Mitka el peor insulto. Grigori saltó, como impulsado por un resorte. — ¿Qué se te ocurre?

— ¡Basta de dormir!

—Ten seriedad, Mitka; si no, me enfadaré. —Levántate, tengo que hablarte.

— ¿De qué?

Mitka sentóse en el estribo de la carreta y dijo, limpiándose con el látigo el barro pegado a sus botas: —Estoy muy disgustado, Grichka. — ¿Por qué?

— ¡Cómo, por qué...! —Mitka lanzó una blasfemia—: el *sotnik (*Jefe de *sotnia,* escuadrón ruso*)* no deja de presumir.

Temblando de cólera, a Mitka le costaba gran trabajo hablar.

— ¿Qué *sotnik?*

Mitka cogió a su camarada por la manga de la blusa y continuó más sosegado:

—Ensilla el caballo en seguida y vamos a la estepa. ¡Quiero darle una lección! Le he dicho, sin ceremonia: "Venga, Excelencia, y probaremos." "Lleva, me ha respondido, a todos tus amigos y compañeros. Os venceré a todos; la madre de mi yegua ganaba todos los primeros premios en los concursos de Petersburgo." ¡Por mi parte, ya pueden irse al infierno la yegua y su madre! ¡No permitiré que adelanten a mi garañón!

Grigori vistióse apresuradamente. Mitka no le dejaba de la mano y le contaba, tartamudeando de coraje:

—Ese *sotnik* está hospedado en casa del comerciante Mokhov... ¿Cómo se llama? Listnitski, si no me engaño. Es de buena estatura, grueso, lo que se dice un hombre de verdad. ¡Lleva anteojos! Pero ¡me río de él! ¡A pesar de sus anteojos no le dejaré pasar a mi garañón!

Grigori ensilló sonriendo su vieja yegua y salió a la escalera por la puerta de la era, para que su padre no le viera. Los dos muchachos fueron en dirección del prado, en lo alto de la colina. Los cascos de los caballos chapoteaban en el barro. Cerca de un álamo seco les estaban aguardando varios caballistas, el *sotnik* Listnitski montado en un fogoso y bello animal y siete mozos de la aldea.

— ¿De dónde salimos? —preguntó el *sotnik* a Mitka, ajustándose los lentes y contemplando con admiración los poderosos músculos pectorales del garañón.

—Correremos desde el álamo hasta el estanque del zar.

— ¿Dónde está el estanque? —preguntó el *sotnik,* entornando los ojos miopes para ver mejor.

—Allá abajo, Excelencia, cerca del bosque. Se alinearon los caballos. El *sotnik* levantó el látigo por encima de su cabeza.

—Cuando yo diga "tres", salimos. ¿Estamos? ¡Uno, dos... tres!

El *sotnik* arrancó el primero, inclinándose sobre el pomo de la silla y sosteniéndose con una mano la gorra. En un segundo dejó atrás a los otros. Mitka. pálido como un cadáver, se alzó sobre los estribos, levantó el látigo y a Grigori se le antojó que lo abatía con una lentitud desesperante sobre la grupa de su caballo.

Había cerca de tres kilómetros desde el álamo al estanque del Zar. A mitad de camino, el garañón de Mitka, tendido como una flecha, se emparejaba con la yegua del *sotnik.* Grigori galopaba a disgusto. Rezagado desde un principio, en un galope desacompasado, observaba con interés la hilera de caballos que se alejaban rápidamente.

Cerca del estanque había una colina arenosa, cuya cima estaba cubierta de una débil vegetación. Grigori vio a Mitka franquear el montículo al mismo tiempo que el *sotnik.* Los demás seguían esparcidos. Cuando Grigori llegó al estanque, todo el mundo había echado pie a tierra y rodeaba al *sotnik.* Mitka estaba rebosando una alegría a duras penas contenida. Cada uno de sus movimientos estaba saturado por el triunfo. Con gran sorpresa de Grigori, el *sotnik* no revelaba confusión alguna. Apoyado contra un árbol, fumaba un cigarrillo y decía, señalando con el dedo meñique su yegua sudorosa:

—He galopado con ella ciento cincuenta kilómetros. Sólo ha descansado ayer. Si hubiera estado más fresca, nunca hubieras ganado, Korchunov...

—Es posible —concedió generosamente Mitka.

—Es el caballo más fogoso de toda la región —observó, con acento de envidia, un joven cosaco de rostro enteramente cubierto de pecas.

—Es un buen caballo —dijo Mitka, dándole una palmada en el cuello al garañón, y miró a Grigori, sonriéndole.

Dejaron la cabalgata y regresaron a casa por distintos caminos. El *sotnik* les saludó fríamente, tocando con dos dedos la visera de la gorra, y les volvió la espalda al punto.

En las cercanías de la finca, Grigori percibió a Axinia, que venia a su encuentro por la callejuela. Al reconocerles, bajó la cabeza.

— ¿Es que te da miedo mirarnos? —gritó Mitka, guiñando el ojo—. ¡Sin embargo, no estamos desnudos!

Grigori pasó al lado de Axinia sin mirarla. Pero, de súbito, fustigó a su yegua, que marchaba apaciblemente. La bestia se encabritó y saltó, salpicando de barro a Axinia.

— ¡Ah, mala bestia!

Volviendo bruscamente su cabalgadura enardecida sobre la mujer, Grigori preguntó:

— ¿Por qué no me das los buenos días?

—Porque no lo mereces.

— ¡Pues por eso te he salpicado! ¡Así, otra vez no serás tan orgullosa!

— ¡Déjame pasar! —gritó Axinia, agitando los brazos—. ¿Por qué tratas de aplastarme con tu caballo?

— ¡No es un caballo, es una yegua!

— ¡Es lo mismo, déjame!

— ¿Por qué estás enfadada, Axinia? ¿Por lo ocurrido el otro día en la pesca?

Grigori la miró a los ojos. Axinia quiso decir algo, pero, de pronto, apareció una lágrima en sus ojos negros y los labios le temblaron. Una convulsión oprimió su garganta y murmuró:

—Déjame en paz, Grigori... No estoy enfadada... Yo...

Huyó rápidamente. Grigori, muy asombrado, alcanzó a Mitka en la puerta de la cochera.

— ¿Vendrás esta noche a la reunión?

—No.

— ¿Por qué? ¿Acaso te ha invitado a pasar la noche en su casa?

Grigori se frotó la frente y no contestó.

IX

Pasada la Pascua de Pentecostés, quedaron la mejorana seca sobre el suelo de las habitaciones cosacas, hojas marchitas y ramas de encina y de fresno suspendidas en las puertas cocheras y en las graderías.

La siega del heno comenzó después de Pentecostés. Al amanecer, la estepa floreció con faldas multicolores, delantales abigarrados y pañuelos de vivos colores. El pueblo entero se encontraba en los campos. Los segadores y las heneadoras estaban vestidos como para una gran fiesta, según la antigua costumbre. Desde las márgenes del Don a las espesuras de los alisos, la pradera, animada de una vida nueva, ondulaba y gemía bajo los golpes de las hoces.

Los Melekhov llegaron tardíamente, cuando la mitad del pueblo estaba allí.

—Se te han pegado las sábanas, Pantelei Prokofievich —gritaban los segadores, cubiertos ya de sudor.

—No es cosa mía. Es cosa de las mujeres —respondía el padre Melekhov sonriendo, en tanto hostigaba a los bueyes con el látigo, trenzado de correhuelas de cuero.

— ¡Buenos días, vecino! ¡Demasiado tarde, hermanito, demasiado tarde! —dijo, sacudiendo la cabeza, un enorme cosaco, tocado con un sombrero de paja, disponiéndose a afilar la hoz, en el borde del camino.

— ¡No se secará la hierba antes de que yo llegue!

—Si te das prisa, llegarás a tiempo todavía; si no, acaso se seque. ¿Dónde está tu lote?

—Bajo el Krasny-Yar.

—Dales prisa a tus bueyes si quieres llegar hoy.

—No temas, los míos saben ir al galope cuando es menester.

Axinia estaba sentada en la carreta, y se había tapado el rostro con un pañuelo para resguardarlo del sol. Por una estrecha abertura dejada para los ojos miraba con expresión seria e indiferente a Grigori, de pie ante ella. Daria, endomingada y cubierta también con su pañuelo, iba en el borde de la carreta con las piernas colgantes y dando de mamar al niño. Duniachka, muy contenta, se agitaba en la delantera del vehículo, mirando a derecha e izquierda la pradera y las personas. Su rostro alegre, atezado por el

sol y salpicado de pecas en rededor de la nariz, parecía decir: "Estoy contenta y alegre porque el día azul, bajo el cielo sin nubes, es alegre y hermoso, porque mi corazón está henchido de la misma calma azul y pura. Estoy alegre y no deseo más." Pantelei Prokofievich. estirándose la manga de la camisa, se enjugaba las gotas de sudor que corrían por su frente, bajo la visera de su gorra. Húmedos manchones aparecieron sobre su camisa, que modelaba la espalda encorvada. Los rayos del sol horadaban las ligeras nubes aborregadas extendiéndose en abanico sobre las colinas argentadas, la estepa, la pradera y el pueblo.

El día se presentaba caluroso; las nubes, desgarradas por el viento, se deslizaban sobre el cielo, avanzando con la misma lentitud que los bueyes de Pantelei Prokofievich sobre el camino. El cosaco levantaba penosamente el látigo y lo agitaba sin energía, preguntándose si golpearía o no en los jarretes de sus bestias. Los bueyes parecían comprender su vacilación y marchaban sin apresurarse, sacudiendo la cola para ahuyentar los tábanos dorados que bordoneaban sobre ellos.

—Nuestro lote cae por allí —indicó Pantelei Prokofievich con el látigo.

— ¿Empezaremos por el lado del bosque? —preguntó Grigori.

—Podemos empezar por este lado, si se quiere. He hecho aquí una señal con mi pala, Grigori desenganchó los bueyes. El padre fue a buscar la señal. El pendiente brillaba en su oreja.

—Coged las hoces —gritó al momento, agitando el brazo.

Grigori corrió a su lado, dejando tras de sí una huella ondulante sobre la hierba. Pantelei Prokofievich hizo la señal de la cruz mirando la manchita blanca de un campanario lejano, y empuñó la hoz. La nariz aguileña le brillaba como si acabara de ser barnizada. El sudor perlaba las cavidades de sus atezadas mejillas. Sonrió, mostrando en el marco de su barba, negra como el azabache, una hilera de dientes blancos y húmedos, y levantó la hoz, torciendo a la derecha el cuello arrugado. Un gran semicírculo de hierba cortada cayó a sus pies. Grigori iba tras él, con los ojos entornados, abatiendo la hierba con la hoz. Ante él, la pradera estaba sembrada de delantales multicolores de mujeres. Sus ojos buscaron el delantal de Axinia, blanco y bordado en los bordes; entonces se detuvo un instante para reemprender la marcha, siguiendo de cerca a su padre y prosiguiendo la siega.

La imagen de Axinia no le abandonaba un instante. Mentalmente le decía palabras cálidas, que espontáneamente le subían a los labios; luego rechazaba esta visión y comenzaba a contar sus pasos: "Uno, dos, tres." En su memoria resucitaba retazos de escenas: estaban sentados sobre el estiércol húmedo..., el zorzal cantaba en los matorrales..., la luna alumbraba la estepa..., algunas gotas de rocío caían de los chaparros sobre la hierba... "Uno, dos, tres... ¡Qué hermosa...! ¡Qué hermosa!"

Se oyeron risas cerca del carro. Grigori se volvió. Axinia decía alguna cosa, inclinándose hacia Daria, acostada a la sombra de la carreta. Daria agitó los brazos y de nuevo se echaron a reír las dos. Duniachka, sentada sobre la lanza del carro, cantaba con voz aguda.

"Cuando llegue cerca del chaparro me detendré un instante para afilar la hoz", pensó Grigori, sintiendo de pronto que su hoz cortaba algo blando. Se inclinó para ver: un patito silvestre saltó piando entre sus pies; cerca del nido, otro pequeño yacía, cortado en dos por la hoz; los demás se dispersaron por la hierba, lanzando gritos. Grigori recogió al patito herido. Salido del cascarón hacía unos días, cubierto apenas por una pelusilla amarillenta oscura, todavía palpitaba. Una gotita de sangre rosada temblaba sobre su pico plano; sus ojos estaban medio cerrados, y débiles temblores sacudían sus patas. Grigori experimentó súbitamente un agudo sentimiento de piedad mirando el pequeño cadáver, tendido sobre la palma de su mano.

— ¿Qué has encontrado, Grichunka? Duniachka corría hacia él, saltando por encima de los montones de hierba. Las trenzas doradas le azotaban la espalda. Grigori hizo un gesto, dejó caer el patito y agitó la hoz rabiosamente.

Después del almuerzo, las mujeres comenzaron a rastrillar el heno, que se marchitaba y secaba, expandiendo un perfume denso y embriagador. Comieron apresuradamente. La comida se componía solamente de tocino y leche cuajada.

—No vale la pena de volver a casa —dijo durante la comida Pantelei Prokofievich—. Dejaremos a los bueyes pastar en el bosque. Mañana, en cuanto el sol haya secado un poco el rocío, acabaremos de segar.

Dejaron de henear al anochecer. Axinia rastrilló las últimas ringleras de hierba y volvió al campamento para preparar la sopa. Todo el día se estuvo burlando de Grigori y lanzándole miradas de rencor, como si hubiera querido vengarse de alguna ofensa inolvidable. Grigori, sombrío y algo abatido, condujo los bueyes al río para que bebieran. El padre les había estado observando todo el tiempo. De pronto, lanzando una mirada de descontento sobre su hijo, le dijo:

—Después de cenar irás a vigilar los bueyes. No les dejes entrar en los pastos. Te llevarás mi abrigo.

Daria acostó a su hijo en la carreta y fue con Duniachka a buscar leña seca en el bosque.

La luna menguante avanzaba en el cielo negro. Las mariposas nocturnas revoloteaban en rededor del fuego. Toda la familia se dispuso para la cena sobre una estera extendida en tierra. La sopa de verduras hervía en la humeante marmita. Daria secó las cucharas con la enagua y llamó a Grigori.

— ¡Ven a cenar!

Grigori, con el abrigo sobre los hombros, salió de la oscuridad y se acercó al fuego.

— ¿Por qué tienes esa cara tan sombría? —le preguntó Daria, sonriendo.

—Va a llover probablemente; tengo dolores reumáticos en los riñones —replicó Grigori en son de queja.

— ¡Le molesta guardar los bueyes, como si lo viera! —dijo Duniachka riendo, y se sentó al lado del hermano.

Quiso hablar, pero la conversación languidecía. Pantelei Prokofievich comía despaciosamente la sopa; los granos de mijo, apenas cocidos, crujían bajo sus dientes. Axinia comía sin alzar los ojos y sonreía con el extremo de los labios las bromas de Daria. Un rojo vibrátil encendía sus mejillas.

Grigori se levantó el primero y se dirigió hacia los bueyes.

—Ten cuidado, no dejes que los bueyes pasten la hierba de los vecinos —le gritó el padre, atragantándose torpemente con la sopa, lo que le hizo toser largo rato.

Duniachka sofocó una risa. El fuego se consumía El olor de las ramas semiconsumidas y de las hojas quemadas recordaba el de la miel.

A medianoche, Grigori se acercó furtivamente, deteniéndose a una docena de pasos del campamento. Pantelei Prokofievich roncaba sonoramente en la carreta. Algunos leños ardían todavía bajo la ceniza. Una figura humana se destacó de la carreta, dirigiéndose lentamente hacia Grigori... A dos o tres pasos de él se detuvo... ¡Era Axinia!

El corazón de Grigori latió precipitadamente. Se sentía desfallecer. Dio un paso adelante, apartó los bordes del abrigo y sujetó en sus brazos a la mujer sumisa y cálida.

Las rodillas de Axinia flojearon, temblaba, sus dientes rechinaban. Con brusco ademán, Grigori la levantó y llevóla corriendo como el lobo que se arroja sobre una oveja descarriada. Corría, con la respiración entrecortada, envolviéndola en los paños del abrigo abierto.

— ¡Ay! ¡Gri-chka! Gri-chka... ¡Padre!

— ¡Cállate!

Luego, Axinia, sofocada por el abrigo de piel de carnero, con la garganta oprimida por la amargura del arrepentimiento, se libró del abrazo y gimió:

—Déjame ahora... Iré sola...

X

No es una hermosa flor bermeja la que florece en el amor otoñal de una mujer, sino una flor de beleño que hace perder la razón.

Después de la siega, Axinia cambió completamente. Su rostro parecía marcado por un signo fatal, por un estigma. Las mujeres se sonreían maliciosamente al verla, y movían la cabeza a sus espaldas; las muchachas la envidiaban; pero ella, feliz, aunque cubierta de vergüenza, llevaba erguida la frente.

En seguida todo el mundo estuvo al corriente de sus relaciones. Primero se habló en voz queda, como de algo incierto; pero cuando el pastor Kuska les vió, al alba, acostados en un campo de trigo, cerca del molino de viento, el rumor adquirió la consistencia de un torrente cenagoso.

Así llegó a oídos de Pantelei Prokofievich. Un domingo había ido a casa del comerciante Mokhov. La tienda estaba atestada de gente. Cuando entró, todos se apartaron con sonrisas. Acercóse al mostrador. El patrón. Sergio Platonovich, se ofreció a servirle por sí mismo.

— ¡Hacía mucho tiempo que no se le veía, Prokofievich!

—No tengo ocasión. Apenas si logro hacer todo el trabajo de la finca.

— ¿Cómo así? Tienes, sin embargo, hijos mayores.

—Eso no quiere decir nada. Pedro está en el servicio. Todo el trabajo lo hacemos mi hijo Grichka y yo.

Serguei Platonovich se alisó la larga barba oscura y dirigió una mirada de complicidad a los cosacos que se arracimaban en torno de ellos.

—Dime, querido, ¿por qué eres tan reservado...?

—Pues, ¿qué pasa?

— ¡Cómo! ¡Quieres casar a tu hijo y no dices nada!

— ¿Qué hijo?

— ¡Vamos, tu Grigori! Aún no está casado...

—Hasta ahora no tuve intención de casarle.

—Sin embargo, he oído decir que vas a tomar como nuera... a la Axinia, de Stefan Astakhov.

— ¿Yo? ¡Si su marido no ha muerto! ¡Me parece que te burlas de mí, Platonovich! ¿Eh?

—No me burlo. Lo he oído decir por ahí. Pantelei Prokofievich pasó la mano sobre el tejido desplegado ante él, volvióse bruscamente y se dirigió cojeando hacia la puerta. Fue rectamente a su finca, bajando la cabeza como un toro y apretando los nudosos puños.

Al pasar frente a la finca de los Astakhov, vio detrás de la cerca a Axinia, endomingada y rejuvenecida; balanceándose sobre las caderas, llevaba un cubo vacío a la casa.

— ¡Eh! ¡Espera un momento!

Axinia se detuvo. Pantelei Prokofievich penetró sin vacilar en el patio. Axinia le hizo entrar en la casa. El suelo, de tierra apisonada, se hallaba barrido muy pulcramente; algunos pasteles recién sacados del horno estaban colocados sobre un banco. Un olor incierto, mezclado al de las manzanas, llegaba de la estancia vecina.

Un enorme gato jaspeado vino a frotarse contra las botas de Pantelei Prokofievich, que le echó de una patada contra el banco y gritó, mirando a Axinia a los ojos:

— ¿Qué es lo que haces? ¡Acaba de irse tu marido y empiezas ya a hacer de las tuyas! Voy a ajustarle las cuentas a Grigori y escribiré a tu Stefan. ¡Es menester que lo sepa! ¡Ah, hija de perra! ¿No te ha vapuleado bastante? A partir de hoy no volverás a poner los pies en mi casa. ¡Ah, te diviertes con mi mozo y sólo yo seré el responsable ante Stefan!

Axinia le escuchaba con los párpados entornados. De súbito se levantó impúdicamente las enaguas, sacudiéndolas ante la nariz de Pantelei Prokofievich, y se acercó a él gesticulando y mostrando los dientes.

— ¿Quién eres tú? ¿Mi suegro? ¿Eh? ¿Con qué derecho te mezclas? ¡Ve a predicar a tu mujer! ¡Vete a dar órdenes en tu casa! ¡Yo me río de tus lecciones, cojo del demonio! ¡Vete de aquí! ¡No te infles como un sapo, que no me asustas!

— ¡Escucha, imbécil!

— ¡Nada tengo que escuchar! Vuélvete por donde has venido. En cuanto a tu Grichka, le sorberé hasta los huesos si así me place y no pediré permiso a nadie. ¡Sí! ¡Entérate! ¡Sí, amo a tu Grichka! ¿Y qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Apalearme? ¿Escribir a mi marido? ¡Escribe, si quieres, al *atamán* en persona! ¡Grichka es mío, mío, mío! ¡Le poseo y le seguiré poseyendo!

Axinia parecía echarse sobre Pantelei Prokofievich, súbitamente intimidado. Los senos de la mujer se agitaban como avutardas cazadas con red, sus ojos ardían; le lanzaba a la cara palabras más y más terribles y cínicas. Pantelei Prokofievich, con las cejas enarcadas por el asombro, retrocedió hacia la salida, recogió, tanteando, el bastón,

abandonado en un rincón, y empujó la puerta con la espalda. Axinia le despidió, gritando como una poseída:

—Quiero amar para resarcirme de todo el tiempo perdido durante mi desgraciada vida... Y no me importa que me matéis. ¡Grichka es mío!

Pantelei Prokofievich se dirigió a su casa, murmurando palabras confusas.

Encontró a Grichka en la sala. Sin decir palabra, le pegó un fuerte bastonazo en la espalda. Grigori se encorvó y cogió el brazo de su padre.

— ¿Por qué me pegas?

— ¡Por lo que has hecho, hijo de perra! —Pero, ¿por qué?

— ¡No traiciones al vecino! ¡No cubras a tu padre de vergüenza! ¡No te conduzcas como un perro! —barbotaba Pantelei Prokofievich, esforzándose por libertar su bastón y arrastrando a Grigori por toda la estancia.

—No consentiré que me pegues —dijo Grigori con voz sorda.

Apretando los dientes, le arrebató el bastón y lo partió sobre sus rodillas.

Pantelei Prokofievich le dio un puñetazo en la nuca.

— ¡Te haré azotar ante la asamblea de cosacos! ¡Ah! ¡Semilla del demonio! ¡Hijo maldito! ¡Te casaré con Marfuchka la idiota! ¡Te haré castrar!

La madre acudió al ruido de la disputa.

— ¡Prokofievich! ¡Prokofievich! ¡Cálmate un poco! ¡Escucha!

Pero el anciano estaba fuera de sí. Golpeó a su mujer, volcó la máquina de coser y, habiendo dado libre curso a su cólera, dejó la estancia. Apenas tuvo tiempo Grigori de quitarse la camisa, desgarrada durante la disputa, cuando se abrió la puerta con estrépito y Pantelei Prokofievich se detuvo en el umbral, sombrío como una nube de tormenta.

—Va a casarse este hijo de perra.

Pateó como un caballo, mirando fijamente la espalda musculosa de Grigori.

— ¡Te casaré! Mañana mismo iré a buscarte una novia. ¡Mira a lo que he llegado! ¡Soy la irrisión del pueblo por culpa de mi propio hijo!

—Déjame, al menos, cambiarme de camisa y después me casarás.

— ¡Te casaré! Te daré a la idiota por mujer. Dio un portazo, se le oyó descender los escalones de la gradería y todo quedó en silencio.

XI

Cerca de la aldea Setrakov, en la estepa, se alineaban varias hileras de carros entoldados con gruesas telas. Habían formado en poco tiempo una verdadera población de tejados blancos y calles rectas, con una plazoleta en el centro, por la que paseaba un centinela.

Igual que todos los años, la vida del campamento comenzó a vivir su monótona regularidad. Por las mañanas, los cosacos, que guardaban los caballos en los pastos, los llevaban al campo. Los almohazaban y los ensillaban a continuación. Cuando tocaban llamada, se formaban las columnas. El teniente coronel Popov, comandante del campo, daba órdenes con voz sonora; los sargentos gritaban e instruían a los jóvenes cosacos. Tras la colina se simulaba los ataques; rodeábase al "enemigo" y se hacía el ejercicio de tiro. Los jóvenes cosacos entregábanse con placer a la esgrima, pero los más antiguos esquivaban los ejercicios que podían.

Los hombres estaban roncos, a fuerza de beber vodka. El calor era agobiante. Un viento tibio y perfumado corría por la estepa; las ratas del campo lanzaban en la lejanía sus gritos agudos y la estepa seguía dilatándose en lontananza, alejándose del humo en las aldeas de casas blanquecinas.

Una semana antes de finalizar el período militar, la mujer de Ivan Tomilin fue a ver a su marido. Le llevó panecillos de leche, un montón de provisiones y todos los chismes del pueblo.

Regresó al siguiente día al amanecer, llevando saludos y encargos para las familias de los cosacos. Sólo Stefan Astakhov no le dio mensaje alguno. Había enfermado la víspera, se cuidaba con vodka y no vio a la mujer de Tomilin ni tampoco la luz del día. A la mañana siguiente no se presentó a los ejercicios. El enfermero le aplicó una docena de sanguijuelas. Stefan, en mangas de camisa, estaba sentado cerca del furgón; la grasa de los ejes manchaba su gorra blanca. Contemplaba, adelantando los labios, las sanguijuelas que se hinchaban sobre su pecho. El enfermero del regimiento fumaba a su lado, exhalando el humo a través de las ranuras de sus dientes.

— ¿Estás mejor?

—Esto alivia el pecho; podría decirse que el corazón tiene más libertad.

—No hay nada mejor que las sanguijuelas. Tomilin se acercó guiñando un ojo.

—Stefan, tengo que decirte unas palabras.

—Habla.

—Ven conmigo un instante.

Stefan suspiró, levantóse y se alejó con Tomilin.

— ¡Ea!, desembucha.

—Mi mujer vino ayer y se fue esta mañana. — ¡Ah!

—Se habla de tu mujer en el pueblo.

—Pues, ¿qué pasa?

—Se dicen cosas feas.

— ¡Sigue!

—Está liada abiertamente con Grichka.

Stefan palideció, arrancóse las sanguijuelas que cubrían el pecho y las aplastó con el pie. A renglón seguido se abotonó el cuello de la camisa para desabrocharlo bruscamente, como si temiese algo. Los labios, pálidos, le temblaron; tan pronto. apuntaban una sonrisa huraña como se contraían violentamente. A Tomilin le parecía que Stefan masticaba algo muy duro. Paulatinamente el rostro se le fue coloreando, apretó los dientes y se dominó. Se quitó la gorra, quiso limpiarse con la manga la mancha de grasa, extendióla más aún, y dijo con voz clara:

—Gracias por tus noticias.

—He querido prevenirte; dispénsame.

Tomilin puso cara de compasión, se dio una palmada en el muslo y dirigióse hacia su caballo ensillado. Un griterío llenaba el campo. Los cosacos volvían del ejercicio. Stefan quedó un instante en pie, examinando con aire severo y atento la mancha negra de su gorra. Una sanguijuela medio aplastada trepaba lentamente por su bota.

XII

Faltaban sólo diez días para el regreso de los cosacos.

Axinia se entregaba con frenesí a su amor tardío y amargo. A pesar de las amenazas de su padre, Grigori acudía todas las noches a su casa, secretamente. Al cabo de quince días estaba consumido, como un caballo después de una carrera desenfrenada. Adelgazaba a ojos vistas, a fuerza de pasarse las noches sin dormir. La piel bronceada de su rostro, socavado por el cansancio, tenía reflejos azulados.

Axinia ya no ocultaba bajo el pañuelo los negros ojos ojerosos, y sus labios rosados y sensuales reían con una risa nerviosa y provocativa.

Sus locas relaciones eran tan extraordinarias y evidentes, ardían ambos en una llama tan frenética e imprudente, sin ocuparse de la opinión de sus vecinos, que las personas que les veían consumirse acabaron por no atreverse a mirarles a la cara.

Los camaradas de Grigori, que, al principio, le habían gastado alguna zumba, callaban ahora y sentíanse molestos en su presencia. Las mujeres, aunque envidiando secretamente a Axinia, la condenaban esperando con bestial curiosidad el retorno de Stefan y regocijándose de antemano. Todas las conversaciones giraban en rededor de los probables acontecimientos.

Si Grigori hubiera frecuentado a Axinia, cuidando de guardar las apariencias, si Axinia hubiera vivido secretamente con Grigori, aunque no hubiese rehusado al mismo tiempo a otros cosacos, nadie hubiera encontrado nada que decir. Hubiera sido una cosa corriente. El pueblo habría murmurado algunos días y en seguida les habría olvidado. Pero ellos se amaban sin rebozos; se advertía que estaban ligados por algo más importante que un capricho pasajero, y el pueblo decidió que aquello era inmoral, incluso criminal. Ahora todos esperaban el regreso de Stefan, que habría de romper el nudo.

Un bramante está tendido por encima de la cama de Axinia. Canillas vacías, blancas y negras, están enhebradas en el bramante, como adorno y también para refugio de enjambres de moscas. Hay una tela de araña tejida entre esta especie de rosario y el techo. Grigori, con la mirada fija en el techo, está acostado sobre el brazo desnudo y fresco de Axinia. Con la otra mano, endurecida por el trabajo, Axinia acaricia las crenchas rizadas del amante. Los dedos de Axinia huelen a leche de vaca recientemente ordeñada. Cuando Grigori vuelve la cabeza, su rostro se hunde en la axila de Axinia y el olor agridulce del sudor se le agarra a las narices, como el del lúpulo sin fermentar.

Además de la cama de madera pintada, adornada de bolas talladas en los cuatro extremos, la estancia está amueblada con un gran cofre forrado, conteniendo el ajuar y los adornos de Axinia; una mesa cubierta con un hule, en el que está representado el general Skobelef galopando ante sus banderas abatidas, y dos sillas; encima de la mesa, iconos con aureolas de papeles de color. En los muros cuelgan fotografías cubiertas con manchas de moscas, representando grupos de cosacos: Stefan y sus camaradas en el servicio activo, con los tupés levantados, los pechos abombados cubiertos de cadenetas y los sables muy a la vista. El uniforme de Stefan está colgado de una percha. La luna asoma por la ventana, iluminando con una luz incierta dos galones blancos sobre la hombrera.

Axinia suspira y besa a Grigori entre las cejas.

—Grichka, corazón mío.

— ¿Qué quieres?

—Sólo nos quedan nueve días.

—Todavía están lejos.

— ¿Qué me va a suceder, Grichka?

— ¿Cómo quieres que lo sepa?

Axinia contiene un suspiro y pasa los dedos por la enmarañada cabellera del amante.

—Stefan me matará... —dice en tono medio afirmativo, medio interrogativo.

Grigori calla. Tiene sueño. Abre penosamente los párpados pegados. Los ojos negroazulados de Axinia miran por encima de su cabellera.

—Cuando mi marido regrese, me dejarás, sin duda. Tendrás miedo...

— ¿Por qué he de tener miedo? Tú eres su mujer, tuyo debe ser el temor.

—Cuando estoy contigo, nada temo; pero cuando estoy sola, en mitad del día, los pensamientos torturan mi cabeza y me siento sobrecogida...

Grigori bosteza, se estira y dice:

—Stefan va a volver. No es ninguna broma; además, mi padre quiere casarme.

Grigori sonríe, quiere añadir algo; pero siente de pronto que el brazo de Axinia se debilita, se afloja, tiembla y se hunde en la almohada. Con todo, un segundo después, se endurece nuevamente y recobra la misma posición anterior.

— ¿Quién es la prometida? —pregunta sordamente Axinia.

—Está buscándola. Mi madre ha dicho que irá a pedir para mí a Natacha Korchunov, la

hermana de Mitka.

— ¡Natacha! Es una hermosa muchacha..., muy bella... ¡Pues bien, cásate...! La he visto el otro día en la iglesia. Iba muy bien engalanada...

Axinia habla de prisa; pero sus palabras se disuelven y apagan, muertas, sin color.

— ¡Nada tengo que ver con su belleza! Mi gusto hubiera sido casarme contigo.

Axinia retira bruscamente el brazo y contempla la ventana con una mirada enjuta. La luna ilumina el patio de la finca con luz amarillenta y fría. La cochera proyecta una sombra densa. Los grillos dejan oír su monótono chirrido.

Junto al Don gritan los alcaravanes y sus gritos de mal agüero penetran por la ventana de la alcoba.

— ¡Grichka!

— ¿Has encontrado algo?

Axinia toma las manos, duras y parcas en caricias, de Grigori, las oprime contra su pecho, contra sus mejillas marchitas y frías, y gime:

— ¿Por qué me he ligado a ti, maldito? ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Grichka! ¡Me destrozas el alma...! Me he perdido por ti... ¿Qué responderé a Stefan cuando venga? ¿Quién me defenderá?

Grigori calla. Axinia mira tristemente el firme dibujo de la nariz, los ojos cubiertos de sombra, los labios mudos de Grigori. Y, bruscamente, un torrente interior rompe el dique; cubre de besos furiosos el rostro, el cuello, los brazos y la maraña negra del pecho del amante. Solloza, tiembla y murmura con voz entrecortada:

—Grichka, amigo mío..., querido mío... Dejémoslo todo, partamos... Abandonaré a mi marido para irme contigo. Iremos a trabajar lejos de aquí, en las minas. Te amaré... Tengo un tío que es guarda de la hullera de Paramanov. Nos ayudará a buscar trabajo. ¡Grichka! ¡Di algo!

Grigori enarca la ceja izquierda, reflexiona, abre desmesuradamente sus ojos ardientes de turco, donde brilla un destello burlón:

—Verdaderamente eres tonta, Axinia. Dices cosas sin sentido alguno. ¿Cómo quieres que deje la granja? Además, este año tengo que hacer el servicio militar. Eso es lo de menos. No abandonaría nunca la tierra. Aquí está la estepa y el aire libre. Se puede respirar. ¿Y allá lejos? El invierno último fui con mi padre a la estación del ferrocarril. Creí perder la cabeza. Las locomotoras aúllan. El aire está viciado por culpa del carbón que queman. No comprendo cómo puede vivir allí la gente. Quizás estén acostumbrados a la hediondez del humo.

Grigori escupe y repite:

—No, jamás dejaré la granja.

Afuera, la noche se hace más profunda. Una nube cubre la luna. Las sombras se adensan en el patio y no se puede distinguir el montón de leña seca que hay junto al muro.

En la alcoba también ha oscurecido: los galones del uniforme de Stefan no brillan ya, y Grigori no advierte que los hombros de Axinia tiemblan, y que su cabeza, apretada entre sus manos, no cesa de estremecerse, hundida en la almohada.

XIII

Desde la visita de la mujer de Tomilin, Stefan estaba desconocido. Una arruga profunda y dura surcaba, oblicuamente, su frente. Sus cejas estaban siempre fruncidas. Apenas hablaba con sus camaradas, se hizo de humor irritable y disputaba por cualquier cosa. Se molestó, sin razón alguna, con el cabo Plechanov, y no volvió a mirar a Pedro Melekhov. El lazo de amistad que les unía quedó roto. La sorda cólera que crecía en él le arrastraba irresistiblemente como un caballo lanzado por una pendiente escurridiza. Volvieron a sus casas como enemigos.

Un accidente aceleró el rompimiento de las relaciones tirantes y hostiles que se habían establecido entre los dos. Al regreso, también se juntaron en el mismo carro, cinco para hacer el camino juntos. Se engancharon al furgón los caballos de Pedro y de Stefan. *Khristonia* montaba el suyo. Tomilin tenía fiebre y estaba acostado tras el furgón decapitando con su látigo las flores purpúreas que bordeaban el camino. Las ruedas se hundían en el barro negro. El cielo, gris, otoñal, se veía cubierto de nubes. La noche caía. No se advertían aún las luces de la próxima etapa. Pedro no economizaba latigazos a los caballos. Entonces resonó en la oscuridad la voz de Stefan:

—Dime, ¿por qué, ¡así te lleve el demonio!, no tocas a tu caballo mientras arrimas al mío todos los golpes?

— ¡Fíjate bien! Pego al que se hace remolón.

—Ten cuidado, si no te engancharé a ti. Los "turcos" son fuertes y pueden tirar bien.

Pedro soltó las riendas.

— ¿Qué es lo que pretendes?

— ¡Vaya! ¡Vaya! Sigue sentado.

— ¡Bueno! ¡Mejor harías con callarte!

— ¿Qué te sucede que así armas bronca? —preguntó *Khristonia,* aproximándose.

Stefan no respondió. En la oscuridad no se podía ver su rostro. Media hora pasó en silencio. El coche avanzaba penosamente en el barro. Caía una lluvia soñolienta, reluciendo sobre el toldo. Pedro había abandonado las riendas y fumaba. Estaba enfurecido y sentía deseos de insultar al canalla de Stefan o de burlarse de él.

—Apártate, quiero sentarme bajo el toldo —dijo Stefan saltando al estribo, tropezando con Pedro.

En aquel momento preciso el furgón fue sacudido violentamente y se detuvo. Los caballos patinaban en el barro. Se oía el ruido de los cascos golpeando el suelo, del que hacían saltar chispas.

— ¡Riá! —gritó Pedro, saltando a tierra.

— ¿Qué pasa? —preguntó Stefan, inquieto. *Khristonia* llegó al galope.

— ¿Ha habido rotura?

— ¡Enciende!

— ¿Quién tiene cerillas?

— ¡Stefan, dame cerillas!

Un caballo se debatía resoplando. Frotaron una cerilla. Una lucecita anaranjada apareció, extinguiéndose al punto. Pedro palpaba, con mano trémula, el lomo del caballo caído.

Tiró de la brida:

— ¡Ahup! ¡Ahup!

Pero el caballo sopló ruidosamente y se tendió de lado; la lanza crujió. Stefan acudió, encendiendo varias cerillas a la vez. Vio a su caballo tendido en tierra, tratando, en vano, de enderezarse; una pata delantera estaba hundida, hasta la rodilla, en un agujero de ratas.

Khristonia desenganchó los tiros.

— ¡Suéltale la pata!

— ¡Desengancha el caballo de Pedro, pronto! ¡Espera un poco, maldita bestia! ¡Ahup!

— ¡Cocea, el muy bestia! ¡Apártate!

Levantaron, con gran trabajo, el caballo de Stefan. Pedro, enteramente cubierto de barro, le tenía por la brida, mientras *Khristonia,* de rodillas ante la bestia, tentaba su pata inerte.

—Creo que está rota —dijo en voz baja.

Fedot Bodovskov dio una palmada sobre el lomo tembloroso del caballo.

—Tira un poco, quizá pueda andar.

Pedro tiró de la brida. El caballo saltó sin servirse de la pata izquierda delantera. Tomilin, envuelto en el capote, pateaba en su sitio, completamente desolado.

— ¡Ah, desdicha de desdichas! ¿Qué habéis hecho? Habéis estropeado el caballo.

Stefan, que nada había dicho aún, rechazó a *Khristonia* y, como si sólo esperase esta señal, se lanzó sobre Pedro. Quiso golpearle en la cabeza; pero falló el golpe y le pegó en el hombro. Los dos hombres se agarraron, rodando en el barro. Se oyó el crujido de una camisa desgarrada. Stefan dio la vuelta a Pedro y, apretándole la cabeza sobre su rodilla, le llenó de puñetazos. *Khristonia* les separó blasfemando.

— ¿A qué viene esto? —gritó Pedro, escupiendo sangre.

— ¡Aprende a guiar, víbora! ¡Mira por dónde andas! Pedro trató de zafarse de *Khristonia.*

— ¡Ea! ¡Estáte quieto! ¡No te importe! —rezongaba éste, arrastrándole hacia el coche.

Engancharon el caballito vigoroso de Fedot Bodovskov al lado del de Pedro.

—Tú vas a montar el mío —ordenó *Khristonia* a Stefan, tomando asiento en el furgón.

A medianoche llegaron a la aldea Gnilosko y se detuvieron ante la primera finca. *Khristonia* fue a pedir hospitalidad al colono. Sin hacer el menor caso de los perros, que se agarraban a los vuelos del capote, fue hacia la ventana, abrió el postiguillo y rascó en el cristal.

— ¡Eh, patrón! ¡Eh, buena gente!

Sólo se oía el ruido de la lluvia y el ladrido furioso de los perros.

— ¡Hola, buena gente!, ¡por el amor de Cristo! ¡Dejadnos pasar la noche en vuestra casa! Somos militares de regreso del campamento. ¿Cuántos...? Somos cinco... ¡Ah, ah! ¡Muy bien! ¡Que Cristo os proteja!

— ¡Entrad! —gritó volviéndose hacia la puerta cochera.

Fedot hizo entrar a los caballos, tropezó con un cuezo de los cerdos, olvidado en medio del patio; renegó y fue a instalar los caballos en la cuadra. Tomilin, rechinando los dientes de fiebre, penetró en la casa. Pedro y *Khristonia* quedaron en el furgón.

Se dispusieron a partir al alba. Stefan salió de la casa. Una anciana, casi centenaria, encorvadísima, iba a saltitos tras él. *Khristonia,* que enganchaba ya los caballos, le dijo, con conmiseración:

— ¡Eh, abuela, qué encorvada estás! Te conviene para rezar en la iglesia; poco tienes que inclinarte para tocar la tierra.

—Halcón mío, si yo sirvo para hacer genuflexiones, tú podrías servir de campanario. Cada cual es lo que puede.

La anciana sonrió severamente, mostrando al asombrado *Khristonia* dos hileras de apretados dientecitos.

—Tienes la boca llena de dientes como un sollo, madrecita. Debías regalarme una docena. Soy joven, pero no tengo con qué mascar.

— ¿Y qué me quedará entonces, barbián?

—Te pondremos una dentadura de caballo. De todas formas, no tardarás en morir y nadie te los mirará en el otro mundo. Los santos no son chalanes.

—Hablador incorregible —dijo Tomilin sonriendo, a tiempo que subía al coche.

La vieja siguió a Stefan hasta la cuadra.

— ¿Cuál es?

—El negro —respondió Stefan con un suspiro. La vieja dejó su muleta en tierra y, con seguro movimiento, levantó la pata herida del caballo. Palpó largamente con sus dedos ganchudos los huesos de la rodilla. El caballo abatía las orejas, enseñaba los dientes y reculaba por el dolor sobre las patas traseras.

—La pata no está rota, cosaco. Déjamelo, yo le curaré.

— ¿De veras podrás hacerlo?

—Nada se puede asegurar; creo que sanará. Stefan se encogió de hombros y dirigióse al furgón.

—Puede quedar...

—Te lo curará. Lo dejas con tres patas, y ella te lo devolverá sin ninguna. Has topado con una veterinaria jorobada —dijo *Khristonia* riendo a carcajadas.

XIV

—...Me consumo por su culpa, madrecita. ¡Todos los días adelgazo! No logro estrechar bastante de prisa mis vestidos. Cuando pasa cerca de mi finca, mi corazón salta... Querría caer en tierra y besar sus huellas. ¿Me ha embrujado? ¿Qué opinas? Ayúdame, abuela. Le quieren casar. Te pagaré lo que quieras. Venderé hasta la última camisa si es menester, con tal de que me ayudes.

La vieja Drosdika contemplaba a Axinia con sus claros ojos rodeados de un haz de arrugas, y sacude la cabeza escuchando su doloroso relato.

— ¿De qué familia es el mozo? —Es el hijo de Pantelei Melekhov. — ¿El turco?

—El mismo.

La vieja mueve su boca desdentada y tarda en contestar.

—Ven mañana al apuntar el día. Iremos juntas al borde del Don, cerca del agua. Ahogaremos tu pesar. Lleva un poco de sal de tu casa. Nada más.

Axinia esconde el rostro en el pañuelo amarillo; sale a la calle y desaparece en la oscuridad de la noche. Oyese el ruido seco de sus pasos, alejándose. Luego renace el silencio; sólo llegan lejanos ecos de voces y canciones.

Al alba, Axinia, que no había dormido en toda la noche, llama a la puerta de Drosdika.

— ¡Abuela!

— ¿Quién es?

— ¡Soy yo, abuela, levántate!

—En seguida me visto.

Bajaron por la callejuela hasta el río. Cerca del puentecillo, una delantera de carreta se hundía en el agua. La arena estaba fría; subía del Don una niebla húmeda y glacial. Drosdika apretó la mano de Axinia con sus dedos huesudos y la arrastró hacia el agua. — ¿Has traído la sal? Dámela. Vuélvete hacia Levante y haz la señal de la cruz.

Axinia se persignó y lanzó una mirada rabiosa sobre el cielo, en que despuntaban, alegremente, las primeras claridades rosadas de la aurora.

—Coge agua en la palma de la mano. ¡Bebe! Axinia bebió mojándose las mangas de la blusa. La abuela, semejante a una araña negra, se acurrucó sobre las ondas perezosas y murmuró:

—Fuentes frías que corréis al fondo..., carne inflamada..., como bestia feroz en el corazón..., angustia febril..., por la Santa Cruz..., muy santa y pura..., el siervo del Señor, Grigori...

Drosdika esparció sal en la arena, en el agua, y echó el resto sobre el pecho de Axinia.

—Échate un poco de agua por encima de tu hombro. Más de prisa.

Axinia efectuólo y miró con angustia las mejillas morenas de Drosdika.

— ¿Eso es todo?

—Se acabó; vete a acostar ahora.

Axinia corrió, apresuradamente, a su casa. Las vacas rumiaban en el establo. Daria Melekhov, medio dormida, con las mejillas arreboladas, conducía sus bestias al patio comunal. Hizo un visaje, sonriendo a Axinia, que corría a su encuentro.

— ¿Has dormido bien, vecina?

—Sí, a Dios gracias.

— ¿Dónde has ido tan de mañana?

—Tenía que hacer un asunto cerca de aquí.

Las campanas tocaron maitines. El ayudante del pastor hacía chascar su látigo en la callejuela. Axinia apresuróse a sacar las vacas y entró la leche en la casa para colarla. Se enjugó las manos con el delantal y, embargada por sus pensamientos, vertió la leche espumosa en los coladores.

Un rumor de ruedas sonó en la calle. Rechinaron los caballos. Axinia dejó la gamella y fue a mirar por la ventana.

Stefan, recogiéndose el sable, se acercaba al portón. Otros cosacos galopaban hacia la plaza del pueblo.

Axinia arrugó el delantal con los dedos y sentóse en el banco. Sonaron pasos en la escalinata..., en la antesala..., muy cerca de la puerta.

Stefan, con el semblante consumido y hostil, se detuvo en el umbral.

—Y ¿qué?

Axinia fue a su encuentro vacilando.

— ¡Pega! —dijo con voz desfallecida.

—Y ahora, Axinia...

—Nada te oculto, ¡He pecado! ¡Pega, Stefan! Hundió la cabeza en los hombros, se contrajo y miró de cara, protegiéndose únicamente el vientre con las manos. En su rostro, desfigurado, embrutecido por el espanto, se dilataban sus ojos ojerosos. Stefan se tambaleó y pasó a su lado dejando tras de sí un husmo acre de sudor y ropa sucia. Tendióse en la cama sin quitarse la gorra. Pasaron algunos instantes. Sacudió el hombro y dejó deslizar su tahalí. Su bigote rubio, levantado gallardamente en otro tiempo, caía ahora flojo y deslucido. Axinia, sacudida de vez en vez por un temblor, le miraba de hito en hito, sin volver la cabeza. Stefan plantó los pies sobre el testero de la cama. El barro se desprendió de sus talones. Miraba fijamente al techo, jugando con los cordones del sable.

— ¿Has preparado ya qué comer?

—Todavía no.

—Dame algo; tengo hambre.

Bebió leche, empapándose el bigote; masticó pausadamente el pan, removiendo los músculos de sus mandíbulas. Axinia se mantenía cerca de la hornilla, mirando, con terror, las diminutas orejas de su marido moviéndose de arriba abajo mientras comía. Stefan se levantó y persignóse ante los iconos.

—Habla ahora, encanto mío —ordenó secamente. Axinia quitaba la mesa humillando la cabeza y no respondió.

—Cuéntame cómo has esperado a tu marido, cómo has guardado su honor. ¡Ea!

Un terrible puñetazo en la cabeza hizo girar a Axinia, que fue a caer junto a la puerta, donde chocó contra las jambas, lanzando un sordo gemido.

Stefan podía hacer caer, con un puñetazo en la cabeza, no solamente a una mujer, sino a los mozos mejor plantados y robustos del Regimiento de la Guardia.

¿Fue el temor el que dio fuerzas a Axinia, o su naturaleza de mujer resistente? Lo cierto es que recobró el sentido, se levantó lentamente, abrió la puerta y huyó.

Stefan estaba ocupado en encender la pipa y no vio cómo se arrastraba, de rodillas, hacia la puerta. Tiró la petaca sobre la mesa, pero Axinia estaba ya fuera. Se lanzó en su persecución. Axinia, cubierta de sangre, corría con todas sus fuerzas hacia el cercado que separaba su patio del de los Melekhov. Stefan le dio alcance cerca de la empalizada, la cogió por los cabellos y la echó a tierra. Axinia cayó sobre un montón de cenizas.

¡Qué importa si un marido, con las manos a la espalda patea a su propia mujer! Alechka *Chamil,* el manco, que pasaba por la calle, miró la escena guiñando el ojo y sonrió en medio de su barba enmarañada. Bien se comprendía por qué Stefan pegaba a su mujer.

Chamil hubiérase detenido de buen grado para ver si la mataba, pero la curiosidad es un pecado de mujer y pasó de largo.

Visto de lejos, Stefan parecía danzar la danza cosaca. Esto es lo primero que pensó Grigori, observándole desde su ventana. Pero, cuando comprendió lo que hacía, Grichka lanzóse fuera y corrió hacia la empalizada, apretando los puños. Pedro le siguió pesadamente. Grichka saltó, con presteza, el cercado, y golpeó a Stefan a todo voleo en la nuca. Stefan vaciló, volvióse y marchó contra Grichka como un oso.

Los hermanos Melekhov luchaban con encarnizamiento. Golpeaban sobre Stefan como sobre un yunque. Grichka cayó varias veces al suelo abatido por el puño de plomo de Stefan. Era demasiado frágil para medírselas con él, mientras que Pedro, rechoncho y fuerte, se doblaba bajo los golpes como el junco bajo el viento, pero manteniéndose firme sobre sus piernas.

Stefan se retiraba, lentamente, hacia la escalinata. Su ojo izquierdo fulguraba, en tanto que el derecho estaba medio cerrado e hinchado por los golpes.

Khristonia, que venía a pedir prestada a Pedro una brida, les separó.

— ¡Basta! ¡Apartaos! —gritó, agitando sus manos enormes —. Separaos; si no, iré a prevenir al *atamán.*

Pedro escupió en su mano la mitad de un diente sanguinolento y dijo con voz ronca:

— ¡Vamos, Grichka! ¡Ya le pescaremos en otra ocasión!

— ¡Espera un poco y te sacudiré otra vez! —amenazó Stefan cubierto de cardenales.

— ¡Lo veremos, lo veremos!

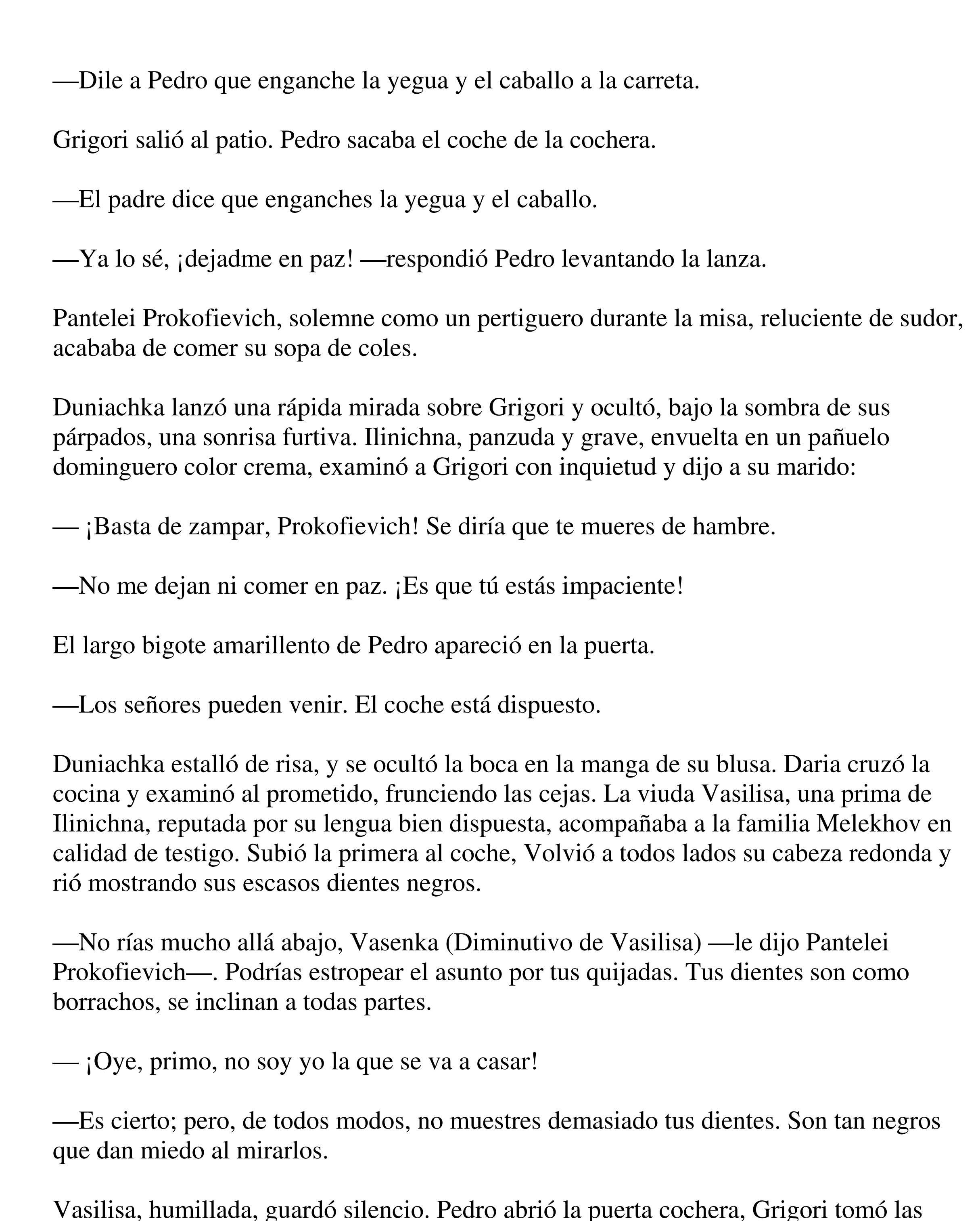
—Bien se verá cuando te haya destripado.

— ¿Lo dices en serio o es que bromeas?

Stefan descendió apresuradamente la escalinata. Grichka se lanzó hacia él; pero *Khristonia* le rechazó al portón, diciendo:

—Inténtalo otra vez y te retuerzo el pescuezo como a un gato.

XV



—Dile a Pedro que enganche la yegua y el caballo a la carreta.

Grigori salió al patio. Pedro sacaba el coche de la cochera.

—El padre dice que enganches la yegua y el caballo.

—Ya lo sé, ¡dejadme en paz! —respondió Pedro levantando la lanza.

Pantelei Prokofievich, solemne como un pertiguero durante la misa, reluciente de sudor, acababa de comer su sopa de coles.

Duniachka lanzó una rápida mirada sobre Grigori y ocultó, bajo la sombra de sus párpados, una sonrisa furtiva. Ilinichna, panzuda y grave, envuelta en un pañuelo dominguero color crema, examinó a Grigori con inquietud y dijo a su marido:

— ¡Basta de zampar, Prokofievich! Se diría que te mueres de hambre.

—No me dejan ni comer en paz. ¡Es que tú estás impaciente!

El largo bigote amarillento de Pedro apareció en la puerta.

—Los señores pueden venir. El coche está dispuesto.

Duniachka estalló de risa, y se ocultó la boca en la manga de su blusa. Daria cruzó la cocina y examinó al prometido, frunciendo las cejas. La viuda Vasilisa, una prima de Ilinichna, reputada por su lengua bien dispuesta, acompañaba a la familia Melekhov en calidad de testigo. Subió la primera al coche, Volvió a todos lados su cabeza redonda y rió mostrando sus escasos dientes negros.

—No rías mucho allá abajo, Vasenka (Diminutivo de Vasilisa) —le dijo Pantelei Prokofievich—. Podrías estropear el asunto por tus quijadas. Tus dientes son como borrachos, se inclinan a todas partes.

— ¡Oye, primo, no soy yo la que se va a casar!

—Es cierto; pero, de todos modos, no muestres demasiado tus dientes. Son tan negros que dan miedo al mirarlos.

Vasilisa, humillada, guardó silencio. Pedro abrió la puerta cochera, Grigori tomó las

riendas y saltó sobre el pescante. Pantelei Prokofievich e Ilinichna se sentaron detrás.

—Arrea un buen fustazo —gritó Pedro aflojando las riendas.

—Tú tienes ganas de juegos, condenado —dijo Grichka, golpeando al caballo, que abatía las orejas.

— ¡Cuidado! Vas a enganchar la puerta —gritó Daria con voz aguda.

Pero el coche dio un viraje brusco y rodó, saltando, sobre las piedras de la calle.

Grigori tocaba con la fusta al caballo de silla de Pedro, que se encabritaba sin cesar. Pantelei Prokofievich se aferraba la barba con la mano, como si temiera que el viento se la llevase.

— ¡Pega a la yegua! —gruñó, rodando los ojos e inclinándose sobre la espalda de Grigori.

Ilinichna enjugábase una lágrima con las puntillas de su manga y miraba, guiñando el ojo, cómo el viento inflaba la camisa de satén azul sobre la espalda de Grigori. Los cosacos que encontraban, se apartaban para dejarles paso, y luego se volvían, siguiéndoles con la mirada.

Grigori no escatimaba ni la fusta ni los caballos. En diez minutos salieron del pueblo, rebasaron los jardines verdes y frondosos y llegaron en seguida ante la casa, rodeada de un cercado de chillas, de los Korchunov. Grigori estiró las riendas y el coche se detuvo bruscamente ante la puerta cochera pintada y ornada con tallas en madera. Grigori se quedó con los caballos. Pantelei Prokofievich se dirigió, cojeando, hacia la escalinata. Ilinichna, muy congestionada, le siguió, tambaleándose, en medio de un crujimiento de enaguas; Vasilisa, apretando los labios afectadamente, cerraba la marcha. El padre Melekhov se inquietaba, temiendo carecer de valor en el último instante. Tropezó en el primer escalón y alcanzó, haciendo un gesto de dolor, el rellano bien fregado. Entró en la casa con Ilinichna; pero, como era más menudo que ella, no le gustaba mostrarse al lado de su mujer. Dio un paso adelante para pasar el primero, se detuvo, plegando la pierna izquierda, quitóse la gorra y se persignó ante un viejo icono negro.

—Buenos días, ¿la salud es buena?

—A Dios gracias —respondió, levantándose, el patrón, un viejo cosaco pequeño y velludo.

—Recibe a los visitantes. Miron Grigorievich. Es una dicha para nosotros recibiros. Lukinichna, da asientos a la compañía...

La patrona, una mujer madura de pecho liso, limpió los taburetes, que no tenían ni una mota de polvo, y los ofreció a los visitantes. Pantelei Prokofievich sentóse en el borde, enjugándose la frente con el pañuelo.

—Hemos venido para hablar de un asunto... —comenzó sin preámbulos.

En este momento, Ilinichna y Vasilisa tomaron asiento levantando sus faldas.

—Dinos el asunto —dijo el patrón, sonriendo. Grigori penetró en la estancia y, lanzando una rápida mirada sobre la concurrencia, preguntó:

— ¿Habéis dormido bien?

—A Dios gracias —respondió la patrona con voz lánguida.

—A Dios gracias —confirmó el patrón, mientras la sangre afluía a sus mejillas cubiertas de pecas.

Había comprendido, de súbito, el objeto de la visita.

—Di que metan los caballos en el patio y les den heno —dijo dirigiéndose a su mujer, que salió de la habitación.

—Tenemos un asuntillo que proponeros —prosiguió Pantelei Prokofievich alisándose la barba y tirando del pendiente —. Vosotros tenéis una hija casadera. Nosotros un mozo. ¿Podríamos entendernos? Quisiéramos saber si tenéis intención de casarla este año. ¿Podríamos emparentar?

—A decir verdad, no lo sé —dijo el padre Korchunov rascándose la cabeza, donde los cabellos empezaban a escasear—. Confieso que no teníamos intención de casarla este otoño. Hay mucho trabajo en la finca y, por otra parte, mi hija es muy joven todavía; acaba de cumplir diecisiete años. ¿No es así, Lukinichna?

—Es cierto.

—Sin embargo, también hay que decirlo; ahora la muchacha es una flor, ¿a qué esperar que se marchite? Hay muchas muchachas que han dejado pasar la ocasión de casarse... —intervino Vasilisa, revolviéndose en el asiento.

Según costumbre de las casamenteras, había robado una escoba en la antesala para asegurar el éxito de la negociación; la escoba, oculta bajo la falda, le picaba, molestándole horriblemente.

—La nuestra no quedará solterona. Han venido ya a pedirla al comienzo de la primavera; es una muchacha preciosa, tan buena y trabajadora en el campo como en casa; a Dios gracias, no podemos quejarnos.

—Si encontraseis un buen prometido, debíais casarla —interrumpió Pantelei Prokofievich.

—No es ésa la cuestión —replicó el patrón, rascándose —, nos será fácil casarla cuando queramos.

Pantelei Prokofievich pensó que se la negaban y comenzó a engallarse.

— ¡Naturalmente, eso es asunto vuestro! El prometido es como si dijéramos un

peregrino. Puede dirigirse a todas partes. Pero si vosotros queréis, por ejemplo, para vuestra hija, a un hijo de comerciante o quizás algo mejor, en ese caso..., por el contrario..., dispensadnos...

El asunto parecía ya perdido. Pantelei Prokofievich se hinchaba, enrojecía y soplaba; la madre de la prometida cloqueaba como una gallina cuando ve la sombra de un buitre; pero, en el último instante, Vasilisa lo salvó todo con su intervención. Dejó caer una lluvia de palabras melosas y restableció el acuerdo.

—Vamos, vamos, mis buenos amigos. Ya que hablamos de este negocio, debemos terminarlo razonablemente y en bien de los muchachos... Tomemos, por ejemplo, a Natacha. ¡No se encontraría otra igual en el mundo entero! ¡El trabajo sale de sus manos! ¡Qué manos de oro! ¡Qué hacendosa! En lo que concierne a su prestancia podéis juzgar vosotros mismos, buena gente.

Vasilisa dobló el brazo, sonriendo amablemente a Pantelei Prokofievich y a Ilinichna, que tenía el aspecto huraño.

— ¡Y el prometido! También es un mozo bien plantado. Cuando le miro, la angustia penetra en mi corazón; ¡tanto se parece a mi difunto esposo...! ¡Y su familia! Es una familia laboriosa. Prokofievich es conocido en toda la región como hombre notable y bienhechor. Decidme, francamente, ¿somos los enemigos de nuestros propios hijos?

Su vocecilla, gorjeadora y melosa, calmó la irritación de Pantelei Prokofievich, que la oía arrancándose de la nariz puñados de pelos negros y pensaba con admiración: "¡Qué bien charla esta comadre! ¡Habla como si hiciera calceta! ¡Enfila las palabras unas detrás de otras y apenas se la puede seguir! ¡Hay mujeres capaces de derrotar a un cosaco con sus palabras...! ¡Ésta es una máquina parlante!"

La casamentera se perdía en alabanzas sobre todos los parientes de la prometida, hasta la quinta generación.

— ¡Naturalmente, nosotros no queremos ningún mal para nuestros hijos!

—Yo sólo digo una cosa: me parece demasiado pronto todavía para casarla —dijo Korchunov, en tono conciliador, mostrando sus dientes en una amplia sonrisa.

— ¡No, no es demasiado pronto! Por Dios Nuestro Señor, no es demasiado pronto —trató de convencerle Pantelei Prokofievich.

—Nos veremos obligados a separarnos de ella más pronto o más tarde... —dijo la madre Korchunov, sofocando un sollozo, mitad sincero, mitad fingido.

—Llama a tu hija, Miron Grigorievich, muéstranosla.

— ¡Natacha! La muchacha apareció, tímidamente, en la puerta, y se puso a enredar entre sus dedos morenos el borde del delantal.

— ¡Ven, acércate! Está acobardada, ya lo ven. No tengas miedo —dijo su madre por animarla, sonriendo a través de sus lágrimas.

Grigori, que estaba sentado cerca de un pesado cofre, decorado con flores azules, clavó los ojos en la muchacha.

Bajo el pañuelo de encaje negro se veían brillar los ojos grises y francos; contenía una sonrisa y un pequeño hoyuelo temblaba en su apretada mejilla. Grigori miró sus manos, grandes y deformadas por el trabajo. Bajo su blusa verde, que modelaba su cuerpo robusto, dos senitos puntiagudos, duros como de piedra, ofrecían cándidamente sus pezones destacados. Grigori la examinó por entero, de pies a cabeza, como el chalán que compra una yegua, y pensó: "Está bien." Sus ojos encontraron la mirada leal de la muchacha, que le observaba con candor, como queriendo decirle: "Heme aquí, júzgame como te plazca." "Gentil", respondió la mirada de Grigori.

—Ya puedes irte —dijo el padre. Antes de cerrar la puerta, Natacha miró, una vez más, a Grigori con curiosidad y sin poder retener una sonrisa.

—Bueno, Pantelei Prokofievich —empezó Korchunov cambiando una mirada con su mujer —, lo pensaremos en familia. Pensadlo vosotros también por vuestra parte. Decidiremos si podemos ponernos de acuerdo.

Descendiendo la escalinata, Pantelei Prokofievich declaró:

—Volveremos el domingo próximo.

Korchunov, que le acompañó hasta la puerta, aparentando no haber oído, deliberadamente nada dijo.

XVI

Únicamente después de haberle informado Tomilin de la traición de su mujer, Stefan llegó a darse cuenta de que, a pesar de su desunión, a pesar de la pasada culpa, la amaba con un amor profundo y confuso..., semejante al odio.

De noche, cuando estaba tendido en el furgón, cubierto con el capote militar, pensaba en su próxima vuelta a la granja, en el encuentro con su mujer, y sentía que una tarántula peluda ocupaba en su pecho el lugar del corazón. Rumiaba en su espíritu toda clase de planes de venganza, imaginaba los detalles más feroces y le parecía sentir, entre los dientes, granos de arena dura. La riña con Pedro le había calmado un poco. Entró cansado en su casa, por lo que Axinia salió tan bien parada.

A partir de aquel día, una muerte invisible pareció instalarse en casa de los Astakhov. Axinia andaba de puntillas y hablaba con voz queda; pero en sus ojos se ocultaba todavía, apenas perceptible bajo las cenizas, la brasa que encandilara Grigori. Stefan lo presentía, aunque no lo advirtiera. Sufría atrozmente. De noche, cuando las moscas se adormecían en el techo de la cocina y Axinia, con los brazos temblorosos, preparaba la cama, Stefan la golpeaba, tapándole la boca con la mano áspera y renegrida. La interrogaba cínicamente sobre los detalles de su amancebamiento con Grichka. Axinia debatíase en la dura cama. Stefan, cansado de torturar, de macerar el cuerpo de su mujer, le tentaba la cara para saber si lloraba. Pero mejillas ardientes de Axinia estaban enjutas.

— ¿Me lo dirás? — ¡No!

— ¡Te mataré!

—Mátame, por caridad, mátame...; acabaré de padecer... Esto no es vivir...

Stefan apretaba los dientes y retorcía los senos de su mujer, empapados de un sudor frío. Axinia se estremecía, gimiendo.

— ¿Te duele? —preguntaba Stefan, regocijado.

— ¡Me haces daño!

— ¿Acaso no me has hecho sufrir tú también? Tardaba en dormirse y sus dedos convulsos se crispaban durante el sueño. Axinia sé incorporaba sobre el codo y miraba largamente el hermoso semblante de su marido transformado por el sueño. Luego, abatía la cabeza en la almohada y dejaba escapar palabras incoherentes.

Apenas veía a Grichka. Una vez le encontró cerca del Don. Grigori subía el ribazo siguiendo los bueyes que llevara a beber. Andaba cabizbajo y blandiendo su bastón. Cuando le vio, Axinia tuvo un escalofrío. Más tarde, cuando quiso reconstruir esta escena, le fue difícil convencerse de que no era un sueño. Grigori no la advirtió hasta que estuvo a su lado. Al oír rechinar los cubos, levantó la cabeza, frunció las cejas y sonrió estúpidamente. Axinia miraba vagamente las aguas verdes del Don y la arena de la margen opuesta. Tenía los ojos henchidos de lágrimas.

— ¡Axinia, Xucha!

Retrocedió algunos pasos y se detuvo súbitamente, con la cabeza baja, atontada, como si hubiese recibido un golpe. Grigori azotó rabiosamente a un buey rezagado y dijo, sin volver la cara:

— ¿Cuándo irá Stefan a segar el centeno?

—Dentro de poco. Está enganchando...

—Cuando haya marchado, ven a nuestro campo de girasoles.

Axinia bajó hacia el río balanceando los cubos de la palanca. La espuma serpenteaba en la orilla verde de la ola como un ligero encaje amarillento. Las blancas gaviotas volaban, lanzando gritos agudos, por encima del Don. Los pequeños peces argentados rebullían cerca de la superficie. En la otra orilla, tras los bancos de arena, se veían grandes álamos majestuosos que ondulaban al viento. Axinia dejó caer un cubo en el río. Levantóse la falda y entró en el agua hasta la rodilla. El agua cosquilleó sus pantorrillas y, por primera vez desde el retorno de Stefan, sonrió dulcemente. Volvióse y vio a Grigori que trepaba por el ribazo agitando su palo como si cazara tábanos.

Con la mirada empañada por las lágrimas, Axinia seguía el movimiento de las piernas robustas y musculosas del amante. La sucia camisa de Grigori estaba desgarrada por la espalda y Axinia veía un pequeño triángulo de su piel morena. Acariciaba con los ojos este exiguo pedazo de la amada carne, que le había pertenecido, y las lágrimas corrieron sobre los labios empalidecidos. Dejó los cubos en la arena y, al engancharlos en la palanca, vio la huella de la bota puntiaguda de Grichka. Lanzó una mirada furtiva en rededor: no había nadie, salvo los pilluelos que se bañaban a lo lejos, cerca del puentecillo. Arrodillóse, colocó la mano sobre la huella y, sonriendo para sí misma, reemprendió el camino de su casa.

Cuando llegó a la gradería, Stefan, con un enorme sombrero de paja, enganchaba los caballos a la segadora. Contempló a Axinia.

—Lléname de agua la calabaza.

—Convendría ponerle hielo, hace mucho calor —dijo Axinia mirando la espalda, húmeda de sudor, del marido.

—Ve a pedirlo a los Melekhov... ¡No vayas! —gritó, recordando de pronto.

Axinia se dirigió al portón. Stefan cogió el látigo.

— ¿Dónde vas?

—A cerrar la puerta.

—Vuelve, pendón, te he dicho que no vayas. Ella subió apresuradamente los escalones, quiso colgar la palanca; pero sus brazos temblorosos, no la obedecieron. La palanca cayó a tierra. Stefan cogió las riendas y se instaló en la segadora.

—Abre la puerta.

Axinia obedeció y, tomando ánimos, preguntó:

— ¿Cuándo volverás?

—Al atardecer. Estoy citado con Anikuchka; segaremos juntos. Llévale comida. Irá cuando vuelva de la fragua.

Las ruedas de la segadora rechinaron, hundiéndose en el polvo áspero del camino. Axinia penetró en la casa, permaneció algunos momentos en pie, y apretándose las manos contra el corazón, se puso un pañuelo y corrió hacia el Don.

"Si vuelve, ¿qué sucederá?", pensó de pronto, deteniéndose bruscamente como si se abriera un precipicio ante sus pies; volvióse, luego corrió a lo largo del río hacia el campo de girasoles.

Veía como en sueños los setos, las huertas, un mar amarillo de girasoles que parecían mirar fijamente al sol; un campo verdeante de patatas en flor; las mujeres de los *Chamiles,* acababan de escardar un campo de patatas. Hileras de blusas rosa, inclinadas sobre la tierra sobre la cual golpeaban rápidamente los azadones. Corrió de este modo sin tomar alientos, hasta la huerta de los Melekhov. Mirando con cautela en torno a sí, abrió la puertecilla y por un sendero angosto llegó hasta un áspero macizo de girasoles. Encorvándose, penetró en el centro y sentóse en tierra sin cuidarse del polen dorado de las flores que le embadurnaba el semblante.

El silencio reinaba en torno, sólo el bordoneo de los abejorros sonaba en algún sitio muy alto; los tallos profundos de los girasoles, cubiertos de pelusilla, chupaban en silencio la tierra.

Permaneció así media hora, atormentada por la duda: "¿Vendrá? ¿No vendrá?" Dispuesta a marcharse, levantóse, pero en aquel instante chirrió el postigo; oyó pasos.

— ¡Axinia!

— ¡Aquí estoy!

— ¡Oh, has venido...!

Grigori apartó las hojas, acercóse y tomó asiento cerca de ella. Ambos callaban.

— ¿Qué tienes sobre las mejillas?

Axinia limpió con la manga de la blusa el polen amarillento y oloroso. —Debe ser del girasol. —Todavía te queda cerca del ojo. Se limpió de nuevo. Sus ojos se encontraron. En respuesta a la muda pregunta de Grigori, ella se puso a sollozar:

— ¡No puedo más! ¡Estoy perdida, Grichka!

— ¿Qué te hace?

Axinia arrancóse el cuello de la blusa y mostró los cardenales violáceos que cubrían sus senos, rosados y firmes como los de una adolescente.

— ¿No lo sabes? Me pega sin cesar. Me tortura. ¿Y tú? ¡Te has aprovechado de mí y ahora escapas como un perro! Sois todos unos...

Se abotonó la blusa con dedos temblorosos y miró a Grigori temiendo haberle ofendido.

— ¿Por lo que veo, buscas al culpable? —dijo lentamente Grigori mordisqueando una brizna de hierba.

Su voz calmosa hizo estallar a Axinia:

— ¿Acaso no eres responsable?

—Si la perra no quiere, el perro se aparta... Axinia ocultó el rostro en las manos; el insulto la hirió como una puñalada precisa y profunda.

Grigori la miraba de soslayo, frunciendo las cejas.

Una lágrima filtróse entre los dedos de Axinia y brilló a la luz de un rayo de sol que llegaba hasta ellos a través del polvo dorado.

Grigori no podía soportar las lágrimas. Se agitó irritado, dio un papirotazo a una hormiga que trepaba por su pantalón y lanzó una mirada sombría a Axinia. Ella permanecía sentada en la misma postura, y las lágrimas corrían por sus manos.

— ¿Por qué lloras? ¿Te he ofendido, Axinia? Atiende un momento, quiero decirte algo.

Axinia apartó las manos. Y su rostro apareció bañado en lágrimas.

—He venido en demanda de consejo. ¿Por qué me hablas de ese modo...? Ya soy bastante desgraciada...

—Axinia, no he querido ofenderte. No te enfades.

—No he venido para imponerme a ti. ¡No tengas miedo!

En aquel momento creía firmemente cuanto decía; pero poco después, cuando corría a

lo largo del Don, un solo pensamiento la embargaba: "Le convenceré de que no se case. Si no, ¿con quién ligaré mi vida?"

— ¿Así, pues, nuestro amor está acabado? —preguntó Grigori y acostándose sobre el vientre, se puso de codos y escupió los pétalos de una flor de la planta trepadora *povitel* que había arrancado y masticado durante la conversación.

— ¿Cómo acabado? —exclamó Axinia súbitamente espantada—. ¿A qué viene eso? —repitió, tratando de mirarle a los ojos.

Pero Grigori hurtaba las pupilas sombrías ocultándose de ella.

El viento rumoreaba en las hojas verdes de los girasoles. El sol ocultóse por un instante tras una ligera nube y una sombra vaporosa cayó sobre la estepa, en la aldea, en la abatida cabeza de Axinia y en los pétalos rosados de la flor del *povitel.*

Grigori exhaló un profundo suspiro, como un caballo que relincha, y se recostó sobre la espalda, sintiendo el calor de la tierra a través de la camisa.

—Escúchame, Axinia —comenzó lentamente, deteniéndose a cada palabra como si quisiera elegirlas—. Eso me oprime el corazón... He decidido...

El chirrido de las ruedas de una carreta sonó de súbito muy cerca, tras el cercado de la huerta.

—Siob! Siobé! Siobée!.

El grito sonó tan fuertemente que Axinia, espantada, se dejó caer y se tendió boca abajo.

—Quítate el pañuelo. Pudieran verlo; es blanco —murmuró Grigori.

Axinia obedeció. El viento cálido sacudió los ricinos dorados de su nuca. La carreta pasó de largo y todo volvió al silencio.

—Voy a decirte lo que he decidido —dijo Grigori animándose—. Lo que ha pasado, hecho está. ¿Para qué buscar culpables? Es menester vivir...

Axinia prestó atención. Escuchaba retorciendo en los dedos una brizna de hierba. El relámpago seco e inquieto de los ojos de Grigori la aturdía.

—He decidido que debemos acabar...

Axinia vaciló. Sus dedos se crisparon sobre los tallos del *povitel.* Convulsas las aletas de la nariz y con la garganta oprimida, esperaba el final de la frase. Creía que él iba a decir: "acabar con Stefan". Pero Grigori se detuvo, pasó la lengua sobre los labios resecos y concluyó:

—Acabar esta historia. ¿Eh?

Axinia levantóse y, chocando el pecho con las corolas amarillas de los girasoles, se

dirigió al cercado.

— ¡Axinia! —gritó Grigori con voz sorda. El postigo chirrió lentamente.

Grigori quitóse la gorra, cuyas franjas rojas podían ser vistas a distancia, incorporóse y siguió con la mirada la marcha desembarazada y casi arrogante de Axinia, que se le antojó de pronto una persona extraña, la mujer de otro.

XVII

Después del centeno llegó la época de segar el trigo. Sobre la tierra arcillosa, las hojas, quemadas por el sol, amarilleaban y se abarquillaban; los tallos se agostaban. La cosecha debía ser buena, al decir de los labradores. Las espigas estaban llenas y los granos, pesados y gruesos.

Pantelei Prokofievich, después de consultar a Ilinichna, decidió que, si los Korchunov estaban de acuerdo, la boda se celebraría el día del Salvador.

Las labores del campo le impidieron ir a la granja de los Korchunov a pedir respuesta.

Salieron a recolectar el viernes. Tres caballos fueron enganchados a la segadora. Pantelei Prokofievich reparaba la carreta y preparaba los hórreos para recibir el grano. Pedro y Grigori partieron solos para el campo.

Grigori, con expresión sombría, caminaba al lado de la segadora, apretaba los dientes y sus pómulos se conmovían como si hubiera removido las mandíbulas. Pedro sabía que era un signo de cólera y que Grigori estaba a punto de estallar, cometiendo cualquier insensatez al menor pretexto; pero reía bajo su bigote rubio y no cesaba de pinchar al hermano.

— ¡Te juro que me lo ha contado!

—Me es igual —gruñó Grigori mordisqueando su bigote.

—"Volvía, me dijo, de la ciudad, y oigo, en el huerto de los girasoles de los Melekhov, como si dijéramos, voces humanas."

— ¡Pedro, déjalo ya!

—Sí... voces. "Miré, dijo, a través de la empalizada..."

Grigori guiñó más fuertemente los ojos y se puso verde de coraje.

— ¿Vas a callarte? ¿No?

— ¡Pero déjame terminar! ¡Qué tonto eres!

—Ten cuidado, Pedro. Vamos a acabar mal —amenazó Grigori torvamente.

Pedro enarcó las cejas, se volvió de espaldas a los caballos y prosiguió:

—"Miré, dijo, a través de la empalizada y vi a los amantes juntos." "¿Quiénes?", le pregunté. Y entonces me respondió: "Axinia Astakhov y tu hermano. Yo dije..."

Grigori cogió una horquilla corta que estaba en la trasera de la segadora y se precipitó sobre Pedro. Éste dejó las riendas, saltó del asiento y se guareció tras los caballos.

— ¡Estás rabioso! ¡Maldito! ¡Eh! ¡Eh!

Grigori mostró los dientes como un lobo y lanzó la horquilla. Pedro se tendió boca abajo; la horquilla pasó sobre él y fue a hincarse en la tierra seca y pedregosa.

Pedro sujetaba por la brida a los caballos, espantados por los gritos, y juraba.

— ¡Has podido matarme! ¡Bribón!

— ¿Y qué, si te mato?

— ¡Imbécil! ¡Rabioso loco! ¡Un verdadero turco! Enteramente de la raza del padre.

Grigori arrancó la horquilla y se puso a caminar tras la segadora. Pedro le llamó con la mano.

—Ven aquí, dame la horquilla.

Se pasó las riendas a la mano izquierda, cogió la horquilla y, antes de que Grigori advirtiera su intención, le golpeó con el mango en la espalda.

— ¡Merecerías más fuerte! —dijo con desencanto, mirando a Grigori, que había saltado de costado.

Un minuto después encendían un cigarro, mirábanse a los ojos y se echaban a reír.

La mujer de *Khristonia,* que pasaba cerca de allí en su carromato cargado de gavillas, había visto a Grichka arrojar la horquilla.

Se levantó en su vehículo, pero no pudo distinguir lo que pasaba entre los dos hermanos. La segadora le ocultaba la escena. Sin embargo, apenas llegada al pueblo, gritó a su vecina:

— ¡Klimovna, corre a casa de Pantelei, el turco! Dile que sus hijos pelean con horquillas cerca del túmulo tártaro. Han discutido y Grichka, el loco, ha golpeado a su hermano en los costados. Pedro le ha devuelto el golpe. La sangre corría a chorros. ¡Era espantoso...!

Pedro estaba afónico a fuerza de animar a los caballos. Ahora silbaba en vez de gritarles. Grigori, yendo detrás, recogía con la horquilla el trigo lanzado por las palas de la segadora. Los caballos, picados por los tábanos hasta verter sangre, agitaban la cola y tiraban sin ánimo. La estepa estaba surcada hasta el horizonte por las segadoras, que

avanzaban lentamente con metálicos crujidos. Las oleadas de trigo segado se amontonaban, con regularidad, bajo el sol ardiente, y las marmotas silbaban en los montículos, haciendo eco a los silbidos de los hombres, que excitaban los caballos.

— ¡Dos surcos más y fumaremos un pitillo! —gritó Pedro, dominando el ruido de la máquina.

Grigori respondió con un signo de cabeza. Le costaba trabajo abrir los labios quemados por el polvo. Mantenía la horquilla muy cerca de los dientes para separar más fácilmente las gavillas. Jadeaba; su pecho, empapado de sudor, le picaba. Las gotas amargas corrían por su frente y le escocían en los ojos como espuma de jabón. Los dos hermanos detuvieron los caballos, desperezándose, y se pusieron a fumar.

—Alguien viene a caballo por el camino —dijo Pedro, amparándose los ojos con la mano.

Grigori siguió su mirada y dijo, enarcando las cejas con asombro:

—Parece padre.

— ¿Estás loco? Nuestros caballos están aquí. ¿Qué bestia podía montar?

—Sin embargo, es él.

—Te engañas, Grichka.

—Te juro que es él.

Poco después, pudo verse claramente el caballo que galopaba a rienda suelta, y al jinete.

— ¡Es él!

Pedro le había reconocido y, súbitamente asustado, empezó a temblar.

—Algo ha sucedido en casa —dijo Grigori, expresando el común pensamiento.

Pantelei Prokofievich llegó a doscientos metros de sus hijos, enfrenó el caballo y le puso al trote.

— ¡Esperad, hijos de perros! Voy a azotaros a los dos —aulló de lejos amenazándoles con el látigo.

— ¿Qué le ocurre? —exclamó Pedro completamente desorientado, hundiendo en la boca su bigote rubio como los higos maduros.

—Escóndete tras la segadora si no quieres recibir algún fustazo. Antes de comprender de qué se trata podríamos recibir un mal golpe —dijo Grigori, sonriendo, y se situó detrás de la segadora.

— ¿Qué habéis hecho aquí, ralea del demonio?

—Segar —replicó Pedro completamente desconcertado, mirando con recelo el látigo.

— ¿Quién de los dos ha pinchado al otro con la horquilla? ¿Por qué os habéis peleado?

Grigori volvió la espalda a su padre y, levantando la cabeza, contaba despacio las nubes dispersadas por el viento.

— ¿Qué dices? ¿Qué horquilla? ¿Quién se ha peleado? —preguntó Pedro guiñando los ojos con atontamiento.

— ¿Cómo, pues? Aquella estúpida mujer, ha llegado a casa aullando: "¡Vuestros cachorros se han destripado el uno al otro con horquillas!" ¡Qué...! ¿Qué significa eso...?

Pantelei Prokofievich sacudió furiosamente la cabeza y echó pie a tierra.

—He pedido prestado el caballo a Fedka Simichkin y he salido al galope. ¿Qué sucede?

—Pero ¿quién te ha ido con ese cuento?

—Una mujer.

— ¡Ha mentido, padre! Probablemente iba dormida en el carromato y lo ha soñado todo.

— ¡Maldita mujer! —gritó Pantelei Prokofievich con voz taladrante —. ¡Ha sido Klimovna! ¡Ah, perra! Voy a azotarla. ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Estaba fuera de sí y pateaba cojeando.

Grigori bajó los ojos, sofocando la risa. Pedro miraba el semblante de su padre y se alisaba el pelo con la mano.

Pantelei Prokofievich calmóse poco a poco; sentado en la segadora, guió los caballos hasta el extremo del campo, volvió, montó a caballo y alejóse echando pestes.

Pedro recogió del surco el látigo olvidado por su padre, lo examinó moviendo la cabeza y mostrándoselo a Grigori, dijo:

—De buena hemos escapado, hermano. Mira un momento. ¿Es esto un látigo? Se pueden cortar cabezas con este juguete como con una hoz.

XVIII

Los Korchunov eran considerados como la familia más acaudalada de la aldea tártara. Tenían catorce pares de bueyes, una recua de caballos, yeguas de raza, provenientes de la remonta de Provalsk; quince vacas y un rebaño de centenares de carneros. Su casa no le cedía en nada a la de Mokhov: tenía seis habitaciones y estaba cubierta de un tejado de palastro; varias dependencias tenían la techumbre cubierta de tejas nuevas; el huerto abarcaba una hectárea y media. En general, los Korchunov no podían quejarse de su suerte. Por esto, Pantelei anduvo a regañadientes y con timidez cuando fue, por primera vez, a pedirles a Natacha para su hijo. Los Korchunov hubieran podido encontrar un novio más ventajoso. Pantelei Prokofievich lo comprendía, temía una negativa y no quería pordiosear el consentimiento al orgulloso y testarudo Korchunov. Pero Ilinichna no le dejaba en paz y acabó por quebrar su resistencia. Pantelei Prokofievich, renegando contra Grigori, Ilinichna y el mundo entero, consintió en volver a casa de los Korchunov.

Entretanto, una lucha sorda dividía a la familia Korchunov. Después de la marcha de los *svaty,* la novia, interrogada por su madre, respondió:

—Grichka me gusta y no me casaré con otro. Su padre trató de hacerla entrar en razón:

— ¡Pero no es novio para ti! ¡Es moreno como un gitano y no posee gran cosa! ¡Vaya, hijita, ya te buscaré algo mejor!

—No necesito otros... —respondía, ruborizándose, Natacha, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos —. No quiero ni mirarles. Si no estáis de acuerdo, permitidme ir a un convento.

— ¡Pero si es un calavera! —afirmaba el padre, jugándose la última carta—. ¡El pueblo entero habla de él! ¡Es un mujeriego! ¡Es un ganapán! —Me da lo mismo.

— ¡Pues bien, si no te importa, a mí menos! ¿Qué más me da a mí?

Natacha, la primogénita, era la preferida del padre, que no quería imponerle su elección. El año anterior fueron ya los *svaty,* de muy lejos, a pedirla para un cosaco de familia acaudalada. Vinieron otros de Khoper, de Tchir; pero los novios no habían gustado a Natacha, y los *svaty* hubieron de irse contrariados.

En el fondo, Grichka gustaba a Miron Grigorievich por su ardimiento y su apego a la tierra y al trabajo. Le distinguía sobre la multitud de jóvenes cosacos en las carreras y le apreciaba también porque Grigori había ganado el primer premio en una carrera de caballos, pero le parecía deshonroso dar su hija a un mozo poco rico y de mala reputación.

—Es un buen trabajador y un guapo mozo —le susurraba su mujer durante la noche, acariciando su mano cubierta de pelos rojos—. Natacha está enamorada... Ha enflaquecido...

Miron Grigorievich le volvía la espalda y gruñía coléricamente:

— ¡Déjame en paz! ¡Te agarras como una pagamacera! ¡Cásala, si quieres, con Pachka el idiota! ¡Me da lo mismo! ¡Eres estúpida de veras! ¡Un guapo mozo...! ¡Hermoso negocio! ¿De qué te servirá su belleza? ¿Es que vas a hacer las recolecciones con su hociquito?

—No se trata de recolecciones...

— ¿Qué vas a hacer con su cara? Cierto que es bien parecido. Pero, a decir verdad, me molesta dar mi hija a los *Turcos.* ¡Si fueran gentes como los demás...!

Miron Grigorievich hinchábase de orgullo y se removía en la cama.

—Es una familia laboriosa y en cierto modo acomodada —murmuraba la mujer, apretándose contra la espalda de su marido y tratando de calmarle golpeándole el brazo.

— ¡Apártate! ¡Como si no hubiera sitio en la cama!

¿Por qué me palpas con la mano como si fuera una vaca preñada? ¡Puedes casarla con un mozo pelón, si te place!

—Hay que buscar el bien de los hijos. La riqueza carece de importancia —proseguía la mujer, soplando en la oreja velluda del marido, que removía las piernas, acercándose a la pared y roncando para fingir que dormía.

La llegada de los *svaty* les cogió de improviso. Después de la misa, su *tarantass* se detuvo ante la finca de los Korchunov. La gorda Ilinichna estuvo a punto de volcar el coche cuando se apoyó, con todo su peso, en el estribo. Pantelei Prokofievich saltó gallardamente a tierra y, aunque se hizo daño en la pierna, lo disimuló dirigiéndose resueltamente hacia la casa.

— ¡Heles aquí, el demonio les trae! —suspiró Miron Grigorievich mirando por la ventana.

— ¡Ah, hijos míos! —exclamó la madre Korchunov—. No he tenido tiempo de ponerme la falda de los domingos.

— ¡Estás bien así! No se te pide en matrimonio a ti. ¡Nadie precisa de ti, vieja carcoma!

—Siempre has sido grosero, y ahora que eres viejo desbarras lamentablemente.

— ¡Vamos, vamos, cállate!

— ¡Ve a ponerte una blusa limpia! ¿No te da vergüenza? ¡Eh, condenado!

— ¡Eso no tiene importancia! Aunque estuviera hecho un pingo, no por eso dejarían de pedir mi hija.

—Os deseo buena salud —gritó en voz alta Pantelei Prokofievich. Tropezó en el umbral, cosa que le turbó al punto. Concediéndose tiempo para tranquilizarse, metió en la boca la mitad de su crecida barba negra y persignóse más que de costumbre ante los iconos.

—Buenos días —contestó el dueño de la casa, mirándole con expresión hostil.

—Gracias a Dios, hemos tenido buen tiempo.

—A Dios gracias el tiempo está seguro.

— ¡Es cierto!

— ¡Eso es!

— ¡Sin duda!

—En fin, hemos venido, Miron Grigorievich... para preguntaros qué habéis decidido. Nos ponemos de acuerdo, ¿sí o no?

—Entrad, si queréis. Tomad asiento, os lo suplico —dijo amablemente la dueña, deshaciéndose en reverencias y barriendo el piso con su largo vestido arrugado.

—No os molestéis.

Ilinichna sentóse plegando su falda ruidosamente. Miron Grigorievich, acodado en la mesa, cubierta con un hule nuevo, guardaba silencio. El hule olía a caucho mojado. Los retratos de los zares y zarinas difuntos miraban gravemente desde las cuatro esquinas del tapete, y, en el centro, veíanse representadas las grandes duquesas, con sombreros blancos, y el zar Nicolás II, todos enteramente cubiertos de manchas de moscas.

Al fin, Miron Grigorievich rompió el silencio.

—Pues bien... hemos decidido casar a nuestra hija. Si llegamos a un acuerdo, emparentaremos...

Entonces, Ilinichna sacó un pan blanco de las profundidades insospechadas de su vestido de amplias mangas y lo dejó en la mesa.

Pantelei Prokofievich quiso persignarse, pero sus dedos, endurecidos y negros, reunidos para hacer la señal de la cruz, separáronse de pronto y, antes de llegar a la frente, deslizáronse furtivamente bajo los forros de la blusa azul, de donde sacó una botella de vodka.

—Ahora, queridos amigos, digamos una oración, bebamos un trago y hablemos de nuestros chicos y del acuerdo que hemos de convenir.

Pantelei Prokofievich parpadeaba nerviosamente con ternura mirando el rostro de su *svat* y golpeó dulcemente, con su mano enorme como un casco de caballo, el fondo de la botella.

Una hora después, los dos compadres estaban sentados tan cerca el uno del otro que los rizos negros de Melekhov tocaban las rojizas barbas de Korchunov. Pantelei Prokofievich, exhalando un ligero aliento de pepino salado, se inclinaba sobre Korchunov y le exhortaba:

—Mi querido *svat* —profirió con un cuchicheo bordoneante—, mi querido *svat* —y su voz crecía hasta gritar: *svat...,* aullaba abriendo la boca cuanto podía—. Lo que me pides es realmente insoportable para mí. Piénsalo un poco, querido *svat,* ¡reflexiona lo que me pides: un par de botines con sus chanclos, una pelliza, dos vestidos de lana, un pañuelo de seda... ¡Un presente tal de matrimonio significa para mí la ruina...!

Pantelei Prokofievich extendió los brazos, y las costuras de su uniforme de la guardia cosaca estallaron, dejando escapar nubecillas de polvo. Miron Grigorievich bajaba la cabeza y miraba el hule mojado de vodka y de jugo de pepino. Leyó la inscripción: "Los zares rusos", y más abajo: "Su Majestad Imperial el emperador Nicolás..." Una monda de patata ocultaba el final de la frase. Contempló el dibujo.

Una botella vacía de vodka tapaba el rostro del emperador. Miron Grigorievich, henchido de veneración, esforzábase por distinguir, parpadeando, a qué cuerpo pertenecía el uniforme con el cinturón blanco que el zar vestía en el dibujo; pero el uniforme estaba totalmente cubierto de viscosas pepitas de pepino. La emperatriz, tocada con un gran sombrero, rodeada de sus pálidas hijas, le miraba con aire satisfecho. Miron Grigorievich sintióse, de pronto, ofendido hasta las lágrimas. Pensó: "¡Tienes ahora la expresión altanera, como una oca que saca la cabeza de un cesto! ¡Pero quisiera verte el día en que hayas de casar a una de tus hijas!"

Pantelei Prokofievich bordoneaba en su oreja como un enorme insecto negro. Levantó hacia él sus ojos turbios y escuchó:

—Para comprar a tu hija, tan joven ahora; para comprarla, digo, tales regalos de boda...: botines, chanclos y una pelliza... ¡necesito vender todas mis bestias!

— ¿Eso te enoja? —gritó Miron Grigorievich dando un puñetazo sobre la mesa.

—No es que me enoje.

— ¡Te enoja!

—Atiende un momento, *svat.*

— ¡Si te molesta, vete al diantre!

Miron Grigorievich barrió la mesa con la mano, haciendo caer al suelo todos los vidrios.

—Pero si vendo las bestias, tu hija perderá; puesto que va a vivir en la finca con

nosotros.

— ¡Tanto peor! Tienes que hacerle los regalos, si no, el matrimonio quedará sin efecto.

—Tendré que vender las bestias —repetía Pantelei Prokofievich, sacudiendo la cabeza.

El pendiente brillaba en su oreja.

— ¡Los regalos han de hacerse! Mi hija tiene muchos cofres llenos de vestidos y tú debes tratarla en consonancia, si agrada a tu familia. Tal es nuestra costumbre cosaca. Nuestros mayores obraban así, y nosotros debemos seguir su ejemplo.

—Yo complaceré a tu hija.

—Complácela.

—La contentaré, no temas.

—En lo que concierne a los animales, los recién casados sabrán reunir dinero para comprarlos. Nosotros supimos hacerlo y no vivimos peor que los demás. ¡Ellos deben hacer lo mismo!

Las barbas de los dos *svaty* se mezclaron en un abrazo amistoso. Después de esto, Pantelei Prokofievich engulló un pepino salado y, trastornado por sentimientos contradictorios, se puso a llorar amargamente.

Las dos madres, abrazadas por el talle, estaban sentadas sobre el cofre y se ensordecían mutuamente con su cotorreo. El aguardiente encendía las mejillas color de cereza de Ilinichna, mientras que la otra comadre enverdecía, como una pera pasmada por la escarcha.

—...Es una muchacha como no hay dos en el mundo. Te obedecerá y respetará. Será siempre sumisa, pues tiene miedo de decir palabras de contradicción.

— ¡Ah, querida mía! —interrumpía Ilinichna, sosteniendo la mejilla en la mano izquierda y apoyando el codo en la derecha—, ¡cuántas veces se lo he dicho a ese hijo de perro! El domingo último quería salir a la anochecida. Cuando le vi llenar de tabaco la petaca, le dije: "Pero, ¿cuándo vas a dejarla, maldito calavera? ¿Hasta cuándo deberé soportar esta vergüenza? ¡Stefan puede retorcerte el cuello como si nada!"

Mitka, encaramado sobre una silla en la cocina, miraba por una rendija de la puerta; las dos hermanitas de Natacha murmuraban por lo bajo.

La prometida habíase refugiado en la estancia más retirada de la casa y se enjugaba las lágrimas con la estrecha manga del vestido. La nueva vida que se abría ante ella, la espantaba. La incertidumbre oprimía el corazón.

Los padres terminaron la tercera botella de vodka y decidieron celebrar los esponsales el día del Salvador.

XIX

La agitación que precede a la boda reinaba en casa de los Korchunov. Terminábase, apresuradamente, el ajuar de la novia. Natacha empleaba las veladas en hacer a ganchillo, en lana muy ligera y cardada, el pañuelo tradicional y los guantes.

Su madre Lukinichna se pasaba el día entero inclinada sobre la máquina de coser, ayudando a la costurera, traída especialmente de la aldea.

Al anochecer, cuando Mitka regresaba del campo con su padre y los obreros, sin lavarse ni quitarse las pesadas botas, pasaba al cuarto de Natacha y se sentaba a su lado. Su mayor placer consistía en fastidiar a su hermana.

— ¿Haces ganchillo? —preguntaba guiñando el ojo sobre el pañuelo.

—Sí, hago ganchillo, ¿qué te importa?

—Hazlo, hazlo, pobre Imbécil; por todo agradecimiento te tundirá a golpes.

— ¿Por qué?

—Por nada. Conozco a Grichka, somos amigos. Es un perro que muerde sin decir por qué.

— ¡No mientas! ¡Como si yo no lo conociera!

—Le conozco mejor que tú. Hemos ido juntos a la escuela...

Mitka suspiraba con fingida compasión y, curvando la espalda, se miraba las palmas cubiertas de arañazos.

—Estás perdida, Natacha, si te casas con él. Más te valdría quedar soltera. ¿Qué has encontrado en él? ¿Eh? Es horrible, asusta hasta a los caballos. Y además es tonto. Mírale bien y recházalo.

Natacha se enfadaba, se tragaba las lágrimas, inclinando sobre el pañuelo el rostro descompuesto.

—Y, sobre todo, tiene una querida —insinuaba malvadamente Mitka—. Pero, ¿por qué lloras? Eres tonta, Natacha. ¡Rompe con él! Si quieres, ensillaré mi caballo e iré a decirle: "Es inútil que vuelvas a casa..."

El abuelo Grichaka acudía, generalmente, en socorro de Natacha; penetraba en el cuarto tanteando el suelo con su muleta, peinaba el cáñamo amarillo de su barba con los dedos nudosos, amenazaba a Mitka con la muleta y preguntaba:

— ¿Qué vienes a hacer aquí, granuja?

—He venido a hacer una visita, abuelo.

— ¿Una visita? Te ordeno que salgas de aquí, granuja. ¡Media vuelta a la derecha! ¡Marchen!

El anciano levantaba su muleta y acercábase a Mitka, avanzando penosamente sobre sus piernas desecadas.

El abuelo Grichaka contaba ya sesenta y nueve años. En 1877 había tomado parte en la campaña de Turquía; fue ordenanza del general Gurko, pero no tardó en caer en desgracia y fue enviado al regimiento. Por heroicos hechos de armas, en el asedio de Plevna y de Rochiteh, había recibido dos cruces y la medalla de San Jorge. Era un viejo camarada de Prokofiech Melekhov. Gozaba de la consideración de todo el pueblo por su espíritu claro, su honestidad y su hospitalidad. Vivía con su hijo y se complacía en narrar su vida. Durante el verano, permanecía sentado, desde la mañana al anochecer, en un banco delante de la casa; con la cabeza baja dejábase llevar por sus pensamientos; imágenes confusas, retazos de recuerdos se levantaban en él como a través de una niebla desde el fondo del pasado. La visera agrietada de la gorra cosaca echaba una sombra negra sobre los ojos cerrados, las arrugas parecían más profundas y la barba gris tenía reflejos violáceos; una sangre negra, fértil como la tierra, corría lentamente por las venas hinchadas que surcaban sus manos cruzadas sobre la muleta. Sin embargo, su sangre se enfriaba cada año. El abuelo Grichaka se quejaba a su nieta preferida, Natacha:

—Las medias de lana apenas me calientan las piernas. Hazme otro par a ganchillo, hija mía.

—Pero, ¿qué dices, abuelo? Si estamos en verano... —respondía Natacha riendo y, sentándose a su lado, miraba su enorme oreja amarilla y arrugada.

— ¿Qué quieres, nietecita? Aunque estemos en estío mi sangre está fría como el agua en los pozos.

Natacha miraba el haz de venas sobre la mano nudosa del abuelo y recordaba cómo siendo todavía niña había construido un prado en el patio; con la húmeda arcilla que sacaba del agujero confeccionaba pesadas muñecas y vacas, cuyos cuernos se chafaban sin cesar. No había olvidado la sensación que experimentara entonces tocando la tierra helada, extraída a diez metros de profundidad, y por esto miraba con terror ahora las manos del abuelo, cubiertas de manchas oscuras color de arcilla. Se le antojaba que no corría sangre roja por sus venas, sino tierra arcillosa.

— ¿Tienes miedo a morir, abuelo? —le preguntaba.

El abuelo Grichaka movía el pescuezo largo y delgado cubierto de arrugas, como si el cuello del uniforme le molestara, mientras se mordía el bigote:

—Aguardo a la muerte como a una visitante muy amada. Ya es hora... He vivido bastante. He servido a los zares y he bebido mucho vodka en mi vida —añadía, sonriendo.

Natacha, acariciando las manos del abuelo, se alejaba. Éste quedaba en su sitio, encorvado en el uniforme gris y remendado, animado sólo por las franjas rojas del cuello.

Recibió tranquilamente la noticia de los esponsales de Natacha, pero en el fondo estaba afligido y casi enfadado. Natacha le servía siempre los mejores trozos en la mesa, le lavaba la ropa, le hacía medias y le repasaba las camisas y calzoncillos; así, pues, no es de extrañar que Grichaka, enterado de la noticia, mirase a su nieta severamente durante dos días.

—Los Melekhov son buenos cosacos. He servido en el mismo regimiento que el difunto Prokofi. Era un valiente cosaco. Y sus nietos, ¿cómo son? ¿Eh?

—Sus nietos no son malos —respondía Miron Grigorievich evasivamente.

—El ganapán de Grichka no me parece muy respetuoso. El otro día lo encontré entrando en la iglesia y no me saludó. Ya no respeta la vejez.

—Es un muchacho afectuoso —replicó Lukiníchna, defendiendo al futuro yerno.

— ¡Eh! ¿Qué dices? ¡Afectuoso...! ¡Más vale así! ¡Siempre que agrade a Natacha...!

Grichaka apenas había participado en la ceremonia de los esponsales. Había salido un instante de la estancia, trasegó penosamente un vaso de vodka y se fue, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

Después de dos días de enfurruñamiento, se había dulcificado; llamó:

— ¡Natacha! Natacha acercóse a él.

—Oye, nietecita, ahora serás feliz, ¿verdad?

—Ni yo misma lo sé —confesó Natacha.

Y, de súbito, no pudiendo contenerse, empezó a hacerle reproches.

— ¡No has querido esperar mi muerte, desgraciada, para casarte! Sin ti la vida me será muy amarga.

Mitka, que había oído desde la cocina la conversación, le dijo:

—Vivirás todavía cien años, abuelo; ¡cómo querías que esperase! ¡Eres un pillo!

El abuelo Grichaka enrojeció hasta ponerse negro; atragantándose de coraje, golpeó el suelo con la muleta y gritó:

— ¡Cállate, bandido, hijo de perro! ¡Vete, vete! ¡Ah, demonio! ¡Escuchas tras las puertas!

Mitka se alejó riendo; pero el viejo continuó todavía largo rato injuriándole, mientras las piernas, calzadas con medias de lana, le temblaban bajo el peso...

Las dos hermanitas de Natacha, Marichka, de doce años, y Grippa, una picaruela de ocho años, esperaban con impaciencia el día de la boda.

Los mozos de la finca mostraban también una alegría mal contenida. Se alegraban pensando en los dos días de boda y en las francachelas que vendrían. Uno de ellos, alto como una jirafa, un ucraniano que respondía al extraño nombre de Het-Baba, emborrachábase a conciencia cada seis meses; la borrachera le duraba una semana, durante la cual derrochaba sus ganancias y a veces también vendía sus efectos. De algún tiempo a la parte, experimentaba la sensación de desfallecimiento y angustia que anunciaba en él el acercamiento del *zapoi,* la crisis periódica de loa alcohólicos, pero se dominaba, para hacerla coincidir con las fiestas del casamiento.

El segundo mozo, un cosaco mezquino, llamado Mikhei, originario de la aldea Niguleoskaia, llevaba poco tiempo en casa de los Korchunov. Arruinado por un incendio, habíase contratado como mozo de labor y unido en amistad con Het-Baba, había comenzado también a emborracharse de tiempo en tiempo. Amaba apasionadamente los caballos y, cuando estaba bebido, decía, llorando, a Miron Grigorievich:

— ¡Patrón, querido patrón! Cuando cases a tu hija, déjame conducir el coche. ¡Verás cómo lo llevo! Puedo meter un carruaje a través de las llamas sin que un pelo de los caballos se chamusque. ¡También he tenido caballos...! ¡Ah...!

Het-Baba, que era generalmente sombrío y poco sociable, gustaba, sin embargo, de embromar a Mikhei, a quien siempre gastaba la misma broma.

Reía una y otra vez esta burla, dándose enormes puñetazos en las rodillas adelgazadas, mientras que Mikhei miraba con rencor su rostro afeitado y la enorme nuez que rodaba en su garganta. Le insultaba entonces, tratándole de búho y de sarnoso.

La boda quedó señalada para la semana anterior al final del ayuno, antes de la segunda Pascua. El día de la Asunción, Grigori fue a visitar a su prometida. Fue recibido en una estancia donde se hallaban reunidas, ante una mesa redonda, las amigas de Natacha; permaneció unos instantes con ellas, partiendo nueces y semillas de girasol, y marchóse. Natacha le acompañó hasta el patio. Bajó a la cochera, donde estaba atado al pesebre el caballo de Grichka, que llevaba una silla ricamente adornada; Natacha, ruborosa y contemplando a su prometido amorosamente, sacó de su corpiño un pequeño objeto y se lo ofreció; Grigori preguntó, haciendo brillar sus dientes de lobo:

— ¿Qué es esto? ¿Una petaca?

—Ya lo verás después.

Grigori la atrajo tímidamente hacia sí y quiso besarla; pero, apoyando las manos sobre su pecho, ella echó atrás la cabeza y miró, con terror, a la ventana de la casa.

— ¡Pueden vernos!

— ¿Y qué importa?

— ¡Me da vergüenza...!

—Es porque todavía no tienes costumbre —explicó Grigori.

Ella sostuvo la brida y Grigori apoyó el pie en el estribo, acomodóse en la silla entapizada y fustigó al caballo. Natacha abrióle la puerta cochera y le siguió con la mirada. Grigori cabalgaba a la manera calmuca, algo inclinado del lado izquierdo, y agitaba gallardamente su látigo. "Quedan once días todavía, once días", pensó Natacha suspirando; y sonrió.

XX

Despuntan los agudos tallos del trigo y crecen de tal modo que mes y medio más tarde, la corneja podrá ya ocultarse allí por completo; nutrido con la savia de la tierra, el tierno tallo crece, las espigas aparecen; el grano se hincha de una savia aromática y dulce; luego, florece el trigo y un polvo de oro cubre las espigas. El colono va a la estepa y se regocija a la vista de los trigales dorados. Pero, de pronto, un tropel de bestias irrumpe en el campo y pisotea con los cascos las espigas pesadas, y en los sitios en que el ganado se ha revolcado por el suelo, quedan grandes lagunas de trigo derribado.

Así le aconteció a Axinia. Su sentimiento, que había madurado como una flor bermeja, quedaba truncado, pisoteado y mancillado por la pesada bota de Grigori.

Después de la entrevista en el prado de los girasoles, el alma de Axinia quedó vacía y desolada como un campo abandonado, invadido por la mala hierba. Regresó mordiendo una punta del pañuelo para contener los gritos que la ahogaban. Al llegar a su casa, cayó al suelo, en la antesala, y estalló en sollozos. Un vacío enorme y negro se hizo en su cabeza... Luego pasó. Pero en el fondo de su corazón quedaba una angustia penetrante.

El trigo, abatido por el ganado, se levanta a veces, ayudado por el rocío y el sol. Como un hombre, desembarazado de un fardo aplastante, yergue la cabeza, los trigos enfilan sus espigas al cielo y ondulan de nuevo bajo el viento...

De noche, mientras acariciaba frenéticamente a su marido, Axinia pensaba en el otro, y el amor y el odio mezclábanse en su alma. En el fondo de sí misma meditaba un nuevo deshonor: quitarle a Grichka a la feliz Natacha, que todavía ignoraba los dolores y las alegrías del amor. No pudiendo dormir, con los ojos enjutos, dilatados en la oscuridad, removía en su espíritu toda clase de pensamientos. La pesada cabeza de Stefan, con el largo mechón de cabellos rizados, reposaba en su brazo derecho. Respiraba con la boca entreabierta y su mano, renegrida, olvidada sobre el pecho de su mujer, se agitaba durante el sueño. Axinia pensaba, meditaba, balbuceaba; sólo de una cosa estaba segura: que debía rescatar a Grichka del mundo entero, poseerle como antes y saturarle con su amor.

Sentía nuevamente, en el fondo del corazón, las punzadas de la angustia, penetrante como el aguijón de una abeja.

Durante el día, Axinia ahogaba su dolor en los quehaceres de la casa. Cuando encontraba a Grichka en alguna parte, palidecía y, devorada por el deseo, pasaba ante él sumiendo su mirada provocativa en el negro abismo de los ojos de su amante. Después de estos encuentros, Grichka sentía oprimírsele el corazón. Se tornaba irritable y pagaba

su mal humor con Duniachka y su madre; pero lo más frecuente era que tomase el sable, fuese al corral y se ejercitase en cortar, de un solo golpe, las ramas, que hincaba de antemano en la tierra. Reluciente de sudor, esgrimía el sable corajudamente y, en una semana, hizo un enorme montón de leña. Pantelei Prokofievich enfadábase y le amonestaba, rodando sus ojos de turco.

— ¿Por qué has cortado todo eso, condenado sarnoso? Habría bastado para hacer dos cercas. ¡Vaya un salvaje! ¡Pedazo de inútil! Ve a ejercitarte a los matorrales... Aguarda un poco, cachorro, cuando hagas el servicio militar, podrás esgrimir a tu gusto. ¡Pronto te calmarán allá abajo!

XXI

Para buscar a la prometida, cuatro coches, enganchados a tronco, partieron en cabalgata. Una multitud endomingada reuníase en el patio de los Melekhov. Pedro, el padrino, habíase puesto una chaqueta negra y el calzón militar azul con franjas color de rosa. Dos pañuelos blancos se anudaban en su brazo izquierdo. Sonreía bajo el bigote, manteniéndose cerca del novio.

—No estés acobardado, Grichka. Yergue la cabeza como un águila. ¿Por qué miras al suelo?

Terminábanse, acelerada y ruidosamente, los últimos preparativos para la marcha.

— ¿Dónde está el coche del novio? ¡Es hora de salir!

— ¡Compadre! — ¿Qué?

—Compadre, irás en el segundo coche. ¿Me oyes?

— ¿Se han puesto asientos en los coches?

—Aunque no haya asientos, no hay peligro que te rompas los huesos, con la carne que tienes.

Daria, menuda y frágil como una caña, con una falda de color frambuesa, apresuraba a Pedro levantando los arcos bien dibujados de sus finas cejas negras.

—Es hora de salir. Díselo a padre. Deben estar impacientes allá abajo.

Pedro murmuró algo a su padre y dio la señal de partida.

— ¡Tomad asiento en los coches! En el mío, ya son cinco con el novio. ¡Anikei! ¡Anikei! Tú vas a conducir.

Ilinichna, roja y solemne, abrió la puerta cochera. Los cuatro coches partieron, procurando adelantarse unos a otros en la calle del pueblo.

Pedro iba sentado al lado de Grigori. Daria, frente a ellos, agitaba un pañuelo de encaje. Todo el cortejo entonó canciones, pero las voces se perdían con el ruido de las ruedas; los coches traqueteaban sobre los uniformes azules y negros, los brazales blancos, los muelles. Las bandas rojas de las gorras cosacas, el arco iris de los pañuelos de las

mujeres, las faldas de todos los colores, los chales que flotaban en el aire, todo, pasaba en un torbellino de ruidos, risas, voces y canciones; un cortejo de boda, en suma, tal como debe ser.

Anikei, vecino de los Melekhov y pariente lejano de Grichka, se inclinaba sobre su atalaje y aun a riesgo de caer del asiento, hacía restallar la fusta, aullaba, y los caballos corrían atirantando los tiros como si fuesen a romperlos.

— ¡Fustígales! ¡Pégales! —gritaba Pedro.

Anikei, de rostro imberbe de eunuco, hacía un guiño a Grigori, sonriendo melosamente, lanzaba un grito penetrante y seguía fustigando a los caballos.

— ¡Atención! —tronó, sobrepasándole, Ilia Ojoguin, tío de la novia por la rama materna.

Grigori advirtió a la espalda de Ojoguin el rostro radiante, de mejillas carnosas, de Duniachka.

— ¡No, espera! —gritó Anikei, e irguiéndose en toda su estatura sobre el asiento, lanzó un silbido estridente.

Los caballos se lanzaron en una carrera insensata.

—Vas a volcar —aullaba Daria, abrazando las botas charoladas de Anikei.

— ¡Agárrate bien! —clamó la voz del tío Ilia. Otros dos coches, atestados de gente abigarrada y aulladora, rodaban emparejados. Los caballos estaban cubiertos de gualdrapas rojas, azules y rosa y de floridas guirnaldas de papel. Sus colas y crines aparecían entretejidas de cintas multicolores; y galopaban cubiertos de una espuma que el viento arrebataba en pompas.

Un tropel de pilluelos aguardaba el cortejo en el portal de la finca de los Korchunov. Cuando advirtieron dos torbellinos de polvo que fluctuaban sobre el camino, se precipitaron en el patio.

— ¡Ya llegan! ¡Ya están ahí!

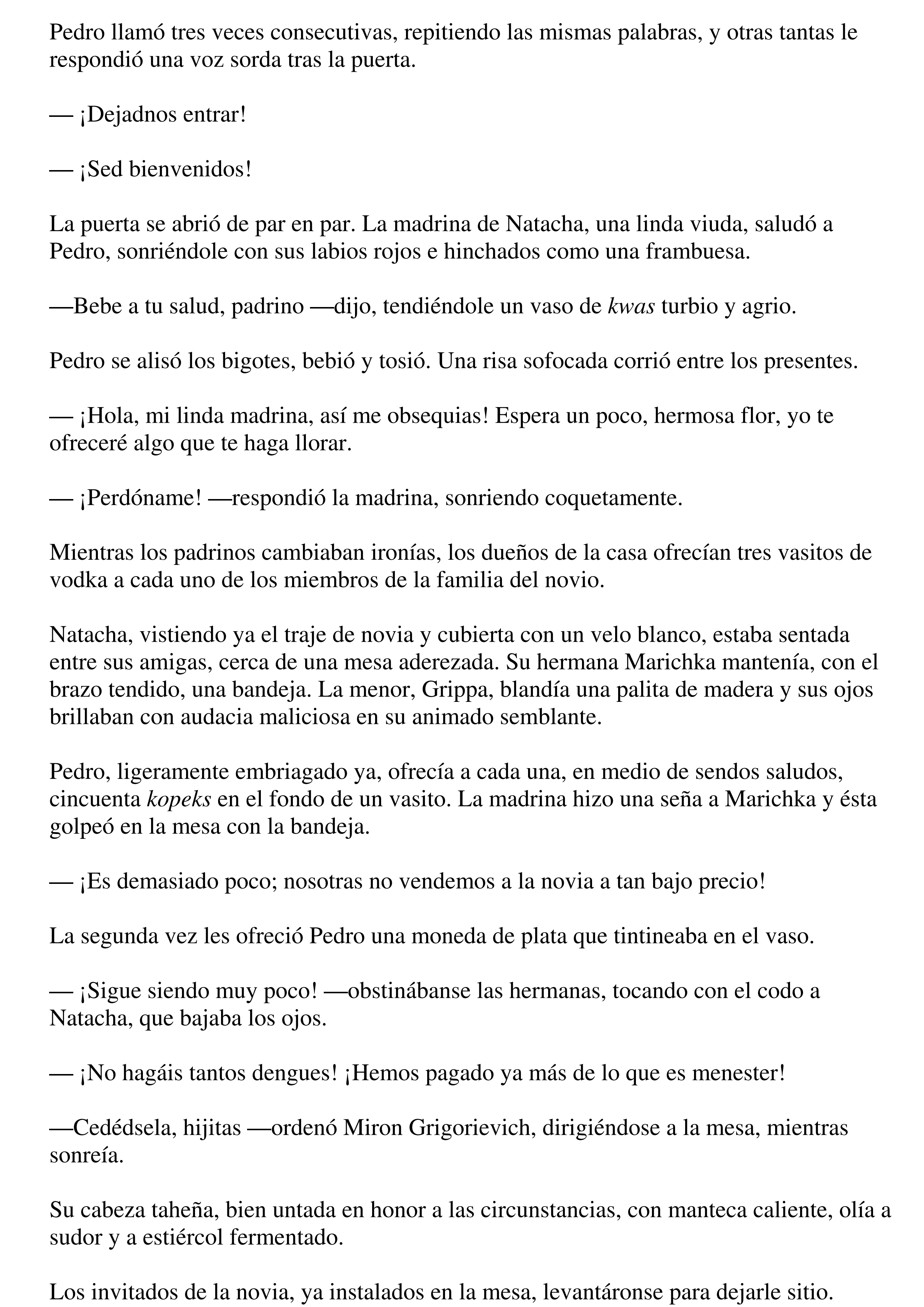
Los pilluelos rodeaban a Het-Baba.

Los chiquillos gañían danzando en torno a Het-Baba. Éste bajaba la cabeza y examinaba con indulgencia, en tanto se rascaba el vientre, la bandada que bullía a sus pies.

Los coches penetraron, con estrépito, en el patio. Pedro condujo a Grigori a la gradería y los demás les siguieron. La puerta de la cocina estaba cerrada. Pedro llamó.

— ¡Señor, que tu gracia venga sobre nosotros!

— ¡Amén! —respondieron tras la puerta.



Pedro llamó tres veces consecutivas, repitiendo las mismas palabras, y otras tantas le respondió una voz sorda tras la puerta.

— ¡Dejadnos entrar!

— ¡Sed bienvenidos!

La puerta se abrió de par en par. La madrina de Natacha, una linda viuda, saludó a Pedro, sonriéndole con sus labios rojos e hinchados como una frambuesa.

—Bebe a tu salud, padrino —dijo, tendiéndole un vaso de *kwas* turbio y agrio.

Pedro se alisó los bigotes, bebió y tosió. Una risa sofocada corrió entre los presentes.

— ¡Hola, mi linda madrina, así me obsequias! Espera un poco, hermosa flor, yo te ofreceré algo que te haga llorar.

— ¡Perdóname! —respondió la madrina, sonriendo coquetamente.

Mientras los padrinos cambiaban ironías, los dueños de la casa ofrecían tres vasitos de vodka a cada uno de los miembros de la familia del novio.

Natacha, vistiendo ya el traje de novia y cubierta con un velo blanco, estaba sentada entre sus amigas, cerca de una mesa aderezada. Su hermana Marichka mantenía, con el brazo tendido, una bandeja. La menor, Grippa, blandía una palita de madera y sus ojos brillaban con audacia maliciosa en su animado semblante.

Pedro, ligeramente embriagado ya, ofrecía a cada una, en medio de sendos saludos, cincuenta *kopeks* en el fondo de un vasito. La madrina hizo una seña a Marichka y ésta golpeó en la mesa con la bandeja.

— ¡Es demasiado poco; nosotras no vendemos a la novia a tan bajo precio!

La segunda vez les ofreció Pedro una moneda de plata que tintineaba en el vaso.

— ¡Sigue siendo muy poco! —obstinábanse las hermanas, tocando con el codo a Natacha, que bajaba los ojos.

— ¡No hagáis tantos dengues! ¡Hemos pagado ya más de lo que es menester!

—Cedédsela, hijitas —ordenó Miron Grigorievich, dirigiéndose a la mesa, mientras sonreía.

Su cabeza taheña, bien untada en honor a las circunstancias, con manteca caliente, olía a sudor y a estiércol fermentado.

Los invitados de la novia, ya instalados en la mesa, levantáronse para dejarle sitio.

Pedro saltó sobre el banco, puso en la mano de Grigori la punta de un pañuelo y le condujo, rodeando la mesa, hacia la novia, que estaba sentada bajo los iconos. Natacha

cogió con mano temblorosa la otra punta del pañuelo.

Los invitados, que habían recobrado su puesto, comían ruidosamente, despedazando con la mano el pollo cocido y limpiándose los dedos en el pelo. Anikei roía un muslo de pollo y la grasa amarillenta corría por su mentón imberbe.

Grigori miraba con ansia el plato de pastas calientes y su cuchara atada a la de Natacha. Estaba hambriento y sentía desagradables gorgoteos en el vientre.

Daria comía al lado del tío Ilia. Éste, triturando con sus sólidos dientes una costilla de carnero, le susurraba, probablemente, al oído burlas obscenas, porque la joven entornaba los ojos, se ruborizaba y se reía.

Comieron largo rato y a placer. El olor fuerte y sano del sudor de los hombres mezclábase al de las mujeres, áspero y picante; las galas de fiesta, sacadas de los cofres para el caso, olían a naftalina y a rancio.

Grigori examinaba a Natacha con el rabillo del ojo. Por vez primera advirtió que su labio superior era grueso y avanzaba un tanto sobre el inferior. Advirtió también que tenía en la mejilla derecha, un poco más abajo del pómulo, un lunar con dos pelos dorados. Sintió entonces una especie de vértigo. Acordóse, de pronto, del firme cuello de Axinia, con su vellón de ricillos. Y, de pronto, tuvo la sensación de que alguien le hubiese hundido en la espalda, bajo el cuello de la camisa, un puñado de esparto. Tembló y tendió una mirada de inquietud sobre los invitados, que comían jadeando y haciendo crujir animadamente las mandíbulas.

Uno de los invitados, con el aliento hediendo a aguardiente y levadura, acercóse a Grigori y le arrojó un puñado de mijo en la caña de la bota, a fin de librarle del mal de ojo.

Al regreso, estos granos le fueron lastimando el pie; el cuello de la camisa le oprimía la garganta, y Grigori, presa de un furor glacial y desesperado, maldecía en su interior.

XXII

Los caballos, después de haber descansado en la cuadra de los Korchunov, iban a todo correr, sintiendo instintivamente la cuadra propia. Los cocheros, borrachos, les fustigaban sin piedad, aunque el sudor espumoso les corría por todo el cuerpo.

Los padres de Grigori salieron al encuentro del cortejo.

Pantelei Prokofievich, con la barba brillante, tenía un icono; a su lado, Ilinichna mostraba su rostro petrificado en una expresión solemne.

Grigori y Natacha acercáronse para recibir la bendición. Los asistentes arrojaron sobre ellos una lluvia de lúpulo y de granos de trigo. Pantelei Prokofievich dejó escapar una lágrima al bendecirles con el Icono, y, muy avergonzado de esta debilidad, empezó a bullir desesperadamente.

Los novios entraron en la casa. Roja de vodka y de sol, Daria surgió sobre la gradería, precipitándose hacia Duniachka, que venía de la cocina.

— ¿Dónde está Pedro?

—No le he visto.

—Ha desaparecido, el maldito, precisamente cuando tenía que ir a buscar al *pope.*

Pedro, que había bebido más de la cuenta, estaba acostado en la carreta, exhalando gemidos. Daria saltó sobre él como un buitre:

— ¡Estás borracho! ¡Animal! ¡Hay que ir corriendo en busca del *pope,* levántate!

— ¡Vete! No te conozco. Tú no eres el jefe. ¿De qué te prevaleces para mandar aquí? —respondió Pedro con tono reposado, recogiendo puñados de inmundicias de gallina y briznas de paja.

Daria, inundada de lágrimas, le metió los dedos en la boca, apretándole la lengua, y le ayudó así a descargarse. En seguida le derramó un cubo de agua en la cabeza; él quedó completamente aturdido por esta intervención inesperada. Después de secarlo con la manta del caballo, le condujo a casa del *pope.*

Una hora después, en la iglesia, Grigori, en pie junto a Natacha, embellecida por el resplandor de los cirios, miraba vagamente a la muchedumbre que se apretaba en

derredor. Continuamente le acudía a la imaginación esta frase: "Acabada la vida de soltero." Pedro, con la cara hinchada, tosía detrás de él; los ojos de Duniachka brillaban en medio de la multitud que llenaba la iglesia, donde, de vez en vez, destacaba algún semblante conocido o desconocido. Oía, como a través de una niebla, las voces de los coristas y las exclamaciones prolongadas del diácono. Una absoluta indiferencia le invadió súbitamente. Dio tres veces la vuelta en derredor del atril, yendo tras los pies del *pope* gangoso; detúvose, cuando Pedro le tiró del paño de su sobretodo; miraba fijamente las llamas de los cirios, luchando contra el estupor que le abrumaba.

—Cambiad los anillos —dijo el padre Visarión, mirando amistosamente en los ojos a Grigori.

Cambiaron los anillos. "¿Acabará pronto esto?", preguntaba la mirada de Grigori cuando encontraba la de Pedro. Éste respondía con una sonrisa de asombro: "Pronto." A continuación, Grigori besó tres veces los labios húmedos y sosos de su mujer; los cirios, extinguidos, difundieron un olor de sebo quemado, y la multitud se agolpó hacia la salida.

Grigori salió al atrio llevando a Natacha de la mano. Alguien le hundió la gorra en la cabeza. El viento Sur traía cálidos y perfumados efluvios.

En cambio, el aire fresco de la tarde llegaba de la estepa. A lo lejos, sobre la orilla opuesta del Don, veíase el cielo surcado de azulados relámpagos, presagio de un temporal. Tras el cercado blanco del patio de la iglesia, los caballos, impacientes, piafaban, y se oía el tintineo armonioso de los cascabeles que sonaban, mientras masticaban el heno.

XXIII

Los Korchunov llegaron cuando los novios habían partido hacia la iglesia. Pantelei Prokofievich, que les aguardaba, había salido ya multitud de veces de la finca para ver si llegaban o no. Miraba a la lejanía, pero el camino gris, bordeado de matorrales espinosos, estaba desierto. Volvíase entonces hacia el Don y veía el bosque amarillento sobre la orilla opuesta y las espesuras de juncos maduros que se inclinaban sobre los bordes del exiguo lago.

Una bruma azulada y triste, presagio otoñal, fundíase con el crepúsculo, envolviendo el pueblo, el Don, las colinas cretosas, la estepa y los bosques que se esfumaban al otro lado del río, en una veladura violeta. En el recodo de la carretera, cerca de la encrucijada, se veía la silueta puntiaguda de la capilla.

Pantelei Prokofievich oyó, al fin, los ruidos lejanos y apenas perceptibles de las ruedas y el ladrido de los perros. Proviniendo del lado de la plaza, dos coches irrumpieron bruscamente en la calle. En el primero, Miron Grigorievich balanceábase sobre un banco, sentado cerca de Lukinichna. El abuelo Grichaka, en uniforme de gala, ornado de condecoraciones y medallas, les daba frente en otro asiento. Mitka conducía; iba sentado negligentemente en el pescante y no hacía sentir la fusta a los fogosos caballos negros que arrastraban, con empuje, el coche. Mikhei, que conducía el segundo coche, tirando de las riendas inclinado hacia atrás, esforzábase por templar la marcha de los caballos lanzados al galope. Bajo la visera agrietada de su gorra, su carita sin cejas aparecía violácea y reluciente de sudor.

Pantelei Prokofievich abrió de par en par la puerta y los dos coches entraron en el patio.

Ilinichna descendió majestuosamente de la gradería, barriendo el polvo con su larga cola.

— ¡Sed bienvenidos, mis queridos *svaty!* ¡Honrad nuestra humilde casa! —decía, plegando su talle corpulento.

Pantelei Prokofievich, inclinando de lado la cabeza, repetía abriendo los brazos:

— ¡Entrad, os lo ruego, mis queridos *svatyl* Pasad delante.

Dio orden a los criados de que desenganchasen los coches y fue a saludar a Miron Grigorievich. Éste sacudíase el polvo del pantalón. El abuelo Grichaka, fatigado por esta rápida carrera, se quedó un tanto rezagado.

— ¡Pase delante, mi querido *svat,* pase! —le decía Ilinichna.

—No tiene importancia, se lo agradezco, iré al momento.

—Hace rato que les aguardábamos; entre en casa. ¡Duniachka!, da un cepillo al *svat* para que le quite el polvo al uniforme... ¡Hay tanto polvo hoy que apenas sé puede respirar!

— ¡Dice usted bien! ¡Es la sequedad! Por eso hay tanto polvo... No se molesten. Volveré dentro de poco... El abuelo Grichaka, saludando apresuradamente a la *svata,* retiróse hacia la cochera y se ocultó tras la aventadora.

— ¿Por qué mareas al anciano, imbécil? —le gritó Pantelei Prokofievich, que la esperaba en la gradería—. Ha ido allí para hacer sus necesidades, y tú... ¡Ah, Señor, qué tonta eres!

— ¿Cómo iba yo a saberlo? —preguntó Ilinichna muy confusa.

— ¡Podías comprenderlo! Pero ya pasó, ahora ve a hacer compañía a los huéspedes.

Las mesas estaban aderezadas en el interior, de donde llegaba un runrún de voces ebrias. Los *svaty* se instalaron en el puesto de honor. A poco, los jóvenes recién casados volvieron de la iglesia. Pantelei Prokofievich escanció vodka en los vasos y dijo, con lágrimas en los ojos:

—Mis queridos *svaty,* bebamos a la salud de nuestros hijos. ¡Para que todo sea un bien para ellos como lo fue para nosotros...! ¡Para que vivan su vida en la dicha y la salud...!

Ofrecieron al abuelo Grichaka un enorme vaso de aguardiente; éste derramóse la mitad en la boca, oculta bajo el matorral de su barba, y el resto en el cuello de su uniforme. Se trincaba y se bebía en medio de un alboroto febril. Nikifor Koloveidin, un viejo cosaco del regimiento Atamanski, primo lejano de los Korchunov, sentado al extremo de la mesa, levantaba su mano con los dedos abiertos y aullaba:

—Amer!

En Rusia, cuando un invitado profiere este grito, los esposos deben besarse, mientras los comensales beben.

—Amer! —repetían todos los invitados en coro.

— ¡Hola! *Amer!* —respondía, como un eco, la cocina abarrotada de gente.

Grigori fruncía las cejas, besaba los labios insulsos de su mujer y paseaba sobre los presentes una mirada de animal acosado.

Los semblantes sofocábanse, los ojos estaban turbios por el alcohol, las sonrisas y las miradas eran libidinosas, las bocas saturadas de saliva, tragaban ansiosamente la comida. La fiesta estaba en su apogeo.

— ¡Semen Gordoievich!

Nikifor Koloveidin abría su enorme boca de hipopótamo y levantaba la mano:

—*Amer!*

Tres galones dorados brillaban en la manga de su uniforme.

Grigori miraba rencorosamente esta enorme boca, donde bullía, entre los escasos dientes, una lengua violácea.

— ¡Besaros, idiotas! —murmuraba Pedro agitando su bigote empapado de vodka.

En la cocina, Daria, roja de tanto beber, entonó de súbito una canción. Otras voces uniéronse a la suya y, de pronto, todos los invitados cantaban a coro:

¡He aquí el río! Y he aquí él puente
que conduce hasta el monte.

Las voces se confundieron y la de *Khristonia,* dominándolas, hacía temblar los cristales:

Siempre que se nos ofrece, bebamos.

De la alcoba llegaban las notas agudas del coro femenino:

¡He perdido, he perdido mi voz!

El timbre aflautado de un anciano les acompañaba, como si llegara en su ayuda:

¡He perdido, oh! ¡He perdido, ah!
¡He perdido mi vocecita!,
recorriendo los jardines,
para coger florecitas...

— ¡Bebamos, buenos amigos!

— ¡Prueba un trozo de este cordero!

— ¡Retira la pierna! ¡Mi marido nos mira!

—*Amer!*

—El padrino es un atrevido, mirad cómo trata a la madrina.

— ¡Oh, no, no!; no me ofrezca más cordero.

— ¿Qué estoy comiendo? ¿Es esturión...? Comeré, ya que es hermoso...

— ¡Compadre Prochka, cántanos canciones de soldados!

— ¿Eh?

—Esto hace arder las venas...

— ¡Semen Gordoievich!

— ¿Qué?

— ¡Habrá que colgarte, hocico de perro!

El suelo de la cocina retembló bajo el martilleo de los tacones. Un vaso cayó a tierra. Grigori tendió una mirada por encima de las cabezas de los convidados; en la cocina danzaban las mujeres en corro, lanzando gritos penetrantes y agudas exclamaciones. Sus enormes grupas (no las había delgadas porque cada cual llevaba, cuando menos, cinco o seis zagalejos) se removían. Agitaban en el aire sus pañuelos de blondas y movían los codos al danzar.

Un acorde imperioso dominó de súbito todos los sonidos. El tocador de acordeón atacó el *kosatchkov* sobre las notas bajas.

— ¡Dejad sitio! ¡Haced corro!

— ¡Retiraos un poco, queridas invitadas! —decía Pedro dando puñetazos en el vientre de las mujeres, sofocadas por la danza.

Grigori, súbitamente reanimado, guiñó el ojo a Natacha:

—Mira, Pedro va a bailar el *kosatchkov*.

— ¿Con quién?

— ¿No lo ves? Con tu madre.

Lukinichna adelantóse con las manos en las caderas, sosteniendo con la izquierda un pañuelo.

— ¡Ea, comienza!

Pedro dirigióse hacia ella a rítmicos saltitos, hizo una maravillosa cabriola y volvió reculando a su sitio. Lukinichna levantóse las faldas como si quisiera librarse del fango, batió rápidamente el piso con la punta del píe y adelantó, agitando las piernas al modo varonil, acompañada de un murmullo de admiración.

El músico, tocando más y más de prisa, hizo un prolongado trémolo sobre una nota baja. Pedro, como movido por un resorte, lanzóse plegando las rodillas en una *prisiatka* desenfrenada, apretándose entre los dientes la punta del bigote; dábase palmadas en las cañas de sus botas; sus piernas bullían furiosamente, ejecutando pasos extraordinarios e inasequibles; su mechón, empapado de sudor, batía sobre su frente.

La muchedumbre de invitados, que se arracimaba ante la puerta, impedía a Grigori ver la danza. Sólo percibía el estrépito de los tacones ferrados, parecido al crepitar de una tabla de abeto en el fuego, y los gritos de animación de los invitados borrachos.

Al final, Miron Grigorievich danzó con Ilinichna, guardando el mismo aspecto solemne y reposado que ponía en todos los actos de su vida. Pantelei Prokofievich, de pie sobre un taburete, sacudía en el aire su pierna enferma y chascaba la lengua. Todo el mundo tomaba parte en la danza: junto a los danzarines experimentados bullían los que apenas podían plegar las rodillas. Y les gritaban a todos igualmente:

— ¡No!

— ¡Más vivo!

— ¡Sus piernas son ligeras, pero su trasero pesado!

— ¡Venga! ¡Venga!

— ¡Van a ganar los nuestros!

— ¡Dadme de beber, si no...!

— ¡Oh, estás fatigado! Baila, que, si no, te tiraré una botella a la cabeza.

El viejo Grichaka, borracho, rodeaba con el brazo la ancha espalda del vecino, bordoneándole en la oreja como un mosquito.

— ¿De qué reemplazo eres?

Su vecino, rechoncho como una encina centenaria, le respondía rechazándole con la mano:

— ¡De la quinta del 39, hijo mío!

— ¿Cómo dices?

Grichaka hacía pantalla en el oído para oír mejor.

—Del año 39.

— ¿De dónde eres? ¿De qué familia?

—Máximo Bogatinev, cuartel-maestre del regimiento Baklanov. He nacido en Krasny-

Yar.

— ¿Eres pariente de Melekhov?

— ¿Cómo?

— ¿Que si eres pariente suyo?

— ¡Ah! Soy su abuelo.

— ¿Del regimiento Baklanov, decías?

El anciano miraba a Grichaka con sus ojos mortecinos, dando vueltas en su boca desdentada a un bocado que trataba en vano de masticar.

— ¿Hiciste la campaña del Cáucaso?

—Serví a las órdenes del difunto Baklanov en persona. Conquistamos el Cáucaso... Nuestro regimiento se componía de cosacos elegidos. Entre nosotros se exigía la misma talla que para la Guardia Imperial, excepto que también se aceptaban los que eran algo encorvados o tenían los brazos largos... Eran mozos de hombros tan anchos que un cosaco de hoy habría podido tenderse a la larga sobre ellos. Así eran los hombres de mi tiempo, hijo mío. Su Excelencia el general, golpeó una vez con su látigo al suboficial Tchelenchi...

—Yo he hecho la campaña de Turquía... ¿Cómo? Sí; yo la he hecho...

El viejo Grichaka abombaba su enjuto pecho y hacía tintinear las medallas y las cruces de san Jorge.

—Habíamos ocupado hacia el alba aquella aldea; a mediodía la trompeta tocó alarma...

—Nosotros también tuvimos ocasión de servir al zar blanco. En la batalla de Rochicht, nuestro regimiento, el duodécimo de cosacos del Don, se batió con los jenízaros...

—La trompeta tocó alarma... —continuaba el antiguo cosaco de Baklanov, sin oír al abuelo Grichaka.

—Los jenízaros son como los del regimiento Atamanski entre nosotros. Sí —el abuelo Grichaka se animaba y hacía grandes gestos—, prestan servicios cerca de su zar y llevan en la cabeza sacos blancos.

— ¿Cómo? ¿Sacos blancos en la cabeza?

—Entonces dije a mi camarada: es la señal para batirse en retirada, Timocha, arranca el tapiz de la pared y vamos a cargarlo en el caballo...

— ¡Tengo dos cruces de san Jorge! He sido recompensado por heroicas proezas... ¡Hice prisionero a un jefe turco!

El viejo Grichaka lloraba y golpeaba con su exiguo puño reseco la espalda del viejo cosaco de Baklanov; pero éste, embebiendo una ala de pollo en la confitura, creído de que era salsa, contemplaba con su mirada extinta el tapete encharcado y murmuraba, chupándola, con una voz temblona:

—Sí, hijo mío, el demonio me impulsó...

Los ojos del anciano miraban con melancólica insistencia los pliegues blancos del mantel como si, en lugar del lienzo empapado de vodka y de sopa, viera las cimas de las montañas del Cáucaso cubiertas de rutilante nieve.

—Hasta aquel día, jamás había yo robado. Cuando ocupamos las aldeas *cherkesas,* encontramos toda clase de cosas en las casas, pero nunca sentí el deseo de apoderarme de ellas... ¡La hacienda del prójimo es sagrada! Pero esta vez me tentó el demonio. El tapiz me tentó los ojos con sus dibujos y franjas vistosas. Y me dije: "He aquí una hermosa gualdrapa para mi caballo."

—Nosotros también hemos visto cosas de todos los colores. Hemos estado también en países extraños...

El abuelo Grichaka esforzábase en mirar los ojos de su vecino, pero era en vano: sólo veía la espesa maraña de las cejas y la barba agavillada.

Decidió entonces jugarse el todo por el todo y, queriendo forzar a toda costa la atención del vecino, resolvió abordar inmediatamente el punto culminante del relato y comenzó sin preámbulo:

—El suboficial Tersistcev mandó entonces: "¡Al galope las columnas! ¡Adelante... marchen!"

El viejo cosaco de Baklanov irguió la cabeza como un caballo de guerra al sonar de la trompeta, y exclamó, golpeando la mesa con el puño:

— ¡Preparad las lanzas! ¡Desenvainad, regimiento Baklanov!

De súbito su voz se elevó, sus pupilas brillaron con la llama de antaño.

— ¡Ea, bravos cosacos de Baklanov! —aullaba, dilatando su boca, de encías amarillentas y desnudas —. ¡Carguen...!

Con aire joven y admirado contempló al padre Grichaka, sin cuidarse de las lágrimas que le corrían por la barba.

El padre Grichaka reanimóse también.

—Nos dio la orden y blandió el sable. Entonces, nos lanzamos contra los jenízaros, que habían formado el cuadro y abierto el fuego. Por dos veces cargamos en vano. De pronto, vimos su caballería que salía para atacarnos de flanco. Evolucionamos hacia la derecha y... ¡al ataque contra ellos! ¡Un choque formidable! ¿Qué caballería podría resistir a los cosacos? ¡Sí, es tal como lo digo! Se batieron hacia el bosque en retirada,

aullando como condenados. Divisé un oficial turco que galopaba ante mí en un corcel bayo oscuro. Un oficial, un mozo con el bigote negro y caldo... Volvió sobre mí y sacó la pistola de la pistolera sujeta a la silla... Disparó sobre mí sin tocarme..., entonces, lancé el caballo... Le alcancé y quise hendirle la cabeza con el sable, pero cambié de opinión: de todos modos es un hombre..., le abracé el cuerpo y le desarzoné a todo galope. Me mordió la mano terriblemente, pero no le solté...

El padre Grichaka lanzó una mirada triunfante sobre su vecino; pero éste dormía, con la enorme cabeza cuadrada inclinada sobre el pecho, roncando dulcemente.

SEGUNDA PARTE

I

Sergio Platonovich Mokhov descendía de una antigua familia.

En los lejanos tiempos de Pedro *el Grande,* un barco del zar descendía el río Don, dirigiéndose hacia Azov, con un cargamento de vituallas y de pólvora. Los rebeldes cosacos, asentados cerca del lugar donde el Klopen y el Don funden sus aguas, atacaron el barco durante la noche, degollaron a los dormidos guardias, apoderáronse del cargamento y sumergieron el buque.

Por orden del zar enviáronse tropas de Voronej para quemar la ciudad rebelde y batir a los cosacos. El suboficial Jakirka y cuarenta hombres que cayeron prisioneros fueron colgados en horcas flotantes, y los siniestros aparatos fueron confiados al río para intimidar a las aldeas rebeldes del Bajo Don.

Diez años después, nuevos cosacos, unidos a los que pudieron escaparse de la hecatombe, tornaron sobre los escombros de Tchigonaki. Construyeron una nueva aldea fortificada. Entonces fue a instalarse allí, enviado por el *ukas* de Voronej, el *mujik* Nikichka Mokhov, espía e informador.

Ejercía el oficio de buhonero, vendiendo a los cosacos toda clase de objetos menudos de que tenían necesidad: tabaco, sílex, mangos de cuchillos, etcétera. Traficaba también con objetos robados, y dos veces por año iba a Voronej a buscar mercancías, según decía, pero, en realidad, a informar de que todo estaba en calma por el momento en la aldea y que los cosacos no proyectaban ninguna nueva sedición.

Nikichka Mokhov fue el fundador de una casta de comerciantes que enraizaron sólidamente en la tierra cosaca. Multiplicábanse, se incrustaban en la aldea, extendiéndose como la mala hierba, imposible de arrancar o destruir.

Conservaban cuidadosamente la carta con que el *vaivoda* de Voronej había agraciado a su bisabuelo al enviarle a la aldea rebelde; hubiera sido guardada hasta nuestros días de no haber desaparecido, con el cofre que la contenía, durante un gran incendio acon-

tecido en los tiempos del abuelo de Sergio Platonovich. El abuelo, que ya se había arruinado una vez en el juego, logró rehacer su fortuna; pero el incendio le resultó fatal. Sergio Platonovich tuvo que empezar de nuevo. Después de enterrar a su padre, que murió paralítico, debutó en la ciudad con un "rublo oxidado". Compró en las fincas plumazo y crin de cerdo. Durante cinco años anduvo a salto de mata, engañando a los cosacos de los pueblos vecinos, peleándose por un *kopeck,* y un buen día, el nombre despreciativo de "Serejka el chalán" convirtióse en Sergio Platonovich, propietario de una tienda de mercería; casó con la hija de un *pope* medio loco, que aportó una dote considerable, y abrió un almacén de tejidos. Sergio Platonovich emprendió el negocio oportunamente.

Por orden del jefe del ejército del Don empezaron a emigrar aldeas enteras desde los terrenos arenosos y estériles de la orilla izquierda para instalarse en la margen derecha del río. Fundóse una nueva aldea llamada Kranokutskaia, que se desenvolvió rápidamente; se construyeron fincas y aldeas nuevas, dominando los valles de la estepa, en las márgenes de los ríos Tchir, Tchernaia y Droloka y en los límites de los antiguos dominios señoriales y de las poblaciones de colonos ucranianos.

Anteriormente era menester ir a cincuenta kilómetros y más aún para hacer compras; ahora, gracias a Sergio Platonovich, tenían a la mano una tienda nueva abarrotada de géneros bien olientes, dispuestos en piezas sobre tableros de abeto recientemente labrados. Desenvolvió rápidamente su comercio. Podíase encontrar en su almacén todo lo preciso en el hogar de los colonos: cuero, sal, mercería... También llegó a vender máquinas agrícolas: segadoras, sembradoras, arados, aventadoras, escogedoras, provenientes de la fábrica Aksaik, que se hallaban alineadas en buen orden cerca del almacén, bajo sus verdes lonas. Difícil resulta contar el dinero en la bolsa ajena, pero es de creer que el comercio proporcionó importantes beneficios al ingenioso Sergio Platonovich, porque, tres años después de la apertura del almacén, hízose construir grandes depósitos y se dedicó a la venta de trigo. Un año después de la muerte de su primera mujer, dio comienzo a la construcción de un molino de vapor.

Ahora, Sergio Platonovich tenía apretados en su diminuto puño, cubierto de pelos negros, el pueblo de Tartarski y las aldeas vecinas. Guardaba en su cajón toda clase de recibos de colonos de la región: papeletas verdes de bordes anaranjados, firmados en pago de una segadora, del ajuar de la hija: "Ha llegado la hora de casarla, pero ofrecen en casa de Peramonov un precio ridículo por la yegua; ¡dame un crédito, Platonovich!"

Trabajaban nueve obreros en el molino, tenía siete empleados en el almacén y cuatro criados; en total, veinte bocas que se alimentaban gracias al comerciante. Su primera mujer le dejó dos niños: una muchacha, Lisa, y un chico de dos años, macilento y escrofuloso, Vladimir. Su segunda mujer, Ana Ivanovna, delgada y reseca, no le dio hijos. Tenía treinta y cuatro años cuando se casó con Sergio Platonovich y, a la vez que su instinto maternal, tardío y hasta entonces sin empleo, derramó sobre los dos niños toda la bilis acumulada en ella. El carácter nervioso de la madrastra ejerció una mala influencia sobre su educación; en cuanto al padre, apenas si les prestaba más atención que al mozo de cuadra Nikita o a la cocinera. El comercio y los viajes de negocios ocupaban todo su tiempo.

Ausentábase frecuentemente, yendo tan pronto a Moscú y Nijni-Novgorod como a las ferias de las aldeas. Los niños campaban sin vigilancia alguna. Ana Ivanovna, que

carecía de perspicacia, no intentaba siquiera penetrar los secretos de sus corazones pueriles. Estaba harto absorbida por los quehaceres del hogar; hermano y hermana crecieron extraños entre sí, con caracteres totalmente distintos, sin parecerse a nadie de la familia. Vladimir era un muchacho reconcentrado, poltrón, excesivamente serio para su edad, de mirada sombría y abatida. Lisa, que pasaba la mayor parte del tiempo con la doncella y la cocinera, mujer disoluta que tuvo numerosas aventuras, conoció demasiado pronto lo que la vida tiene oculto y lo que se sobrentiende. Estas mujeres despertaron en ella una curiosidad malsana; adolescente, desmañada y tímida, reconcentrada en sí misma, creció como un arbusto en el bosque.

Los años pasaban lentamente, como de ordinario, los viejos se arrugaban, los jóvenes crecían y se desarrollaban.

Una tarde, estando la familia reunida en torno a la mesa de té, Sergio Platonovich dejó caer la mirada sobre su hija, quedando asombrado. Lisa había terminado ya sus estudios en el Instituto y convirtiéndose en una muchacha bien formada y bastante linda. La salvilla, llena de líquido ambarino, tembló en la mano del padre: "¡Dios mío, cómo se parece a su difunta madre!", pensó, y dijo en voz alta:

— ¡Vuélvete un poco, Lisa!

Jamás advirtió que, desde su más tierna infancia, Lisa era el retrato viviente de la madre...

II

Vladimir Mokhov, alumno de quinto año en el liceo, un adolescente flexible, paliducho y enfermizo, cruzaba el patio del molino. Acababa de llegar con su hermana a pasar las vacaciones y, como todos los años, iba al molino para ver lo que allí pasaba, gandulear un rato entre la multitud de gente enharinada, oír el mosconeo de los cilindros y émbolos y el crujir de las correas de transmisión. El murmullo obsequioso de los cosacos, clientes del molino, le complacía y lisonjeaba.

—El heredero del patrón...

Contorneando precavidamente el montón de estiércol y las carretas dispersas en el patio, Vladimir llegó hasta el portón, donde recordó que aún no había visitado la sección de máquinas. Reanduvo el camino.

Cerca del aljibe del petróleo, pintado de rojo, tres obreros: Timofei, el pescador apodado *Valet* y Davidka, su ayudante, un mozalbete de dientes blancos, amasaban un gran pedazo de greda, con el pantalón recogido hasta la rodilla.

— ¡Ah, aquí está el patrón! —gritó con saludo irónico *Valet.*

— ¡Buenos días!

— ¡Buenos días, Vladimir Sergueievich!

— ¿Qué hacéis?

—Amasando greda —respondió con aviesa sonrisa Davidka, retirando penosamente una pierna de la masa cenagosa que olía a estiércol—. Tu padre no quiere gastarse un rublo más para contratar mujeres y nos vemos forzados a realizar este trabajo. ¡Tu padre es un roñoso! —añadió, moviendo nuevamente los pies con un chapoteo, semejante al de la masticación.

Vladimir enrojeció. Experimentaba un sentimiento de repugnancia irresistible hacia Davidka, siempre sonriente, por su tono despreciativo y también por sus dientes blancos y húmedos.

— ¿Cómo roñoso?

—Sí, es terriblemente avaro —explicó Davidka, siempre sonriente.

Valet y Timofei rieron con expresión aprobadora. Vladimir sintióse picado en lo vivo.

— ¿No estás contento, entonces? —dijo, mirando fríamente a Davidka.

— ¡Ayúdanos y verás lo que es bueno! Sólo a un idiota le puede gustar este trabajo. Si le obligaran a tu padre a hacerlo, no tendría a buen seguro tanta panza.

Davidka andaba balanceándose en el ruedo de greda, levantaba en el aire sus piernas y sonreía alegremente. Vladimir reflexionaba, buscando una respuesta, y sonreía de antemano por el placer que iba a procurarle.

—Bien —dijo, recalcando las palabras—, voy a decir a mi padre que no estás contento con tu trabajo.

Lanzó una mirada oblicua sobre Davidka y quedó asombrado por la impresión que había producido. Davidka sonreía, ahora forzadamente, con el filo de los labios, mientras los semblantes de sus compañeros quedaban estupefactos. Durante un minuto amasaron los tres en silencio la greda que se apelmazaba; al fin, Davidka levantó los ojos y dijo con un tono en que la cólera mezclábase a la obsequiosidad:

— ¡No te burles, Volodia..., lo he dicho en broma...!

—Contaré a mi padre lo que me has dicho.

Vladimir se alejó. La afrenta que acababa de soportar, la injuria hecha a su padre, la sonrisa lamentable de Davidka, todo, hacía que se agolpasen a sus ojos lágrimas de amargura.

— ¡Volodia! ¡Vladimir Sergueievich! —gritó súbitamente Davidka, atemorizado, y salió del montón de greda dejando caer el pantalón sobre las piernas encenagadas hasta la rodilla.

Vladimir se detuvo. Davidka corrió hacia él respirando penosamente.

—No le digas nada a tu padre. Lo dije por pura broma. ¡Perdóname, soy un bestia! Te juro que no tuve mala intención...

—Bien, no diré nada —dijo Vladimir con el rostro contraído, dirigiéndose hacia el portal.

La piedad que ahora le inspiraba Davidka había logrado sobreponerse. Con un sentimiento de desahogo bordeó la blanca empalizada. Proviniendo de la fragua adosada al molino llegaba el ruido arrastrado y cadencioso de los martilleos; oíase primeramente un golpe sordo y lento sobre el hierro al rojo blanco; luego, dos golpes secos y sonoros aplicados sobre el yunque. Súbitamente, Vladimir oyó que *Valet* decía, a su espalda, templando su gruesa voz: — ¿Por qué le has provocado? No hay que remover el cieno. "¡Ah, miserable...! —pensó Vladimir montando de nuevo en cólera—. Me insulta... ¿Debo o no decírselo a mi padre?"

Volvióse y, viendo la sonrisa mordaz de Davidka, tomó una firme resolución: "Se lo

diré."

En la plaza, cerca del almacén, esperaba una carreta. El caballo estaba amarrado a un poste. Los chiquillos se divertían persiguiendo una bandada gris de gorriones piadores sobre el tejado de la cochera de los bomberos. La voz de barítono sonoro del estudiante Boiarichkin y otra voz engolada y cascada mezclábanse en la terraza.

Vladimir subió los escalones de la gradería, invadida por la parriza que cubría la terraza, dejando desbordar sus pesadas ramas verdes en la cornisa azul esculpida.

Boiarichkin sacudía su cabeza rapada y violácea, hablando al profesor Balanda, hombre joven y barbudo.

—Estoy leyéndolo y, aunque soy un hijo de cosacos labradores y aborrezco, por lo tanto, a las clases privilegiadas, su lectura, no lo querrá usted creer, me ha hecho compadecer hasta el llanto a esta casta condenada a morir. ¡Estuve a punto de sentirme un noble propietario rural! ¡Llego a admirar su ideal de la mujer, siento en mi corazón sus intereses, en una palabra, es para perder la cabeza...! ¡He aquí, amigo mío, lo que significa un escritor genial! ¡Puede convertir a cualquiera...!

Boiarichkin manoseaba las bellotas de su ceñidor de seda y examinaba con irónica sonrisa el dibujo del bordado rojo al extremo de su blusa. Lisa estaba retrepada en un sillón. La conversación no la interesaba. Tenía, como siempre, la mirada perdida y parecía buscar algo en el rostro violáceo y cubierto de arañazos de Boiarichkin.

Vladimir saludó al pasar y fue a llamar en la puerta del cuarto de su padre. Sergio Platonovich, tendído en un diván de cuero color fresa, hojeaba el número de junio de la revista *La riqueza rusa.* Junto a sí tenía un abrecartas de hueso amarillento, en el suelo.

— ¿Qué quieres?

Vladimir hundió la cabeza en los hombros y se ajustó nerviosamente la blusa.

—Vengo del molino —comenzó en tono indeciso; pero, recordando súbitamente la radiante sonrisa de Davidka, prosiguió resueltamente, con los ojos clavados en el redondo vientre de su padre bajo el chaleco de seda cruda—: He oído decir a Davidka...

Sergio Platonovich oyóle atentamente y concluyó:

— ¡Vamos a despedirle! Ahora, vete.

Luego inclinóse para recoger el abrecartas.

Todas las tardes los intelectuales del lugar reuníanse en casa de Sergio Platonovich: Boiarichkin, alumno de la escuela técnica de Moscú; el profesor Balanda, un joven delgado, consumido por el amor propio y la tuberculosis; su querida, la profesora Marfa Gerasimovna, una señorita morena que jamás envejecía y cuya enagua sobresalía siempre de modo inconveniente del vestido, y, por último, el oficial de Correos, un ajado mozo corrompido y extravagante, oliendo a lacre y a perfume barato. A veces solía acudir también el joven oficial Evgueni Listnitski, que estaba con permiso en el

castillo de su padre, un noble y rico propietario.

Tomaban té en la terraza y, cuando la conversación empezaba a languidecer, hacían sonar el gramófono adornado con incrustaciones que le había costado muy caro al amo de la casa.

Algunas veces, durante las grandes fiestas, Sergio Platonovich, que gustaba de tirar la casa por la ventana, organizaba una gran recepción: ofrecía a sus invitados vinos finos, caviar fresco que mandaba traer de Bataisk y gran variedad de *zakuski,* la *s*elección dé entremeses rusos.. El resto del año vivía modestamente, no disfrutando de otro placer que la lectura. Sergio Platonovich amaba el libro, quería llegar al conocimiento de todas las cosas por la luz de su propio razonamiento agudo y recto como un dardo.

Su consocio, Emelian Konstantinovich Atepin, hombre menguado, rubio, de barbilla puntiaguda y ojos furtivos, les visitaba raramente. Estaba casado con una antigua monja del convento Ust-Medveditzki, de la que tuvo ocho hijos durante los quince años de vida conyugal, y permanecía la mayor parte del tiempo encerrado en su casa. Habiendo empezado como escribiente en el regimiento, Emelian Konstantinovich se había abierto camino; pero conservó siempre de sus antiguas funciones el hábito del servilismo y de la bajeza, de los que impregnó también su vida familiar. Sus hijos andaban de puntillas y hablaban en voz baja en presencia suya. Todas las mañanas, después del cotidiano aseo, alineábanse en el comedor bajo la enorme caja negra del reloj, la madre colocábase tras ellos y así que oían toser en el cuarto de su padre, entonaban, formando un coro de voces discordantes: "¡Señor Dios nuestro, ampara a tus servidores!" y el *Pater noster.*

Emelian Konstantinovich estaba ya vestido hacía el final de la plegaria; salía entonces, entornando sus ojos de gato y extendía, como un obispo, la renegrida mano a los hijos, que se acercaban uno después de otro para besarla. Emelian Konstantinovich besaba a su mujer en la mejilla y preguntaba ceceando:

—Poliska, ¿has preparado el té?

—Lo he preparado, Emelian Konstantinovich.

—Sírvemelo muy fuerte.

Atepin llevaba la contabilidad del almacén. Su escritura amanerada, de verdadero escribiente, llenaba las columnas del "mayor" con títulos de gruesos caracteres: "Debe"... "Haber"... Leía *La gaceta de la Bolsa,* poniéndose sin necesidad alguna, sobre la torcida nariz, los lentes montados en oro. Con los empleados usaba de gran cortesía:

—Ivan Petrovich, tenga la bondad de dar indiana al cliente.

Los dos *popes,* el padre Visarion y el deán Pankrati, no frecuentaban la casa de Sergio Platonovich; tenían añejas cuentas que solventar con él. Por otra parte, no se entendían tampoco entre ellos. El padre Pankrati, trapacero y regañón, pasaba el tiempo en hacer toda clase de maldades al prójimo. El padre Visarion, un viudo que cohabitaba con su ama de llaves, una campesina de Ucrania, era de un natural sociable, pero detestaba al padre Pankrati por el orgullo ilimitado de su superior y por su mal carácter.

Todos en el pueblo, a excepción del profesor Balanda, tenían casa propia. La de Mokhov, una gran construcción revestida de planchas pintadas de azul, elevábase arrogantemente en la plaza. Dándole frente, en medio de la plaza, encontrábase el almacén con dos puertas y una muestra deslucida:

Casa de Comercio Mokhov, S. P.
y Atepin, J. R.

Un depósito achaparrado y largo, con una cueva, completaba el almacén. A unos cuarenta metros del depósito elevábanse los muros del recinto, que rodeaba, como un anillo de ladrillos, la iglesia, cuya cúpula semejaba una bulba de cebolla madura. Al otro lado de la iglesia advertíase la fachada blanca, de un estilo oficial, de la escuela y dos casas boyantes: la del padre Pankrati, en azul, con un jardinillo bajo las ventanas, y la del padre Visarion, pintada de oscuro para no parecerse a la del vecino, con un ancho balcón y una cerca esculpida. En el ángulo, de frente, veíase la casita de dos pisos de Atepin, estrecha y deforme; más lejos, la casa de Correos, los tejados de bálago y palastro de las fincas cosacas, el lomo inclinado del molino, con gallos de hojalata enmohecidos en la cresta.

Los cosacos vivían separados del mundo por los postigos y persianas apalancados; por la tarde, hacíanse sus visitas; atrancaban puertas y ventanas, soltaban los perros y sólo la carraca del sereno chascaba su lengua de madera en el pueblo enmudecido.

III

A finales de agosto, Mitka Korchunov encontró por azar, cerca del Don, a Elisavicta, la hija de Sergio Platonovich. Llegaba de la orilla opuesta del río y, en el momento de amarrar su barca, percibió un ligero bote de madera pintada que surcaba con rapidez la corriente, viniendo de la parte de los montes y dirigiéndose al desembarcadero. Boiarichkin remaba. Su cabeza rapada brillaba de sudor, las venas hinchábanse en su frente y en las sienes.

Mitka no reconoció al pronto a Elisavicta. Un sombrero de paja ponía una sombra amoratada en sus ojos. Sus manos morenas apretaban contra el pecho un ramo de nenúfares amarillos.

—Korchunov —dijo, saludando a Mitka con una inclinación de cabeza—, me has engañado.

— ¿Engañado?

— ¿No te acuerdas? Me habías prometido llevarme de pesca...

Boiarichkin abandonó los remos y se incorporó. La embarcación chocó ruidosamente contra el muelle calcáreo.

— ¿Lo recuerdas ahora? —repitió Lisa, riendo, mientras saltaba a tierra.

—No he tenido tiempo. El trabajo... —dijo Mitka excusándose, y con la respiración entrecortada observaba los movimientos de la joven, que se acercaba a él.

— ¡No! ¡Es imposible! Me niego, Lisavicta Sergueievna. ¡Rindo mi pabellón! Piensa un poco en la distancia que hemos recorrido sobre esta agua maldita. A fuerza de remar se me han hecho ampollas en la mano. ¡Prefiero, sin disputa, la tierra firme!

Boiarichkin puso su enorme pie sobre la arena cretosa, salió del bote y se enjugó la frente con su gorra de estudiante. Sin responderle, Lisavicta dirigióse a Mitka, que estrechó recelosamente la mano que le tendía.

— ¿Cuándo saldremos de pesca? —preguntó echando hacia atrás la cabeza y entornando los ojos.

—Mañana, si quiere. Hemos acabado de aventar el trigo. Ahora estoy libre.

— ¿Me engañarás otra vez?

— ¡De ningún modo!

— ¿Vendrás pronto?

—Antes de amanecer.

—Te esperaré.

—Iré, lo juro; iré.

— ¿No has olvidado la ventana donde tienes que llamar?

—La reconoceré fácilmente. Mitka sonreía.

—Seguramente me marcharé pronto y me gustaría antes ir de pesca una vez.

Mitka daba vueltas entre los dedos a la llave enmohecida del candado de la barca y miraba los labios de la muchacha.

— ¿Acabará pronto? —preguntó Boiarichkin, examinando una concha posada en la palma de su mano.

—Nos iremos en seguida.

Lisa calló un instante; luego, sonriendo a sus propios pensamientos, preguntó:

—Ha habido una boda entre vosotros, ¿no es cierto?

—Se ha casado mi hermana.

— ¿Con quién?

Sin aguardar respuesta, soltó una risa breve y enigmática.

— ¿Quedamos de acuerdo? ¿Vendrás?

Y nuevamente, como la primera vez en la terraza de los Mokhov, la sonrisa abrasó a Mitka como una picadura de ortiga.

La siguió con los ojos hasta el bote. Boiarichkin, con las piernas separadas, impelía la embarcación en el agua. Lisa no cesaba de mirar a Mitka, sonriendo por encima de la cabeza del estudiante.

Cuando se hubieron alejado algunos metros, Boiarichkin preguntó, bajando la voz:

— ¿Quién es ese muchacho?

—Un conocido.

— ¿Amigo del corazón?

El chasquido de los remos impidió a Mitka, que había oído la pregunta, recoger la respuesta. Veía la cara riente de Boiarichkin que se inclinaba hacia atrás para remar, pero no podía ver el rostro de Lisa, que le volvía la espalda.

Una cinta malva caía del sombrero sobre la mórbida espalda de la muchacha, flameaba bajo la brisa ligera, desaparecía e irritaba la mirada velada de Mitka...

Nunca Mitka, que sólo raramente iba a pescar con red, habíase entregado con tanto ardor como aquella tarde a sus preparativos. Encendió lumbre en el fogón, hizo cocer en una marmita la *kacha* de mijo y sujetó los anzuelos a los sedales.

Mikhei, que le miraba hacer, le suplicó:

—Llévame contigo, Mitri. Tú solo no podrías llevarlo todo.

— ¡Llegaré descansadamente! Mikhei suspiró:

—Hace mucho tiempo que no hemos ido a pescar juntos. Me gustaría lograr una carpa de medio *puna.*

Mitka, que se disponía a llevar la marmita humeante donde hervía la *kacha,* no respondió. El vapor cálido le envolvía el rostro. Dispuesto ya todo, entró en la casa. El padre Grichaka, sentado cerca de la ventana, con sus gruesos cristales de montura sobre la nariz, leía el Evangelio.

— ¡Abuelo! —llamó Mitka, deteniéndose a un paso de la puerta.

El padre Grichaka miró por encima de los lentes.

— ¿Qué hay?

— ¡Despiértame al primer canto del gallo!

— ¿Dónde quieres ir tan temprano?

—A pescar.

El abuelo, que adoraba el pescado, hizo algunas objeciones por pura fórmula.

—El padre dice que hay que macerar el cáñamo, hijo mío. Precisamente cuando debe hacerlo, se va a perder el tiempo. ¡La pesca! ¡Vaya un negocio!

Mitka se adelantó ensayando una picardía:

—A mí me es igual, quería hacerlo solamente porque comieras un trozo de pescado; pero ya que hay que acudir al cáñamo, me quedaré en casa.

— ¡Espera! ¿Dónde vas? —gritó el padre Grichaka muy contrariado, quitándose los lentes—. Hablaré a Miron. Es lo mismo. No me sentaría mal comer un poco de pescado. Precisamente mañana es miércoles, día de abstinencia. Te despertaré. ¡Ven acá, badulaque! ¿Por qué te ríes?

Al punto de medianoche, el padre Grichaka, sosteniéndose con una mano los calzoncillos y tanteando el camino con la muleta, bajó los escalones de la gradería, deslizóse como una sombra vacilante a través del patio hasta el hórreo y tocó al dormido Mitka con la punta del bastón. Un olor de trigo recientemente aventado, de excremento de ratón, de moho y telas de araña llenaba el hórreo. Cerca de la enorme artesa, llena de granos dorados, Mitka hallábase acostado sobre un toldo. Era difícil despertarlo. Primeramente, el padre Grichaka tocóle ligeramente con la muleta, murmurando:

— ¡Mitnichka! ¡Mitka! ¡Mitka, holgazán!

Mitka roncaba profundamente, hecho un ovillo. Perdiendo la paciencia, el abuelo le apretó la punta del bastón contra el vientre, haciéndolo girar como una barrena. Mitka lanzó un grito y despertó.

— ¡Qué sueño de idiota! Es una desgracia cómo duermes —gruñía el abuelo.

—Cállate, no hagas ruido —murmuraba Mitka, despierto a medias, buscando las botas en el suelo.

Salió a la plaza. Los gallos cantaron por segunda vez en el pueblo. Al pasar ante la casa del *pope* Visarion, oyó, proviniendo del gallinero, la voz asordada del gallo, que batía sus alas, mientras las gallinas le respondían con sofocados cacareos.

El sereno, con la nariz hundida en el cuello de piel de carnero, dormitaba en la escalerilla del almacén. Mitka se acercó a la empalizada de los Mokhov, dejó en el suelo la red y el cesto y subió cautelosamente la gradería para no despertar a los perros. Tiró del frío pomo de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Entonces saltó sobre la balaustrada y acercóse a la ventana, que estaba entreabierta. Por la negra abertura surgía el cálido olor del cuerpo de la muchacha mezclado a un perfume dulce y desconocido.

— ¡Lisavicta Sergueievna!

Antojósele que había llamado demasiado fuerte. Esperó. ¡Silencio! "¿Si me habré equivocado de ventana? Acaso sea el cuarto del patrón. ¡Aviado estoy! ¡Me va a tirar algo!", pensaba Mitka, cogiendo la falleba de la ventana.

— ¡Lisa Sergueievna! ¡Levántate! ¡Vamos a pescar! "¡Valiente pesca vamos a tener si me he equivocado de ventana!"

— ¡Levántate, vamos! —gritó con despecho, pasando la cabeza por la ventana.

— ¡Ah! ¿Qué? ¿Quién está ahí? —respondió en la oscuridad una voz asustada.

— ¿Quieres venir a pescar? Soy yo, Korchunov.

— ¡Ah, bueno! ¡Voy en seguida!

Oyóse un ligero ruido, la voz tibia de la muchacha parecía exhalar un olor de menta. Mitka veía algo blanco y rumoroso que se movía en el cuarto.

"¡Ah, qué dulce sería dormir con ella..., y en vez de eso, hay que salir de pesca...! ¡La cosa es divertida!", pensaba confusamente, respirando el hálito de la alcoba.

Apareció una cara risueña encuadrada en un blanco pañuelo.

—Voy a saltar por la ventana. Dame la mano.

—Venga.

Apoyándose en su brazo, ella le miró a los ojos:

— ¿Te he hecho esperar mucho?

— ¡Qué va! ¡Nos sobra tiempo!

Fueron hacia el río. Ella se frotaba con la rosada palma de la mano los ojos, algo hinchados, y decía:

— ¡Dormía profundamente! Todavía hubiera necesitado dormir un poco. Creo que vamos demasiado temprano.

— ¡Es el momento oportuno!

Descendieron al ribazo por la primera callejuela, pasada la plaza. El agua había subido durante la noche y la barca, dejada la víspera en la orilla, balanceábase sobre las ondas, retenida por la cadena.

— ¡Será menester descalzarse! —dijo Lisa, suspirando y midiendo con la mirada la distancia que les separaba de la barca.

—Te pasaré en brazos —propuso Mitka.

—Eso me molesta, prefiero descalzarme.

—Sin embargo, sería lo más cómodo.

—No, no hace falta...

Lisa, muy confusa, vacilaba. Mitka la tomó en brazos, por debajo de las rodillas, y, levantándola en vilo, penetró en el agua. Con ademán involuntario, ella se abrazó al cuello atezado y robusto de Mitka y se echó a reír en una especie de dulce arrullo.

Si Mitka no hubiera tropezado con la piedra sobre la cual las mujeres del pueblo apaleaban la ropa sucia, no habría gozado de aquel beso breve e imprevisto. Lanzando

un grito, apretó su rostro contra los agrietados labios de Mitka; el mozo se detuvo a dos pasos del borde gris dé la barca. Notaba la frescura del agua que le entraba por las botas. Abrió el candado, empujó fuertemente la barca y saltó dentro. De pie sobre la popa, remaba con un remo corto. El agua hervía y gemía detrás de la barca, que hendía la corriente con su levantada proa; la orilla opuesta se avecinaba.

— ¿Dónde vamos? —preguntó Lisa, volviéndose.

—A la otra orilla.

La barca se detuvo cerca de una ensenada arenosa. Sin prevenirla, Mitka cogió a la muchacha, la levantó en brazos y la llevó a los matorrales de oxiacanta. Ella le mordía la cara, le arañaba; lanzó dos gritos sofocados y, sintiéndose desfallecer, se puso a llorar de coraje sin que brotase de sus ojos una sola lágrima...

Regresaron hacia las nueve. Una bruma anaranjada velaba el firmamento. Las olas bullían en el río y el viento alborotaba sus crestas blancas de espuma. La barca danzaba también hendiendo las ondas. Las gotas frías de agua bulliciosa salpicaban el pálido semblante de Lisa, corrían a lo largo de sus mejillas, quedando suspendidas en sus pestañas y en los finos mechones de pelo que surgían del pañuelo.

Entornaba con expresión cansada los ojos vacuos y atormentaba entre los dedos el tallo de una flor caída en la barca. Mitka remaba sin mirarla; a sus pies yacían una carpa y una tenca, con la boca apretada por los espasmos de la agonía y el ojo redondo rodeado de un círculo anaranjado. Mitka miraba con aspecto culpable, y la satisfacción mezclábase en su rostro al temor...

—Te llevaré al desembarcadero de Semenov. Te pillará más cerca —dijo, haciendo girar la barca para que siguiese la corriente.

—Bueno —murmuró ella.

La orilla estaba desierta; los cercados de las huertas, salpicados de un polvo cretoso, parecían languidecer en lo alto del derrumbadero, resecados por el viento ardiente, y exhalaban un olor a quemado. Las pesadas sombrillas de los girasoles maduros, picoteadas por los gorriones, se abatían hacia la tierra, dejando caer las semillas cubiertas de pelusa. La pradera verdeaba de césped nuevo. Un grupo de potros brincaba a lo lejos, y el viento del mediodía allegaba el tintineo de sus campanillas. Mitka recogió el pescado y lo ofreció a Lisa, que se disponía a descender.

—Toma, coge la pesca.

Sus pestañas se agitaron temerosamente; tomó el pescado.

— ¡Bueno, me voy!

—Dame, si...

Ella se alejó, teniendo con el brazo extendido el pescado enfilado en una rama de sauce. Tenía un aire apocado y mísero; en los matorrales de oxiacanta habían quedado su

seguridad y su alegría.

— ¡Lisa!

Volvióse; el arco truncado de sus cejas expresaba el despecho y la perplejidad.

— ¡Ven un instante!

Cuando estuvo cerca de él, le dijo con tono avergonzado y confuso:

—No hemos tenido cuidado... Tu falda está manchada por detrás..., una mancha pequeñita...

Su cara pareció arder de pronto y ella enrojeció hasta los hombros. Mitka aconsejó, después de un silencio:

—Entra por los jardines.

—De todos modos tendré que cruzar la plaza. Sin embargo, tuve intención de ponerme una falda negra —murmuró, mirando el rostro de Mitka con angustia y súbito rencor.

— ¿Quieres que la frote con hierba para que se ponga verde? —propuso Mitka con sencillez, y quedó pasmado viendo asomar las lágrimas a los ojos de la muchacha...

La noticia corrió por el pueblo como un soplo de viento. Murmurábanse al oído: "¡Mitka Korchunov ha seducido a la hija de Sergio Platonovich!" Las mujeres hablaban de ello al amanecer, cuando conducían sus vacas al rebaño comunal; a la sombra gris de los pozos, derramando el agua de sus cubos; cerca del río, sobre las losas de piedra, apaleando su ropa.

— ¡Eso es lo que pasa cuando no se tiene madre!

—Al padre no le queda tiempo de respirar; y la madrastra, se preocupa poco de los hijastros...

—El sereno Davidka contaba al otro día: "Era medianoche cuando vi acercarse un hombre a la ventana del rincón. Pensé que sería un ladrón que pretendía entrar en casa de Mokhov. Corrí entonces, y ¿qué veo? ¡A Mitka!"

— ¡Las mozas de ahora no tienen pudor...!

—Mitka se jactaba con mi Mitichka: "La voy a pedir en matrimonio."

— ¡Ve tú, un inútil como él!

— ¡Se dice que la ha violado!

— ¡Ay, comadre!: si la perra no quiere, el perro se larga.

Las críticas y rumores corrían calladamente por las calles y callejas del pueblo,

manchando el nombre, antes limpio, de la muchacha...

El rumor cayó sobre la cabeza canosa de Sergio Platonovich como una viga que golpea imprevistamente a un transeúnte y lo abate sobre el suelo. Durante dos días no entró ni en el almacén ni en el molino. No quería ver a nadie, ni siquiera a los criados.

Al tercer día, engancharon para Sergio Platonovich un caballo pío a un coche de carreras y partió para la aldea, saludando de cabeza, con aspecto importante e inaccesible, a los cosacos que encontraba en el camino. Un vehículo vienés, recién barnizado, dejó el patio algunos instantes después. El cochero Emelian, chupando la corta pipa retorcida, desenredó las riendas de seda azul y un tronco de caballos negros lanzáronse caracoleando, haciendo rebotar sus cascos sobre la arena. Tras la ancha espalda de Emeliana podíase advertir el pálido semblante de Lisa. Tenía sobre las rodillas una maleta y sonreía tristemente, agitando su guante en señal de despedida a Vladimir y a la madrastra. Pantelei Prokofievich, que salía cojeando del almacén, preguntó a Nikita, uno de los criados de Mokhov:

— ¿Dónde va la heredera?

El otro, condescendiente con la ignorancia humana, respondió:

—A Moscú, a continuar los cursos. Al día siguiente se produjo un acontecimiento que sirvió largo tiempo de tema a las conversaciones, en la margen del Don, a la sombra de los pozos y en las calles... Antes del crepúsculo, cuando las bestias habían regresado ya de la estepa, Mitka fue a casa de Sergio Platonovich; había elegido intencionadamente esta hora para no encontrarse con nadie. No iba por una razón fútil, sino para pedirle en matrimonio a su hija Lisavicta.

A partir de la noche de la pesca, sólo la había encontrado cuatro veces. Su última conversación fue la siguiente:

— ¿Nos casamos, Lisavicta?

— ¡Valiente necedad!

—Seré bueno contigo, te amaré... Entre nosotros hay bastante gente para trabajar. Tú podrás permanecer cerca de la ventana, leyendo tanto como quieras.

—Eres un imbécil.

Mitka callóse, avergonzado. Aquella noche volvió temprano a su casa y, por la mañana, declaró al sorprendido Miron Grigorievich:

— ¡Padre, cásame!

— ¡Persígnate, estás poseído!

—No, a decir verdad, no me burlo.

— ¿Tienes mucha prisa? —Es que...

— ¿Quién te ha engatusado? ¿Marfuchka?

—Manda los casamenteros a Sergio Platonovich.

Miron Grigorievich, que estaba reparando los arneses, dejó meticulosamente las herramientas en el banco y dijo en son de broma:

—Veo, hijo mío, que hoy estás de buen humor.

Pero Mitka obstinóse como un toro contra un muro, y el padre estalló:

— ¡Imbécil! Sergio Platonovich tiene más de cien mil rublos de capital. Es un comerciante; y tú, ¿qué eres tú? ¡Sal de aquí, no hagas el idiota, si no te daré un recorrido con las riendas, pedazo de atún. ¡Vaya un novio!

—Nosotros tenemos doce pares de bueyes, mucha tierra y además somos cosacos, mientras que Mokhov es un *mujik*.

— ¡Fuera de aquí! —ordenó brevemente Miron Grigorievich, que no gustaba de largas conversaciones.

Mitka sólo encontró simpatía en el padre Grichaka. Este fue a ver a su hijo, golpeando el suelo con su bastón:

— ¡Miron! — ¿Qué?

— ¿Por qué te opones? Si es la suerte del muchacho...

—Padre, es usted un verdadero niño, ¡Dios me perdone! Mitri es tonto; pero que usted le apoye es realmente sorprendente...

— ¡Calla! —dijo el abuelo golpeando el suelo con su bastón—. ¿Es que no somos sus iguales? Deberían considerar como un honor el que un cosaco pida su hija en matrimonio. ¡Pero él la dará gustoso! Nuestra familia es conocida en toda la región. ¡No somos descamisados, sino propietarios! ¡Sí! ¡Ve, Murochka, no te obstines! Y pide el molino como dote. Es menester que lo dé.

Miron Grigorievich dio un bufido y salió al patio. Mitka decidió esperar al atardecer e ir él mismo; sabía que la obstinación de su padre era como un olmo, que se dobla, pero no se rompe.

Fue silbando hasta la gradería de Mokhov, pero una vez allí se apoderó de él la timidez. Dudó un momento y decidióse a penetrar por el patio. Preguntó a una doncella que pasaba haciendo crujir el delantal almidonado:

— ¿Está en casa el señor?

—Está tomando el té. ¡Espera un poco!

Tomó asiento, fumó un cigarro, lo apagó apretándolo en sus dedos mojados de saliva y escupió en el suelo. Sergio Platonovich salió sacudiéndose las migajas que habían caído sobre el chaleco, vio a Mitka, y frunció las cejas.

—Entra.

Mitka penetró el primero en la fresca estancia, que olía a libros y a tabaco, y sintió que todo el valor de que hiciera provisión en la casa desvanecíase en el umbral del cuarto.

Sergio Platonovich acercóse a la mesa y pirueteó sobre sus talones.

— ¿Qué le ocurre?

Los dedos, a su espalda, rascaban la parte inferior de la mesa.

—He venido a fin de saber...

Mitka sumergióse en el frío viscoso de los ojos de Mokhov, y tembló.

—Quizá me conceda la mano de su Lisavicta... La desesperación, el odio y el miedo perlaron de sudor el semblante desatinado de Mitka.

La ceja izquierda de Sergio Platonovich tembló y el labio superior se le recogió sobre los dientes. Estirando el cuello tendióse hacia delante.

— ¿Qué! ¿Qué? ¡Vete, puerco! ¡Voy a hacerte conducir a casa del *atamán!* ¡Ah, hijo de perro! ¡Escoria!

Estos insultos devolvieron a Mitka su valor. Miraba atentamente afluir la sangre violácea a las mejillas de Sergio Platonovich.

—No quería ofenderle, pensaba sólo en reparar mi falta.

Sergio Platonovich, mostrando el blanco de sus ojos inyectado en sangre y húmedo de lágrimas, cogió un pesado cenicero fundido y lo arrojó a las piernas de Mitka. El cenicero pegó al mozo en la rodilla; pero éste aguantó el dolor sin un gesto, abrió bruscamente la puerta y gritó, burlándose insolentemente bajo la injuria y el dolor:

—A su gusto queda, Sergio Platonovich, le proponía eso de buena voluntad... ¿Quién la va a querer ahora? Quería salvar su reputación y acallar las murmuraciones... ¡Nadie querrá ya un bocado masticado por otro! ¡Ni siquiera los perros!

Sergio Platonovich, apretando un pañuelo arrugado contra su boca, siguió a Mitka y le cerró el acceso a la puerta de la calle. Mitka salió al patio por la puerta de servicio. Entonces, Sergio Platonovich hizo un guiño al cochero Emelian, que se encontraba allí. Mientras Mitka trataba de descorrer el cerrojo del portón, cuatro perros salieron de la cochera y se lanzaron sobre él.

Sergio Platonovich había traído de la feria de Nijni-Novgorod, en 1910, una jauría de jóvenes perros de pelo enfoscado. Eran negros, rizados, y tenían la boca enorme. En un

año crecieron tanto como terneros; al principio desgarraban las faldas de las mujeres que pasaban ante el patio de los Mokhov, después empezaron a tirarles por tierra y a morderles las pantorrillas; cuando degollaron una ternera del padre Pankrati y dos cerdos de Atepin, Sergio Platonovich mandó encadenarlos. Los soltaba solamente de noche y una vez por año, en la primavera, para la reproducción.

Apenas tuvo Mitka tiempo para volverse cuando ya el primer perro, *Boyan,* le había puesto las patas delanteras sobre los hombros y hundido los colmillos en el sobretodo guateado del mozo. Los perros bullían en torno a él como una masa negra, desgarrando su ropa, mordiéndole y queriendo saltarle a la garganta. Mitka defendíase con los puños, esforzándose por no caer. Vio de refilón a Emelian, que se alejaba corriendo y desaparecía tras la puerta del alojamiento de los criados.

Sergio Platonovich, en pie cerca de la gradería, adosado al canalón, le amenazaba con sus menguados puños cerrados cubiertos de pelos negros, duros y brillantes. Mitka, vacilando sobre sus piernas ensangrentadas, descorrió la barra de hierro del cerrojo y salió arrastrando tras de sí el torbellino ululante de los perros. Rompió el cuello de *Bayan* estrangulándolo; los cosacos que pasaban por delante de la casa le libraron a duras penas de las otras bestias enfurecidas.

IV

Natacha supo granjearse las simpatías de la familia Melekhov. Aunque rico y empleando obreros. Miron Grigorievich había acostumbrado a sus hijos a trabajar y habíales educado severamente. Natacha era laboriosa y supo ganarse el afecto de sus suegros. Ilinichna, que en el fondo no quería a la mujer de su hijo mayor, la coqueta Daria, se aficionó a Natacha desde el primer día.

—Duerme un rato más, hija mía, ¿por qué te levantas tan temprano? —rezongaba, cruzando pesadamente la cocina—. Vuelve a acostarte. Se hará lo necesario sin ti.

Natacha, que tenía la costumbre de levantarse con el alba, volvía a su alcoba.

El mismo Pantelei Prokofievich, tan rudo con todos los de casa, decía a su mujer:

—Oye, mujer, no despiertes a Natacha. Trabaja bastante durante todo el día. Va a ir a la labor con Grichka. Activa a Daria. Es una mujer perezosa, mimada..., se da colorete y se pinta de negro las cejas, ¡la presumida!

—Que se amen cuando menos el primer año —suspiraba Ilinichna, recordando su vida truncada por el trabajo.

Grigori se habituó poco a poco a su nueva situación de hombre casado; acostumbróse a ello y tres semanas después de la boda advirtió con temor y cólera que aún no había acabado todo con Axinia, que las raíces de este amor maldito no habían sido totalmente arrancadas de su corazón. Mientras sólo estuvo prometido, levantaba los hombros lleno de seguridad, diciendo que todo sería dado al olvido...; sin embargo, lejos de ser olvidado, el recuerdo le desgarraba el corazón. Días antes de la boda, Pedro le interrogó, mientras aventaban el trigo:

—Veamos, Grichka, ¿cómo acabarás tu asunto con Axinia?

— ¿Por qué?

—Se me antoja que te cuesta trabajo dejarla.

— ¡Oh, no ha de faltar alguno que la recoja! —había respondido Grigori, riendo.

—Bueno, pero piénsalo bien, ahora que vas a casarte. No quisiera que después sucediese... —dijo Pedro mordiéndose el bigote.

— ¡Todo cansa, todo pasa! —replicó Grichka en son de burla.

Pero las cosas fueron de otro modo. Por la noche, cuando acariciaba a su mujer, tratando de avivar su ardor, encontrábase Grichka con una sumisión fría y confusa. Natacha no se entregaba de buen grado a los deseos de su marido; había heredado de su madre un temperamento frío e indiferente. Acordándose del frenesí amoroso de Axinia, Grigori suspiraba:

—Seguramente tu padre te concibió sobre un bloque de hielo. Natacha... eres de una frialdad absoluta.

Cuando por azar encontraba a Axinia, ella sonreía seductoramente, sus pupilas se ensombrecían y dejaba caer algunas palabras con penetrante y cálida voz:

~ Buenos días, Grichka. ¿Cómo va la luna de miel con tu joven esposa?

—No va mal —respondía Grigori vagamente, tratando de esquivarse lo más pronto posible para evitar la mirada acariciadora de Axinia.

Stefan parecía haber hecho las paces con su mujer. Iba menos frecuentemente a la taberna y hasta llegó una tarde, mientras ahechaban el trigo, a proponerle, por primera vez después de su riña:

— ¿Quieres que cantemos, Xucha?

Sentáronse arrimados a un montón de trigo aventado. Stefan entonó una canción del regimiento. Axinia secundóle a toda voz. Cantaban muy juntos, como en el primer año de matrimonio. En otro tiempo, cuando regresaban de los campos bajo los purpúreos rayos del sol poniente, Stefan, balanceándose en la carreta, cantaba una vieja canción, lenta y triste como el camino desierto que surca las estepas salvajes. Axinia le secundaba con la cabeza apoyada en el abombado pecho del marido. Los caballos arrastraban el vehículo, de ruedas chirriantes, sacudiendo la lanza. Los viejos cosacos, que oían de lejos la canción, decían entre sí:

—Stefan ha conquistado una mujer cantora.

—Sus voces se acordan bien.

—La de Stefan parece una campana.

Los ancianos, sentados ante sus casas para ver desvanecerse la cortina roja del sol muriente, cambiaban impresiones a través de la calle:

—Es la canción del Bajo Don.

—Está compuesta en el Cáucaso, compañero.

—Por eso le gustaba tanto al difunto Kiruchka. Grigori oía, al atardecer, las canciones de los Astakhov. Mientras que trillaban el trigo, veía en la era de Stefan, vecina de la

suya, a Axinia, nuevamente segura de sí misma y, al parecer, feliz. Al menos, así se le antojaba.

Stefan no saludaba a los Melekhov. Recorría su era apercibida la horquilla, movía al trabajar los anchos hombros, bromeaba de vez en vez con su mujer, y Axinia reía lanzándole ojeadas. Su falda verde bullía ante los ojos cerrados de Grichka. Una fuerza invisible obligábale siempre a volver la cabeza hacia el patio de los vecinos. No advertía que Natacha, en tanto ayudaba a Pantelei Prokofievich a colocar las gavillas, seguía, llena de ansiedad y celos, la dirección de la mirada de su marido. Tampoco advertía que Pedro, que conducía los caballos en constante vuelta en derredor de la era, le vigilaba, sonriendo imperceptiblemente.

Bajo el sordo rumor, semejante a un gemido, de los rodillos de piedra, Grichka trataba de ordenar los retazos de los pensamientos confusos y huidizos.

La batahola de las máquinas de labranza, los gritos de los conductores y los silbidos de los látigos asordaban el pueblo entero, perdiéndose en la estepa. El lugar, alegre por la buena cosecha, parecía adormecerse lánguidamente bajo el suave calor setembrino, extendiéndose junto al Don, como un reptil plateado en una calle. En cada finca, bajo cada techo, agitábase una vida singular, dulce o amarga. Cada familia tenía sus inquietudes y sus penas: el padre Grichaka habíase resfriado y tenía dolor de muelas; Sergio Platonovich, mesándose la barba, partida en dos, lloraba a solas, abatido por la vergüenza y rechinando los dientes; Stefan incubaba en su alma el rencor hacia Grichka, y, durante la noche, mientras dormía, arrugaba la colcha entre sus dedos de hierro; Natacha escondíase en la cochera y, abatida sobre el seco estiércol, lloraba, temblando de angustia, su felicidad burlada; *Khristonia,* que había vendido un ternero en la feria y bebídose el dinero, sentíase torturado por los remordimientos; Grichka suspiraba, atormentado por funestos presentimientos y por el dolor de los recuerdos; Axinia, entregándose por entero a su marido, trataba de ahogar en lágrimas el rencor que no podía extinguir.

Davidka, despedido del molino, pasaba las noches enteras con *Valet* en la estancia donde se pesaba el trigo, y con los ojos encendidos de odio, *Valet* le decía:

— ¡No, eso no pasará así como así! Tendremos su piel uno de estos días. ¡No les ha bastado una revolución! Tendrán otro año 1905. Ya les arreglaremos las cuentas.

Levantaba con expresión amenazadora el dedo lleno de cicatrices, y. con brusco ademán, subíase la blusa caída sobre la espalda.

Los días y las noches sucedíanse, las semanas corrían, los meses se arrastraban; el viento silbaba, la montaña rugía anunciando el mal tiempo; el Don, al que el aire otoñal ponía de un azul-verde transparente, rodaba con indiferencia hacía el mar.

V

Un domingo, a finales de octubre, Fedot Bodovskov partió para la aldea. Llevaba cuatro parejas de patos bien cebados y los vendió en el mercado; compró indiana para su mujer, y ya se disponía a marchar cuando un forastero se aproximó a él.

— ¡Buenos días! —dijo saludando a Fedot, tocándose con los dedos el ala del sombrero negro.

— ¡Buenos los tengas! —replicó Fedot entre dientes; entornó sus ojos de calmuco, previniéndose a cualquier evento—. ¿De dónde viene usted?

—No soy de aquí, vengo de la aldea.

— ¿De qué aldea?

—De Tatarski.

El desconocido sacó del bolsillo una pitillera de plata, con un barquichuelo esmaltado en la tapa, ofreció un cigarrillo a Fedot y prosiguió sus preguntas.

— ¿Es grande vuestra aldea?

— ¡Gracias, acabo de fumar! Nuestro pueblo es un gran pueblo. Tiene, cuando menos, trescientas casas.

— ¿Tenéis iglesia?

—Naturalmente.

— ¿Tenéis herreros?

— ¿Herreros? Sí, hay un herrero.

— ¿Y hay serrería en el molino?

Fedot sujetó las bridas al bocado del caballo y examinó, con ademán hostil, el sombrero negro y las arrugas en aquel semblante, blanco y rechoncho, encuadrado en una barba como la endrina.

—Pero, ¿qué es lo que quiere?

—Voy a vivir a vuestro pueblo. He estado, hace un instante, con el *atamán* de la aldea. ¿Acaso vuelve usted de vacío?

—Sí.

— ¿Quiere llevarme con usted? Vendrá mi mujer, y llevaré dos cofres de unos ciento veinte kilos.

—Es posible. Puede hacerse.

Habiendo acordado dos rublos como precio, Fedot fue a casa de la panadera Frosca, donde habitaba el desconocido; una mujercita rubia y desmedrada subió al vehículo. Fedot sujetó en la trasera los dos cofres ferrados.

Dejaron la aldea. Fedot chasqueaba la lengua y sacudía las riendas para apresurar a los caballos. La curiosidad le devoraba. Los viajeros, sentados modestamente tras de él, guardaban silencio. Fedot pidió primeramente un pitillo y preguntó a renglón seguido:

— ¿De dónde viene? —De Rostov.

— ¿Nacido allí?

— ¿Qué dice?

—Pregunto en dónde ha nacido.

— ¡Ah!, sí, sí, soy de Rostov.

Fedot, con la cabeza levantada, contempló atentamente el horizonte: a medio kilómetro de la carretera, sobre la cima de una colina, el ojo experto de Fedot advirtió, en la hierba oscura y seca, las cabezas, apenas visibles, de las gallinas silvestres.

—Es lástima que no haya traído mi fusil. Hubiera podido llevar caza. Por allá bullen —dijo, señalando con el dedo y suspirando.

—No veo nada —confesó el viajero guiñando sus ojos de miope.

Fedot siguió con la mirada a las gallinas silvestres, que descendían al valle, y se volvió hacia sus compañeros.

El hombre era delgado, de mediana estatura, y en sus ojos, muy juntos, brillaba la astucia. Sonreía continuamente al hablar y adelantaba el labio superior. Su mujer, envuelta en un chal de punto, dormitaba. Fedot no podía verle la cara.

— ¿Qué va usted a hacer en nuestro pueblo?

—Soy aserrador. Quiero abrir un taller. También soy carpintero.

Fedot examinó con recelo las groseras manos del forastero; éste, habiendo sorprendido

su mirada, prosiguió:

—Soy, además, agente de la Compañía "Singer" para la venta de máquinas de coser.

—Y... ¿cómo se llama? —preguntó con interés Fedot.

—Mi nombre es Stockman.

—Por consiguiente, ¿usted no es ruso?

—Sí, soy ruso. Mi abuelo era de origen alemán. En pocos momentos, Fedot supo que el aserrador Joseph Davidovich Stockman había trabajado anteriormente en la fábrica "Axai", a continuación en cierto sitio de la región del Kuban y en los talleres del ferrocarril del Sudeste. El curioso Fedot sacó todavía al forastero un montón más de detalles.

La conversación cesó cuando llegaron al bosque comunal. Fedot hizo beber al caballo en un abrevadero donde corría un agua de manantial y, cansado por el viaje, se puso a dormitar en el asiento. Quedaban todavía cinco kilómetros hasta el pueblo. Fedot arrolló las riendas en torno a su brazo y se tendió más confortablemente, pero no pudo conciliar el sueño.

— ¿Cómo se vive entre vosotros? —preguntó Stockman agitándose en su asiento.

—Se vive dulcemente.

—Los cosacos, en general, ¿están contentos con su vida?

—Unos están contentos, y otros, disgustados. No se puede satisfacer a todo el mundo.

—Es cierto, es cierto —accedió el aserrador, y después de un silencio prosiguió haciendo preguntas indirectas que parecían disimular un pensamiento secreto.

—Entonces, ¿dices que se vive bien entre vosotros?

—Sí, vivimos como se debe.

—El servicio militar os será seguramente pesado, ¿no es cierto?

— ¿El servicio? Estamos acostumbrados ya. Solamente en el servicio se conoce la verdadera vida.

—Lo que me parece duro es que los cosacos hayan de ponerlo todo.

—Eso es cierto. ¡Así les parta un rayo...! —dijo Fedot, animándose, y lanzó una mirada de inquietud sobre la mujer, que en aquel momento se volvía hacia él—. ¡Es terrible lo exigentes que son nuestros jefes...! Cuando fui a cumplir mi servicio, hube de vender mis bueyes para comprar un caballo, y, a pesar de todo, me lo rechazaron.

— ¿De veras? —preguntó el aserrador con fingido asombro.

—Sin remisión. Dijeron que estaba enfermo de las patas. Procuré explicarles de todas formas: "Pónganse en mi lugar —les dije—, tiene las patas como un garañón de precio; corre como una liebre..., parece un gallo." No; no quisieron atender a razones. ¡Es una ruina!

La conversación se animó. Fedot, impulsado por la discusión, saltó a tierra y, caminando al lado del coche, se puso a contar anécdotas del pueblo, a insultar al *atamán* por el reparto de los prados comunales y a ensalzar la vida en Polonia, donde su regimiento estuvo de guarnición durante el servicio activo. El aserrador paseaba sobre Fedot la mirada aguda de sus ojillos, y fumaba, sonriendo, cigarrillos ligeros, en una boquilla de hueso adornada con anillos; pero una arruga surcaba oblicuamente su frente impenetrable, se ahondaba con lentitud, reflejando la marcha interna de los pensamientos ocultos.

Llegaron al pueblo antes de la anochecida. Por consejo de Fedot, Stockman alquiló dos cuartos en casa de la viuda Lukechka Popova.

— ¿Quién es ese que has traído de la aldea? —preguntaban a Fedot las vecinas.

—Un agente.

— ¿Y qué es eso, un "gente"?

— ¡Ah, qué tontas sois! No os he dicho un "gente", sino un agente: vende máquinas de coser. A las mujeres bonitas se las da gratis; pero a las que son feas, como tú, Marichka, les cobra en buena plata.

— ¿Te piensas que eres hermoso, demonio peludo?

¡Hocico de calmuco! ¡Hasta los caballos se asustan de ti!

—El calmuco y el tártaro son los amos de la estepa. ¡No te burles a su costa, madrecita! —replicó Fedot, alejándose.

El aserrador Stockman empezó a instalarse en casa de Lukechka, mujer de lengua larga y ojos bizcos. A la mañana siguiente, todas las comadres cotilleaban ya en el pueblo.

— ¿Te has enterado, comadre?

— ¿De qué?

—Fedot, el calmuco, ha traído un alemán.

— ¡Imposible!

— ¡Te lo juro por la Virgen santa! Lleva sombrero y se llama Stopol o Stokal...

— ¿Y no será un policía?

—No, amiguita, recaudador de contribuciones.

—Nada de eso, amigas mías, todo eso son mentiras. Es, según se dice, contable, como los hijos del *pope* Pankrati.

—Pachka, pichón mío, corre a casa de Lukechka y pregúntale finamente: "¿Quién es ese que vive en tu casa, tiíta?"

— ¡Ve volando, hijo mío!

Al día siguiente de su llegada, el aserrador fue a presentarse al *atamán* del pueblo.

Fedor Maniskov, que era *atamán* desde hacía tres años, examinó en todos sentidos el pasaporte, recubierto de tela embreada, del recién llegado; su secretario, Yegor Charkov, lo examinó también cuidadosamente. Cambiaron una mirada y el *atamán* hizo un gesto autoritario, según su antigua costumbre de suboficial:

—Puedes quedarte.

Stockman saludó y salió. Durante una semana no asomó la nariz fuera de la puerta; estaba como una marmota en su agujero. Solamente se oía un golpeteo de azuela; disponía de un taller en la antigua cocina de verano. El interés que su llegada despertó en las mujeres se fue enfriando; solamente los arrapiezos se pasaban los días enteros pegados a la cerca, mirando al forastero con una desatentada curiosidad de bestezuelas inconscientes.

VI

Grigori y su mujer partieron para el laboreo tres días antes de la fiesta de la Asunción de la Virgen María. Pantelei Prokofievich estaba enfermo; salió a despedirlos, apoyándose en un bastón y lanzando gemidos por culpa de las punzadas que sentía en los riñones.

—Vas a labrar los dos campos que están detrás del páramo de Krasny-Log.

—Pues, bien, ¿y el que está bajo el Talovi-Yar? ¿Qué se hace con él? —preguntó Grigori con voz enronquecida, pues se había resfriado durante la pesca y por eso llevaba un pañuelo al cuello.

—Se laboreará después de la fiesta de la Santa Virgen. Por el momento, basta con eso. Hay cuatro hectáreas. Tenemos otras seis en el Talovi-Yar. No hay que ser demasiado avariciosos.

— ¿No vendrá Pedro a ayudarme?

—Va con Dachka al molino. Hay que moler ahora el trigo; luego habría que esperar, porque acuden de todas partes.

Ilinichna puso algunos panecillos en el delantal de Natacha y le susurró:

—No te estés mucho tiempo. No es conveniente volver tarde.

—Bueno, mamá, vendremos pronto.

— ¿Quieres llevar a Duniachka para conducir los bueyes?

—Mejor iremos solos.

—Sea, mejor lo sabes tú que yo. ¡Que Cristo os proteja!

Con su fina cintura curvada bajo el peso de la ropa recién mojada, Duniachka cruzó el patio en dirección hacia el río.

— ¡Natacha! ¡Querida! En el Krasny-Log hay muchas acederas silvestres, no dejes de traerme.

— ¡Bueno! Así lo haré.

— ¡Cállate, charlatana! —gritó Pantelei Prokofievich amenazándola con el bastón.

Tres parejas de bueyes arrastraban el arado, arañando la tierra endurecida por la

sequedad del otoño. Grigori les seguía, ajustándose a cada instante el pañuelo que le ceñía el cuello. Natacha iba a su lado, llevando a la espalda el saco de las provisiones.

Un silencio transparente reinaba en la estepa. Allá lejos, al otro lado de los páramos, tras la colina, los arados cardaban la tierra y se oía el silbido de los látigos, mientras que aquí, a lo largo del camino, crecían el ajenjo gris azulado, la hierba ramoneada por los carneros, el meliloto, el serpol de cabeza abatida en ademán de oración y, por encima de todo esto, el cielo límpido y frío como un cristal, cortado por tenues y nobilísimos hilos de nubes de color.

Después de la marcha de los labradores, Pedro y Daria se dispusieron para ir al molino. Pedro había suspendido un arnero en el hórreo y cribaba nuevamente el grano antes de meterlo en el saco. Daria llenaba los sacos y los porteaba hasta el coche.

Pantelei Prokofievich enganchó los caballos, examinando atentamente los arneses.

— ¿Estaréis pronto dispuestos?

—En seguida —respondió Pedro desde el hórreo. El patio del molino estaba lleno de carretas. En torno de la balanza había una verdadera batahola. Pedro entregó las riendas a Daria, saltó a tierra y preguntó a *Valet:*

— ¿Me llegará pronto la vez?

—Todavía falta un rato.

— ¿Por dónde vamos?

—En el número treinta y ocho.

Pedro comenzó a descargar el vehículo. En este momento estalló una disputa cerca de la balanza. Una voz ronca y agresiva parecía ladrar:

—No hay que dormirse. ¡Ahora has perdido la vez! ¡Lárgate, *mujik,* que, si no, te romperé las muelas!

Pedro reconoció la voz de Yacov *Herradura.* Afinó el oído. El tumulto crecía en la sala de las balanzas.

Oyóse el chasquido de una fuerte guantada; salió un *tavritchanin,* uno de los labradores ucranianos de la región de Tarada avecindados en la comarca del Don, barbudo y de edad madura. Se tapaba la mejilla y la gorra le caía sobre la nuca.

—Ahora verás —gritaba.

— ¡Te voy a partir la boca, basura!

— ¡Espera un poco!

— ¡Nikifor, ven aquí!

Yacov *Herradura* disfrutaba de este apodo, porque un día, en el servicio militar, el caballo que estaba herrando le aplicó una coz. Tuvo la nariz rota y la marca de la herradura quedó impresa en su rostro.

Era un valiente artillero, sólidamente constituido; precipitóse en el patio remangándose los brazos. Un enorme *tavritchanin* en mangas de camisa rosa le golpeó por la espalda. *Herradura* vaciló, sin caer.

— ¡Hermanos, los campesinos pegan a los cosacos! Los cosacos y los *tavritchanines,* muy numerosos aquel día, surgían por todas partes. Junto a la puerta principal del molino, estalló la contienda. La puerta crujió bajo el empuje de los cuerpo a cuerpo. Pedro tiró el saco y corrió hacia el molino. Daria levantóse sobre el asiento y le vio introducirse en el centro de la reyerta, tirando a tierra a cuantos le obstruían el paso. Dio un grito agudo al ver que le rechazaban a puñetazos hasta el muro, donde cayó bajo los pies de los contendientes. Mitka Korchunov, blandiendo una barra de hierro, venía a grandes zancadas del lado de la sala de máquinas. El colono que había golpeado a *Herradura* se apartó de la contienda; la manga de su camisa, arrancada, flotaba tras de él como un ala; corrió encorvándose hacia el primer coche y arrancó lentamente una vara. El tumulto ensordecedor de la pelea henchía el patio del molino.

— ¡A-a-a-ah!

— ¡U-u-u-u!

— ¡Ay-ay, ay!

Aullidos, crujidos, gemidos, maldiciones...

Los tres hermanos *Chamiles* acudieron al fragor de la batalla. Alexei, el manco, se enganchó en unas riendas abandonadas en el suelo y cayó cerca del portón; levantóse inmediatamente y prosiguió la carrera, saltando por encima de las varas de los coches, apretándose contra el vientre la manga arrancada de su camisa. Su hermano Martín se detuvo, inclinóse para embutirse los pantalones en sus medias de lana; pero en este momento redobló el tumulto cerca del molino; alguien lanzó un grito agudo; Martín enderezóse y echó a correr tras de su hermano.

Daria, jadeante, sin apearse del asiento, seguía el curso de la lucha retorciéndose las manos; en derredor de ella, cuatro mujeres gritaban y gemían; los caballos, inquietos, bajaban las orejas; los bueyes, asustados, se apretaban contra las carretas... Sergio Platonovich, muy pálido, pasó arrastrando la pierna: temblaban sus labios y su vientre abombado palpitaba bajo el chaleco. Daria vio al colono de la camisa rosa abatir a Mitka Korchunov de un golpe de varal, para caer a su vez bajo un formidable puñetazo que Alexei el manco le aplicó en la nuca. Las diferentes fases del combate desfilaban rápidamente ante los ojos de Daria como en un caleidoscopio; así pudo ver, sin asombro, levantarse a Mitka sobre una rodilla y golpear con la barra de hierro a Sergio Platonovich, que pasaba ante él; éste alzó los brazos en el aire y, zarandeado y pateado por los combatientes, subió hasta el cuarto de las pesas; Daria estalló en una risa histérica, y los arcos de sus cejas depiladas rompiéronse en esta risa. Súbitamente se detuvo: Pedro salía vacilando de la rugiente masa para ir a tenderse bajo un coche,

escupiendo sangre. Otros cosacos, armados de estacas, llegaban corriendo del pueblo; uno blandía una palanca.

La contienda adquiría proporciones monstruosas. Entonces no se zurraban como en la taberna, después de haber bebido, o como en los combates de pugilismo, durante la semana de carnaval. Un joven colono estaba tendido con la cabeza rota cerca de la puerta del molino; la sangre negra y coagulada cubría su cabeza y le cala en pesadas gotas por la cara; sus piernas se contraían convulsas. Sus ojos no volvieron a abrirse sobre la tierra verde y el cielo azul...

Los cosacos rechazaron hacia la sala de las pesas a los colonos que se agrupaban como un rebaño de carneros. El asunto habría parado mal si un viejo colono no hubiera tenido una idea ingeniosa: entró en la sala, tomó de la chimenea un tizón encendido y lanzóse al patio dirigiéndose al depósito que contenía cerca de un millar de *puds* de trigo. Flotaba el humo tras él como un velo, y las chispas bullían desvaídamente en la luz del día.

—Voy a incendiar esto —aulló con voz salvaje acercando el tizón crepitante a la techumbre de bálago.

Estremeciéronse los cosacos y quedaron al punto inmóviles. Un viento seco y vivo soplaba del Este. Una sola chispa caída sobre los tallos secos habría bastado para incendiar el pueblo entero. Un runrún de voces sordas recorrió las filas de los combatientes. Algunos empezaron a retroceder hacia el molino, mientras que el colono, agitando la tea, gritaba:

— ¡Le pegaré fuego, hijos de mala madre! ¡Le pe-ga-ré fue-go! ¡Salid del patio!

El causante de la pelea, Yacov *Herradura,* enteramente cubierto de heridas, abandonó en primer lugar el patio del molino. Los demás le siguieron apresuradamente. Los colonos engancharon los caballos y, de pie sobre los coches, partieron al galope agitando los látigos.

Alexei, el manco, que permanecía en medio del patio balanceando sobre su vientre la manga vacía, gritó con el rostro conmovido por su tic nervioso:

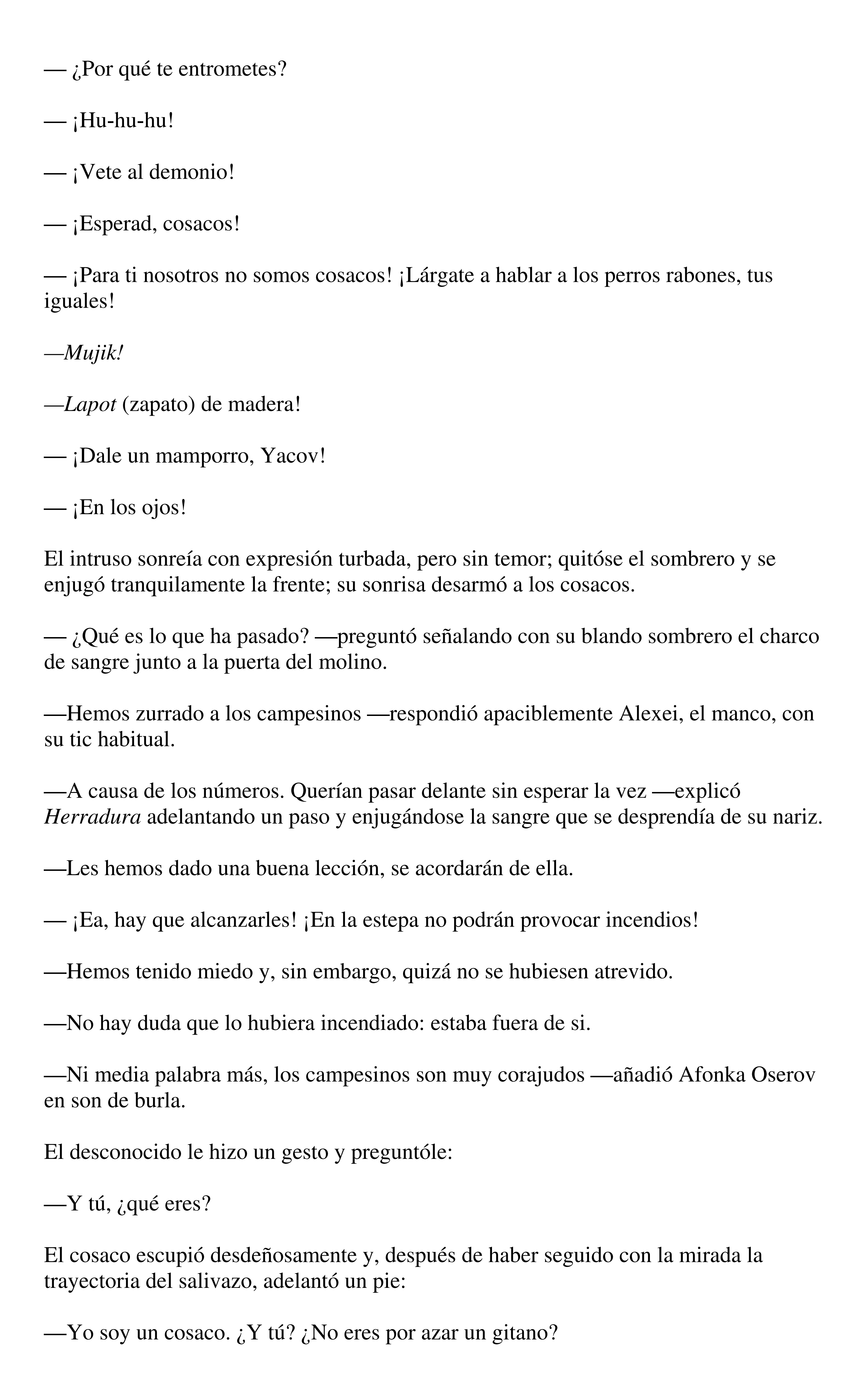
— ¡A caballo, cosacos!

— ¡Alcancémosles!

— ¡Les atraparemos en lo alto de la cuesta! Mitka Korchunov lanzóse fuera del patio. La multitud de cosacos, apretada cerca del molino, comenzó nuevamente a agitarse; pero en este momento, un desconocido, tocado con un sombrero negro, adelantóse con paso rápido, saliendo de la sala de máquinas; escrutando a la multitud con sus ojillos penetrantes, levantó la mano:

— ¡Deteneos!

— ¿Quién eres tú? —preguntó *Herradura.* — ¿De dónde sales?



— ¿Por qué te entrometes?

— ¡Hu-hu-hu!

— ¡Vete al demonio!

— ¡Esperad, cosacos!

— ¡Para ti nosotros no somos cosacos! ¡Lárgate a hablar a los perros rabones, tus iguales!

—*Mujik!*

—*Lapot* (zapato) de madera!

— ¡Dale un mamporro, Yacov!

— ¡En los ojos!

El intruso sonreía con expresión turbada, pero sin temor; quitóse el sombrero y se enjugó tranquilamente la frente; su sonrisa desarmó a los cosacos.

— ¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó señalando con su blando sombrero el charco de sangre junto a la puerta del molino.

—Hemos zurrado a los campesinos —respondió apaciblemente Alexei, el manco, con su tic habitual.

—A causa de los números. Querían pasar delante sin esperar la vez —explicó *Herradura* adelantando un paso y enjugándose la sangre que se desprendía de su nariz.

—Les hemos dado una buena lección, se acordarán de ella.

— ¡Ea, hay que alcanzarles! ¡En la estepa no podrán provocar incendios!

—Hemos tenido miedo y, sin embargo, quizá no se hubiesen atrevido.

—No hay duda que lo hubiera incendiado: estaba fuera de si.

—Ni media palabra más, los campesinos son muy corajudos —añadió Afonka Oserov en son de burla.

El desconocido le hizo un gesto y preguntóle:

—Y tú, ¿qué eres?

El cosaco escupió desdeñosamente y, después de haber seguido con la mirada la trayectoria del salivazo, adelantó un pie:

—Yo soy un cosaco. ¿Y tú? ¿No eres por azar un gitano?

—Los dos somos rusos.

—Mientes —replicó Afonka midiendo las sílabas.

—Los cosacos son de origen ruso, ¿conoces la Historia?

—Pues yo te digo que los cosacos provienen de los cosacos.

—En otro tiempo, en antiguas edades, los siervos que huían de sus señores instaláronse en el Don y se les dio el nombre de cosacos.

—Harías mejor en seguir tu camino, buen hombre —aconsejó Alexei, el manco, apretando el puño con cólera contenida.

— ¡Es esa basura que se ha instalado entre nosotros!

— ¡Ah, el miserable quiere transformarnos en *mujiks!*

—Ante todo, ¿quién es? ¿Lo sabes tú, Afanasi? —Acaba de llegar y vive en casa de Lukechka, la bizca...

Esta conversación retuvo unos instantes a la multitud. Había pasado el momento oportuno para perseguir a los colonos.

Los cosacos separáronse cambiando animadamente sus impresiones respecto a la batalla.

Grigori y Natacha pasaron la noche en la estepa, a ocho kilómetros del pueblo. Envolviéndose friolentamente en su abrigo rugoso, Grigori decía angustiosamente a su mujer:

—No sé..., eres extraña..., no te amo, Natacha; te pareces a esa luna: ni calientas ni enfrías; no te amo, Natacha, no te enfades si te lo digo. No he querido hablar antes, pero veo que no podría vivir así... Te compadezco... Hemos vivido ligados durante este tiempo, pero yo no siento nada en el corazón... Está vacío..., como ahora lo está la estepa...

Natacha, tendida sobre la espalda, miraba silenciosamente el inaccesible campo de las estrellas y el velo transparente de las nubes que pasaban por encima de ellas. En alguna parte muy lejana, en aquel desierto negro y azul, oyéronse, como notas de campanillas de plata, los gritos de las grullas retardatarias.

Las hierbas secas exhalaban un angustiante olor de muerte. Sobre un otero destacábase la mancha roja de una hoguera encendida por los labradores...

Grigori se despertó antes del amanecer. Su abrigo estaba cubierto de dos dedos de nieve. La estepa languidecía bajo el blancor virginal de la nieve reciente que espejeaba en la oscuridad; y las huellas azuladas de una liebre destacaban cerca del campamento.

VII

La costumbre era muy antigua: si un cosaco solo, yendo a caballo o en coche, encontraba en la carretera algún colono ucraniano (el pueblo de éstos se extendía desde la aldea cosaca de Nipre-Yablonoski hasta Millerovo, abarcando una extensión de sesenta y cinco kilómetros) y no le cedía el paso, los campesinos le molían a golpes. Por lo cual, iban siempre en compañía a la estación del ferrocarril; de este modo, cuando encontraban a los ucranianos en la estepa, no vacilaban en buscarles camorra.

— ¡Eh, *hohol* (ucraniano), déjanos pasar! ¡Vives en tierra de cosacos, villano, y no quieres dejarnos el paso franco!

A los ucranianos que porteaban su trigo a los depósitos de Paramanov, en las márgenes del Don, se les hacía la vida imposible: las risas estallaban sin razón alguna, se les vapuleaba, sencillamente, porque eran ucranianos.

Varios siglos hacía que una mano previsora había sembrado en la tierra cosaca la semilla del rencor nacionalista que luego había cultivado y la semilla estaba dando espléndida cosecha. En las contiendas, la sangre azul de los cosacos, propietarios del país, corría, mezclándose a la sangre roja de los colonos moscovitas y ucranianos, provenientes de la provincia de Voronej.

Quince días después de la reyerta del molino, llegaron al pueblo el comisario de Policía y el juez de instrucción.

Stockman fue llamado a declarar el primero. El juez de instrucción, un joven funcionario de noble familia cosaca, le preguntó mientras extraía los documentos de su cartera:

— ¿Dónde habitaba antes de venir aquí?

—En Rostov.

— ¿Por qué estuvo en la cárcel el año 1907?

Los ojillos de Stockman se posaron sobre la carpeta del juez y, a renglón seguido, en la raya que separaba sus cabellos cubiertos de caspa.

—Por cuestiones políticas.

— ¡Ah, ah...! ¿Dónde trabajaba en aquella época? —En los talleres del ferrocarril.

— ¿Su profesión?

—Aserrador.

— ¿No es usted hebreo? ¿Acaso judío converso?

—No. Creo que...

—No me interesa saber lo que cree. ¿Ha estado usted deportado en Siberia?

—Sí.

El juez levantó lentamente la cabeza e hizo una nueva mueca con los labios afeitados cubiertos de puntos negros.

—Le aconsejo que salga de aquí —dijo, mientras pensaba para sí:. "Por otra parte, ya me encargaré de ello."

— ¿Por qué, señor juez de instrucción?

— ¿De qué habló a los cosacos el día de la reyerta en el molino? —preguntó el juez por toda respuesta.

—Verdaderamente...

— ¡Bueno! Puede retirarse.

Stockman salió a la terraza de Mokhov —las autoridades acudían siempre a casa de Sergio Platonovich desdeñando la casa comunal —, volvióse sonriendo, en tanto una arruga oblicua surcaba su frente, y contempló la puerta pintada recientemente.

VIII

El invierno no llegó de improviso. La nieve fundióse después de la fiesta de la Santa Virgen, y nuevamente condujeron las yeguadas a la estepa. El viento cálido del Sur sopló cerca de una semana; desheló la tierra, y en la estepa las últimas hierbas reverdecieron.

El deshielo duró hasta el día de san Miguel; en seguida volvió el frío de improviso, comenzó a nevar, la frialdad aumentaba de día en día, cuajó la nieve y las huertas abandonadas fueron marcadas por las huellas de las liebres, que se entrelazaban como los bordados sobre los vestidos de las muchachas. Las calles quedaron desiertas. Sobre el pueblo se extendía el humo del estiércol prensado, que se usaba como combustible, así como los montones de ceniza arrojados en las márgenes de las calles; las cornejas graznaban cerca de las casas habitadas. La carretera invernal cubierta de nieve pisoteada serpenteaba como una cinta lívida y descolorida, a través del lugar.

Un día la asamblea cosaca se reunió en la plaza del pueblo. Acercábase el momento de repartir la tala de los montes. Los cosacos, abrigados con zamarras y pellizas, se apretaban frente a la Casa Comunal haciendo crujir el calzado de fieltro sobre la nieve.

Como hacía mucho frío, todo el mundo entró en el salón. Los notables —ancianos de barbas argentadas —se colocaron cerca de la mesa, al lado del *atamán* y del secretario; los más jóvenes, con barbas de diversos colores, y los que eran lampiños, se arracimaban en compacto grupo, refunfuñando bajo su cuello de piel de carnero.

El secretario cubría con su menuda escritura una hoja de papel que el *atamán* observaba por encima del hombro. Un rumor sordo de voces henchía la fría sala:

—Este año los henos...

—Así es...

—El de la pradera es bueno, pero el de la estepa no vale nada.

—Antes, se llevaban las bestias a pacer en la estepa hasta *Noel.*

—Los calmucos tienen suerte.

— ¡Eh, eh!

—El *atamán* tiene un cuello de lobo que le impide volver la cabeza.

— ¡El puerco! ¡Parece que se ha tragado una estaca!

— ¡Oye, compadre, acaso quiere asustar al invierno! ¡Fíjate en la clase de piel que se ha proporcionado!

— ¡El gitano, en cambio, vende ahora su pelliza! —En cierta ocasión, una partida de gitanos pasaba la noche en la estepa; no tenían con qué taparse; entonces, uno de ellos se envolvió en una red de pescar; en medio de la noche sintió tal frío que hubo de despertarse. Pasó el dedo a través de una malla de la red y dijo a su madre: "¡Ay, madre, qué frío hace afuera...!"

— ¡Que Dios nos libre de la congelación!

—Habrá que herrar a los bueyes, no hay mas remedio.

—El otro día segué el trigo Invernal, cerca de la cuenca del Don; es muy bueno.

— ¡Zacarías, abotónate el pantalón...! Si te hielas, tu mujer te echará de casa.

—Oye, Avdeitch, ¿eres tú quien se encarga del toro comunal?

—No, he renunciado a ello. Es Paranka Mikina quien lo hace... "Soy viuda, ha dicho, y eso me distraerá..."

— ¡Ah, ah, ah!

— ¡Oh, oh, oh!

— ¡Señores ancianos! ¿Qué vamos a decidir con motivo de las cortas? ¡Silencio!

Comenzó la sesión. El *atamán* acariciando con una mano su insignia, llamaba por sus nombres a los repartidores; estaba rodeado de vapor y se arrancaba de la barba pequeños carámbanos.

—No se puede señalar la corta para el jueves —gritaba Ivan Tomilín esforzándose por ahogar la voz del *atamán.*

Frotaba furiosamente sus orejas rojas, inclinando su cabeza, cubierta con una gorra de artillero. — ¿Cómo así?

— ¡Te arrancarás las orejas, bombardero!

— ¡Le coseremos unas orejas de buey!

—El jueves que viene, la mitad de los hombres irá a buscar los henos. ¡No habéis pensado en ello!

—Tú puedes ir el domingo.

— ¡Señores ancianos!

— ¡Basta ya!

— ¡En buena hora!

— ¡U-u-u!

— ¡Oh, oh, oh!

— ¡Ah, ah, ah!

El viejo Mathvei Kachulin, apoyado en la mesa, se inclinaba hacia Tomilin y le gritaba amenazándole con el bastón:

— ¡Quieres esperar con tu heno! No volará. Debes hacer lo que todo el mundo... Tú siempre quieres hacer lo que se te antoja. ¡Todavía eres demasiado joven, imbécil! ¡Sí, eso es! Sí, hermanito.

— ¿Y tú? ¡Te crees tan inteligente! ¡Hasta en la vejez te sirves del saber de tus vecinos! —gritó en la última fila Alexei, el manco.

Desde hacía seis años estaba reñido con el viejo Kachulin por un pellizco de tierra. Le zahería a cada instante aunque Mathvei Kachulin sólo le hubiera arrebatado un rinconcito, no más de dos pasos.

— ¡Cállate, garrapata!

— ¡Es lástima que estés tan lejos, pues te hubiera sonado de tal modo que tu nariz sangraría!

— ¡Oh manco guiñador!, que tu madre...

— ¡Callaos! Dejad de discutir!

— ¡Vamos al patio, si quieres que nos zurremos!

—Déjale, Alexei, ya ves que al viejo se le eriza el pelo al punto de que la gorra no le para en la cabeza.

—Pero es que...

—Mañana puedes pisarle la oreja si te place, pero hoy cállate.

— ¡Los que escandalizan, a la cárcel con ellos! El *atamán* dió un puñetazo en la mesa.

— ¡Callaos! Si no, os expulso de la sala. El ruido de voces se extinguió.

—Se hará la tala de los montes el jueves al apuntar el día.

— ¿Cuándo han dicho, señores ancianos?

— ¡A la madrugada! ¡Qué Dios os ampare!

— ¡Ahora se hace poco caso de los viejos!

— ¡Tú hazlo, que ellos también tendrán que hacerlo! Ya sabremos darnos a respetar. Mi Alexachka bien ha querido zurrarme cuando le he dado su parte, y hasta me ha llegado a coger del cuello. Pero yo le hice callar inmediatamente: "Ahora mismo voy a denunciarte al *atamán* y a los ancianos, que te harán azotar en la plaza pública." Se ha calmado ante la amenaza, quedando tan tranquilo como la hierba bajo el agua.

—También hemos recibido, señores ancianos, una orden del *atamán* de la aldea — prosiguió el *atamán* con la cabeza erguida en aquel rígido cuello que le oprimía la garganta—. Los jóvenes deberán ir a la aldea el sábado próximo para prestar el juramento.

Pantelei Prokofievich estaba en pie cerca de la ventana del rincón, al lado de su compadre Miron Grigorievich, con la zamarra desabrochada, que estaba sentado en el reborde de la ventana sonriendo y frunciendo los ojos y la barba rojiza. Estaban rodeados de cosacos más jóvenes, que se apretaban haciendo guiños. En medio de ellos, un viejo camarada de Pantelei Prokofievich, un cosaco de rojas mejillas carnosas, Avdeitch, apodado *el Embustero,* balanceábase sobre la punta de los pies, con la gorra tirada sobre la nuca.

Avdeitch había servido en el regimiento de la Guardia Imperial Atamanski. Al partir para hacer el servicio militar, llamábase Similin; pero, desde el día de su regreso, no gozó de otro nombre que el de *el Embustero.* Fue el primero en servir en el regimiento de la Guardia, y durante este período había sufrido una transformación extraordinaria. Al principio era un mozo como los demás, un poco simple solamente. Pero cuando volvió del regimiento sufrió una verdadera transformación. Desde el primer día empezó a contar historias extraordinarias sobre su servicio en el palacio del zar y las maravillosas aventuras que le habían sucedido en Petersburgo. Al principio, sus oyentes, aturdidos, creían cuanto decía; pero un día se descubrió que Avdeitch era un embustero, como no se había visto igual en el pueblo. Burlábanse abiertamente de él; pero, cuando le pillaban en flagrante delito de mentira, no enrojecía, o mejor dicho, se hacía harto difícil notarlo bajo la escarlata de sus mejillas, y proseguía mintiendo. Ya envejecido, perdió totalmente el seso; enfadábase cuando se le tildaba de embustero, amenazaba con el puño y se encontraba siempre dispuesto a zurrarse; pero si nada se le decía y se le escuchaba sonriendo irónicamente, se lanzaba entonces en las más inverosímiles historias. Por otra parte, era un cosaco laborioso y buen cultivador, poniendo gran discernimiento en todo; pero, en cuanto la conversación tocaba a su servicio en la Guardia, había para morir de risa.

Avdeitch se balanceaba sobre la punta de los pies, calzados con descalcañadas botas de fieltro, y hablaba con suficiencia, paseando la mirada sobre la muchedumbre:

—Ahora, el cosaco se ha convertido en un ser mediocre. Es menguado, despreciable y no vale un comino. Se le puede partir en dos de un solo golpe. En una palabra, a veces —escupió con sonrisa desdeñosa y prosiguió—, me ha acontecido ver en la aldea

Vechenska esqueletos de muertos... ¡Aquellos, sí eran de cosacos de veras!

—Pero, ¿dónde fuiste a desenterrarlos, Avdeitch? —preguntó el lampiño Anikuchka, dando un codazo a su vecino.

—No mientas, amigo, ¡siquiera sea en honor de la fiesta de mañana! —observó Pantelei Prokofievich que hizo una mueca y se tiró del pendiente. No le agradaban las jactancias.

—Yo, hermano, jamás he mentido —declaró con convicción Avdeitch examinando con asombro a Anikuchka, que tiritaba como si tuviera fiebre.

—He visto huesos de muertos cuando se construía la casa de mi cuñado. Al empezar a cavar los cimientos, se abrió una tumba. Antiguamente hubo allí un cementerio cerca del Don...

—Bueno, ¿cómo eran, pues, esos esqueletos? —preguntó Pantelei Prokofievitch con disgusto y dispuesto a alejarse.

— ¡Los brazos así! —dijo Avdeitch indicando un tamaño inverosímil —. La cabeza, no miento, palabra de honor, era grande como una caldera polaca,..

—Cuenta a los jóvenes, Avdeitch, cómo atrapaste a un salteador en San Petersburgo — propuso Miron Grigorievich incorporándose y arropándose en su zamarra.

—No vale la pena —respondió Avdeitch con fingida modestia.

—Cuéntalo.

— ¡Te lo rogamos!

— ¡Haznos ese favor, Avdeitch!

—He aquí cómo aconteció la cosa... —comenzó Avdeitch.

Tosió, sacó la petaca del bolsillo, derramó un poco de tabaco en la palma de su mano, guardó en la petaca dos trozos de cobre que se habían salido y paseó la mirada feliz sobre su auditorio.

—...Se había evadido un criminal de la fortaleza; lo buscaban por todas partes, pero no hubo medio de encontrarlo. Las autoridades no sabían qué hacer. ¡Había volado como el humo, eso era todo! Por la noche me llamó a su casa el oficial de servicio. Acudí allí... Sí... "Ve, me dijo, a las habitaciones de Su Majestad Imperial... El emperador en persona quiere verte." Naturalmente, yo estaba intimidado, pero fui de todos modos. Entro y me cuadro; él, nuestro bienhechor, me da una palmada en la espalda y me dice: "He aquí, Ivan Avdeítch, de qué se trata: el criminal más peligroso para nuestro imperio se ha evadido. ¡Búscale a toda costa, aunque sea bajo tierra, y no te presentes ante mí sin él!" "Obedeceré a Vuestra Majestad", le respondí. Sí..., tal encargo me dieron... Tomé en las caballerizas del zar los tres mejores caballos, y me lancé al galope.

Avdeitch encendió un cigarro y examinó las cabezas abatidas de sus oyentes,

arrebatándose de pronto, chilló en medio de la nube de humo que envolvía su rostro:

—Galopé día y noche. Al final del tercer día, le alcancé cerca de Moscú. A renglón seguido, le metí en un coche cerrado y, sin retardo alguno, reemprendí el camino. Llegué a medianoche, y aún cubierto de barro fui directamente al palacio. Multitud de condes y príncipes quisieron cerrarme el paso; pero yo lo franqueé, a pesar de todo. Sí..., llamó: "¿Da su permiso, Majestad Imperial?" "¿Quién va?", pregunta él. Oigo un vaivén tras la puerta y la voz del emperador que grita: "¡María Fedorovna, levántate y pon el samovar! ¡Ha regresado Ivan Avdeitch...!"

Una tempestad de risas estalló en las últimas filas. El secretario, que empezaba a leer los pregones con motivo del ganado perdido, se detuvo en la frase: "La pata izquierda manchada de blanco." El *atamán* estiró el cuello como una oca, examinando a la multitud agitada por una loca risa.

Avdeitch se quitó la gorra y, súbitamente desconcertado, miró a derecha e izquierda.

— ¡Esperad!

— ¡Ah, ah, ah!

— ¡Hi, hi, hi!

— ¡Avdeitch, perro sarnoso! ¡Oh, oh, oh!

—"¡Pon el samovar, Avdeitch ha regresado!" ¡oh, oh, oh!

La asamblea comenzó a dispersarse. A fin de entrar en calor, Stefan Astakhov y un enorme cosaco, propietario de un molino de viento, pusiéronse a luchar sobre la nieve, cerca de la Casa Comunal.

—Haz saltar al molinero por encima de tu cabeza —aconsejaban los cosacos que les rodeaban.

— ¡Stefan! ¡Sacúdele para que eche las tripas!

— ¡Ah, no le cojas bajo los brazos! ¡Eres un pícaro! —gritaba el viejo Kachulin, dando saltitos, sin advertir en medio de su agitación que una transparente gotita pendía de su nariz violácea.

IX

Pantelei Prokofievich, al volver de la asamblea, pasó directamente a la alcobita que ocupaba con su mujer. Ilinichna estaba enferma desde hacía unos días. Su rostro inflamado expresaba cansancio y dolor. Estaba sentada sobre un enorme almohadón bien mullido, con la espalda recostada sobre una almohada apoyada en el cabecero de la cama. Oyendo el ruido familiar de los pasos del marido, volvióse, lanzando una mirada severa sobre Pantelei Prokofievich, examinando atentamente la barba húmeda, y movió la nariz; pero el viejo oía sólo a frío y a piel de carnero. "Esta vez no está borracho", pensó. Y, con satisfacción, dejó sobre su vientre la media que estaba haciendo.

— ¿Qué se ha decidido de la corta de leña?

—Queda para el jueves —respondió Pantelei Prokofievich, alisándose el bigote—. El jueves por la mañana... —repitió, sentándose en un cofre cerca de la cama—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor?

El semblante de Ilinichna ensombrecióse.

—Siempre la misma canción. Punzadas en las articulaciones; dolores en los huesos.

— ¡Ya te había advertido, pedazo de tonta, que no entrases en el agua en otoño! Ya que sabes que no eres muy fuerte, debieras estarte quieta —dijo Pantelei Prokofievich irritándose y trazando amplios círculos en el suelo con su bastón—. ¿No hay bastantes mujeres, acaso? ¡Maldito sea tres veces tu dichoso cáñamo! ¡Te empeñaste en remojarlo y ahora estás mala! ¡Ah, Dios mío. Dios mío!

—Sólo hubiera faltado que dejase estropear el cáñamo. Las mujeres no estaban en aquel momento. La de Grichka trabajaba con él. Pedro había salido con Daria.

El anciano, soplándose en las palmas de las manos, se inclinó sobre la cama.

— ¿Cómo está Natacha?

Ilinichna se reanimó y púsose a hablar con visible inquietud:

—No sé qué hacer... Ha llorado de nuevo. Salí al patio, la puerta de la granja estaba abierta; se me ocurrió cerrarla, pero, al acercarme, vi a Natacha en pie cerca de las artesas. "¿Qué tienes, hija mía?", le pregunté. Ella me respondió: "Tengo dolor de cabeza, mamá." No hay modo de saber la verdad.

— ¡Acaso esté enferma!

—No, le he preguntado... Quizá sea mal de ojo, o bien algo entre Grichka y ella...

—Acaso trate nuevamente... reanudar con aquella...

— ¿Qué dices, viejo? ¡Qué cuentas! —gritó Ilinichna asustada, juntando las manos—. ¡Además, Stefan no es tonto! No, yo no he notado nada, nada.

Pantelei Prokofievich permaneció todavía un momento con su mujer y después se fue al otro cuarto. Grigori repasaba, con la lima, los anzuelos. Natacha los engrasaba con grasa espesa y envolvíalos cuidadosamente en trapos. El padre examinóla atentamente al pasar ante ella. En sus mejillas amarillentas extinguíase un débil rubor como sobre una hoja de otoño. Había adelgazado mucho hacía un mes, y una expresión de angustia asomaba a sus ojos. El padre se detuvo en el umbral y pensó: "¡He aquí cómo ha cuidado a su mujer!" Grigori, sentado cerca de la ventana, estaba absorto en su trabajo y sus negros cabellos danzaban sobre su frente.

— ¡Deja eso, qué demonio! —gritó súbitamente el padre, enrojeciendo en un acceso de cólera. Apretaba el bastón en la mano.

Grigori tembló y alzó sobre el padre una mirada de asombro.

—Quiero limar las puntas de estos dos ganchos, padre.

—Deja eso, te digo. Prepárate para la corta de leña.

—En seguida.

—Ahora hay que reparar los trineos, no es el momento de ocuparse de anzuelos —prosiguió el anciano en tono más tranquilo.

Se detuvo un instante, como si quisiera añadir algo más, pero nada dijo y salió. Fue a derramar el resto de su cólera sobre Pedro. Mientras se ponía el capote, Grigori le oyó gritar en el patio:

— ¿Todavía no has dado de beber a las bestias a estas horas? ¿En qué estás pensando? ¡Pedazo de animal! ¿Quién ha roto el eje que está junto al cercado? ¡Bien claro te dije que no lo tocaras! Si das ahora a las bestias el heno mejor, ¿qué nos quedará para la siega?

El jueves, dos horas antes de apuntar el alba, Ilinichna despertó a Daria:

— ¡Levántate! Ya es hora de encender el fuego. Daria precipitóse, en camisa, hacia el fogón, buscó las cerillas y puso lumbre.

—Prepara pronto qué comer —díjole Pedro, que se levantaba totalmente desgreñado y fumaba tosiendo.

— ¡Miman a Natacha! ¡No la despiertan! Duerme sin cuidarse de nada. Yo no puedo

partirme en dos —gruñía Daria, adormilada y de mal talante.

—Ve a despertarla —aconsejó Pedro.

Natacha se levantó por sí misma. Se echó un vestido sobre los hombros y fue a buscar trozos de estiércol seco para el fuego.

—Trae los haces —ordenó Daria.

—Di a Duniachka que vaya a buscar agua, ¿me oyes, Daria? —dijo, con voz enronquecida, Ilinichna, que entraba casi arrastrándose en la cocina.

La estancia estaba impregnada de olor de lúpulo, de arreos de cuero y de cálidos cuerpos humanos. Daria iba y venía, arrastrando por el suelo las botas de fieltro, agitando ruidosamente las marmitas de hierro; sus senitos temblaban bajo la camisa rosa de mangas recogidas. Su vida de casada no la había marchitado. Alta, fina y frágil como una caña, tenía el aspecto de una muchacha. Andaba de un modo ondulante y respondía con risas y encogimientos de hombros a las órdenes del marido; sus diminutos dientes, apretados y blancos, brillaban en el repulgo de sus labios, finos y maliciosos.

—Se debió poner *kiriak* (estiercol seco) en el horno ayer tarde, para que se hubiera secado durante la noche —gruñó Ilinichna.

—Lo he olvidado, mamá, es culpa mía —respondió Daria.

Llegó el alba mientras preparaban el desayuno. Pantelei Prokofievich engullía apresuradamente la sopa, quemándose a cada cucharada. Grigori, sombrío, comía lentamente, moviendo los músculos de sus mandíbulas. Pedro bromeaba, sin que se percatase el padre, con Duniachka, que padecía dolor de muelas y tenía la cara liada en un pañuelo.

Oíanse fuera los deslizadores de los trineos chirriando sobre la nieve. Grigori y Pedro salieron para enganchar. Liándose el cuello con el pañuelo que le había dado Natacha, Grigori aspiró el aire frío y seco. Un cuervo, pasando por encima del patio, lanzó un grito ronco. Se oía claramente en el aire helado el batir de sus alas. Pedro siguió con los ojos el vuelo del pájaro y dijo:

—Va hacia el Sur, en busca de los países cálidos.

El delicado cuerno de la luna aparecía, apenas perceptible, a través de una nubecilla rosada como la sonrisa de una adolescente. El humo subía verticalmente de la chimenea y se tendía, forma sin brazos, hacia la lámina dorada y cortante de la joven luna lejana, inaccesible.

Frente al patio de los Melekhov aparecía el Don deshelado. El hielo verdoso y estriado de nieve, era sólido junto a la orilla; pero un poco más allá del centro, cerca ya de la margen izquierda, veíase la corriente negra y amenazadora; los patos silvestres, retenidos a pesar del frío, nadaban sumergiéndose en las aguas glaciales.

Pantelei Prokofievich, sin esperar a sus hijos, partió el primero con sus viejos bueyes.

Pedro y Grigori le siguieron poco después. Cruzaron el río por el lado de la plaza. Descendiendo el ribazo se emparejaron con Anikuchka, que marchaba al lado de sus bueyes con un hacha nueva terciada en su ceñidor verde. Su mujercita, enfermiza, conducía las bestias. Pedro le gritó de lejos:

— ¡Vecino! ¿Llevas a tu mujer contigo?

Anikuchka, que estaba siempre dispuesto a la broma, se acercó al trineo haciendo chascar ruidosamente sus suelas.

—Sí, la llevo..., ¡para reconfortarme!

—No debe estar muy caliente, que digamos, ¡es tan delgada la pobre!

—La alimento con avena, pero se empeña en no engordar.

— ¿Vamos a cortar en el mismo lote que tú? —inquirió Grigori bajando del trineo.

—En el mismo lote, si me das de fumar.

—Aniki, siempre estás fumando a costa del prójimo.

—No hay nada tan agradable como lo robado o regalado —respondió Anikuchka riendo, y continuaron juntos el camino.

Una blancura virginal reinaba en el bosque, cubierto de encajes de escarcha. Anikuchka marchaba delante, golpeando con el látigo las ramas que se adentraban en el camino. La nieve espesa caía en grandes copos sobre su mujer, completamente arropada.

—No hagas tonterías, condenado —gruñía ella, sacudiéndose.

— ¡Húndela en un montón de nieve con la nariz dentro! —gritó Pedro fustigando a sus bueyes bajo el vientre.

Rodeando el barranco de Baba, encontraron a Stefan Astakhov, que regresaba al pueblo con sus bueyes desuncidos Andaba con paso vivo; el mechón rizado, cubierto de escarcha, pendía, como un racimo de uvas, bajo el gorro de piel.

— ¡Eh!, Stefan, han perdido el camino —gritó Anikuchka.

— ¡Ah, qué mala sombra! No me he fijado y el trineo ha chocado, al descender, con un tronco y uno de los patines se ha partido. Me veo obligado a volver.

Stefan añadió un juramento obsceno y pasó junto a Pedro, mirándole insolentemente con sus ojos claros y provocativos.

— ¿Has abandonado el trineo? —le gritó, volviéndose, Anikuchka.

Stefan hizo un signo con la mano, arreó un latigazo a los bueyes, que trataban de desviarse del camino, y fijó en Grigori una larga mirada. Algo más lejos, advirtieron los

trineos abandonados en la carretera; erguida a su lado, sosteniendo con la izquierda la falda de un abrigo muy largo, Axinia les miraba llegar.

— ¡Apártate, si no, te aplastaré, mujer ajena! —exclamó Anikuchka, riendo.

Axinia se replegó, sonriente, sobre el borde de la carretera apoyándose en el trineo inclinado y sin un patín.

—La tuya va contigo.

—Se pega a mí como la garrapata a la cola del perro; de no ser así, te hubiera llevado gustoso en mi trineo.

—Gracias. Pedro llegó junto a ella y volvióse para mirar a Grichka, que cerraba la marcha. Éste tenía una sonrisa inquieta; la ansiedad y la esperanza se advertían en cada uno de sus movimientos.

— ¿Cómo te va, vecina? —saludó Pedro, tocando con la mano enguantada el borde de su gorro.

— ¡Bien, a Dios gracias!

— ¿Se ha roto el trineo, según parece?

—Sí, algo se ha roto —respondió Axinia lánguidamente, sin mirar a Pedro; se levantó y volvióse hacia Grigori que se acercaba:

—Grigori Panteleievich, quisiera decirte algo. Grigori se detuvo y gritó a Pedro que se alejaba:

— ¡Vigila mis bueyes!

—Vaya, vaya —bromeó Pedro mordiéndose la punta del bigote que amargaba por el tabaco.

Estaban en pie, frente a frente, y ambos enmudecían. Axinia miró en rededor con ansiedad y vino a posar después sus ojos, negros y húmedos, sobre Grigori. La vergüenza y la alegría quemaban sus mejillas y secaban sus labios.

Jadeaba. Los trineos de Anikuchka y de Pedro desaparecieron tras un macizo de jóvenes encinas. Grigori sumió su mirada en los ojos de Axinia, que brillaron súbitamente con una lumbre maliciosa y resuelta.

—Grichka, haz lo que quieras, pero yo no puedo vivir sin ti —dijo con firmeza, apretando fuertemente los labios en espera de la respuesta.

Grigori callaba. El silencio rodeaba el bosque. Brillaba el camino bruñido por los trineos; el cielo estaba gris, los bosques mudos y hundidos en un sueño mortal... Súbitamente, el croar cercano de un cuervo despertó a Grigori de su estupor. Levantó la cabeza y vio el pájaro negro que batía las alas en señal de despedida. Y, entonces, dijo

sin darse cuenta:

—Hará calor allá lejos, vuela hacia el calor... Y palpitante, rió con voz cálida: "¡Bueno!" Lanzó en torno a sí la mirada furtiva de sus ojos turbados por el deseo, y con un brusco ademán se atrajo a Axinia.

X

Por las tardes se reunía un corto número de gente con Stockman, en casa de Lukechka la bizca; Khristonia, *Valet* el del molino, con su mugriento ropón tirado negligentemente sobre los hombros; Davidka, el reidor, que holgaba desde hacía tres meses; el mecánico Ivan Alexeievich Katlarof; el zapatero Filka, que acudía de vez en vez. Michka Kochevoi, joven cosaco que aún no había hecho el servicio militar, era el concurrente más asiduo.

Al principio, jugaban a las cartas; una tarde, Stockman propuso, como por azar, una lectura de poesías de Nekrasov. Leyó algunos versos, que complacieron a sus invitados. A renglón seguido, les dio a conocer las obras del poeta Nikitin. Poco tiempo antes de *Noel,* Stockman presentó un cuaderno grasiento. Kochevoi, que había estado en la escuela parroquial ejerciendo de lector, lo examinó con desprecio.

—Podría hacerse la sopa con tanta grasa.

Khristonia se echó a reír; una amplia sonrisa Iluminó el rostro de Davidka; Stockman esperó a que pasase aquel acceso de alegría y dijo:

—Lee un poco, Mitka. Ahí se habla de los cosacos; es muy interesante.

Kochevoi inclinó sobre la mesa su cabeza de doradas crenchas y leyó distintamente:

—"Sumaria historia de los cosacos del Don."

Levantó la cabeza y miró a su auditorio, esperando un signo de aprobación.

—Lee —le incitó Ivan Alexeievich.

Durante tres noches seguidas descifraron atentamente el viejo cuaderno, que hablaba de Pugachov, de la vida libre, de Stenka Razin y de Vasili Bulavin, los Atamanes cosacos rebeldes.

Llegaron de este modo hasta los tiempos modernos. El autor desconocido se burlaba en lenguaje popular y con malicia de la miserable existencia de los cosacos actuales, mofábase del régimen imperante, de las autoridades, del Gobierno del zar y también de los cosacos, convertidos en perros guardianes de la monarquía.

La lectura provocó animadas discusiones. Stockman, sentado cerca de la puerta, fumaba tranquilamente un cigarro con los ojos rientes. El enorme *Khristonia,* cuya cabeza

tocaba casi el techo, bordoneaba como una campana:

— ¡Es justo, es exacto!

—No es culpa nuestra. ¡Han reducido a los cosacos a la vergüenza! —decía Kochevoi, abriendo los brazos con ademán sorprendido, contrayendo el lindo rostro de ojos sombríos.

Era rechoncho, las caderas y los hombros tenían la misma anchura y parecía cuadrado; su cuello sólido, color ladrillo, estaba plantado sobre un torso de hierro, contrastando extrañamente con su cabecita de óvalo femenino, tinte mate, pequeña boca voluntariosa y ojos sombríos, bajo una espesa cabellera de oro. El mecánico, Ivan Alexeievich, un enorme cosaco huesudo, discutía encarnizadamente. Estaba penetrado hasta la medula de los huesos por las tradiciones cosacas y, cuando la defendía, replicando a *Khristonia,* sus ojos redondos y saltones centelleaban.

—Te has vuelto demasiado *mujik, Khristonia,* no puedes negarlo... Tienes sólo una gota de sangre cosaca en cada cubo de sangre *mujik.* Tu madre te debió engendrar con un comerciante de huevos de Voronej.

—Eres un imbécil, hermano —tronaba *Khristonia—;* defiendo la verdad.

—No he servido nunca en el regimiento Atamanski —replicaba maliciosamente Ivan Alexeievich—. Allí es donde se encuentran los imbéciles.

—En el ejército hay también muchos que no han inventado la pólvora.

— ¡Cállate, *mujik!*

— ¿Acaso los *mujiks* no son hombres?

—He servido en Petersburgo, hermano, y he visto toda clase de gentes —dijo *Khristonia—.* Un día me pasó lo siguiente: estábamos de guardia en el palacio del zar, unos en el interior y otros fuera. Los de fuera iban a caballo y hacían la ronda en sentido opuesto, dos a dos, en derredor del palacio. Cuando se encontraban, preguntábanse: "¿Está todo tranquilo? ¿No hay ninguna rebelión?" "No hay novedad." Luego se separaban, continuando cada cual su camino. No podíamos detenernos un instante a echar una parrafada. Elegíanse para la guardia hombres de elevada estatura y de un mismo color de pelo. Los morenos, con los morenos; los rubios, con los rubios. Hasta pretendían que los centinelas de las puertas se pareciesen de semblante. Por estas tonterías, el barbero me tiñó la barba. Me aconteció montar la guardia con Nikifor Mecheriakov, un menudo cosaco de la aldea Tepekinska. Aquel condenado era de un rojo como nunca se ha visto. Parecían sus cabellos de fuego, ¡que la peste se lo lleve...! Buscaron en todo el escuadrón sin poder encontrar otro como él. El jefe Barkin me dijo entonces: "Ve al peluquero y que te tiña inmediatamente del mismo color." Y me tiñeron la barba y el pelo; cuando miré al espejo me dio un vuelco el corazón: ¡ardía! ¡Enteramente como si fuera de fuego! Tomé la barba en mi mano y me pareció que me quemaba los dedos. ¡De veras os lo digo!

—Bueno, hablador, ¿a qué viene tu cuento? —interrumpió Ivan Alexeievich.

— ¡Hablo del pueblo!

—Habla, pero tu barba no nos Importa.

—Como iba diciendo, me aconteció una vez montar la guardia a caballo. Yendo a lo largo del muro, encontramos algunos estudiantes que volvían la esquina: ¡había un enjambre! Cuando nos vieron,, comenzaron a aullar: "¡Ha-a-a-a!", y de nuevo: "¡Ha-a-a-a!" No tuvimos tiempo de ver de qué se trataba. En un decir ¡Jesús! nos rodearon, "¿Qué hacéis aquí, cosacos?" Yo les respondí: "¡Montamos la guardia, pero soltad la brida! ¡No toquéis mi caballo!" Y apercibí el sable. Entonces, uno de ellos replicó: "No temas nada, cosaco, también soy cosaco de la aldea Kamenskaia y estoy estudiando aquí en la Niversi... Universa..., no sé cómo se dice... Entonces nos adelantamos para proseguir la ronda. Un estudiante de nariz muy larga sacó del bolsillo un billete de diez rublos y nos lo ofreció: "Bebed, cosacos, a la memoria de mi difunto padre." A continuación sacó un retrato y nos lo dio también: "He aquí, dijo, el retrato de mi padre; guardadlo como recuerdo." No acertamos a rehusar. Los estudiantes alejáronse gritando nuevamente: "¡Ha-a-a-a!", y se dirigieron hacia la Perspectiva Nevski. En aquel momento salió de la puerta del palacio el jefe, seguido de un destacamento, dirigiéndose hacia nosotros. "¿Qué ha sucedido?" Mi respuesta fue: "Los estudiantes nos han rodeado y han querido entablar conversación; quisimos acuchillarles, conforme a la ordenanza, pero se han dispersado y entonces nos hemos alejado." Cuando nos relevaron, dijímosle al suboficial: "Mira, Lukich. nos hemos ganado diez rublos y debemos beber ahora por el descanso eterno de este abuelo." Le enseñé el retrato; aquella misma tarde, el suboficial nos suministró vodka y estuvimos divirtiéndonos durante dos días. Pero después se vio que nos habían jugado una mala pasada; el miserable estudiante nos dio, en vez del retrato de su padre, el de un peligroso agitador, un hombre de origen alemán. "Yo, confiadamente, lo colgué sobre mi cama; con su barba blanca y honrado rostro, parecía un comerciante. Pero el jefe lo vio un día y me preguntó: "¿Dónde has encontrado este retrato, pedazo de bruto?" Le conté el caso y entonces se puso a aporrearme la cara... ¿Tú no sabes que éste es un *atamán:* Karla... He olvidado su otro nombre."

—Karl Marx —le susurró Stockman, sonriendo.

—Eso mismo: ¡Karl Marx! ¡He aquí cómo me engañaron! Aquello pudo acabar peor, porque, si mal no recuerdo, en aquel momento entraba en la sala el zarevich con sus preceptores. Si hubieran visto aquello, ¿qué me habría pasado?

— ¡Y a pesar de eso, continúas defendiendo a los *mujiks!* —dijo Alexeievich en son de mofa.

—De todas formas, nos bebimos los diez rublos. Era por Karl el barbudo, pero bebimos a su salud de todos modos.

—Bien vale la pena de beber por él —dijo Stockman, gravemente.

— ¿Qué es lo que ha hecho de bueno? —preguntó Kochevoi.

—Ya os lo contaré otro día, hoy es demasiado tarde —respondió Stockman, aplicando el cigarro sobre la mesa para quitarle la ceniza.

Después de una larga y penosa selección, formóse un grupo de diez cosacos en el tallercito de Stockman, que era el animador. Perseguía obstinadamente un fin que sólo él conocía. Como la carcoma que roe el tronco, él destruía lentamente las viejas concepciones y costumbres, inspirando el malestar y el rencor contra el orden de cosas existente. Tropezó al principio con el frío acero de la desconfianza y no decayó y continuó royendo...

De este modo hizo nacer en los corazones una pequeña larva de descontento. ¿Quién hubiera podido decir entonces que un germen fuerte y vivaz habría de salir de allí cuatro años después?

XI

La aldea Vechenskaia, la más antigua entre las aldeas del Alto Don, está situada sobre la margen izquierda, plana y arenosa. Fue construida sobre el emplazamiento de la antigua aldea Tchigonaskaia, destruida bajo el reinado de Pedro *el Grande.* Era una etapa en la vía fluvial, antaño muy importante, de Voronej a Azov.

Es una aldea triste, sin vergeles, construida sobre la arena amarillenta. Una vieja iglesia, patinada en gris por la acción del tiempo, erígese en la plaza; sus calles, paralelas al curso del río, atraviesan el burgo. En el paraje donde el Don describe una curva alejándose de la aldea, hay un lago rodeado de chopos. La aldea se extiende hasta el comienzo del lago. En una plazoleta, cubierta de cardos amarillos, se ve una segunda iglesia rematada por verdes cúpulas que armonizan con el follaje de los chopos.

Al norte de la aldea se extiende la llanura arenosa, color de azafrán, salpicada de exiguos macizos de abetos y de charcas de agua rosada, socavadas en el suelo arcilloso. En esta llanura desolada adviértense los raros islotes de los villorrios, los vivares y el mar rosado del maíz.

Un domingo de diciembre, una multitud de medio millar de jóvenes cosacos, llegados de todas las secciones de la aldea, reunióse en la plaza frente a la vieja iglesia. La misa tocaba a su fin, sonaban las campanas para la oración a la Virgen. El sargento, un cosaco ya maduro, de marcial presencia, dio la orden de alinearse. La boyante multitud dislocóse formando dos filas irregulares. Los sargentos corrieron a lo largo de las filas para alinearlos bien.

— ¡Doblad las filas! —gritó el sargento.

El *atamán,* vistiendo uniforme nuevo de oficial, penetró en el patio de la iglesia haciendo tintinear sus espuelas; iba seguido del comisario militar.

Grigori Melekhov se encontraba en filas con Mitka Korchunov; éste le dijo, en voz baja:

— ¡Mi bota me hace daño! Esto es insoportable.

—Ten paciencia, serás *atamán* un día.

— ¿Nos llevarán en seguida?

Como si confirmara sus palabras, el sargento retrocedió un paso y giró sobre sus talones.

— ¡A la derecha!

Quinientos pares de botas golpearon el suelo.

— ¡Adelanten el hombro izquierdo! ¡Al paso! ¡Marchen!

La columna franqueó el portón del patio de la iglesia, las cabezas descubriéronse en un solo movimiento y el ruido de los pasos llenó la bóveda.

Grigorí no escuchaba las palabras del juramento que leía el cura. Contemplaba a Mitka, que no cesaba de hacer muecas de dolor agitando el pie oprimido en la bota sobradamente estrecha. Su brazo levantado para el juramento se adormecía, y su cabeza hormigueaba de pensamientos confusos. Acercóse al *pope* con los demás y, mientras besaba el crucifijo de plata húmeda, pensaba en Axini y en su mujer. Un breve recuerdo cruzó, como un relámpago, su cerebro: el bosque, los troncos oscuros de los árboles, cuyas copas se cubrían de un fastuoso manto blanco, la mirada ardiente y húmeda de los ojos de Axinia...

Salieron a la plaza y formaron nuevamente las filas. El sargento se sonó y, limpiándose los dedos disimuladamente en el forro del uniforme, comenzó su discurso:

—Ahora ya no sois mozos, sino cosacos. Habéis prestado juramento y debéis conocer vuestro deber y el modo de cumplirlo. Ahora que os habéis hecho cosacos, debéis cuidar de vuestro honor, obedecer a vuestro padre y vuestra madre, y lo demás. Siendo muchachos habréis cometido tonterías. Seguramente habréis colocado obstáculos en la carretera; pero ahora debéis pensar en el servicio que os aguarda. Dentro de un año empezaréis a prestar servicio activo... Llegado aquí, el sargento se sonó nuevamente, sacudió los dedos y, calzándose los guantes de lana, concluyó:

—...Y vuestros padres y madres deben pensar en vuestro equipo y en comprar un caballo de silla, y el resto..., y ahora, mis valientes, volved a casa y ¡que Dios os proteja!

Grigori y Mitka esperaron cerca del puente a sus camaradas del pueblo y partieron juntos. Iban a lo largo del Don. Mitka cojeaba a la zaga, apoyándose en un bastón nudoso.

—Descálzate —le aconsejó un mozo. —Temo que se me hiele el pie.

—Puedes andar sobre la media.

Mitka sentóse en la nieve y se descalzó con esfuerzo. Prosiguió la marcha, cojeando, y fue dejando detrás de sí, en la nieve, la huella de su media de punto.

— ¿Qué camino elegimos? —preguntó Alexei Blechnak, un cosaco bajito y fornido.

—El de la orilla del Don —respondió Grigori. Bromeaban caminando o jugaban a tirarse en la nieve. Entre las aldeas Batski y Grokovski, Mitka fue el primero en advertir un lobo que cruzaba el río.

— ¡Ohé, muchachos! ¡Allá está el lobo...! ¡U-u-u!

— ¡U-u-u!

El lobo, de aspecto lamentable, corrió algunos metros, detúvose en la otra orilla del río y se volvió de cara.

— ¡Cógele! Ah! ¡Hu-u-u!

— ¡Mitri! Te mira porque vas descalzo. Ves, apenas puede volver la cabeza; se lo impide el cuello.

— ¡Mira, mira, se marcha!

El animal, gris, como tallado en granito, enderezóse, enhiesta la cola, tiesa como un palo, dio luego un salto de flanco y corrió hacia los sauces que bordeaban el río.

Caía la noche cuando llegaron al pueblo. Grigori cruzó el río helado, ganó la callejuela y entró en el patio. Mirando a través de los cristales, vio, a la incierta luz de un quinqué, a Pedro, que le volvía la espalda. Grigori se sacudió la nieve de las botas y, empujando la puerta, apareció en la cocina, envuelto en una nube de vapor.

— ¡Aquí me tenéis! ¿Cómo estáis?

— ¡Vivo has andado! ¡Buen frío has debido pasar! —respondió Pedro precipitadamente.

Pantelei Prokofievich estaba sentado, con los codos en las rodillas y la cabeza abatida. Daria impulsaba con el pie el pedal de la rueca. Natacha estaba de espaldas a Grigori. Éste paseó una rápida mirada por la cocina y la dejó posar sobre Pedro. Por la expresión inquieta de su hermano comprendió que algo había acontecido.

— ¿Has prestado el juramento?

—Sí.

Grigori se desembarazó lentamente de su zamarra, quería ganar tiempo y esforzábase por recordar los diversos acontecimientos que pudieran haber determinado el silencio y la frialdad del recibimiento.

Ilinichna salió de su alcoba. Su rostro aparecía también dominado por cierta confusión.

"Es por Natacha", pensó Grigori, y tomó asiento en el banco al lado de su padre.

— ¡Dale de comer! —dijo la madre a Daria.

Daria interrumpió la melopeya de la rueca y con paso ligero dirigióse al fogón. El silencio reinó nuevamente en la cocina.

Cerca de la estufa calentábanse una cabra y su recental recién nacido.

Grigori comía la sopa, lanzando, de tiempo en tiempo, una mirada sobre Natacha; no podía ver su rostro inclinado sobre una labor de punto. Pantelei Prokofievich rompió el silencio, tosió afectadamente y dijo:

—Natacha quiere irse.

Grigori no respondió y se puso a arrollar bolitas de pan entre los dedos.

— ¿Y qué razón tiene para marcharse? —añadió el padre.

Su labio inferior temblaba, signo precursor de un estallido de cólera.

—No lo sé —replicó Grigori entornando los ojos; apartó el plato vacío y, levantándose, se persignó ante los iconos.

—Yo sí lo sé —contestó el padre levantando la voz.

—No grites, no grites —suplicó Ilinichna.

— ¡Yo sé qué razones tiene! —Vamos, no vale la pena de armar tanto ruido —dijo Pedro, adelantándose hasta el centro de la estancia—. ¡Es una cuestión de sentimientos! Si ella quiere, se quedará; si prefiere irse, no la retendremos.

—No la juzgo. Aunque sea una vergüenza y un pecado ante Dios, no la acuso. ¡La culpa no es de ella, sino de este hijo de perro! —dijo Pantelei Prokofievich señalando a Grigori, que se había adosado a la estufa.

— ¿De qué soy culpable?

— ¿Nada tienes que reprocharte? ¿No lo sabes?

—No, no lo sé.

Pantelei Prokofievich se levantó bruscamente, volcó el banco tras de sí y se acercó a Grigori. Natacha dejó caer la media que tejía; la aguja tintineó chocando con el suelo; un gatito, atraído por el ruido, saltó sobre el ovillo y comenzó a jugar.

—Oye lo que voy a decirte —empezó el padre, dominándose y recalcando las palabras—: si no te avienes con Natacha, sal de mi casa y vete donde quieras. ¡Es mi voluntad! Vete donde quieras —repitió con voz más reposada, y se volvió para poner en pie el banco.

Duniachka, sentada en la cama, giraba en torno los ojos con espanto.

—Debo decirle, padre, sin intención de ofenderle —la voz de Grigori era sorda y temblorosa—, que no me he casado por propia voluntad, sino que fue usted quien me ha casado. En cuanto a Natacha, no he de correr junto a ella. Si lo desea, puede salir de la casa de mi padre.

— ¡Vete tú también!

— ¡Sin duda alguna, me iré!

— ¡Vete a los infiernos!

— ¡Me iré, me iré! ¡No tenga tanta prisa! Grigori cogió el capote, abandonado sobre la cama.

Las aletas de su nariz agitándose convulsivamente. Estaba, como su padre, a punto de estallar en un acceso de cólera insensata. En sus venas corría la misma mezcla de sangre, y, en aquel momento, parecían extraños el uno al otro.

— ¿Dónde irás? —preguntó gimiendo Ilinichna, a la vez que retenía a Grigori por el brazo; pero éste, rechazando rudamente a su madre, alcanzó en el aire su gorro que caía de la cama.

— ¡Que se marche ese perro corretón! ¡Maldito sea! ¡Vete! ¡Vete! —tronaba el anciano, y abrió de par en par la puerta.

Grigori franqueó de una zancada el umbral, oyendo a su espalda los sollozos de Natacha.

La noche cubría el pueblo. Una nieve fina y punzante caía del cielo negro, el hielo crujía sobre el Don con sordas detonaciones. Grigori cruzó precipitadamente el patio y salió jadeando a la calle. En la otra punta del pueblo, los perros ladraban desaforadamente. La profunda oscuridad quedaba cortada por la claridad amarillenta de las ventanas.

Grigori recorría la calle sin rumbo fijo. Las ventanas de la casa de Stefan aparecían negras.

— ¡Gri-chk-a! —clamó a su espalda la voz angustiosa de Natacha.

"Déjame en paz, ya que no puedo amarte" pensó Grigori, rechinando los dientes y apretando el paso.

— ¡Grichka! ¡Vuelve!

Grigori volvió la esquina de la primera calle, oyendo por última vez el quejumbroso grito tan lleno de desesperación.

— ¡Grichnika, amado mío!

Cruzó presurosamente la plaza y se detuvo en la encrucijada, preguntándose a qué casa de camarada podría ir a pasar la noche.

Decidió ir a pasarla a casa de Mikhail Kochevoi. Éste vivía con su madre y su hermana al final del pueblo, cerca ya de la montaña; Grigori penetró en su patio y llamó en la ventana de la casa.

— ¿Quién anda ahí?

— ¿Está Mikhail en casa?

—Aquí está; pero, ¿quién llama?

—Soy yo, Grigori Melekhov.

Un minuto después, Mikhail, arrancado a su primer sueño, abría la puerta.

— ¿Eres tú, Grichka?

—Yo soy.

— ¿Qué vienes a hacer de noche?

—Déjame pasar, luego hablaremos.

En la antesala, Grigori cogió a Mikhail por el codo y le susurró al oído, irritándose por no encontrar las palabras precisas:

—Vengo a dormir contigo... He reñido con los míos... ¿Cómo andáis de sitio? ¿No será esto demasiado estrecho? ¿Puedo acostarme en cualquier parte?

—No faltará un sitio que ofrecerte, ven. ¿Por qué os habéis enfurruñado?

— ¡Ay!, hermano..., más tarde te lo diré. ¿Dónde está la puerta? No veo ni gota.

Aderezaron, para Grigori, una cama sobre el banco. Se acostó, cubriéndose la cabeza con la pelliza para no oír el mosconeo de la madre que compartía la cama con su hija.

"¿Qué sucederá en casa ahora? ¿Se irá Natacha? Se inicia para mí una vida nueva. ¿Dónde ir...? ¡Mañana mismo haré por ver a Axinia y le diré que me siga a Kuban, lejos de aquí, cuanto más lejos mejor!"

Adormecióse algo, alarmado por el pensamiento de la vida desconocida que se iniciaba ante él. Antes de dormirse trató en vano de recordar algo que le oprimía, sin saber a punto fijo lo que era. En su medio sueño, sus pensamientos fluían fáciles y reposados, sin obstáculos, como una barca que se deja llevar por la corriente; pero súbitamente chocaron con un escollo; sentíase descorazonado, molesto, y hacía vanos esfuerzos para adivinar cuál era el obstáculo que se interponía en su camino.

Por la mañana, al despertar, lo comprendió todo de pronto: "¡El servicio militar! ¿Dónde podremos ir Axinia y yo? En la primavera tendré que hacer la instrucción en el campo y en otoño marchar para el servicio... ¡He aquí el obstáculo!"

Después del desayuno llamó a Mikhail a la antesala:

—Michka, ve a casa de Astakhov. Dile a Axinia que acuda al anochecer a los alrededores del molino de viento.

—Pero... ¿y Stefan? —dijo vacilando.

—Busca un pretexto para entrar en su casa.

—Iré.

—Ve y dile que acuda sin falta.

—Está bien.

Por la tarde, Grigori esperó bajo el molino de viento. Fumaba ocultando el cigarro en la manga. Tras el molino silbaba el viento en las cañas secas del maíz. La lona chascaba en las aspas. Antojábasele a Grigori que un pájaro enorme giraba a su alrededor batiendo las alas sin poder remontar el vuelo. Era una sensación desagradable y siniestra. Axinia se retardaba. El sol se había ocultado, dejando tras él, al Occidente, una larga franja violácea y dorada; el viento se hacía más y más fuerte, y la oscuridad se adensaba rápidamente, sobrepujando a la luna que estaba escondida tras las ramas de un sauce.

Grigori fumó tres cigarros seguidos, hundió en la nieve la última colilla y miró en rededor, dominado por una cólera glacial. Nadie llegaba. Se levantó, estiróse, haciendo crujir sus articulaciones, y retornó en derechura a las ventanas iluminadas de la casa de Mikhail. Aproximábase ya, silboteando, al patio de su camarada, cuando se encontró, de pronto, frente a Axinia, Corría jadeante, emanando de su boca húmeda y fresca un olor de heno tierno.

—Creía que no vendrías.

—Me he visto muy apurada para librarme de Stefan.

— ¡Me has dejado helar, infame!

—Yo traigo calor, y te reconfortaré.

Abrió su capote del Don y rodeó a Grigori, como el lúpulo rodea a la encina.

— ¿Para qué me has llamado?

—Espera, baja los brazos; puede vernos la gente.

—Parece que has reñido con tu familia.

—Les he dejado. Estoy en casa de Michka desde ayer..., como un perro sin amo...

— ¿Qué vas a hacer ahora? Axinia aflojó su abrazo y se envolvió nuevamente en el capote.

—Grichka, arrimémonos al cercado; ¿por qué te quedas en mitad del camino?

Grigori esparció la nieve y se arrimó a la cerca.

— ¿Sabes si Natacha ha vuelto con su familia?

—No sé nada. Sé irá seguramente. ¿Para qué había de quedarse?

Grigori tomó la mano de Axinia y oprimiendo sus delicados dedos la escondió en su manga.

— ¿Qué haremos?

—No lo sé, amado mío, yo haré lo que tú quieras.

— ¿Dejarás a Stefan?

—Sin un suspiro, tan pronto como quieras.

—Encontraremos trabajo en cualquier parte y viviremos juntos.

— ¡Contigo, Grichka, iré donde sea!

Permanecieron un momento así, calentándose mutuamente. Grichka no quería volver: giraba la cabeza contra el viento, entornaba los ojos, tenía la nariz convulsa. Axinia, con el rostro hundido en el pecho de su amante, respiraba el olor embriagador que se emanaba de él, y en sus labios ávidos temblaba, invisible para Grigori, la alegre sonrisa de la felicidad lograda.

—Mañana iré a casa de Mokhov, quizá pueda tratarme con él —dijo Grigori oprimiendo la muñeca de Axinia. Ésta callaba sin levantar la cabeza. Súbitamente desapareció la sonrisa de sus labios. La angustia y el espanto se reflejaron en sus dilatados ojos. "¿Conviene decírselo o no?", pensó, recordando de pronto que estaba encinta. "Es menester decirlo", decidió, pero un instante después se estremecía, apartando de sí este pensamiento terrible. Con su instinto de mujer adivinó que no era el momento oportuno de hablar, si no quería perder a Grigori para siempre. No sabiendo justamente quién era el padre de la criatura que sentía bullir en sus entrañas, se amañó un pretexto para convencerse a sí misma y guardó silencio.

— ¿Por qué tiemblas, tienes frío? —preguntó Grigori envolviéndola en el vuelo de su capote.

—Tengo un poco de frío; es menester que me vaya, Grichka. Stefan volverá de un momento a otro y se preguntará dónde estoy.

— ¿Dónde ha ido?

—He logrado a duras penas que fuese a jugar a la baraja en casa de Anikei.

Separándose. Grigori conservó en los labios el perfume turbador de los de Axinia, que trascendían al viento frío y los henos mojados por la lluvia de primavera.

Axinia alcanzó la callejuela y se fue rápidamente, casi corriendo. Al pasar junto a los pozos patinó en un cenagal helado, vaciló y, sintiendo un dolor agudísimo en el vientre, se detuvo, arrimándose a una estaca de la empalizada. Calmóse el dolor, pero algo vivo se removió en su vientre y le golpeó coléricamente repetidas veces.

XII

Al día siguiente, Grigori se dirigió a casa de Mokhov. Sergio Platonovich acababa de llegar del almacén y se disponía a tomar el té. Estaba sentado con Atepin en el comedor, ricamente tapizado con un papel imitación de encina, y se servía té cargado y aromático. Grigori dejó su gorro en la antesala y pasó al comedor.

—Necesitaba verle, Sergio Platonovich.

— ¡Ah! ¿El hijo de Pantelei Prokofievich, si no me engaño?

—Precisamente. — ¿Qué deseas?

—Quería pedirle ocupación como obrero.

La puerta chirrió en este momento y un joven oficial, con galones de jefe sobre la guerrera verde, penetró en el comedor. Grigori reconoció en él al oficial que Mitka Korchunov había derrotado, el año anterior, en la carrera de caballos. Sergio Platonovich adelantó una silla para el oficial y preguntó:

— ¿Tanto se ha empobrecido tu padre que te envía a buscar trabajo?

—No vivo con él.

— ¿Te has separado?

—Sí.

—Te admitiría gustoso, pues eres de una familia laboriosa, pero no tengo trabajo por el momento.

— ¿De qué se trata? —preguntó el oficial.

—Busca trabajo.

— ¿Te puedes encargar de mis caballos? ¿Sabes guiar un coche? —preguntó el oficial removiendo el azúcar en el vaso.

—Sé hacerlo como Dios manda, en casa hemos tenido hasta seis caballos.

—Necesito un cochero. ¿Cuáles son tus condiciones?

—No pido mucho.

—Siendo así, ven mañana a la propiedad de mi padre, Nicola Laxeievich Listnitski. ¿Sabes dónde se encuentra?

—Sí, lo sé.

—Está a una docena de kilómetros de aquí. Ven mañana por la mañana. Allí nos entenderemos.

Grigori vaciló un momento; luego, cogiendo el picaporte de la puerta, añadió:

—Excelencia, quisiera decirle algunas palabras reservadamente...

El oficial siguió a Grigori hasta el pasillo penumbroso. Una tenue luz rosada pasaba a través de los vidrios mates.

— ¿Qué sucede?

—No estoy solo... —Grigori enrojeció intensamente—. Tengo una mujer conmigo... Quizás pudiera dársele también ocupación en su casa.

— ¿Es tu mujer? —preguntó el oficial sonriendo.

—Es la mujer de otro.

— ¡Ah, bien! Podrá encargarse de la cocina de los criados. ¿Y dónde está su marido?

—Es del pueblo.

— ¿Le has robado la mujer?

—Ha venido por su propia voluntad.

—Es una historia novelesca. ¡Bueno! Ven mañana a casa. Puedes retirarte.

Grigori llegó a Yagodnoyé, la propiedad de Listnitski, hacia las ocho de la mañana. En una amplia cañada emplazábase el ancho patio rodeado de un muro de ladrillo. Las dependencias del castillo estaban diseminadas por el patio sin cuidarse para nada de la simetría: un pabellón entejado con la inscripción "Año 1910", las dependencias de la servidumbre, el edificio de los baños, la caballeriza, el establo, el gallinero, una amplia alquería, la cochera. El castillo, un viejo caserón bordeado de platabandas, estaba emplazado en el jardín, rematado por un bosquecillo. Tras la casa erguíase un muro gris de álamos y cauces llenos de nidos abandonados de cornejas que parecían gorros de color marrón.

Una jauría de lebreles negros de Crimea salió al encuentro de Grigori. Una vieja perra, de mirada lacrimosa, le olfateó antes que todos y le siguió abatiendo su enorme cabeza momificada. En el departamento de la servidumbre, la cocinera disputaba con una joven

doncella cuyo rostro estaba salpicado de pecas. Entre una densa nube de humo de tabaco, un anciano de labios gruesos aparecía sentado cerca del umbral. La doncella condujo a Grigori hasta la casa. La antesala estaba impregnada de olor de perros y pieles de bestias. Abandonados sobre una mesa veíanse el estuche de una escopeta y un morral con franjas verdes, muy desgastado.

—El señorito le espera —volvió diciendo la doncella, mirándole a hurtadillas desde el umbral.

Grigori, observando con inquietud sus enlodadas botas, entró. El oficial estaba tendido en la cama, cerca de la ventana. Tenía sobre la colcha una caja con tabaco y papel de fumar. Lió un pitillo, abotonó su camisa blanca y dijo:

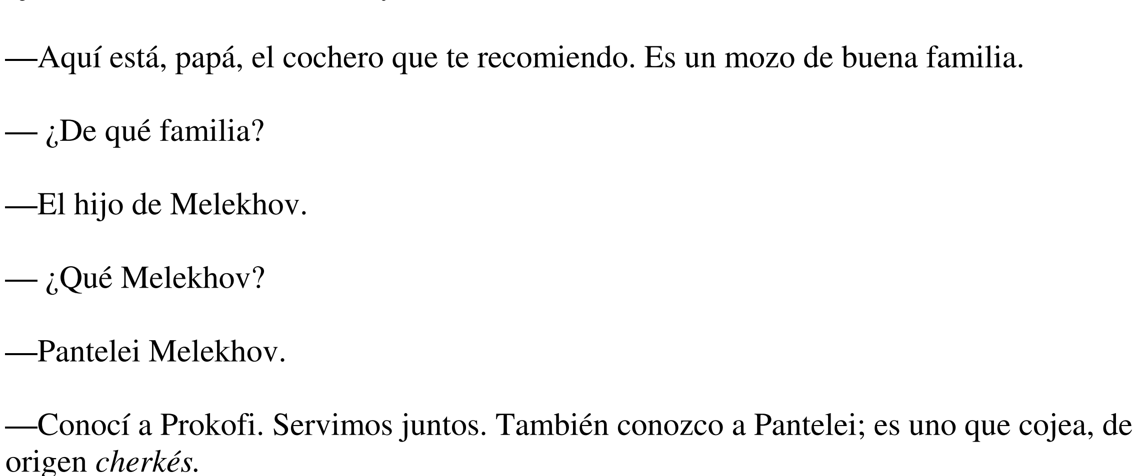
—Has venido demasiado pronto. Espera, que mi padre no tardará.

Grigori quedó inmóvil cerca de la puerta. Poco después, se dejó oír en la antesala un arrastrar de pasos. Una voz de bajo profundo interrogó a través de la rendija de la puerta:

— ¿No duermes, Evgueni?

—Pasa.

Un anciano, calzado con blandas botas de fieltro caucasiano, franqueó el umbral. Grigori le miró de hito en hito y vio, ante todo, la nariz fina, algo torcida, y los largos bigotes blancos, requemados por el tabaco. El anciano era de elevada estatura, delgado y ancho de hombros. Un amplio sobretodo, de pelo de camello, flotaba en rededor de su cuerpo; su arrugada garganta, rojo ladrillo, estaba oprimida por un estrecho cuello. Sus ojos mortecinos se abrían muy cerca de la nariz.



—Aquí está, papá, el cochero que te recomiendo. Es un mozo de buena familia.

— ¿De qué familia?

—El hijo de Melekhov.

— ¿Qué Melekhov?

—Pantelei Melekhov.

—Conocí a Prokofi. Servimos juntos. También conozco a Pantelei; es uno que cojea, de origen *cherkés.*

—En efecto, cojea —dijo Grigori cuadrándose. Recordó que su padre le había hablado del general retirado Listnitski, héroe de la guerra ruso-turca.

— ¿Por qué buscas trabajo? —tronó el general.

—No vivo con mi padre, Excelencia.

— ¿Qué cosaco vas a ser si te ocupas como obrero? ¿Es que tu padre no te ha dado nada al separarte de él?

—No, Excelencia, no me ha dado nada.

—Entonces la cosa cambia. ¿Servirás con tu mujer?

La cama del oficial crujió. Grigori miró con el rabillo del ojo y vio que el oficial le hacía señas con la cabeza.

—En efecto, Excelencia.

—No me llames Excelencia, me disgusta. Te daré ocho rublos mensuales por los dos. Tu mujer cuidará de la cocina de la servidumbre y de los obreros. ¿De acuerdo?

—Perfectamente.

—Comenzarás mañana mismo. Ocuparás, en el departamento de la servidumbre, el mismo cuarto que tenía el antiguo cochero.

— ¿Qué caza cobró usted ayer? —preguntó el hijo levantándose.

—Levantamos un zorro en la hondonada de Grimechi y lo perseguimos hasta el bosque. Pero era un zorro viejo y despistó a los perros.

— ¿Kasbeck sigue cojeando?

—Tiene un pisotón en la pata. Vístete pronto, Evgueni, el desayuno se enfría.

El anciano se volvió hacia Grigori e hizo chascar sus dedos huesudos:

— ¡Al paso! Marchen...! Mañana a las ocho de la mañana tienes que estar aquí.

Grigori salió al patio. Los lebreles se habían tendido al sol tras la alquería. La vieja perra, con ojos de vieja, corrió hacia Grigori, le olfateó nuevamente y le siguió hasta el recodo; luego, volvióse lentamente, con la cabeza abatida.

XIII

Axinia acabó temprano su quehacer en la cocina. Tapó la lumbre, cerró el paso de la chimenea, fregó la vajilla y miró por la ventana. Stefan estaba erguido junto a una pila de largas estacas, amontonadas ante el cercado que separaba su finca de la de los Melekhov. Tenía un cigarro apagado en la comisura de los apretados labios. Escogía en el montón las piezas necesarias para reparar un paño del muro. El ángulo izquierdo de la cochera se había desplomado y era menester fijarle dos sólidos puntales y recubrirlos de juncos.

Desde el amanecer tenía Axinia los pómulos encendidos y sus ojos brillaban jovialmente. Este cambio saltó a los ojos de Stefan, quien preguntó durante el desayuno:

— ¿Qué te sucede?

— ¿Qué me sucede? —preguntó a su vez Axinia enrojeciendo.

—Reluces como si te hubieras frotado con aceite.

—Es el calor del hornillo... La sangre se me ha subido a la cabeza.

Volvióse y lanzó una mirada furtiva hacia la ventana, para ver si venía la hermana de Michka Kochevoi.

Ésta no acudió hasta el crepúsculo. Axinia, enervada por la espera, reanimóse al verla.

— ¿Tienes algo que decirme, Machutka?

—Sal un momento.

Stefan estaba peinándose el mechón y el bigote castaño ante un trozo de espejo embutido en la estufa blanqueada; Axinia miró tímidamente a su marido:

— ¿Sales, Stefan?

Stefan se demoró en la respuesta; mientras, guardó el peine en el bolsillo de su pantalón, cogió un juego de cartas y la petaca.

—Voy un momento a casa de Anikuchka.

— ¡Todas las noches jugáis a las cartas! ¿Cuándo acabará eso? ¡El juego te perderá!

¡Hasta que canta el gallo seguís jugando!

—Basta, ya lo sé todo eso.

— ¿Vas a jugar también a los dados?

—Déjame en paz, Axinia. Vete, la muchacha te espera.

Axinia, andando de costado, salió al vestíbulo. Machutka, cuyas mejillas bermejas estaban salpicadas de pecas, la acogió con una sonrisa:

—Grichka ha vuelto. — ¿De veras?

—Quiere que acudas a nuestra casa así que se haga de noche.

Axinia cogió a Machutka de la mano y la empujó hacia la puerta.

—No hables tan alto. ¿Cómo está? ¿Qué dice? ¿Acaso te ha encargado algo más?

—Dice que lleves contigo cuantos efectos tuyos puedas cargar.

Axinia, conmovida y temblorosa, volvió con inquietud la cabeza hacia la puerta de la cocina, pataleando como un caballo que ha comido demasiada cebada.

— ¡Ah, Dios mío! ¿Qué voy a hacer...? ¿Eh...? ¡Es tan rápido...! Pero, ¿qué es lo que digo...? ¡Aguarda!, ve a decirle que voy en seguida... ¿Dónde me espera?

—Ven a casa.

— ¡Oh, no!

— ¡Está bien!, como quieras, se lo diré y él saldrá...

Stefan se había puesto el abrigo y trataba de alcanzar la lámpara colgada del techo para encender un cigarro.

— ¿Para qué ha venido? —preguntó entre dos fumadas.

— ¿Quién?

—Machka Kochevoi.

— ¡Ah! Ha venido a pedirme una cosa para ella: quiere que le corte una falda.

Sacudiendo la ceniza del cigarro, Stefan se dirigió a la puerta.

—Acuéstate, no me esperes.

—Bueno, bueno.

Axinia, arrodillándose junto al cofre, apretó la cara contra el helado cuadrilátero. Los pasos de Stefan, alejándose, crujían sobre el sendero trazado en la nieve. Una chispa del cigarro, impelida por el viento, vino a extinguirse en la ventana. Bajo el aliento de Axinia fundióse el hielo en el cristal y por esta diminuta atalaya pudo percibir la joven, durante un momento, la lumbre del cigarro a la altura del rostro del marido y el semicírculo del gorro de piel que estrujaba la oreja y un trozo de rostro blanco.

Amontonó en un gran chal: faldas, blusas, pañuelos; todo su ajuar de mujer casada; jadeante, extraviado el mirar, dio por última vez una ojeada a la cocina, apagó el fuego y salió. Alguien cruzaba el patio de los Melekhov dirigiéndose al establo. Axinia esperó a que los pasos se extinguieran; luego, cerró la puerta y corrió hacia el Don, apretando contra sí el paquete. Los mechones del pelo surgían del pañuelo azotando las mejillas. Cuando llegó, penetrando por la trasera, al patio de Kochevoi, sintióse desfallecer; apenas pudo avanzar sobre sus piernas entorpecidas. Grigorí la esperaba junto a la puerta cochera. Tomó su lío y, sin decir palabra, se dirigió a la estepa.

Cuando hubieron rebasado las eras, Axinia aminoró el paso y tiró a Grigori de la manga.

—Detente un momento.

— ¿Para qué detenernos? La luna no tardará en asomar y hay que apresurarse.

— ¡Espera, Grichka!

Axinia se detuvo, encorvándose.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Grigori, inclinándose sobre ella.

—Me duele el vientre. Ayer levanté alguna cosa de peso.

Axinia pasó la lengua sobre sus labios secos y, convulsionada por el dolor, oprimióse el vientre con las dos manos. Danzaban ante sus ojos múltiples haces de chispas. Permaneció un momento así, doblada y mísera; luego, hundió bajo el pañuelo sus mechones y prosiguió la marcha.

—Ya se ha acabado. Sigamos.

— ¿No me preguntas adónde te llevo? A lo mejor voy a tirarte en el primer barranco que encontremos —dijo Grigori, sonriendo en la oscuridad.

—Ahora todo me da igual. ¡Ya he vivido bastante! Resonaba cierta amargura en la voz de Axinia... Stefan volvió, como siempre, a medianoche. Fue primero a la cuadra, echó heno en el pesebre del caballo, le quitó la cabezada y subió los escalones de la gradería.

Viendo la puerta desatrancada, pensó: "Seguramente ha salido de tertulia." Entró en la cocina, cerró la puerta y encendió una cerilla. Había ganado aquella noche (jugaban con cerillas), estaba de humor tranquilo y tenía sueño. Encendió la lámpara y vio, con asombro, las ropas esparcidas por la estancia. Sin sospechar nada, pasó a la alcoba. El baúl, abierto, estaba vacío; una vieja blusa de Axinia, olvidada por ella, yacía en el suelo. Stefan quitóse bruscamente el capote y se precipitó en la cocina para tomar la

lámpara. Iluminó la alcoba y lo comprendió todo. Dejando violentamente la lámpara en la mesa, sin darse cuenta de lo que hacía, alcanzó el sable de la pared, apretó fuertemente la empuñadura, recogió con la punta la blusilla azul de Axinia, lanzóla en el aire y de un brusco revés la cortó en dos. Con un furor de lobo, lívido de coraje, volteaba los jirones de la blusa y los golpeaba salvajemente.

A renglón seguido arrancóse la dragona, tiró el sable a un rincón, salió a la cocina y sentóse ante la mesa. Permaneció largo rato con la cabeza abatida, acariciando con los dedos convulsos la madera sucia de la mesa.

XIV

La desgracia no llega nunca sola; por la mañana, en un descuido de Het-Baba, el toro de Miron Grigorievich había dado una cornada en el cuello a la mejor yegua de los Korchunov. Het-Baba corrió a la casa, pálido, aterrado, tembloroso.

—Desgracia, patrón, el toro, ¡así reviente el maldito toro...!

— ¿Qué es lo que ha hecho el toro? ¿Qué? —interrogó Miron Grigorievich, súbitamente inquieto.

— ¡Ha corneado a la yegua!

Miron Grigorievich, sin darse tiempo para vestirse, corrió a la granja. Cerca del pozo, Michka, armado con una estaca, golpeaba encarnizadamente al toro rojo. Éste, humillada la cabeza, desfloraba con el pecho la nieve que bataneaba con la pezuña, levantando una polvareda argentada. Nada hacía por esquivar los golpes, pero lanzaba sordos mugidos y agitaba los cuartos traseros como si quisiera saltar. Bramó más y más fuerte. Mitka le golpeaba en el morro y los flancos, aullando, con voz ronca, obscenas injurias, sin hacer caso a Mikhei, que le tiraba por detrás.

— ¡Déjale, Mitri! ¡Te lo ruego en nombre de Cristo! ¡Te va a cornear! Grigorich, ¿por qué le dejas hacer?

Miron Grigorievich corría hacia el pozo. Junto a la cerca la yegua abatía la cabeza con aire entristecido. Respiraba penosamente, sus flancos socavábanse y la sangre brotaba abundantemente del cuello, corriendo sobre los músculos del pecho y sobre la nieve. Un ligero temblor agitaba su cuerpo haciendo ondular su pelo bayo claro.

Miron Grigorievich detúvose ante ella. Una llaga anchurosa, rodeada de una agüilla rosada, se abría en su cuello. Era una herida profunda, donde se hubiera podido hundir la mano, dejando al descubierto la tráquea, contraída por la respiración. Miron Grigorievich cogió a la yegua por la crin y levantó la abatida cabeza de la bestia; ésta le miró a los ojos con su pupila violeta, que parecía preguntar: "¿Qué va a pasar ahora?" Miron Grigorievich, respondiendo a su muda pregunta, gritó:

— ¡Mitka, Mitka, manda preparar una infusión de corteza de encina, pronto!

Het-Baba corrió apresuradamente a arrancar corteza de encina. Mitka se dirigió hacia su padre, volviéndose para vigilar al toro, que ahora no cesaba de bramar, girando en derredor del patio, enorme masa roja sobre la nieve blanca.

—Sujétala por la crin —ordenó el padre a Mitka—. ¡Mikhei, corre a buscar bramante, pronto; si no, te romperé la cara!

Levantáronle el suave belfo superior y amarraron sus narices para que la pobre bestia no se encabritase al dolor. El padre Grichaka se aproximó también. Trajeron un tazón rebosante de una infusión de color bellota.

—Enfríala un poco, está demasiado caliente. ¿Oyes o no, Miron?

— ¡Padre, vuélvase a casa, por el amor de Dios!; va usted a coger frío aquí.

—Te repito que enfríes la infusión. ¿Quieres que reviente la yegua?

Lavaron la herida. Con los dedos entorpecidos por el frío, Miron Grigorievich enhebró un bramante en una aguja de cordelero. Cosió hábilmente los dos labios de la herida. Iba ya a alejarse del pozo cuando, proviniendo de la casa, llegó a todo correr Lukinichna. Sus mejillas, ajadas y colgantes, estaban contraídas por la ansiedad. Llevó aparte a su marido:

— ¡Ha venido Natacha Grigorievich! ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

— ¿Qué más ocurre, diantre? —preguntó Miron Grigorievich, palideciendo estremecido.

—Grigori..., nuestro yerno..., se ha marchado de su casa.

Lulrinichia extendió los brazos como una corneja que se dispone a volar y, azotándose la falda con las manos, se puso a gañir:

— ¡Qué vergüenza! ¡Estamos deshonrados ante el pueblo entero! ¡Señor, Señor, qué desgracia! ¡Ay, ay!

Natacha, vistiendo un corto sayo de invierno, con la cabeza cubierta por un pañuelo, estaba en pie en medio de la cocina. Dos lágrimas temblaban al extremo de sus pestañas. Dos rodales color ladrillo ardían en sus pómulos.

— ¿Qué vienes a hacer aquí? —gritó su padre, precipitándose hacia ella—. ¿Te ha pegado tu marido? ¿Habéis disputado?

—Ha huido —dijo Natacha con un hipo de sollozos contenidos, y, cayendo de hinojos ante su padre, prosiguió—: ¡Padrecito, mi vida está rota! ¡Recógeme contigo! ¡Grichka ha huido con su amante! ¡Ahora estoy sola! ¡Padrecito, me siento dolorida como si una carreta hubiera pasado sobre mi cuerpo!

Natacha hablaba rápidamente, con voz jadeante, comiéndose la mitad de las palabras, y miraba, con aire suplicante, la barba rojiza de su padre.

— ¡Espera! ¡Reponte un poco!

\— ¡No puedo vivir allá! ¡Dejadme con vosotros!

Natacha arrastróse de rodillas hasta el cofre y, estallando en sollozos, ocultó la cabeza entre las manos. El pañuelo se le había caído sobre la espalda. Los cabellos, negros y lasos, peinados hacia atrás, flotaban sobre las pálidas orejas...

Las lágrimas actúan a menudo como la lluvia después de la sequía en el mes de mayo. La madre apretó contra su vientre hundido la cabeza de Natacha, y empezó a lamentarse con una larga letanía incoherente; Miron Grigorievich, transido de cólera, corrió hacia la escalinata.

— ¡Que enganchen los caballos a los dos trineos! El gallo, que estaba a punto de hacer el amor a una gallina cerca de allí, asustado por la voz tonante del amo, saltó, alejándose cloqueando con tono indignado.

— ¡Engancha, pronto!

Miron Grigorievich rompió a patadas la balaustrada esculpida de la gradería y no se recogió en el interior hasta que Het-Baba hubo hecho salir de la cuadra un tronco de caballos negros y les hubo puesto, presurosamente, el collarón.

Mitka y Het-Baba fueron a buscar los efectos de Natacha. El ucraniano iba tan distraído que derribó en el camino a un lechón que no anduvo lo bastante diligente para ponerse a salvo. "Con esta historia es muy posible que el patrón olvide la historia de la yegua — pensó, y, regocijado, aflojó las riendas—. ¡No es este condenado de los que olvidan las cosas!" Y, nuevamente inquieto, Het-Baba frunció las cejas y torció los labios.

— ¡Abreviemos, demonio, vamos! ¡Aguarda y verás! —gritaba, restallando el látigo para alcanzar al caballo de la derecha en el sitio más doloroso.

XV

El oficial Evgueni Listnitski prestaba sus servicios en el regimiento Atamanski de la Guardia Imperial. Habíase roto la clavícula izquierda en un concurso hípico. Al salir del hospital obtuvo un permiso y fue a pasar un mes y medio en la propiedad de su padre en Yagodnoyé.

, El viejo general, viudo desde hacía largo tiempo, vivía solo. Su mujer fue muerta, en 1886, en un arrabal de Varsovia. Habían atentado sobre el general cosaco, pero los proyectiles alcanzaron a su mujer y al cochero. El general quedó solo con su hijo Evgueni, de dos años de edad. Poco después presentó el general su dimisión y se retiró a Yagodnoyé, donde llevó una vida severa y solitaria.

Cuando Evgueni estuvo en edad de comenzar sus estudios, le hizo entrar en la escuela de cadetes. En Yagodnoyé cultivó la ganadería, compró una yeguada imperial de garañones trotadores y, cruzándoles con yeguas inglesas y con las del Don, obtuvo una raza caballar propia. En las tierras que le otorgara la comunidad cosaca, y en las que compró con su dinero, hizo pastar sus rebaños y sembró trigo; en otoño y en invierno cazaba con sus lebreles; a veces encerrábase en el salón blanco y se emborrachaba durante semanas enteras. Padecía una penosa enfermedad en el estómago. Los médicos le habían prohibido severamente comer cosas pesadas, sólo masticaba los alimentos, tragaba lo preciso y escupía el sobrante sobre un platillo de plata que sostenía un joven ayuda de cámara, Veniamin, *mujik* de origen. Veniamin era un poco tonto, moreno, y su cabeza redonda se cubría con una especie de plumón negro, espeso y deslucido. Hacía seis años que servía en casa de Listnitski. Al principio, cuando tenía que asistir a las comidas del general sosteniendo el platillo de plata, no podía soportar sin náuseas el modo de comer del anciano; pero acabó por acostumbrarse. Más tarde, cuando veía a su amo escupir la carne, después de haber masticado las chuletitas de pava, pensaba para su capote: "Lástima de comida que se pierde. Él apenas las aprovecha, mientras yo sufro retortijones de estómago; ¡es lo mismo que el perro en el heno! ¡Si tratara de comerme lo que deja, quizá no lo vomitaría!" Ensayólo por vez primera y no le fue mal; a partir de aquel día, al final de cada comida, se llevaba el platillo de plata y tragaba rápidamente lo que el doctor había prohibido comer a su señor. Por esta razón o por otra, el caso es que empezó a engordar y su rostro se puso lucido como si le hubieran frotado con aceite.

A más de Veniamin, vivían en la propiedad: la cocinera Lukeria, el viejo y enfermizo mozo de cuadra Sachka, el pastor Tikhon y el nuevo cochero Grigori, *con* Axinia, recién llegados. Lukeria, una gorda mujer picada de viruelas, de carne tan fofa que semejaba una enorme masa de gelatina, distanció desde el primer día a Axinia del fogón.

—Cocinarás cuando el señor contrate obreros en el verano. De momento, me basto yo sola.

Las funciones de Axinia consistían en fregar los pisos tres veces por semana y en cuidar del corral. Entregóse con celo a su trabajo, tratando de complacer y servir a todo el mundo, sin exceptuar a Lukeria. Grigori pasaba la mayor parte del ¿lempo en la amplia cuadra con el viejo Sachka, diminutivo despectivo de Alejandro. Éste había conservado el diminutivo familiar hasta en la vejez. Nadie le llamaba de otro modo; no añadían nunca su patronímico, y en cuanto a su apellido, ni el general lo conocía, aunque Sachka vivía con él hacía más de veinte años. En su juventud, Sachka había sido cochero, pero la edad le había mermado la fuerza y la vista y quedó convertido en mozo de cuadra. Su cabeza se escarolaba de cabellos de un tinte casi verdoso (también el pelo de las manos era de este color) y su nariz fue aplastada en su infancia por un bastonazo; sonreía siempre con sonrisa pueril, y paseaba en torno a sí la mirada inocente de sus ojos enrojecidos y arrugados. Su rostro de patriarca quedaba afeado por la nariz achatada y el labio inferior colgante, con una profunda cicatriz. Un día, en el servicio militar (Sachka era un campesino originario de la Rusia Central), estando borracho, bebió, en lugar de vodka, un sorbo de un ácido corrosivo. Una aguja de fuego le traspasó el labio, dejándoselo pegado al mentón. Por donde pasó el líquido quedó una cicatriz rosada. Sachka se entregaba frecuentemente a la bebida. En tales momentos daba un rodeo por la propiedad, arrastrando la pierna, deteníase ante las ventanas de la alcoba de su señor y, con aire astuto, agitaba un dedo ante su nariz jovial:

— ¡Micola Lexeievitch! ¡Eh, Micola Lexeievitch! —llamaba con voz alta y severa.

Si el viejo general se encontraba en la estancia, acercábase a la ventana.

— ¿Otra vez estás borracho, inútil? —tronaba con su voz de bajo.

Sachka se sujetaba el pantalón, guiñando el ojo y sonriendo con expresión chocarrera. Sobre el rostro desfigurado la sonrisa corría del ojo izquierdo arrugado al extremo de la boca; era una sonrisa torcida muy simpática.

— ¡Micola Lexeievitch, Reverencia! ¡Te conozco! Sachka bailaba sin cambiar de sitio y amenazaba al general con el dedo delgado y sucio.

—Ve a acostarte —replicaba el general con sonrisa conciliatoria, atusándose con los cinco dedos el enorme bigote alicaído.

— ¡Nadie puede engañar a Sachka! —proseguía Sachka, riendo y acercándose a la reja—. ¡Micola Lexeievitch! Tú..., como yo... Nosotros dos somos como el pez y el agua..., el pez se va al fondo y nosotros a la granja. Tú y yo somos ricos... ¡Así! —Sachka extendía sus largos brazos—. Todo el mundo nos conoce en la región del Don... Nosotros... —la voz de Sachka se tornaba triste e insinuante—. Tú y yo somos perfectos bajo cualquier punto de vista, pero, Excelencia, tenemos un defecto: ¡nuestras narices están encendidas!

— ¿Por qué? —preguntaba el señor con interés, amoratado el rostro a fuerza de reír y atusándose el desmesurado bigote.

— ¡Por culpa del vodka! —respondía Sachka con tono incisivo, guiñando presurosamente los ojos y lamiendo la saliva que corría por su rosado chirlo—. No

bebas, Micola Lexeievitch. ¡Si lo haces, estaremos perdidos ambos! ¡Nos arruinaremos por completo...!

—Toma, coge eso; para que recobres el equilibrio.

El general le arrojaba veinte *kopeks* por la ventana, los cuales Sachka alcanzaba al vuelo y ocultaba en el forro de su zamarra.

—Hasta la vista, general —decía suspirando.

— ¿Has dado por lo menos de beber a los caballos? —preguntaba el señor, sonriendo de antemano a la respuesta.

— ¡Ah, condenado piojoso! ¡Hijo de perra! —aullaba Sachka con voz cascada, enrojeciendo vivamente y temblando de cólera—. ¿Crees tú que Sachka puede olvidarse de dar de beber a los caballos? ¿Eh? ¡Habría de estar moribundo y me arrastraría de rodillas para darles lo que necesitan! ¡Vean qué cosas se le ocurren!

Sachka se retiraba, trastornado por la injusta acusación, lanzando obscenos retacos y amenazando con el puño a su señor.

Se le perdonaba todo: las borracheras y la familiaridad con el señor, porque era un mozo de cuadra incomparable. Dormía, tanto en invierno como en verano, en la cuadra, sobre un pesebre vacío. Nadie sabía cuidar mejor que él los caballos; en caso de apuro, podía remplazar al veterinario; en primavera, durante el mes de mayo, recolectaba en la estepa y las cañadas hierbas y raíces medicinales. Diversos atadijos de hierbas secas veíanse colgados en la pared de la cuadra: el *yarovik,* contra el asma; el *ojo de serpiente,* contra las mordeduras de víbora; la *hoja negra,* contra la sarna; una hierbecilla blanca, contra la aguadura, y gran cantidad de hierbas desconocidas contra las diferentes enfermedades de los caballos.

El pesebre en que dormía Sachka estaba saturado siempre de un raro olor penetrante que escocía la garganta. Algunas planchas de heno prensado, duras como la piedra, cubiertas con una manta de caballo, servían de cama a Sachka; se tapaba con un viejo abrigo impregnado de olor de caballo. Sachka no poseía otra cosa que el abrigo y una pelliza de cuero atabacado.

Tikhon, un robusto cosaco de labios gruesos, un poco tonto, vivía con Lukeria, y, sin razón alguna, tenía celos de Sachka. Una vez al mes cogía a Sachka por el botón de su grasienta blusa y le llevaba al patio trasero.

—Oye, viejo, no mires tanto a mi mujer.

—Según y conforme... —respondía Sachka, guiñando un ojo con expresión de inteligencia.

—Renuncia a ella, abuelo —replicaba Tikhon.

—Amigo mío, me gustan las mujeres de rostro granizado. Prefiero privarme de un vaso de vodka que de una mujer bien picada de viruelas. ¡Cuanto más picadas están, más nos

quieren, las zorras...!

— ¡A tu edad debería darte vergüenza, abuelo! Además es un pecado... ¡eh! Y decir que tú eres médico, que conoces la palabra mágica para curar los caballos...

—Sé cuidar todo lo que me place —respondía Sachka, obstinándose.

— ¡Déjala, abuelo! No debes portarte así.

—Hermano, he de lograr a esta Lukeria. Puedes ir despidiéndote de ella. ¡Te la quitaré! Es como un pastel de pasas. Sólo que se le han quitado las pasas y por eso tiene la cara granizada. ¡Me gustan las mujeres así!

—Ten, coge eso...; pero no te interpongas en mi camino porque te mataré —decía suspirando Tikhon, ofreciendo a Sachka algunas monedas de cobre.

La escena se repetía todos los meses.

En Yagodnoyé la vida transcurría monótonamente. Alejada de las carreteras, a partir del otoño quedaba casi completamente cercenada de la aldea y de los villorrios. En invierno, las manadas de lobos adelantábanse, durante la noche, sobre la colina que se unía por una especie de promontorio arenoso con los macizos del jardín exterior: llegaban del "Bosque negro" y aullaban, atemorizando a los perros. Tikhon se dirigía entonces a los macizos y disparaba algunos tiros con la escopeta de su señor, mientras que Lukeria, liando su enorme cuerpo en una colcha, esperaba con ansiedad el disparo y dilataba en la oscuridad sus ojillos hundidos en la grasa de sus mejillas variolosas. En tal momento, Tikhon, calvo y feo, se le antojaba un joven y hermoso héroe henchido de audacia; cuando Tikhon, empujando la puerta, penetraba rodeado de una tufarada de vapor, ella le hacía sitio en la cama, aplastaba con la espalda las chinches sobre la pared y abrazaba, ronroneando, el cuerpo huesudo y helado de su marido.

En verano, en Yagodnoyé se oían hasta muy tarde las voces de los obreros. El general hacía sembrar alrededor de cuarenta hectáreas con diversos cereales y contrataba obreros para la recolección. Evgueni venía a veces, durante el buen tiempo, a hacer una visita al castillo; paseaba por el jardín y por los vivares aburridamente. Por las mañanas, pescaba en el estanque. El joven Listnitski era de mediana estatura y abombado pecho. Se peinaba al modo cosaco, tirándose un mechón hacia el lado derecho. Su uniforme de oficial le modelaba elegantemente.

En los primeros días que siguieron a su llegada al castillo, Grigori visitaba con frecuencia a su joven patrón. Veniamin se presentaba en el alojamiento de la servidumbre y sonreía inclinando la cabeza.

—Ven, Grigori, el señorito te llama.

Grigori se presentaba en el cuarto del oficial, deteniéndose en el umbral. Evgueni Nicolaievich, sonriente, le indicaba una silla con la mano.

—Siéntate.

Grigori se sentaba en el borde.

— ¿Qué te parecen nuestros caballos?

—Son buenos caballos. El gris es inmejorable.

—Sácalo con frecuencia, pero no le hagas galopar.

—Ya me ha hablado de ello el padre Sachka.

— ¿Y qué piensas de *Krepich?*

— ¿Es el bayo? No he tenido ocasión de juzgarlo. Pero sería menester herrarlo de nuevo, tiene una hendedura en el casco.

El joven Listnitski entornaba los ojos grises y penetrantes, e interrogaba:

— ¿Tienes que ir al campo de instrucción en el mes de mayo?

—Exacto.

—Hablaré de ello al *atamán,* serás dispensado.

—Se lo agradezco mucho.

Callaban un momento. El oficial se desabrochaba el uniforme, rascándose el pecho, blanco como el de una mujer.

— ¿Y no temes que el marido de Axinia venga a quitártela?

—Ha renunciado a ella, no se la llevará.

— ¿Quién te lo ha dicho?

—Cuando fui la última vez a la aldea vi a un muchacho de mi aldea. Me dijo que Stefan se había dado a beber como un descosido. Ha afirmado: "No tomaría a Axinia ni por un céntimo. Que se quede donde está, ya encontraré otra mejor."

—Axinia es una hermosa mujer —argüía el oficial, pensativo, mirando con vaga sonrisa por encima de los ojos de Grigori.

—No está mal del todo —accedía Grigori, mientras su rostro quedaba oscurecido.

La licencia de Evgueni tocaba a su fin. Habíase ya quitado los vendajes y podía levantar el brazo, aunque todavía no pudiera doblarlo completamente. Iba frecuentemente al cuarto de Grigori, en el departamento de la servidumbre. Axinia había limpiado pulcramente el cuarto que el antiguo cochero dejara tan sucio; blanqueó las paredes con cal, lavó las ventanas y fregó el suelo con polvo de ladrillo. Aseado de tal suerte, el cuartito resultaba agradable de habitar; se hacía notar en todo la presencia de una buena ama de casa. Una estufilla caldeaba la estancia. El oficial se echaba sobre los hombros

una pelliza de paño azul y se presentaba en el departamento de los criados eligiendo el momento en que Grigori se encontraba atareado con los caballos. Penetraba primeramente en la cocina, bromeaba con Lukeria y pasaba en seguida al cuarto del cochero. Sentábase en un taburete cerca de la estufa, con la espalda encorvada, y fijaba en Axinia una mirada impúdica y jovial. Su presencia turbaba a Axinia; temblaban en sus dedos las agujas de hacer media.

— ¿Cómo *te* encuentras, Axiniuchka? —preguntaba fumando un cigarrillo que llenaba la estancia con una nube de humo azulado.

—Muy bien, gracias.

Axinia levantaba los ojos y se ruborizaba al tropezar con la mirada transparente del oficial, donde se leía un mudo deseo. La mirada atrevida de Evgueni Nikolaievich no armonizaba con las fútiles preguntas que hacía, lo que la obligaba a salir con el menor pretexto.

—Me voy. Tengo que dar de comer a los patos.

—Espera un poco, tienes tiempo de sobra —decía el oficial sonriendo, mientras un leve temblor agitaba sus piernas modeladas por el calzón de caballería, perfectamente ajustado.

Interrogaba minuciosamente a Axinia sobre su vida anterior, modulando pulcramente las palabras con su voz de bajo, tan semejante a la de su padre, y desnudaba a la joven con sus ojos claros como el agua corriente.

Acabado el trabajo, Grigori regresaba a su cuarto. El oficial extinguía la lumbre que brillaba en sus ojos, ofrecía un pitillo y abandonaba la estancia.

— ¿Qué ha venido a hacer aquí? —preguntaba Grigori con voz sorda, sin mirar a Axinia.

— ¿Acaso lo sé? —decía Axinia, riendo satisfecha al recuerdo de la mirada del oficial —. Ha llegado y se ha sentado ahí; mira, Grichka, de qué modo —y mostraba, encorvando la espalda, cómo se había sentado el oficial—, y ha permanecido así, Dios sabe el tiempo, al punto de producirme náuseas..., sus rodillas son tan puntiagudas..., tan puntiagudas...

— ¡Le has enamorado...! ¿Qué sé yo lo que habrás hecho? —preguntaba Grigori, frunciendo las cejas.

— ¡A mí qué me importa él!

— ¡Ten cuidado, que, si no en un decir Jesús! le echaré con viento fresco.

Axinia miraba a Grigori sonriendo, sin lograr discernir si bromeaba o si hablaba seriamente.

XVI

A la cuarta semana de cuaresma el invierno comenzó a suavizarse. El hielo empezó a fundirse en el Don en el centro del río, dejando un festón en las orillas gris y poroso. Al atardecer, la montaña resonaba sordamente, lo que, según los antiguos decires, presagiaba el retorno del frío, aunque en realidad el deshielo adelantaba a paso firme. Una tenue escarcha cubría aún por las mañanas el suelo, pero hacia el mediodía quedaba fundida, esponjando la tierra; un aroma de marzo, de corteza de cerezos helados y de paja fermentada, saturaba el espacio.

Miron Grigorievich preparaba poco a poco todo lo necesario para el laboreo; aprovechando la mayor demora de los días, pasaba el tiempo bajo la cochera, tallando dientes para los rastrillos y, con ayuda de Het-Baba, preparaba los bastidores nuevos para los vehículos.

El padre Grichaka, que debía comulgar al finalizar la cuarta semana de cuaresma, ayunaba y se entregaba a sus devociones. Tornaba de la iglesia amoratado por el frío y quejábase a su nuera:

—El *pope* me ha extenuado; oficia muy mal... Si, ha arrastrado la misa como un aldeano lleva el cesto de huevos al mercado; es una desdicha que tarde tanto.

—Debía usted comulgar la Semana de Pasión, padre, ya que habrá templado el tiempo.

—Mándame a Natacha. Quiero que me haga unas medias más gordas; con las que llevo, hasta un lobo se helaría; ¡no valen nada!

Natacha vivía con su padre como si fuera un ave de paso: dejaba correr el tiempo, pensando que Grigori volvería; su corazón le esperaba, sin escuchar la fría voz de la razón; pasaba las noches consumiéndose en una angustia devoradora, desesperábase, abrumada por la ofensa tan inesperada como inmerecida. Una nueva complicación vino a añadirse a su desventura; con un terror frío Natacha avanzaba hacia el desenlace agitándose durante la noche, en la alcoba de soltera, como un ave herida en la hierba de la estepa. Desde su regreso, Mitka la miraba de un modo extraño; un día, alcanzándola en la antesala, la interrogó sin rodeos:

— ¿Te aburres sin Grichka?

— ¿Qué puede importarte a ti?

—Yo puedo consolarte.

Natacha le miró a los ojos y tuvo miedo de haber comprendido. Mitka rodaba sus pupilas de gato que brillaban encendidas por la concupiscencia. La joven dio un portazo, se refugió en el cuartito del padre Grichaka y allí escuchó, durante largo rato, los precipitados latidos de su corazón. Al siguiente día, Mitka la abordó en la granja. Echaba heno a las bestias; briznas de hierbas secas se pegaban a sus cabellos lisos y su gorro de piel. Natacha se esforzaba en apartar a los perros que giraban en rededor del cuezo de los puercos.

—No me trastornes, Natacha...

—Llamaré a papá —gritó Natacha, ocultándose el rostro entre las manos.

— ¡Chist! ¡Estás loca!

— ¡Vete, maldito!

— ¿Por qué gritas?

— ¡Vete, Mitka! ¡Ahora mismo iré a contárselo a papá...! ¡Qué forma de mirarme es esa! ¡No tienes vergüenza! ¡Apenas me explico cómo puede soportarte la tierra!

—Ya lo ves, me soporta y no cede bajo mi peso. En apoyo de sus palabras, Mitka pateó el suelo poniéndose los puños en las caderas.

—Debes dejarme en paz, Mitka.

—Ahora no te toco, pero iré a tu cuarto esta noche; palabra de honor, iré.

Natacha abandonó temblando la granja. Por la noche preparó su cama sobre el cofre y se hizo acompañar de su hermanita. Toda la noche estuvo revolviéndose sin poder conciliar el sueño, fijando en la oscuridad de los ojos febriles. Estaba dispuesta a gritar despertando a toda la casa al menor ruido; pero el silencio sólo era interrumpido por el rítmico roncar del padre Grichaka, que dormía pared por medio, y los suspiros de su hermanita, acostada a su lado»

La madeja de los días emponzoñados por el dolor persistente se desenrollaba con lentitud. Mitka, que aún no se había recobrado de la afrenta sufrida en su entrevista con Mokhov, estaba de un humor sombrío y perverso. Por las noches salía de casa y rara era la vez que volvía antes del alba. Frecuentaba a las mujeres, dispuestas a consolarse de la ausencia de sus maridos, y acudía a casa de Stefan a jugar a las cartas. Miron Grigorievich había decidido dejarle hacer durante algún tiempo, dispuesto a vigilarle de cerca.

Algunos días antes de Pascua, Natacha encontró a Pantelei Prokofievich cerca del almacén de Mokhov. Éste la abordó al punto:

— ¡Espera un momento, Natacha!

Natacha se detuvo, transida de súbita angustia al ver el semblante de nariz aguileña de

su suegro, que recordaba vagamente el de Grigori.

— ¿Por qué no vienes a vernos? —preguntó el anciano con aire ofendido, evitando la mirada de Natacha, como si se sintiese culpable ante ella —. Mi mujer se aburre sin ti. Se atormenta todo el día preguntándose lo que será de ti, lo que haces ahora... Y qué, ¿cómo te encuentras?

Natacha se recobró de su turbación.

—Bien..., gracias... —se le trabó la lengua, quiso decir "papá" y terminó, turbadísima—: Gracias, Pantelei Prokofievich.

— ¿Por qué no vienes a visitarnos?

—Estoy muy atareada en la finca..., trabajo...

—Nuestro Grichka... ¡Ah, mísero...! —El anciano sacudió amargamente la cabeza—. Nos ha asestado un buen golpe... Habíamos empezado a vivir tan bien contigo...

— ¿Qué quiere, papá? —replicó Natacha, y su voz se quebró en una nota aguda—. Es el Destino, probablemente...

Sus ojos se llenaron de lágrimas, temblaron sus labios. Pantelei Prokofievich se turbó y púsose a farfullar:

—Hasta la vista, hija mía, no te atormentes por culpa suya; ese hijo de perro no vale lo que una uña de tu pie... Volverá, quizá... Me gustaría verle... Le diría cuatro verdades...

Natacha, hondamente emocionada, se alejó con la cabeza abatida. Pantelei Prokofievich pateó un momento sobre su sitio, como si se dispusiera a arrancar al trote. Al llegar a la esquina de la calle, Natacha se volvió y pudo ver a su suegro que atravesaba la plaza del pueblo cojeando y apoyándose en el bastón.

XVII

Las tertulias en casa de Stockman se hacían cada vez menos frecuentes. Se avecinaba la primavera. Los colonos preparábanse para el laboreo. Sólo los obreros del molino, *Valet,* Davidka y el mecánico Ivan Alexeievich acudían todavía a casa del aserrador. La tarde del Jueves Santo reuniéronse en el taller. Stockman estaba sentado ante el banco y limaba mía sortija hecha con una moneda de plata de medio rublo. Un haz de rayos del sol poniente penetraba por la ventana trazando en el piso un cuadro polvoriento de tono anaranjado. Ivan Alexeievich fanfarroneaba jugueteando con unos alicates.

—Estuve el otro día en casa del patrón para hablarle del émbolo. Hay que llevarlo a toda costa a Millerovo. Sólo allí lo pueden arreglar. ¿Qué hemos de hacer aquí? ¡Tiene una grieta así...!

Ivan Alexeievich señaló con el dedo meñique la longitud de la grieta, aunque nadie le hiciera caso.

—Hay allí una fábrica, si no me engaño —dijo Stockman prosiguiendo su trabajo, con los dedos manchados de un finísimo polvillo de plata.

—Altos Hornos... Tuve ocasión de ir allí el año pasado.

— ¿Es cierto que hay multitud de obreros? —Muchos, cuatrocientos cuando menos. —Y ¿cómo viven?

Stockman sacudió la cabeza sin dejar su quehacer y sus palabras cayeron recortadas, como si tartamudease.

— ¡Oh, hacen una vida muy fácil! No son proletarios..,, sino, ¿cómo decirlo?, una especie de estiércol.

— ¿Por qué? —preguntó con interés *Valet,* sentado al lado de Stockman, entrecruzando los dedos cortos y nudosos en torno a sus rodillas.

Davidka, con el pelo espolvoreado de harina, se paseaba por la habitación; hacía saltar a cada paso las relucientes virutas, oyendo atentamente su ligero crujido; le parecía que andaba por una torrentera llena de hojas muertas, y que estas hojas rojizas aplastábanse a sus pies, dejando adivinar bajo ellas la frescura de la tierra húmeda.

—Porque todos son gente acomodada. Cada cual tiene su casita, su mujer y multitud de comodidades. Además, la mitad de ellos son bautistas. El patrón en persona es el

predicador. Una mano lava la otra y las dos juntas tal cantidad de grasa que no se puede recoger ni siquiera con una pala...

—Ivan Alexeievich, ¿qué son esos bautistas? —interrumpió Davidka, encontrándose ante una palabra desconocida.

— ¿Los bautistas? Son gente que cree en Dios a su manera. Una especie de religión.

—Cada imbécil desbarra a su manera —añadió *Valet.*

—Pues bien, llego a casa de Sergio Platonovich... —prosiguió el mecánico—y lo encuentro con Atepin: "Espera en el vestíbulo", me dice. Me siento; aguardo. A través de la puerta oigo la conversación. El patrón explica a Atepin: "No tardando mucho, habrá una guerra con los alemanes", lo debe haber leído en un libro; entonces, ¿sabéis qué dijo Atepin?: "A decir verdad, no estoy de acuerdo con eso de la guerra..." Ivan Alexeievich imitaba con tal perfección el ceceo de Atepin que Davidka rompió a reír; pero, advirtiendo el gesto irónico de *Valet,* se contuve al punto.

—"La guerra con Rusia no es posible, porque Alemania necesita nuestro pan" —continuó Ivan Alexeievich—. En aquel momento intervino otro personaje, cuya voz no reconocí. Luego supe que era el hijo del señor Listnitski, el oficial. "La guerra, dijo, estallará entre Francia y Alemania a propósito de los viñedos, pero nada tenemos que ver en el asunto." ¿Qué opinas, Osip Davidovich? —preguntó el mecánico, dirigiéndose a Stockman.

—No se puede predecir el futuro —respondió éste evasivamente, examinando con atención la sortija recién terminada.

—Si se zurran, nos mezclarán en la contienda. De buena o mala gana nos veremos en el lío. Nos arrastrarán por los pelos —opinó *Valet.*

—Veréis cómo se presenta el asunto, hijos míos —comenzó Stockman, quitando suavemente los alicates de las manos de Ivan Alexeievich.

Hablaba en tono grave y con visible intención de explicar a fondo las cosas. *Valet* se acomodó ¿n el banco; los labios de Davidka se contrajeron sin cubrir el húmedo brillar de sus dientes apretados. Stockman hizo una exposición concisa y sorprendente de la lucha de los Estados capitalistas por los mercados y por las colonias, dejándoles convencidos. Servíase de frases breves y firmes que parecían brotar de su inspiración. Ivan Alexeievich acabó por interrumpirle, indignado:

— ¡Espera un poco! ¿Qué pintamos nosotros en todo eso?

—Ni tú ni los tuyos tienen nada que ver en el fregado, pero vosotros sufriréis las consecuencias —dijo Stockman, sonriendo.

—No te hagas el inocente —arguyó *Valet* con sarcasmo—; conoces muy bien el viejo proverbio: "Cuando los grandes señores se zurran, las cabezas de los siervos sirven de yunque."

— ¡Oh! ¡Oh! —gruñó Ivan Alexeievich esforzándose penosamente por comprender un pesado amasijo de pensamientos confusos.

— ¿Por qué va tan a menudo ese Listnitski a casa de Mokhov? —preguntó Davidka—. ¿Corteja a su hija?

—El retoño de los Korchunov ha pasado ya por allí —observó *Valet.*

—Di, pues, Ivan Alexeievich, ¿qué busca ese oficial?

Ivan Alexeievich, embargado por sus pensamientos, sobresaltóse como si le hubieran dado un latigazo en las piernas.

— ¡Eh! ¿Qué dices?

—Estás dormido, amiguito; hablamos de Litsnitski.

—Se había detenido de paso para la estación. ¡Ah, toma!, me había olvidado de una noticia. Al salir de casa de Mokhov, ¿a quién diréis que me encontré en la gradería? A Grichka Melekhov en persona. Llevaba una fusta. Le he preguntado: "¿Qué haces aquí, Grigori?" "Llevo al joven Listnitski a la estación de Millerovo."

—Sirve de cochero en su casa —explicó Davidka.

—Come las migajas de la mesa de sus señores.

—Tú, *Valet,* eres como un perro encadenado: ladras a todo el mundo.

La conversación cesó un momento. Ivan Alexeievich se incorporó para salir.

— ¿Tienes prisa por ir al trabajo?

—Es la canción de todos los días.

Stockman acompañó hasta la puerta a sus visitantes habituales, cerró el taller y recogióse en casa...

En la noche de Pascua cubrió el cielo un nubarrón negro que presagiaba la escarcha. La húmeda oscuridad pesaba sobre el pueblo. Al anochecer, el hielo había ya chascado con un largo gemido, repetido multitud de veces por el eco, y el agua había rechazado ruidosamente los primeros témpanos empujados por la masa de hielo en movimiento. Habíase roto en una extensión de cuatro kilómetros, hasta el recodo del río, cerca del pueblo. El Don comenzó a arrastrar bloques. Mientras la campana de la iglesia tocaba "los doce evangelios", enormes montones de hielo entrechocaban en el río, sacudiendo las márgenes. En el paraje donde el Don hacía un recodo, se formó una barrera. El estrépito de los témpanos amontonándose unos sobre otros llegaba hasta el villorrio.

Los jóvenes habíanse agrupado en el patio de la iglesia, salpicado de helados charquitos. La voz sonora de los oficiantes leyendo las Escrituras llegaba hasta el patio por la puerta

abierta sobre el atrio; una claridad alegre y consoladora penetraba por las ventanas enrejadas; en el patio, los mozos pellizcaban a las muchachas, que lanzaban gritos, las besaban en la oscuridad o les contaban jocosas historias.

Los cosacos llegados de las aldeas lejanas para la misa del gallo apretábanse en el cuarto del sacristán. Algunos, agobiados por el cansancio y el sofocante calor, dormían sobre los banquillos o por el suelo, bajo las ventanas; otros fumaban en el umbral y platicaban a propósito de las siembras.

— ¿Cuándo saldréis al campo en vuestra aldea?

—La semana de santo Tomás, seguramente.

—Buena suerte tenéis... Vuestra estepa es arenosa, ¿no es cierto?

—Tiene mezcla de arena; al otro lado de la cañada tenemos tierras salinas.

—El año anterior tuvimos que arar una tierra árida como un hueso.

—Dunka, ¿dónde estás? —gritó una voz delicada junto a la puerta de la casita.

Por el otro lado del portón del patio, una voz enronquecida rezongaba:

— ¿No podíais encontrar otro sitio para besaros? ¡Fuera de aquí, perdidos! ¿Tanto os aprieta el deseo, pillastres?

—Seguramente que tú no has encontrado nadie que te hiciera compañía. Ve, pues, a besar a nuestra perra —replicó una voz juvenil.

— ¡La perra! ¡Ahora verás...!

Un sordo rumor de pasos se alejó rápidamente en la oscuridad, hubo un crujimiento de faldas...

Las gotas caían del tejado con un tintineo cristalino, y la misma voz lenta, escurridiza como el cieno, prosiguió:

—Hoy he querido comprar un arado a Prokofievich; le he ofrecido doce rublos, pero él se ha mantenido firme. ¡No es de los que se dejan sorprender!

De la parte del Don provino un rumor regular y sordo: el gorgoteo, el crepitamiento, el chapotear de los témpanos en el agua. Como si una mujer gigante, alta como un álamo, pasara cerca del pueblo sacudiendo su enorme faldamenta.

A medianoche, cuando la oscuridad se cuajaba como un hielo negro, Mitka llegó en un caballo sin silla hasta el cercado de la iglesia. Echó pie a tierra, abandonó las riendas sobre la crin, dio una palmada al piafante bruto y penetró en el patio, ajustándose el ceñidor. En el atrio se quitó el gorro, abatió su cabeza de cabellos cortados en redondo y, repeliendo a las mujeres, abrióse paso hasta el altar. El rebaño negro de los cosacos apretábase a la izquierda: a la derecha ofrecía la mezcolanza multicolor del tocado de

las mujeres. Mitka advirtió entre la muchedumbre, en primera fila, a su padre, y se fue hacia él. Cogiendo por el codo a Miron Grigorievich, que alzaba el brazo para persignarse, le susurró en la oreja tupida de pelos:

—Padre, sal un momento...

Mitka atravesó nuevamente la espesa cortina de olores diversos que le irritaban las narices, produciéndole náuseas: hediondez de cera quemada, emanaciones fétidas de cuerpos femeninos en transpiración, hálito sepulcral de vestidos sacados de los cofres con motivo de la fiesta, olor del cuero mojado de los calzados, exhalaciones de los estómagos vacíos de los fieles.

Al llegar al atrio, Mitka apretó contra su pecho la espalda de su padre y dijo: —Natacha se está muriendo.

XVIII

El Domingo de Ramos, Grigori, después de haber conducido a Evgueni Listnitski a la estación, emprendió el camino dé retorno. El deshielo había ya diluido la nieve y las carreteras habían quedado intransitables durante dos días.

En Olkhovsky-Rog, pueblo ucraniano a veinticinco kilómetros de la estación, estuvo a punto de ahogar los caballos al vadear el río. Llegó al pueblo antes del anochecer. El hielo se había roto la noche anterior, y el río, engrosado por los torrentes fangosos que fluían de todas partes, espumeaba inundando las calles del pueblo.

La posada donde se detenía habitualmente para dar el pienso a los caballos encontrábase en la otra orilla. Como el río podía subir más durante la noche, Grigori decidió cruzarlo al punto. Dirigióse al lugar por donde, veinticuatro horas antes, había cruzado sobre el hielo. El río desbordado arrastraba, en su dilatado lecho, aguas revueltas; un trozo de cerca arrancada y una rueda rota giraban lejos de la margen. Sobre la desnuda arena podían verse aún las huellas de los trineos. Grigori contuvo los caballos cubiertos de espuma y descendió para examinar las huellas que, torciendo ligeramente hacia la izquierda, desaparecían bajo el agua. Grigori consideró de un vistazo la distancia: veinte metros a lo sumo. Fue a examinar los arreos. En este momento, un *khokhol* de edad madura, tocado con un gorro de piel de zorro, salió del patio más inmediato y corrió hacia él.

— ¿Es éste el vado? —preguntó Grigori, mostrando con el látigo el torrente cenagoso.

—Sí, ése es. Esta mañana lo cruzaron aún. — ¿Es profundo?

—No, pero el trineo puede ser que haga agua. Grigori tensó las riendas y, sujetando la fusta en la mano, hizo arrancar a los caballos con un grito breve e imperioso:

— ¡Hu...!

Los caballos resoplaron y, presintiendo el agua, arrancaron de mala gana.

— ¡Hu...!

Grigori restalló la fusta y se incorporó sobre el pescante. El caballo bayo, de ancha grupa, que iba enganchado a la izquierda, sacudió la cabeza, atirantó los tiros y se decidió a penetrar en el río. Grigori miró de soslayo a sus pies: el agua chapoteaba en los bordes del trineo. Los caballos entraron primeramente hasta la rodilla, para sumergirse en seguida hasta el pecho.

Grigori quiso volver, pero los caballos perdieron píe y se pusieron a nadar, resoplando. Las olas arrastraban el trineo, obligando a las bestias a enfilar la corriente. El agua saltaba por encima de sus grupas, el trineo era sacudido y empujado con fuerza.

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Conduce bien tus caballos! —aullaba el *khokhol,* que bullía en la margen, sacudiendo en el aire su gorro de zorro.

Grigori excitaba a sus bestias encarnizadamente, gritándoles a voz en cuello. El agua se arremolinaba tras el trineo, que comenzaba ya a hundirse; de súbito, chocó con el pilar de un puente, llevado por la corriente, y fue volcado como una cáscara de nuez. Grigori lanzó un grito y se sumergió en el río, sin abandonar las riendas. Su capote y sus botas empezaban a arrastrarle; la corriente le zarandeaba, tratando calladamente de volcarle, arrastrándole en un remolino. Logró aferrarse con la mano izquierda a un deslizador, aflojó las riendas y, perdiendo el aliento, hizo un esfuerzo para alcanzar la delantera. Había ya alcanzado con los dedos la barra del atalaje cuando el bayo, que luchaba desesperadamente con la corriente, le dio una fuerte coz en la rodilla. Grigori tragó agua, pero se aferró a los tiros. La corriente, cada vez más furiosa, le rechazaba lejos de los caballos, descoyuntándole los dedos. Pero empleando todas sus fuerzas, luchando contra el agua helada, Grigori se arrastró hasta la cabeza del bayo y sus pupilas dilatadas se encontraron con la mirada, henchida de terror mortal, de los ojos inyectados en sangre del caballo.

Multitud de veces trató nuevamente de alcanzar las correas viscosas de las riendas; nadaba tendiendo la mano, pero las tiras se escurrían en sus dedos; al fin, pudo cogerlas y en el mismo instante sus pies tocaron el fondo.

— ¡Hu, hu-u-u-u! —aulló hasta perder el aliento, y, precipitándose adelante, cayó, abatido por el pecho de una de las bestias.

Los caballos pasaron sobre él, sacaron en cuatro brincos el trineo y, agotadas sus fuerzas, se detuvieron temblorosos y relucientes.

No sintiendo el dolor, Grigori se incorporó; un frío penetrante le envolvió como una pasta abrasadora; temblaba más que los caballos y sentía que sus piernas estaban tan débiles como las de un niño. Recobrándose un poco, enderezó el trineo e hizo galopar a los caballos para hacerles entrar en reacción. Penetró en la primera calle del pueblo a una velocidad vertiginosa y, sin vacilar, adentróse en el primer patio cuyo portón estaba abierto. Dio con un hospitalario colono *khokhol,* que mandó a su hijo ocuparse de los caballos, ayudó a desnudarse a Grigori y, con tono que no admitía réplica, ordenó a su mujer:

— ¡Enciende el fogón!

Grigori se puso un pantalón de su huésped y se reanimó junto al fuego mientras sus ropas se secaban; después de reconfortarse con una sopa de verduras, se acostó.

Reanudó la marcha al amanecer. Aún tenía que recorrer ciento treinta y cinco kilómetros, y el tiempo le era precioso. La estación de los malos caminos, que hacía intransitable la estepa, acercábase a toda prisa; en la menor hondonada, en las

torrenteras y barrancos se oía el estruendo de la nieve fundida.

El camino negro y desnudo derrengaba a los caballos. Llegaron dificultosamente al campamento de colonos de Taurida, a cuatro kilómetros de la carretera. Grigori enfrenó el atalaje: las bestias humeaban, la huella de los patines del trineo brillaba en la tierra húmeda. Grigori abandonó el trineo en el campamento, anudó la cola de los caballos para evitar que la arrastrasen y cabalgó sobre una de las bestias conduciendo la otra por la brida. La mañana del Domingo de Ramos llegó a Yagodnoyé.

El viejo general escuchó el detallado relato del viaje y fue a ver los caballos. Sachka les paseaba por el patio lanzando furiosas miradas a sus flancos socavados por el cansancio.
— ¿Cómo están los caballos? —preguntó el señor.

—No es difícil comprenderlo —gruñó Sachka bajo su barba redonda y blanca, sin interrumpir su caminar.

— ¿Están lesionados?

— ¡No! El bayo tiene el cuello rozado por el collarón. No es casi nada.

—Ve a descansar —dijo el general a Grigori, que estaba aguardando.

Grigori se recogió en su alojamiento, pero sólo aquella noche pudo descansar. A la mañana siguiente, Veniamin, vistiendo una blusa nueva de satén azul, con el rostro dilatado por su acostumbrada sonrisa impúdica, vino a verle.

—Grigori, el señor te llama. ¡Ven en seguida!

El general iba y venía por el salón arrastrando sus pantuflas de fieltro. Grigori tosió tímidamente, detúvose cerca de la puerta y esperó; volvió a toser, y el general alzó la cabeza.

— ¿Qué quieres?

—Veniamin me ha dicho que viniera.

— ¡Ah, si!, ve a ensillar el garañón y *Krepich.* Di a Lukeria que no dé nada a los perros. ¡Voy de caza!

Grigori se dispuso a salir. El general le llamó:

— ¿Me oyes? Vendrás conmigo. Axinia colocó un pan blanco en el bolsillo de la pelliza de Grigori, gruñendo:

— ¡No te deja ni tiempo para comer, ese avaro! ¿Qué demonio le impulsa? Ponte siquiera un pañuelo en el cuello, Grichka.

Grigori llevó los caballos ensillados ante la gradería y silbó a los perros. El general salió, vistiendo un largo ropón de paño azul, ceñido a la cintura por un cinturón labrado con láminas de plata cincelada.. Una cantimplora de níquel pendía de la correa que

llevaba en bandolera, tenía en la mano un largo vergajo de cuero trenzado.

Grigori, que seguía todos sus movimientos, quedó pasmado de la ligereza con que el huesudo anciano saltó a la silla.

— ¡Sígueme! —ordenó brevemente el general, recogiendo las riendas con su mano enguantada.

El garañón de cuatro años que montaba Grigori se puso a caracolear de flanco, engallando la cabeza. Sus cascos traseros no estaban herrados. Patinaba en los aguazales helados, replegábase sobre la grupa doblegando las piernas. El viejo general, algo encorvado, pero bien aplomado en la silla, balancéabase sobre el ancho lomo de *Krepich.*

— ¿Dónde vamos? —preguntó Grigori aproximándose a él.

—Al torrente de los Alisos —respondió el señor con su voz de bajo profundo.

Los caballos iban emparejados. El garañón tiraba de las riendas encorvando el cuello como un cisne y bizcaba su ojo abombado hacia el caballero, esforzándose por morderle en la rodilla. Escalaron la colina y el general lanzó a *Krepich* al trote. Los perros corrían tras Grigori en apretada hilera. La vieja perra negra tocaba con su largo hocico emballenado la cola del caballo. El garañón se enervaba, tiraba coces a la perra, pero ésta se apartaba a tiempo y su mirada triste y resignada buscaba los ojos de Grigori, que se volvía por ver lo que pasaba. Llegaron, en media hora, al torrente de los Alisos. El general prosiguió rodeando la cima del torrente, erizada de hierbas secas y renegridas, mientras que Grigori descendía al fondo, adelantando precavidamente y evitando los agujeros y barrancos socavados por el agua. De vez en cuando miraba al general; sobre el fondo gris acerado de los olmos desnudos se veía la silueta clara y concreta del anciano como si estuviese dibujada. Adelantando la cabeza, el general alzábase sobre los estribos, y el zurrón, apretado por su ceñidor, se plegaba sobre su espalda. La jauría le seguía apretadamente, rodeando la cima accidentada. En el momento en que cruzaba un profundo hondón, Grigori se inclinó de lado.

"Me gustaría encender un cigarro —pensó, quitándose el guante—. En seguida podré aflojar la brida y sacaré la petaca."

— ¡Tayaut...! El grito partió súbitamente como un disparo de fusil de lo alto de la cima. Grigori levantó la cabeza.

El general llegaba ya a la cúspide de un montículo y, levantando en el aire su látigo, se lanzó al galope.

— ¡Tayaut...! Un lobo, de un rojo cenagoso y que estaba en la muda —sus muslos se tupían de largos mechones de pelo —, cruzaba rápidamente, rasando el suelo, el fondo encenagado del torrente, donde crecían bajos cañaverales. Saltó sobre una barranca, se detuvo, dio media vuelta y ojeó a los perros. La jauría se ordenó en herradura, lanzóse sobre la bestia y rodeóle, cortándole la retirada por el bosque que comunicaba con el extremo del barranco.

En un ágil movimiento, el lobo lanzóse sobre un exiguo otero y corrió vivamente en derechura al bosque. Viniendo casi en línea recta a su encuentro, la vieja perra adelantaba a brincos, seguida de cerca por *Yastreb,* un perro gris claro, largo de patas y el más tenaz de la jauría. El lobo se detuvo y pareció vacilar un momento. Remontando la ladera, Grigori perdióle de vista por algunos segundos; cuando su garañón le hubo subido hasta la cima, el lobo estaba ya lejos: era una mancha gris que desaparecía en la estepa. Sobre la llanura sombría, cubierta de malas hierbas, los perros negros corrían, confundiéndose con la tierra: más lejos, el viejo general fustigaba furiosamente a *Krepich,* contorneando al galope una cresta escarpada. El lobo se esforzaba por alcanzar un barranco cercano. Los perros le acosaban de cerca y el hocico de *Yastreb,* el lebrel de pelo agrisado, tocó casi los peludos muslos de la bestia. El grito de caza llegó a oídos de Grigori:

— ¡Tayaut...!

Lanzó su garañón a rienda suelta, tratando en vano de distinguir lo que pasaba ante él: sus ojos estaban velados de lágrimas, el aire silbaba en sus oídos. Sentíase arrebatado por la embriaguez del acoso. Encorvado sobre el cuello húmedo de sudor del garañón se dejó arrastrar por el torbellino de la carrera loca. Cuando llegó al barranco, el lobo y los perros habían desaparecido. El general se le emparejó un minuto más tarde. Enfrenando a *Krepich* en pleno galope, gritó:

— ¿Dónde se ha ido?

—Al barranco probablemente.

— ¡Toma a la izquierda! ¡Al galope!

El general espoleó su montura, que se encabritó, y partió al galope hacia la derecha. Grigori tiró de las riendas descendiendo a lo hondo del terreno y con un grito salvaje remontó de un brinco la otra vertiente. Durante kilómetro y medio, fustigó con el látigo a su garañón, lleno de espuma. La tierra cenagosa se pegaba a los cascos del caballo y salpicaba el rostro de Grigori. El largo y sinuoso barranco que atravesaba la cuesta torcía hacia la derecha, dividiéndose en tres brazos. Grigori franqueó el brazo que le cortaba el camino y se lanzó sobre la suave pendiente del ribazo; advirtió ante sí la cadena negra de los perros que perseguían al lobo en la estepa; los lebreles le habían cortado el acceso al fondo del torrente, invadido por una apretada espesura de encinas y alisos. En el paraje donde la torrentera formaba horquilla, transformándose en tres brazos negruzcos que descendían la pendiente, el lobo se refugió en la estepa y, ganando un centenar de metros, descendió la ladera tratando de alcanzar la cañada cubierta de matorrales y de hierbas tupidas y resecas.

Alzándose sobre los estribos, Grigori le siguió con la mirada, y enjugóse en la manga las lágrimas que el viento frío le arrancaba. Súbitamente reconoció una tierra que pertenecía a los suyos; un cuadro negro de arcilla extendíase ante él: era el campo que había labrado en otoño con Natacha. Grigori hizo pasar al garañón a través del campo y, durante los minutos que su cabalgadura tardó en franquearlo, vacilando sobre los terrones, el ardor de la caza se le enfrió, pues habíase extinguido en el corazón de Grigori. Guiaba ahora indiferente a su jadeante montura, y, seguro de que el señor no le miraba, le hizo pasar al galope corto.

En la lejanía, cerca de Krasni-Log, advirtió un campamento de labradores. A un lado, tres parejas de bueyes arrastraban el arado sobre un campo que parecía de terciopelo negro.

"¡Son gente de nuestra aldea! ¿De quién será esa tierra...? Me figuro que es de Anikuchka", pensaba Grigori, esforzándose por reconocer los bueyes y el hombre que seguía el arado. — ¡Cogedle...!

Grigori vio a los dos cosacos abandonar el arado y correr a través del campo para cortar la retirada del lobo. Uno de ellos, corpulento y vigoroso, cubierto con una gorra cosaca de banda roja retenida por un barboquejo de cuero, blandía una barra de hierro que había arrancado de un yugo.

En este momento, el lobo se detuvo bruscamente, acurrucándose en un profundo surco. El lebrel agrisado, *Yastreb,* lanzado a toda velocidad, saltó por encima de él rodando por tierra; la vieja perra, queriendo detenerse, frenó patinando sobre sus patas traseras, pero no pudo contenerse y cayó sobre el lobo; éste, con un breve movimiento de cabeza, la tiró de lado. En un segundo la jauría entera saltó sobre la bestia. La enorme masa negra de los perros, aferrada al lobo, rodó como una bola a través del campo. Grigori llegó medio minuto antes que el viejo Listnitski, saltó a tierra y se arrodilló blandiendo el cuchillo. — ¡Ya le tenemos! ¡Hiere en la garganta...! —gritó la voz familiar del cosaco, que corría con su barra de hierro.

Se acostó resoplando al lado de Grigori y tirando por la piel del cuello del lebrel que había hundido sus colmillos en el vientre de la bestia, cogió con una mano las patas delanteras del lobo. Grigori sintió la tráquea bajo el pelo duro y erizado y la cortó de un rápido golpe.

— ¡Los perros! ¡Los perros...! ¡Átales! —aullaba con voz ronca, mientras echaba pie a tierra, el general, a quien el esfuerzo ponía amoratado.

Grigori amarró trabajosamente a los perros y se volvió. A algunos pasos de él estaba Stefan Astakhov, tocado con su gorra cosaca de charolado barboquejo. Hacía girar en su mano la barra de hierro; su mandíbula inferior temblaba; había empalidecido.

— ¿De qué pueblo eres, buen mozo? —preguntó el general dirigiéndose a Stefan.

—Del lugar Tatarski —respondió éste, después de un silencio, dando un paso en dirección a Grigori.

— ¿Cómo te llamas?

—Astakhov.

—Oye, amigo mío, ¿cuándo regresas a tu casa?

—Al atardecer.

—Llévanos la bestia...

El general señaló con el pie al lobo, que agonizaba rechinando los dientes y azotando el aire con su pata trasera.

—Te pagaré cumplidamente —prometió Listnitski enjugándose con un pañuelo el rostro amoratado; se alejó algunos pasos y desató la correa que sostenía la cantimplora.

Grigori se fue hacia el garañón. Poniendo el pie en el estribo se volvió de lado; Stefan, sacudido por un temblor nervioso, venía hacia él, atirantando el cuello y apretando contra el pecho los pesados puños.

XIX

La noche del Viernes Santo las mujeres reuniéronse en casa de Pelageia, la vecina de los Korchunov, Gavrila Maidanikov, el marido de Pelageia, había escrito desde Lodz prometiendo venir con permiso para las pascuas. Pelageia había blanqueado las paredes y limpiado toda la casa desde el lunes, y a partir del jueves le esperaba; en sus frecuentes salidas a la calle, deteníase ante el cercado, sin pañoleta, delgada, con el rostro cubierto de rodales amarillentos, protegiéndose los ojos con la mano, oteaba el camino para ver si por azar llegaba. Estaba embarazada, pero legítimamente. El estío anterior, Gavrila vino con permiso; había traído a su mujer indiana polonesa; pasó cuatro días y cuatro noches en casa, el quinto día se emborrachó, profirió blasfemias polacas y alemanas y cantó, llorando, una antigua canción cosaca, compuesta en 1831, en la cual se hablaba de Polonia. Sus hermanos y sus amigos, que habían venido a despedirle, bebieron vodka antes de la comida y cantaron:

Que Polonia era muy rica, nos dijeron,
y miseria los cosacos sólo vieron.
En esta Polonia, hay una taberna,
y a su puerta está encendida una linterna.

En la taberna, tres mozos beben mano a mano;
un polaco, un cosaco y un prusiano.
Cuando bebe vodka lo paga el prusiano.
El polaco no tiene monedas en la mano.

El cosaco bebe vodka y paga con un cequí.
Hace tintinear sus espuelas allí,
y le dice a la tabernera cariñosa:
"Ven conmigo, delicia amorosa.

Ven conmigo sobre el Don placentero,
en la tierra donde vi el sol primero,
no se hila, no se siembra, no se siega...
Al tranquilo vivir nadie se niega."

Después de cenar, Gavrila se despidió de la familia y partió. Desde este día, Pelageia comenzó a examinar atentamente su cintura.

He aquí cómo explicó ella a Natacha Korchunov la causa de su preñez:

—Antes de la llegada de Gavriucha tuve un sueño, madrecita. Iba a campo traviesa y vi

ante mí a nuestra antigua vaca, la que vendimos el año anterior. Caminaba la vaca ante mí y la leche corría de la ubre... "Dios mío, me dije, ¿por qué la habré yo vendido si le queda tanta leche?" Luego de esto, la vieja Drosdika vino a casa a pedirme lúpulo. Le conté mi sueño y ella dijo: "Lleva un trocito de cera a la granja; toma esta cera de un cirio, haz una bolita y húndela en el estiércol de la vaca, porque si así no lo haces te puede suceder una desgracia; la desdicha ronda tu ventana." Me apresuré a cumplir lo que me había dicho, pero no encontré ningún cirio. Teníamos uno, pero esos enredadores lo cogieron para cazar tarántulas en sus agujeros. Entonces llegó Gavriucha y con él la desgracia. Desde hace tres años me servían las mismas camisas, y, ahora, ¡ya lo ves! —decía Pelageia mostrando con desolación el vientre hinchado.

Esperando a su marido, Pelageia se aburría y por esto invitó a las mujeres a pasar con ella la velada del Viernes Santo. Natacha acudió, llevando como trabajo las medias que estaba haciendo para el padre Grichaka. Estaba muy animada, reía más de lo debido las bromas, no queriendo mostrar su dolor a las mujeres. Pelageia, sentada sobre el horno, dejando colgar sus piernas desnudas cubiertas de venas amoratadas, embromaba a la diminuta Froska, una mujercita joven y desenvuelta:

—Pero ¿cómo has zurrado a tu cosaco, Froska?

— ¿No sabes cómo? Pues en la espalda, en la cabeza y en donde se puede.

— ¡No te pregunto eso! Quiero decir cómo empezó la cosa entre vosotros.

—Pues empezó como siempre —respondió la otra de mala gana.

—Si hubieras sorprendido al tuyo con otra mujer, ¿no habrías dicho nada? —preguntó una mujer de elevada estatura y delgada como una percha, la nuera de Matvei Kachulin.

—Cuéntanos, Froska.

— ¡Dejemos eso! ¿No podéis hablar de otras cosas? — ¡No hagas tantos dengues, estamos entre amigas! Froska, escupiendo las mondaduras de los granos de girasol, comenzó sonriendo:

—Había notado hacía tiempo que algo se traía entre manos. Un día me dijeron: " ¡Tu marido se refocila con una mujerzuela de la orilla izquierda, se encuentran en el molino arrullándose a su modo!" Fui corriendo y les vi cerca del cernedero.

—Oye, Natacha, ¿no tienes noticias de tu marido? —interrumpió la nuera de Kachulin.

—Están en Yagodnoyé —replicó Natacha.

— ¿Piensas volver con él?

—Quizá piense en ello, pero no le conviene —interrumpió la dueña de la casa.

Natacha sintió agolparse la sangre al rostro. Con lágrimas en los ojos se abatió sobre su labor, lanzó una tímida mirada a las mujeres y viendo que todas la contemplaban y que no podía ocultar el rubor de su vergüenza, dejó caer torpemente su ovillo de lana y se

inclinó tanteando con los dedos en el frío suelo.

—Ensúciate en él. Déjale correr. Siempre que hay un cuello se encuentra un yugo — aconsejó una de las mujeres, con una compasión mal disimulada.

La animación ficticia de Natacha extinguióse como una chispa batida por el viento. La conversación rodó sobre los últimos chismes del pueblo. Natacha trabajaba en silencio. Se obligó, a pesar suyo, a permanecer hasta el fin y partió con una decisión que había madurado confusamente en su alma. La vergüenza de su situación indefinida —ella no creía que Grigori hubiera partido para siempre y le aguardaba, dispuesta a perdonarle— decidióla a escribir en secreto a su marido para preguntarle si había mudado de parecer.

Regresó tarde de casa de Pelageia. El padre Grichaka velaba en su cuarto, leyendo un evangelio encuadernado en piel, manchada con gotas de cera fundida. Miron Grigorievich reparaba un arnés, oyendo el relato que Mitkhei le hacía de una muerte ya antigua. La madre de Natacha dormía junto al horno. Las plantas negras de sus pies se enfrentaban con la puerta. Natacha se quitó la capa y dio una vuelta por la casa. Los granos de cáñamo, guardados para semilla, estaban amontonados tras una tabla en un rincón de la sala; oíanse los chillidos y el corretear de los ratones afanados en roerlos.

Detúvose un instante en la alcoba del abuelo y miró con expresión entontecida una pila de libros santos puestos sobre un mueble colocado bajo los iconos.

—Abuelo, ¿tienes papel? — ¿Qué papel?

La frente de Grichaka se arrugó por encima de sus lentes.

—Papel para escribir.

El abuelo hojeó el libro de los salmos y le tendió una hoja arrugada oliendo a miel e incienso.

— ¿Y lápiz?

—Pídeselo a tu padre; anda, hija mía, y no me molestes más.

Natacha obtuvo de su padre un trocito de lápiz, roído por la punta; sentóse a la mesa y se puso a pensar de nuevo en lo que durante tanto tiempo reflexionara maduramente y de lo cual le quedaba en el corazón un dolor sordo y profundo.

A la mañana siguiente envió su carta a Yagodnoyé, por conducto de Het-Baba, a quien prometió vodka. La carta decía:

Grigori Panteleich, dime de qué modo debo vivir y si mi vida está perdida para siempre o no. Te has ido de casa sin decir una palabra. Yo no te he ofendido en nada y espero que tú me desligues los brazos y me digas si te has ido definitivamente; pero tú has dejado la aldea y callas como un muerto.

He pensado que te has ido enfadado, sin reflexionar, y espero tu regreso, aunque no quiero separaros. Vale más que yo sola patee en tierra que no los dos. Ten piedad de mí

por última vez y escríbeme. Cuando conozca tu decisión sabré qué pensar, mientras que ahora me encuentro en *una encrucijada...*

No te enfades conmigo, Grichka, en nombre de Cristo.

NATACHA.

Het-Baba sentía avecinarse la crisis de borrachera y estaba sombrío y taciturno. Cogió un caballo, con pretexto de llevarle a la era, y partió al galope. Montaba torpemente, como los campesinos no cosacos; sus mangas estaban recogidas hasta los codos y las agitaba, cuando el caballo iba al trote, con gran regocijo de los pilluelos cosacos que jugaban en la callejuela y le acompañaron con sus gritos.

—*Khokhol! Khokhol...!*

—*Khokhol!* ¡Blanqueador...!

— ¡Te vas a caer!

— ¡Parece un perro sobre una cerca!

Volvió hacia el atardecer con la respuesta. Guiñó el ojo a Natacha y le entregó un trocito de papel azul de embalar.

—El camino está imposible, hija mía. He sido sacudido de tal modo que Het-Baba tiene el hígado al revés.

Natacha leyó la misiva y su semblante adquirió una palidez grisácea. Cuatro palabras se clavaron en su corazón, desgarrándole como los cuatro dientes cortantes de una rueda de engranaje:

Vive sola. MELEKHOV GRIGORI.

Natacha se apresuró a entrar en la casa, como si dudase de sus fuerzas, y se tendió en la cama. Lukinichna estaba ya encendiendo el fogón para preparar la cena, a fin de que le quedara tiempo de cocer los panes de pascua.

—Natacha, ven a ayudarme —dijo.

—Me duele la cabeza, mamá. Quisiera acostarme un rato...

Lukinichna asomó la cabeza por la puerta.

—Bebe un poco de jugo de pepino, ¿eh? Eso te pondrá bien.

Natacha se pasó la lengua seca sobre los labios fríos y calló.

Permaneció acostada hasta la noche, con la cabeza ceñida por un pañuelo. Un ligero temblor sacudía su cuerpo, encogido bajo la colcha. Miron Grigorievich y Mitka se

disponían ya para ir a la iglesia, cuando ella se levantó y entró en la cocina. El sudor perlaba sus sienes; bajo los cabellos negros, tirados hacia atrás, sus ojos estaban velados por una languidez enfermiza.

Miron Grigorievich, abotonándose el pantalón, miró de soslayo a su hija.

—Mal has elegido el momento para ponerte enferma, hijita. ¡Ea!, ven a la misa del gallo.

—Marchaos, ya os alcanzaré.

— ¿A la salida?

—Na.. Voy a vestirme... Cuando esté aviada, iré. Los dos hombres partieron. Lukinichna quedó con Natacha. Ésta iba y venía cansadamente, entre el cofre y la cama, examinando con una mirada vacua el montón de adornos desplegados, y pensaba dolorosamente en alguna cosa removiendo los labios. Lukinichna, creyendo que vacilaba ante la variedad de vestidos, propuso con la bondad de una madre:

—Ponte mi falda azul, hija mía. Te sentará bien ahora.

No hicieron ropa nueva a Natacha para las pascuas. Recordando que, siendo muchacha, gustaba de ponerse los días de fiesta esta falda azul, estrecha por abajo, la madre se la ofrecía de propio impulso.

— ¿Te la pondrás tú? Voy a sacarla.

—No, llevaré ésta.

Natacha tomó cuidadosamente su falda verde y recordó de pronto que era la que llevaba el día que Grigori vino a visitarlos y en la fresca sombra de la cochera la había turbado con el primer beso cogido al vuelo sobre sus labios. Sacudida por los sollozos, desplomóse sobre la tapa abierta del baúl.

— ¿Qué tienes, Natacha? —gritó la madre, levantando los brazos.

Natacha sofocó el grito que le subía a la garganta, dominóse y se puso a reír con una risa afectada.

—No sé lo que me pasa hoy.

— ¡Ay, Natacha!, estoy notando algunas cosas... — ¿Qué es lo que nota usted, mamá? —gritó Natacha con un rencor inesperado, arrugando la falda verde entre los dedos.

—Esto puede acabar mal, lo estoy viendo... Deberías casarte.

—Con una vez me basta... Ya he visto bastante. Natacha fue a vestirse a su alcoba y volvió a la cocina, adornada y graciosa como una muchacha, con el rostro mortalmente pálido, salvo un rodete de un rojo violáceo anormal.

—Ve sola, yo no estoy preparada todavía —dijo su madre.

Natacha guardó un pañuelo en la manga del vestido y salió a la gradería.

El viento traía del Don el ruido ligero de los témpanos entrechocándose y el olor dulce y vivificante de las nieves fundidas.

Sujetando con una mano los bajos de su falda, dando un rodeo en torno al agua nacarada, Natacha llegó a la iglesia. Por el camino hizo poderosos esfuerzos para calmarse, pensó vagamente en la fiesta, en multitud de cosas; pero su espíritu volvía obstinadamente al trocito de papel azul de embalar, oculto en su pecho; pensó en Grigori y en la mujer feliz que ahora se burlaría de ella y quizá la compadeciese condescendientemente.

Penetró en el cercado. Los mozos le abrieron paso. Dio media vuelta y oyó decir:

—Es Natacha Korchunovna. Se dice que su marido la ha abandonado porque tiene una hernia.

— ¡Eso son tonterías! Aconteció algo entre ella y su suegro, Pantelei, el cojo.

— ¡Calla! ¡Calla! ¿Entonces por eso se ha ido Grichka de casa?

— ¡A buen seguro! ¡No es más que por eso!

Natacha tropezando con los guijarros, llegó hasta el atrio. Los mozos lanzáronle una palabra vergonzosa, pesada como una piedra. Las muchachas echáronse a reír. Natacha reanduvo el camino y volvió corriendo a su casa; vacilaba como si estuviese ebria. Estaba desalentada y no se detuvo hasta llegar a su casa. Entró, embarazándose con sus faldas y mordiéndose los labios hinchados hasta hacerse sangre. En la penumbra del patio reinaba un olor de arneses y de paja vieja. A tientas, Natacha llegó a un rincón, buscando alguna cosa. Sentíase incapaz de pensar y de sentir, presa de la negra angustia que desgarraba su alma llena de vergüenza y desesperación. Cogió una hoz desmangada y levantó la hoja. Sus movimientos eran precisos, reposados y lentos. Echando la cabeza hacia atrás, cortóse la garganta con una fuerza de decisión que la llenaba de alegría. Un dolor atroz la hizo caer como si alguien le hubiese asestado un golpe; pero comprendía vagamente que aún no había acabado. Se apoyó primero sobre las manos, después, sobre las rodillas; con dedos convulsos (la sangre que la inundaba le producía espanto) abrió su blusa haciendo saltar los botones. Con una mano sacó el seno firme y pequeño, con la otra guió la punta de la hoz hacia el corazón. Arrastróse hasta la pared, apoyó en ella el espigón de hierro, y luego, levantando el brazo sobre su cabeza replegada, adelantóse con el pecho descubierto. Oyó el chasquido atroz de la carne desgarrada, parecido al penetrar de un clavo que se golpea. Una oleada creciente de dolor agudo la traspasó como una llama desde el pecho a la garganta y le penetró como tintineantes agujas en los oídos...

La puerta chirrió en sus goznes: Lukinichna descendía la escalinata tanteando los escalones con el pie. Un rítmico campaneo provenía de la iglesia. Con incesante estrépito, el hielo se rompía en el Don. Las aguas bulliciosas del río libertado arrastraban alegremente hacia el mar Azov sus prisiones de hielo.

XX

Stefan se acercó a Grigori, cogió el estribo y se apoyó en el flanco sudoroso del garañón:

— ¿Cómo te va, Grigori?

—Bien, a Dios gracias.

—Que piensas, ¿eh?

— ¿De qué?

— ¡Has seducido a la mujer de otro y te aprovechas de ello!

— ¡Deja el estribo!

—No tengas miedo... No te pegaré.

— ¡No tengo miedo, pero déjalo!

Grigori levantó la voz, sus pómulos enrojecieron.

—Hoy no reñiré contigo, no quiero hacerlo. Pero ten esto muy presente, Grichka: te mataré pronto o tarde.

—Veremos, dijo un ciego.

—Recuérdalo bien. Me has ofendido. ¡Has truncado mi vida!

Stefan tendió sus manos de palmas enrojecidas:

— ¡Trabajo la tierra y no me explico por qué lo hago! ¡A qué viene hacerlo! Poco necesito. Hubiera podido pasarme este invierno sin ello, pero el aburrimiento me mata... Me has ofendido mortalmente, Grigori.

—No te quejes, no te comprendo. El que está harto no comprende al hambriento.

—Es cierto —asintió Stefan.

Miró desde abajo el rostro de Grigori y su semblante se iluminó súbitamente de una

sonrisa simple e infantil. Finas arruguitas aparecieron en derredor de sus ojos.

—Sólo lamento una cosa... ¡Y la lamento de corazón! ¿Recuerdas nuestros pugilatos de carnaval, hace dos años?

— ¿Cuándo?

—Cuando fue muerto el hostelero. ¿Lo recuerdas? Los hombres casados se peleaban con los mozos. ¿Has olvidado cómo me fui tras de ti? Tú eras endeble como un arbolillo en comparación conmigo. Tuve piedad de ti. Si te hubiera golpeado durante la carrera, te habría partido en dos; estabas enteramente tenso. Si te hubiera dado un buen golpe en los flancos, no contarías a estas horas entre los vivos.

—No te preocupes, nos encontraremos nuevamente algún día.

El señor, reteniendo a *Krepich* por la brida, gritó a Grigori:

— ¡Vamos!

Sin soltar el estribo, Stefan avanzó al lado del garañón. Grigori espiaba todos sus movimientos. Desde su montura veía el bigote rubio y caído de Stefan; su barba, tiempo hacía descuidada. La correhuela charolada y cuarteada de la gorra oprimía el mentón de Stefan. Su cara, gris de mugre, surcada por el sudor, parecióle a Grigori confusa y extraña. La miraba como se mira desde la montaña la estepa lejana velada por la bruma. El vacío que reinaba en su corazón y la fatiga habían devastado la cara de Stefan. Grigori iba al paso.

— ¡Espera...! ¿Y qué haces con Axiuchka? Grigori azotaba con la fusta sobre su bota, donde se había pegado un salpicón de cieno.

—Nada.

Enfrenó el garañón y se volvió. Stefan estaba en pie, con las piernas separadas, mordisqueando una hierba seca; Grigori, inconscientemente, tuvo compasión de él. Pero los celos arrasaron la compasión. Volvióse sobre la silla chirriante y gritó:

— ¡No te apures, ella no se consume de amor por ti!

— ¿Es cierto?

Grigori azotó al garañón en las orejas y partió al galope, sin responder.

XXI

En el sexto mes, cuando ya no se podía disimular la preñez, Axinia le confesó todo a Grigori. La mataba el temor de que Grigori no quisiera creer que el niño era de él. El miedo y la angustia que de vez en vez se apoderaban de ella la hacían amarillear. Lo difería siempre.

Los primeros meses sentía náuseas cuando comía carne, pero Grigori no lo advirtió. Y, aunque lo advirtiera, no acertaba a dar con la razón y no le concedía importancia alguna.

La explicación tuvo lugar una tarde. Enloquecida, no pudiendo ya más, Axinia le dijo todo. Buscaba ávidamente las señales de trastorno en el semblante de Grigori. Pero éste, volviéndose hacia la ventana, se puso a toser nerviosamente.

— ¿Por qué has callado hasta ahora?

—Tenía miedo, Grichka... Temía que me abandonaras.

Tamborileando con los dedos en la madera de la cama, Grigori preguntó:

— ¿Será pronto?

— ¡Para las fiestas!

— ¿Es de Stefan?

— ¡Es tuyo!

— ¿De veras?

—Haz el cálculo tú mismo. Es desde...

—No mientas, Xiucha. Aunque fuera de Stefan no habría nada que hacer por ahora. Dime la verdad...

Por los ojos de Axinia corrieron amargas lágrimas. Sentada sobre el banco, murmuraba con voz entrecortada:

—He vivido muchos años con él y nunca me ha sucedido nada... ¡Luego ya ves...! Yo no estaba enferma... Está claro que eres tú quien me ha preñado... y no él.

Grigori no habló más. Una especie de hostilidad, unida a una ligera compasión burlona, se interpuso en sus relaciones con Axinia. Ésta se mostraba reservada y no buscaba las caricias. Durante el verano, afeóse; pero la preñez apenas deformaba su lindo talle; su robustez general disimulaba su abultado vientre, y sus ojos, más profundos, animaban su rostro con belleza nueva. Cumplía cómodamente sus deberes de segunda cocinera. Este año había menos obreros y, por consiguiente, menos trabajo en la cocina.

El abuelo Sachka se aficionó a Axinia con un afecto caprichoso de anciano. Era quizá porque ella le cuidaba como una hija: lavaba la poca ropa que poseía, remendaba sus camisas, le mimaba en la mesa, eligiendo para él los mejores bocados... En compensación, el padre Sachka, así que terminaba su obligación, le porteaba agua de la cocina, partía las patatas para los cerdos, ayudaba a la joven cuanto podía, agitando los brazos y mostrando sus encías desdentadas.

—Eres muy gentil conmigo, Axiuchka, y yo seré contigo del mismo modo. ¡Me partiría en cuatro por ti! Desesperaba privado de cuidados femeninos. Los piojos me devoraban. Dime, ¿necesitas alguna cosa?

Grigori, dispensado del período de servicio en el campamento gracias a la intervención de Evgueni Nicolaievich, trabajaba en las tierras. De tiempo en tiempo conducía a su viejo señor a la aldea o le acompañaba en la caza. La vida fácil y cómoda le apoltronaba. Engordaba, se hacía perezoso y aparentaba más edad de la que tenía en realidad. Sólo una cosa le inquietaba: el servicio militar inminente. No tenía caballo ni equipo y nada podía esperar de su padre. Economizaba de su salario y el de Axinia, se privaba hasta del tabaco, esperando poder comprar un caballo sin recurrir a Pantelei Prokofievich. Su señor había prometido ayudarle. Las suposiciones de Grigori a propósito de su padre, no tardaron en verse confirmadas. A finales de junio su hermano Pedro vino a verle. Le dijo qué el padre persistía en su enfado con él y que estaba decidido a no darle un caballo. "Que vaya a hacer su servicio como cosaco de infantería", decía.

— ¡Qué tonterías dice! Iré al servicio con mi caballo.

Grigori reforzó la palabra "mi".

— ¿Dónde lo encontrarás? ¿Lo ganarás acaso bailando? —preguntó Pedro, atusándose el bigote.

— ¡Sin bailar! Voy a pedirlo o a robarlo.

— ¡Eso no está mal!

—Voy a comprarlo con el dinero de mi salario —explicó Grigori.

Pedro permaneció algún tiempo sentado en la gradería, haciendo preguntas con motivo del caballo, la alimentación y el salario. Mordíase el bigote y aprobaba alguna respuesta con un gesto afirmativo. Habiéndose informado de todo, dijo a Grigori al dejarle:

—Más valdría que volvieras a casa, de nada ha de servirte esa caza de los rublos.

—Yo no la hago.

— ¿Estás decidido a vivir con ella? —preguntó Pedro cambiando de conversación.

— ¿Con quién?

—Con ésta.

—Por el momento lo estoy. ¿Por qué me lo preguntas?

—Simplemente por saberlo...

Grigori se levantó para acompañarle. En el último instante preguntó:

— ¿Cómo están en casa?

Pedro desató el caballo de la barandilla de la gradería.

— ¡Tú tienes tantas casas como una liebre castillos...! No hay nada de nuevo, todo sigue igual. A madre se le hace duro el tiempo sin ti. Se ha recolectado mucho heno este año. Han segado tres veces.

Grigori miraba con emoción la vieja yegua con la que Pedro había venido.

— ¿No ha parido?

—No, hermano, es estéril. La yegua baya que hemos cambiado con *Khristonia* lo ha hecho antes de tiempo.

— ¿Qué ha sido?

—Un potrillo, hermano. ¡Y qué garañón será! ¡No tiene precio! Las piernas largas, los jarretes perfectos, un pecho amplio. Será un buen caballo.

Grigori suspiró:

—Me aburro lejos de vosotros, Pedro... ¡El Don me hace falta! Aquí no se ve agua corriente, no hay el menor río. Es un triste lugar.

—Ven a vernos —gruñó Pedro, apoyando el pecho sobre el lomo del caballo y levantando la pierna izquierda.

—Iré uno de estos días.

—Pues, entonces, ¡hasta la vista!

— ¡Buen viaje!

Pedro había salido ya del patio cuando, recordando súbitamente, gritó a Grigori, que permanecía erguido en la gradería:

—Natacha..., lo había olvidado... ¡Qué desgracia...!

El viento, que rumoreaba en el patio, impidió a Grigori entender el final de la frase; una nube de polvo envolvió a Pedro y su cabalgadura. Grigori se encogió de hombros y sé dirigió a la cochera.

El verano fue seco. No llovió casi nada y el trigo no tardó en madurar. Apenas hubieron terminado la recolección del trigo candeal, fue menester ocuparse de la cebada amarillenta, que inclinaba sus espigas cabelludas. Grigori fue a segar con cuatro obreros contratados para la temporada.

Axinia había terminado temprano el trabajo en la cocina y le suplicó que la llevase.

—Mejor harás quedándote en casa. ¿Qué necesidad tienes de salir? —dijo Grigori tratando de disuadirla.

Axinia insistió y, echándose apresuradamente una pañoleta sobre los cabellos, corrió para alcanzar el coche de los obreros.

Lo que Axinia esperaba con alegre impaciencia, mezclada de angustia, lo que Grigori temiera vagamente, aconteció aquel día en los campos.

Axinia estaba rastrillando cuando sintió un súbito malestar. Tiró el rastrillo y se acostó junto a un montón de gavillas. Los primeros dolores del parto se hicieron sentir al punto. Axinia tendióse sobre la espalda, mordiendo su lengua ennegrecida. Los obreros pasaban cerca de ella con la segadora, dando gritos para animar a sus caballos. Un mozo de nariz corroída y semblante amarillento y arrugado, gritó a Axinia:

— ¡Eh, tú! ¿Qué te pasa? ¡Levántate; si no, te derretirás al sol!

Grigori, abandonando la segadora, acercóse a ella.

— ¿Qué te pasa?

Axinia, torciendo los labios, dijo penosamente y con voz ronca:

— ¡Te lo puedes figurar!

—• ¡Ya te advertí que no vinieras, condenada! ¿Qué vamos a hacer ahora?

— ¡No te enfades, Grichka...! ¡Ay...l ¡Ay...! ¡Grichka, engancha el caballo! Volvamos... ¿Cómo lo haré aquí? Hay cosacos...

Axinia, oprimida por el dolor como por un círculo de hierro, lanzó un gemido.

Grigori corrió a buscar el caballo, que estaba pastando en un socavón del terreno. Mientras enganchaba, Axinia dio, arrastrándose, la vuelta a los haces, púsose de rodillas con la cabeza hundida en una gavilla de cebada polvorienta, mordiendo de dolor las barbadas espigas. Fijó en Grigori, que se acercaba, la mirada perdida de sus ojos

hinchados y vacuos. Sintiéndose a punto de aullar, metióse el delantal en la boca a fin de que los obreros no oyesen su horrible grito animal.

Grigori la subió al coche y, fustigando al caballo, apresuróse hacia el castillo.

— ¡Ay! ¡No vayas tan de prisa...! ¡Ay, me muero! ¡Oh, esto da demasiados tumbos! — gritaba Axinia sacudiendo la cabeza en el fondo del coche.

Grigori, sin responder, seguía golpeando al caballo con todas sus fuerzas, arrollando las riendas a sus manos sin mirar tras de sí; un aullido ronco y contenido se dilataba, haciéndose más y más terrible.

Axinia, violentamente sacudida por el camino socavado, imtransitable, se oprimía las mejillas en las manos, fijando acá y acullá sus ojos enloquecidos, desorbitados.

El caballo iba al galope. La collera subía y bajaba ante los ojos de Grigori, ocultándole la nube blanca, como tallada en cristal, que brillaba en el cielo cegador.

Axinia interrumpió por un minuto sus gritos taladrantes. El coche rodaba con estrépito; la cabeza convulsa de Axinia aporreaba las tablas del fondo. Grigori no se dio cuenta, al pronto, del silencio» y cuando se volvió vio a Axinia con la cara desfigurada y gesticulante, abriendo la boca como un pez fuera del agua; el sudor relucía desde su frente a las órbitas hundidas de sus ojos. Grigori levantóle la cabeza y le puso su gorra bajo la nuca, a guisa de almohada.

Volviendo los ojos hacia él, Axinia dijo firmemente:

—Me muero, Grichka. ¡Eso es todo...!

Grigori se estremeció. Un frío súbito le penetró hasta la medula de los huesos. Completamente trastornado, buscaba palabras de reconfortación y de ternura, pero no las hallaba; sus labios crispados le hicieron decir:

— ¡Te engañas, tonta!

Sacudió la cabeza e inclinándose sobre ella apretó torpemente en su mano la pierna de Axinia. — ¡Axiuchka, palomita!

Los dolores del parto, que habían cesado por un momento, recomenzaron con doble fuerza. Sintiendo que algo se desgarraba en sus entrañas, tendióse como un arco y su grito pavoroso, inhumano, que se reforzaba siempre, traspasó a Grigori. Éste, perdiendo la cabeza, fustigó al caballo.

— ¡Ay, ay, ay! —gemía Axinia, sacudida de convulsiones.

A través del estruendo de las ruedas, Grigori oyó, a duras penas, una débil llamada.

— ¡Gri-i-chka!

Tiró de las riendas y se volvió.

Axinia bullía en su propia sangre, con los brazos separados; entre sus piernas, bajo la falda, un ser diminuto y vivo se agitaba exhalando vagidos, entre una masa rojiza y blanquecina... Grigori, enloquecido, saltó a tierra y, vacilando, como si estuviera trabado, se acercó a la mujer. Inclinándose sobre su rostro siguió el movimiento de sus labios y adivinó, más bien que oyó, las palabras que surgían de la boca febril:

—Corta el cordón con tus dientes... y átale con un hilo... de tu camisa...

Grigori se desgarró la camisa, arrancó algunos hilos con dedos convulsos y, cerrando los ojos, hasta hacerse daño, cortó de una dentellada el cordón umbilical; luego, ligó el sangriento pedazo con un hilo.

XXII

Yagodnoyé, la propiedad de Listnitski, se destacaba en un vallecillo ancho y seco. El viento cambiaba con frecuencia, y tan pronto soplaba del Mediodía como del Norte; parecido a una yema de huevo, el sol se balanceaba sobre la blancura azulada del cielo. Ya el otoño tiraba del estío promoviendo un rumor de caída de hojas. El invierno se acercaba con sus heladas y nieves. Pero Yagodnoyé continuaba pudriéndose en el mismo hastío mortal. Los días pasaban, franqueando los altos cercados que separaban la propiedad del resto del mundo, pareciéndose como gemelos.

Los ánades negros, cuchicheantes, de los ojos rodeados de círculos rojos, se paseaban por el mismo corral en el que las gallinas de Guinea parecían exhibir una lluvia de perlas. Los pavos reales, de plumaje multicolor, graznaban con su vez de felinos en celo sobre la techumbre de la cuadra. El viejo general amaba a las aves. Tenía también en la casa una grulla herida por un disparo de escopeta que, en el mes de noviembre, daba gritos desgarradores oyendo la llamada de sus compañeras libres que partían hacia el Sur. Pero no podía seguirlas, pues su ala herida colgaba impotente. El general, mirando por la ventana los esfuerzos desesperados del ave por emprender el vuelo, reía, abriendo la boca, bajo los espesos bigotes grises, y sus risotadas parecían volar y subir, junto al humo del tabaco, hacia la bóveda blanca de la sala.

Veniamin llevaba siempre erguida su cabeza, cubierta de un terciopelo oscuro, haciendo temblar sus carnes gelatinosas, y durante días enteros jugaba solo a las cartas, hasta llegar al embrutecimiento absoluto. Tikhon, temiendo por su dueña, seguía sintiéndose celoso de Sachka, de los obreros, de Grigori, del amo y hasta de la misma grulla, sobre la que Lukeria prodigaba parte de su ternura de viuda. El padrecito Sachka se embriagaba a veces e iba bajo las ventanas del general a mendigar alguna moneda de veinte *kopeks.* Sólo dos acontecimientos vinieron a romper la monotonía de esta vida soñolienta: el parto de Axinia y la desaparición de un ganso de raza. Mas pronto se acostumbraron a la niñita que acababa de nacer, y algún tiempo después, detrás de un bosquecillo, se encontraron las plumas del ave (que probablemente había sido arrebatada por un zorro), y ya no se habló más de estos acontecimientos.

Por la mañana, al despertarse, el propietario preguntaba a Veniamin:

— ¿Has soñado algo?

— ¡Oh! He tenido un sueño maravilloso.

—Cuenta —ordenaba secamente, liando un cigarrillo.

Y Veniamin contaba. Si el sueño carecía de interés o era terrorífico, el general se enfadaba:

— ¡Imbécil! ¡Animal! ¡Naturalmente! Los idiotas han de tener sueños idiotas.

Veniamin ingeniábase para inventar sueños alegres y divertidos, y esta necesidad de imaginarlos le aburría. Empezaba a soñar con algunos días de anticipación, sentado sobre el baúl, dejando caer las cartas abarquilladas y grasientas como sus propias mejillas. Sus ojos bobalicones se fijaban sobre un punto, en el vacío, y devanábase los sesos; pero no conseguía tener el menor sueño. Cuando se despertaba, se esforzaba en acordarse de lo que había soñado; pero a su alrededor todo estaba negro y brillante, como si le hubieran pasado un cepillo, y no podía recordar la menor imagen.

El cerebro de Veniamin se fatigaba, y el propietario enfadábase advertía la menor repetición.

— ¡Ya me contaste el jueves pasado el sueño de ese asqueroso caballo! ¿Qué te figuras? ¡Vete al demonio!

—Lo he tenido de nuevo, Micola Alexeievitch. Le juro, por Cristo, que lo he soñado por segunda vez —mentía Veniamin, sin pestañear.

En el mes de diciembre, fue un guarda de Vechenskaia para citar a Grigori a las oficinas de la aldea. Grigori acudió, recibiendo cien rublos para comprarse un caballo y la orden de presentarse en el cuartel de reclutamiento de Menkovo el segundo día de Navidad.

Grigori volvió abrumado de la aldea. La Navidad estaba próxima y no tenía nada preparado. Con el dinero del Gobierno y sus economías compró un caballo, en la aldea de Obrievskoi, que le costó ciento cuarenta rublos. Fue con el padre Sachka y encontró una caballería conveniente: un seis años, bayo, bien plantado. No tenía más que un pequeño defecto secreto, pero el padre Sachka dijo, acariciándose la barba:

—No le encontrarás más barato, y las autoridades no lo advertirán. No tienen olfato para tanto.

Grigori volvió en su nueva cabalgadura, probándola al paso y al trote.

Una semana antes de Navidad, Pantelei Prokofievich en persona llegó a Yagodnoyé. Sujetó su caballo, que arrastraba un trineo fuera del corral, y se dirigió cojeando hacia la vivienda de los criados, mientras se arrancaba los carámbanos de la barba negra. Grigori miró por la ventana y se turbó, reconociendo a su padre.

— ¡Buena la hemos hecho! ¡Mi padre!

Axinia, sin saber por qué, se precipitó hacia la cuna y empezó a envolver a la niña en los pañales.

Pantelei Prokofievich penetró en la habitación, arrastrando al entrar una ráfaga de aire frío. Se quitó el gorro de piel y se persignó ante el icono, dejando vagar una mirada lenta sobre las paredes.

— ¿Estáis bien?

—Buenos días, padre —respondió Grigori, levantándose. Dio un paso y después se paró en medio de la habitación.

Pantelei Prokofievich tendió a Grigori su mano helada. Se sentó al borde de una banqueta y se desabrochó la zamarra, sin mirar a Axinia, agazapada cerca de la cuna.

— ¿Te preparas para el servicio militar?

—Sí.

Pantelei Prokofievich se calló, escrutando largamente el rostro de Grigori.

—Desabrígate, papá. Has debido de pasar frío.

—No es nada. Se soporta bien. —Vamos a preparar el samovar.

—No; gracias.

Pantelei Prokofievich sacudió una mancha de cieno de su zamarra, y dijo:

—Te he traído el equipo: dos capotes, una silla de montar, los calzones...; cógelo. Todo está ahí fuera.

Grigori salió sin nada en la cabeza y cogió dos sacos del trineo.

— ¿Cuándo has de partir? —preguntó con Interés Pantelei Prokofievich, levantándose.

—El segundo día de Navidad. ¿Te vas ya?

—Tengo prisa en volver.

Se despidió de Grigori y fue hacia la puerta, siempre sin mirar a Axinia. Ya tenía la mano sobre el picaporte cuando lanzó una mirada furtiva a la cuna y dijo:

—La madre me encargó que te saludará. Sufre de las piernas.

Se calló y, después de un silencio, continuó penosamente, como si levantara un gran peso:

—Te acompañaré hasta Menkovo. Haz los preparativos.

Salió, metiendo las manos en los gruesos guantes.

Pálida de humillación, Axinia callaba. Grigori andaba a zancadas por la habitación, mirándola de cuando en cuando a hurtadillas y tratando de seguir, al andar, una raya del crujiente suelo.

El primer día de Navidad, Grigori condujo a Listnitski a Vechenskaia. El general asistió a la misa, desayunó en casa de su prima, que tenía allí una propiedad, y ordenó que se enganchara.

Grigori, que no había tenido tiempo de acabar su cazuela de sopa grasienta con carne de cerdo, se levantó para ir a la cuadra. Había venido en un ligero trineo de carreras, tirado por un trotador de Orlov.

Por la brida, Grigori lo sacó de la cuadra y lo enganchó rápidamente.

Afuera, la nieve, seca y punzante, voltejeaba, arrastrada por el viento. Una escarcha fría y cortante cubría los árboles. El aire movía las ramas y la escarcha caía, estrellándose contra el suelo, brillando en mil colores bajo los rayos del sol. Las cornejas, transidas, chillaban sobre el tejado, cerca de la chimenea, de la que salía, oblicuamente, un humo ligero. Asustadas por el ruido de los pasos, se elevaron, y tras volar unos instantes alrededor de la casa, se dirigieron hacia la iglesia, destacándose sobre el cielo violeta de la mañana.

— ¡Avise que el trineo está preparado! —gritó Grigori a la doncella.

El general salió tapado hasta los bigotes con el cuello del abrigo. Grigori le cubrió las piernas y le abrigó con una piel de lobo, que sujetó a los lados del trineo. — ¡Abrígale! —dijo el propietario señalando, con una mirada, al caballo.

Echándose hacia atrás sobre el asiento, sujetando con las dos manos las riendas tirantes, evitaba con inquietud la arrancada brusca, acordándose que cuando empezó a servir a su señor le había dado un fuerte puñetazo sobre la nuca por una sacudida muy fuerte. Bajaron hacia el puente y, una vez sobre el Don, Grigori aflojó las riendas para frotarse con los guantes las mejillas enrojecidas por el viento.

En dos horas llegaron a Yagodnoyé. El general hizo todo el camino en silencio. Algunas veces daba con un dedo sobre la espalda de Grigori, para pedirle que parara, y haba un cigarrillo resguardándose del viento. Sólo cuando descendían la ladera, que acababa en el castillo, preguntó:

— ¿Mañana te vas temprano?

Grigori se volvió ligeramente y apenas abrió sus labios entumecidos.

—Muy pronto.

Su lengua helada se movía con dificultad y no podía pronunciar la letra r.

— ¿Has recibido todo tu dinero?

—Todo.

—No te preocupes por tu mujer. Seguirá en casa. Cumple bien tu servicio. Tu abuelo era un cosaco gallardo, tú también... —la voz del propietario se hacía muy sorda; ocultaba la cara en el cuello del abrigo —. Tú has de ser digno de tu abuelo y de tu

padre. ¿No fue tu padre quien en la revista imperial del año 1883 obtuvo el primer premio en el concurso hípico?

—En efecto. Fue mi padre.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya ves! —terminó el propietario severamente, como si quisiera amenazarle con algo, y hundió completamente la cara en el cuello del abrigo.

Grigori llevó el caballo al padre Sachka, y fue a la vivienda de los criados.

— ¡Ha llegado tu padre! —le gritó Sachka, ocupado en poner una manta sobre el caballo.

Pantelei Prokofievich estaba sentado a la mesa y comía pata de buey en gelatina. "Ha bebido un poco", pensó Grigori, viendo la cara apacible de su padre.

— ¡Bien! ¿Has llegado ya, cosaco?

—Estoy helado —respondió Grigori frotándose las manos—. Quítame el *bachlyk* (capuchon), Axinia. Tengo las manos tiesas.

—Mucho frío has debido pasar; el viento te azotaría en la cara —murmuró el padre.

En esta ocasión estaba mucho más amable. Dirigiéndosé a Axinia dijo brevemente, en tono autoritario:

— ¡Córtame más pan, no seas avara!

Al levantarse de la mesa y dirigirse hacia la puerta para fumar, movió dos veces, como por azar, la cuna, y metiendo sus barbas bajo las cortinas de la misma, preguntó:

— ¿Es un cosaco?

—Una niña —respondió Axinia por Grigori; pero, viendo una mueca de desagrado en la cara del viejo, añadió rápidamente:

— ¡Es tan bonita! ¡El vivo retrato de Grichka!

Pantelei Prokofievich examinó con atención la negra cabecita que salía de un montón de puntillas y confirmó con orgullo:

— ¡Es de nuestra sangre! ¡Ejem! ¡Ejem!

— ¿Con qué caballo has venido? —preguntó Grigori.

—En el trineo de timón, con la yegua y el caballo de Pedro.

—Deberías haber venido con un solo caballo y ahora engancharíamos el mío.

—No merece la pena de cansarle. Es un buen caballo.

— ¿Le has visto?

—He dado una ojeada por la cuadra.

Hablaron de diferentes cosas que le interesaban. Axinia, triste y desolada, no se mezclaba en la conversación y permanecía sentado sobre el lecho. Sus senos, hinchados y duros como la piedra, atirantaban la blusa. Después del nacimiento de su hija había engordado y, más decidida y dichosa, tenía ahora un aspecto nuevo.

Se acostaron temprano. Apretándose contra Grigori, Axinia le empapó la camisa con sus lágrimas y con la leche que se escapaba de sus senos repletos.

— ¡Moriré de pena! ¿Qué haré yo sola?

—Eso no es nada —respondía Grigori en voz baja.

—Las noches son largas... La niña no duerme... Languideceré sin ti... ¡Piensa, Grichka, que son cuatro años!

—Dicen que en otro tiempo se servían veinticinco años.

— ¡Qué me importa otro tiempo!

—Bueno. ¡Basta!

— ¡Maldito sea tu servicio que nos separa!

—Vendré con permisos.

— ¡Con permisos! —le hizo eco Axinia, sollozando y sonándose en la camisa—. Antes de que tú vengas ha de pasar mucha agua por el Don.

— ¡No gimotees más! ...Eres como la lluvia en el otoño que no se acaba nunca.

— ¡Querría verte en mi pellejo!

Grigori se durmió antes del alba. Axinia dio el pecho a la niña y se acodó, mirando fijamente las confusas líneas de la cara de Grigori. Esto le recordaba una noche en su cuarto, que, aprovechando la ausencia de Stefan, trataba de persuadir a Grichka para que se fugara con ella al Kuban. La luna inundaba el corral de luz blanca; estaban acostados de la misma forma que ahora, y era el mismo Grigori, tan cambiado en la actualidad. Un largo camino trazado por el tiempo se abría tras ellos...

Grigori, en sueños, dio una vuelta, pronunció claramente: "En la ciudad de Olchanskoi..." y se calló.

Axinia trató de dormirse, pero los pensamientos dispersaron al sueño como el viento dispersa un montón de paja. Hasta que empezó a amanecer estuvo intentando penetrar el sentido de la frase incomprensible que Grigori había pronunciado en sueños...

Pantelei Prokofievich se despertó apenas aparecieron los primeros albores, tras las ventanas heladas. —Grigori, levántate. Ya llegó el día. Axinia se levantó, se puso el vestido y, durante largo rato, buscó las cerillas suspirando profundamente. Mientras desayunaban y empaquetaban los bultos, se hizo de día. Pantelei Prokofievich salió para preparar los caballos. Grigori se desprendió de los brazos de Axinia, que le cubría de frenéticos besos, y marchó a despedirse del padre Sachka y de los otros.

Axinia envolvió a la niña y salió para acompañar a su amante.

Grigori posó sus labios sobré la frente húmeda de su hijita y se acercó a su caballo.

—Métete en el trineo —gritó el padre, desatándolo.

—No. Quiero montar mi caballo.

Grigori, con premeditada lentitud, aseguró la cincha, saltó sobre la silla y desenganchó las bridas. Axinia, tocándole el pie, repetía:

—Espera, Grichka. Querría decirte algo...

Y, frenéticamente, temblaba, tratando en vano de recordar lo que quería decir.

—Hasta la vista. Cuida de la niña. Me voy, que el padre ya estará lejos.

— ¡Espera, querido mío...! Axinia sujetó con la mano izquierda el frío estribo y, teniendo a la niña con el brazo derecho, devoró a Grigori con una mirada ávida e insaciable, sin enjugar las lágrimas que brotaban de sus ojos fijos, intensamente abiertos.

Veniamin apareció sobre la escalinata.

—Grigori, el amo te llama.

Grigori profirió un juramento, levantó la fusta y partió al galope.

Axinia corrió tras el caballo, hundiéndose en la nieve. Grigori alcanzó a su padre en el alto. Dominándose, se volvió: Axinia estaba cerca de la puerta, apretando contra su cuerpo a la niña, que cubría con un delantero de su abrigo. Las puntas del pañuelo rojo flotaban al viento.

Grigori alcanzó de nuevo al trineo. Continuaron el camino al paso. Pantelei Prokofievich volvió la espalda a los caballos y preguntó:

—Entonces, ¿no piensas volver a vivir con tu esposa?

—Es una historia antigua. Ya hemos hablado de ello.

— ¿Es ésa tu intención?

—Ésa.

— ¿No has oído decir que intentó suicidarse? —Ya lo sabía.

— ¿Por quién?

—Cuando fui con el amo a la aldea me encontré con gente de nuestro lugar...

— ¡Por Dios...!

— ¿A qué hablar más? ¡El que se cae del burro está perdido!

—No me digas tonterías. Te hablo con el corazón en la mano —replicó Pantelei, enfadándose.

—Ahora tengo una hija. ¿Para qué hablar más? En la actualidad, Natacha y yo no podríamos entendernos.

—Fíjate. ¿Estás seguro de que no sostienes a la hija de otro?

Grigori palideció. Su padre tocaba una herida sin cicatrizar. Después del nacimiento de la niña, Grigori tenía el doloroso temor de haber sido engañado por Axinia. A menudo, durante el sueño de ella, se acercaba a la cuna, buscando en la cara borrosa y pálida de la niña un parecido con él; pero se alejaba con la misma incertidumbre que antes. Stefan también era castaño, casi negro. ¿Cómo saber la procedencia de la sangre que circulaba por el hilo transparente de las azules venas de la niñita? Unas veces le parecía que era su retrato, y otras, en cambio, le recordaba terriblemente a Stefan. No experimentaba por ella el menor sentimiento, si se exceptúa una vaga hostilidad por los momentos vividos, cuando Axinia se encontraba presa de los dolores del parto. Un día, sin embargo, mientras Axinia estaba en la cocina, cogió a la niña de la cuna y, al acercársela y notar su lengüecita húmeda, una emoción singular conmovió súbitamente su corazón. Se inclinó y, tomando el piececito de la niña, retuvo entre sus dientes un dedito rojo.

Las palabras del padre reavivaron la herida y Grigori, cruzando las manos por delante de la silla, respondió con voz sorda:

—Aunque no sea su padre, no la abandonaré.

Pantelei Prokofievich, sin volverse, fustigó a los caballos con el látigo.

—Natacha se destrozó aquel día. Ahora tiene torcida la cabeza, como si estuviera paralítica. Se cortó un tendón y ya no puede poner derecho el cuello.

Calló. Los patines del trineo crujían y los cascos del caballo de Grigori resonaban sobre la nieve.

— ¿Cómo está ahora? —preguntó Grigori, desembarazando la barbada de la crin del caballo, donde se había quedado enredada.

—Creo que está mejor. Pero ha permanecido en cama durante siete meses. Por

Pentecostés estaba moribunda. El *pope* Pankrati le administró los Santos Sacramentos, pero después mejoró, se levantó y empezó a andar. Se clavó la hoz bajo el corazón, pero le tembló la mano y se dio de refilón. ¡De otra forma, hubiera muerto!

— ¡Ea! Bajemos la pendiente —dijo Grigori, levantando su fusta.

E incorporándose sobre los estribos partió al trote, salpicando a su padre con la nieve levantada por los cascos del caballo.

—Tenemos a Natacha en casa —gritó Pantelei Prokofievich, alcanzándole—. No quiere vivir con su familia. La vi el otro día y le dije que se viniera a vivir con nosotros.

Grigori no respondió nada. Ya no hablaron durante la primera etapa, y Pantelei Prokofievich no insistió más. El primer día hicieron sesenta kilómetros y al siguiente llegaron a Mankovo.

— ¿En qué cuartel están los de Vechenskaia? —inquirió Pantelei Prokofievich al primer cosaco que encontraron.

—Tomad por la calle principal.

En la casa donde se pararon a pernoctar había ya cinco reclutas, que estaban acompañados de sus respectivos padres.

— ¿De dónde sois? —preguntó Pantelei Prokofievich, metiendo los caballos en la cochera.

—De Karguin, de Napolov, de Likovidov —respondieron varias voces en la oscuridad—. ¿Y vosotros?

—De Kukul —respondió Grigori, sonriendo.

Desensilló el caballo y le secó el lomo, empapado de sudor.

A la mañana siguiente, el *atamán* de la aldea de Vechenskaia, Dudakov, llevó a los reclutas a la comisión médica. Grigori encontró allí a sus camaradas de Tatarski. Mitka Korchunov, montado sobre un hermoso caballo bayo claro, con una silla nueva y elegante y unos arreos ricamente incrustados, pasó por delante de la casa donde estaba Grigori, y habiéndole visto, de pie junto a la puerta, galopó hacia el pozo, sin saludarle, sujetándose el gorro con la mano izquierda.

Se desnudaban por turno en una fría sala de la comunal. Los funcionarios de la administración militar y los comisarios circulaban por la estancia. El ayudante del *atamán* regional pasaba y volvía a pasar con sus botas charoladas. Su sortija, ornada con una piedra negra, y la córnea abombada y rosácea de sus hermosos ojos negros, contribuían a resaltar la blancura de su piel. Las citas, las conversaciones y las observaciones de los médicos llegaban a través de la puerta entreabierta. — ¡Sesenta y nueve!

—Paviel Ivanovitch, deme el lápiz clínico —sonaba una voz aguardentosa cerca de la

puerta. — ¿Anchura de pecho...?

—Sí, sí. Claramente hereditario.

— ¡Sífilis! Escriba...

— ¿Por qué te tapas con la mano? ¡Ni que fueses una chica! —Mirad cómo está hecho...

—La aldea es un foco de esta enfermedad. Habrá que tomar medidas. Ya he presentado un informe a Su Excelencia.

—Paviel Ivanovitch, mire este individuo. ¡Fíjese cómo está hecho!

— ¡Bah! Sí...

Grigori se desnudaba al lado de un fuerte mozo rubio, del pueblo de Tchukarenskoi. Un funcionario apareció en la puerta y llamó:

— ¡Panfilov, Sevastian; Melekhov, Grigori!

— ¡Pronto! —murmuro asustado un vecino de Grigori, ruborizándose y desabrochándose ya los calzones.

Al entrar, un escalofrío le recorrió la espalda. Su cuerpo moreno se oscureció aún más, hasta llegar al tono de los robles viejos. Se sentía molesto y miraba sus piernas cubiertas de espesos pelos negros. En un rincón, un muchacho desnudo, de cuerpo anguloso, estaba sobre un peso. Un individuo, que parecía un enfermero, puso las pesas y gritó:

— ¡Cuatro y diez! (Cuatro puds y diez funts). Baja.

El procedimiento humillante del reconocimiento turbaba a Grigori. Un doctor de cabellos grises le auscultó con la ayuda de un estetoscopio. Otro, más joven, le levantó los párpados y después le examinó la lengua; un tercero, con lentes de concha, daba vueltas a su alrededor, frotándose las manos.

— ¡Al peso!

Grigori subió sobre la fría plataforma.

—Cinco y seis y medio —dijo el enfermero.

— ¡Diablo, diablo! Sin embargo, no es muy alto —dijo el doctor viejo, haciéndole girar.

— ¡Es admirable! —dijo el más joven.

— ¿Cómo? —preguntó con sorpresa uno de los que estaban sentados ante la mesa.

—Cinco *puds.* Seis libras y media —respondió el doctor de más edad levantando las cejas.

— ¿Para la Guardia? —preguntó el comisario regional inclinando su cabeza negra y llena de cosmético hacia su vecino.

—Tiene una cabeza de bandido..., de salvaje.

—Oye. Vuélvete. ¿Qué es eso que tienes en el cuello? —le gritó un oficial con galones de coronel, tamborileando con sus dedos sobre la mesa.

El viejo doctor murmuraba algo incomprensible; Grigori, de espaldas a la mesa, respondió, conteniendo a duras penas sus escalofríos:

—Me acatarré esta primavera. Son forúnculos.

Los funcionarios sentados ante la mesa se pusieron de acuerdo y decidieron:

—Para el ejército.

—Duodécimo regimiento, Melekhov. ¿Te enteras? Se dejó marchar a Grigori. Cuando se dirigía hacía la puerta, oyó un confuso cuchicheo:

— ¡Es imposible! ¡Figúrese que el emperador advirtiese semejante boca! ¿Qué pasaría? Nada, que sus ojos...

—Es un mestizo. De Oriente, probablemente.

—Y además no tiene limpio el cuerpo. Esos forúnculos...

Los compañeros que esperaban su turno rodearon a Grigori.

— ¿Qué tal, Grichka? ¿Cómo ha sido?

— ¿Para dónde?

—Sin duda, al Atamanski.

— ¿Cuánto pesas?

Grigori, balaceándose sobre una pierna, se colocaba los calzones y respondió entre dientes:

— ¡Dejadme en paz! ¿Qué queréis? ¿Adónde voy? ¡Al regimiento duodécimo!

— ¡Korchunov, Dimitri; Kardin, Ivan! —llamó el empleado.

Grigori salió a la calle abotonándose la corta pelliza. Los cosacos pasaban a caballo por la plaza, llevando otros, sujetos por la brida.

Un viento tibio había producido el deshielo; la carretera, al descubierto por algunos sitios, despedía vaho. Las gallinas atravesaban la calle cloqueando; las ocas chapoteaban en una charca, y sus patas rojo anaranjadas, como las hojas del otoño,

encendidas por el frío, semejaban rosas en agua.

El reconocimiento de los caballos empezó al día siguiente. Los oficiales iban y venían por la plaza con sus capas flotando en el viento. El veterinario llegó con un ayudante y el revisor de caballos.

Los caballos, de diversos colores, estaban colocados cerca de la valla. Dudarev, el *atamán* de la aldea, corrió hacia la mesita instalada en el centro de la plaza, donde un funcionario inscribía el resultado del examen; el comisario militar pasó explicando algo, con irritación, a un joven oficial.

Grigori, que tenía el número 108, llevó su caballo a la balanza. Midieron los diferentes miembros del animal, se le pesó y, cuando el caballo descendía de la plataforma, el veterinario le cogió con energía por el belfo superior, le examinó los dientes, le palpó los músculos del pecho; sus dedos descendieron, a continuación, a lo largo de las patas, oprimiendo, estrujando las articulaciones de sus rodillas, golpeando sobre los tendones, apretándole los cascos... Auscultó y examinó largamente al caballo, que levantaba inquieto las orejas, y después se alejó. Los delanteros de su bata flotaban detrás de él y expandían olor a fenol.

El caballo fue rechazado. Las esperanzas del padre Sachka no se realizaron. El astuto veterinario tenía sobrado olfato para pasarle inadvertido el defecto del animal.

Grigori, contrariado por esta decisión, se puso de acuerdo con su padre y, media hora más tarde, trajo a la balanza el caballo de Pedro, que aceptaron casi sin examinar.

Grigori escogió, no lejos de allí, un sitio seco, donde extendió la manta del caballo y donde puso todo su equipo. Pantelei Prokofievich colocóse detrás de él. Tenía al caballo por la brida y cambiaba impresiones con otro padre que había venido a acompañar a su hijo.

Un general de elevada estatura y cabellos blancos, que llevaba una capa gris y un gorro plateado, pasó ante ellos, balanceando su mano, calzada de guante blanco.

—Ése es el *atamán* regional —murmuró Pantelei Prokofievich, empujando a Grigori por la espalda.

— ¡Debe ser un general!

—El general mayor, Mokeiev; es terriblemente severo.

Los oficiales, llegados de diversos regimientos y baterías, seguían en grupo al *atamán*. Un suboficial, ancho de espaldas y de caderas, con uniforme de artillero, decía en voz alta a su compañero, un hermoso oficial del regimiento Atamanski de la Guardia Imperial:

— ¡Qué demonio! Un pueblo estonio; ¡allá abajo, casi todos los habitantes son rubios; y, de pronto, un contraste como el de aquella muchacha. Y después, otros más. Hacemos infinidad de suposiciones y, en fin de cuentas, llegamos a la conclusión de que, hace una veintena de años, una compañía de vuestro regimiento vivió allí...

Grigori no pudo distinguir las últimas palabras, confusas por las risas de los oficiales que se alejaban.

Un secretario pasó corriendo y abotonando su uniforme con dedos temblorosos. El comisario, furibundo, le seguía, gritando:

— ¡Te he dicho por triplicado! ¡Pronto! ¡Te mandaré a presidio!

Grigori examinaba con curiosidad las caras desconocidas de los oficiales y de los funcionarios. Un ayudante fijó sobre él sus ojos abultados y se volvió ante la mirada atenta de Grigori; un viejo oficial, agitado, mordiéndose con sus dientes amarillos el labio inferior, corría tras él. Grigori vio una vena que latía encima de las cejas del oficial.

Delante de Grigori, sobre una manta nueva, veíase ordenado: una silla de montar con arzón de hierro, pintada de verde, con sus bolsas de cuero, delanteras y traseras; dos capotes, dos calzones, un uniforme, dos pares de botas, la ropa interior, libra y media de galletas, un bote de conservas, harina y otras provisiones en la cantidad prescrita para una persona.

En las abiertas bolsas de cuero se veían cuatro herraduras, hilo, agujas y una toalla.

Grigori lanzó una última ojeada sobre su equipo, se puso en cuclillas y acabó de limpiar las hebillas del correaje de las bolsas.

La comisión pasaba lentamente ante las filas de cosacos que habían colocado su equipo ante ellos. Los oficiales y el *atamán* examinaban con atención estos equipos, hurgaban en las bolsas y sopesaban los sacos de galletas.

—Muchachos, mirad ése, el alto —decía el joven cosaco al lado de Grigori, señalando con el dedo al comisario militar—. Escarba como un perro en el agujero de un hurón.

— ¡Mira, mira! ¡Ah, demonio! ¡Vuelve la bolsa!

—Probablemente ha visto algo que no está en regla.

—Está contando los clavos de las herraduras.

— ¡Vaya un perro!

Las conversaciones cesaron. La comisión se acercaba a Grigori. El *atamán* regional sujetaba un guante con la mano izquierda y balanceaba la derecha ante él; Grigori se puso en pie, cuadrándose; su padre, detrás de él, tosía. El viento traía sobre la plaza el olor de los orines de los caballos y de la nieve fundida. El sol, triste, como después de una noche de borrachera, miraba desde lo alto.

Los oficiales se pararon cerca del cosaco vecino de Grigori, y, uno después de otro, pasaron ante él.

— ¿Tu nombre?

—Melekhov, Grigori.

El comisario levantó el capote, examinó el forro y contó los botones; otro oficial palpó la tela de los calzones; un tercero se inclinó para husmear en las bolsas de cuero. El comisario tocó con precaución, con el pulgar y el meñique, el trapo donde estaban envueltos los clavos de las herraduras, y los contó.

— ¿Por qué no hay más que veintitrés clavos? ¿Cómo es eso? —preguntó severamente, tirando de una punta del trapo.

—No, Excelencia. Hay veinticuatro.

— ¿Es que soy ciego?

Grigori levantó rápidamente una esquina del pañuelo, que tapaba el clavo veinticuatro, y sus dedos rugosos tocaron bruscamente los blancos dedos del comisario. Éste, como si le hubieran pinchado, retiró bruscamente la mano, la frotó contra su capote con una mueca de disgusto, y se puso el guante.

Grigori observó todo esto y se levantó con una sonrisa maliciosa. Sus miradas se cruzaron y el comisario, enrojeciendo ligeramente, elevó la voz:

— ¿Por qué me miras? ¿Cómo te atreves a mirarme, cosaco? —repitió, enrojeciendo más—. ¿Por qué no están en orden las hebillas del saco? ¿Y estos correajes? ¿Eres un cosaco o un *mujik?* ¿Dónde está tu padre?

Pantelei Prokofievich, sujetando al caballo por la brida, dio un paso adelante.

— ¿No conoces el servicio? —gritó el comisario, precipitándose sobre él.

Estaba de mal humor porque, por la mañana, había perdido a las cartas.

El *atamán* regional acercóse, y el comisarlo se apaciguó.

El *atamán* empujó, con la punta de la bota, el cojín de la silla, se abrió camino y pasó a un nuevo recluta. El oficial del regimiento donde Grigori debía servir examinó atentamente todos los objetos, miró hasta el saquito que contenía los utensilios de costura y, por último, se alejó encendiendo un cigarrillo.

Al día siguiente, un tren, compuesto de vagones rojos cargados de cosacos, de caballos y de forraje, partía de la estación de Tcherkov, dirigiéndose hacia Lisgi-Voronej.

En uno de los vagones iba Grigori, apoyado contra el pesebre de madera. Ante la puerta entreabierta del vagón veía pasar una planicie desconocida, la tierra de los demás, y la ligera línea azul de un bosque cortaba el horizonte.

Los caballos comían heno y piafaban, sintiendo moverse el suelo bajo sus cascos.

En el vagón se respiraba el olor de la hierba de la estepa, del sudor de los caballos y de la humedad del deshielo. La lejana línea del bosque aparecía y desaparecía en el horizonte azul, soñadora e inaccesible como una pálida estrella vespertina.

TERCERA PARTE

I

En el mes de marzo de 1914, en un hermoso día de deshielo, Natacha llegó a casa de su suegro. Pantelei Prokofievich estaba arreglando, con las verdosas ramas de un sauce, el enrejado de la cerca, que había sido roto por un toro. Caían gotas del tejado y brillaban al sol pequeños témpanos plateados. Sobre la cornisa negreaban, como líneas de pez, las huellas que había dejado el agua goteante.

Como un ternero cariñoso, el sol, rojo y tibio, acariciaba la tierra deshelada que se henchía. La hierba temprana verdeaba en los promontorios cretosos que bajaban hasta el Don. Natacha, delgada, desconocida, con su deforme y colgante cuello, se acercó, por detrás, a su suegro.

— ¿Qué tal está, padre?

— ¡Nataliuchka! ¡Buenos días, querida mía! ¡Buenos días! ¿Cómo es que...?

Pantelei Prokofievich estaba emocionado. La rama que tenía en la mano cayó al suelo.
— ¿Por qué has estado tanto tiempo sin venir? ¡Vamos, vamos a casa! La madre se alegrará de verte.

—Padre, he venido...

Natacha hizo un gesto vago y se volvió.

—Si ustedes quieren, me quedaré en su casa.

— ¡Qué nos dices, hija mía querida! ¿Acaso eres una extraña para nosotros? Grigori nos ha escrito una carta. Tómala. Nos pide noticias tuyas, bija mía...

Entraron en la casa. Pantelei Prokofievich cojeaba con expresión alegre apresuradamente.

Ilinichna, vertiendo lágrimas, abrazó a Natacha, mientras se sonaba con el pañuelo.

—Debieras haber tenido un hijo. Eso le hubiera sujetado. Pero, siéntate. Voy a darte unas empanadillas.

— ¡Que Cristo os proteja, mamá! He venido para... Duniachka, con las mejillas arreboladas, se precipitó en la cocina y se arrojó a los pies de Natacha.

— ¿No te da vergüenza, olvidarnos así?

— ¡Te vuelves loca, animal! —gritó el padre con fingida cólera.

— ¡Qué alta te has hecho! —decía Natacha, separando los brazos de Duniachka y mirándola a los ojos.

Todos hablaban a la vez, ocupándose unos de otros.

Ilinichna, apoyando las mejillas en el borde de la mano, contemplaba dolorosamente el rostro desconocido de Natacha.

— ¿Has venido para siempre? —preguntó Duniachka, cogiéndole las manos.

— ¡Quién sabe...!

—Eso no se pregunta. Es la mujer de nuestro hijo. ¿Dónde iba a vivir mejor?

—Se queda en casa —decidió Ilinichna, poniendo delante de su nuera una cazuela llena de empanadillas.

Sólo después de grandes titubeos había decidido Natacha ir a vivir a casa de sus suegros. Su padre se opuso, gruñó, gritó hasta el escándalo, tratando de disuadirla. Pero después de su curación se sentía fría y extraña entre su familia. La tentativa de suicidio la había alejado de sus padres. Por otra parte, Pantelei Prokofievich la invitaba con insistencia desde la marcha de Grigori al servicio militar. Había decidido acogerla en la familia y reconciliarla con el marido.

Natacha quedó en casa de los Melekhov. Daria no manifestaba descontento; Pedro estaba afable y familiar, y las escasas miradas que de hito en hito le lanzaba Daria quedaban compensadas por la adhesión calurosa de Duniachka y por el afecto paternal de los viejos.

Al día siguiente de instalarse Natacha en casa de sus suegros, Pantelei Prokofievich dictó a Duniachka una carta para Grigori:

Querido hijo Grigori Panteleievitch. Te enviamos un saludo muy afectuoso con todo nuestro corazón de padres, y en unión de tu madre, Vasilisa Ilinichna, te mando nuestra bendición. Tu hermano, Pedro Panteleievitch, y *su esposa, Daria Matveevna, te saludan y desean mucha salud y una feliz existencia. Tu hermana, Evdokeia, y el resto de la casa también te saludan. Hemos recibido tu carta del cinco de febrero y te la agradecemos de todo corazón.*

Y si, como dices, el caballo se ha cortado, cuídale con grasa de cerdo y no le hierres los cascos traseros, si ves que resbala con frecuencia. Tu mujer, Natacha Mironovna, vive con nosotros y se encuentra en buena salud.

Tu madre te envía cerezas secas y un par de calcetines de lana, tocino y otros regalos. Todos nos encontramos bien; pero el niño de Daria murió, de cuyo fallecimiento te informamos. El otro día, entre Pedro y yo hemos recubierto la cochera, y él te encarga que cuides bien el caballo. Las vacas han parido; la vieja burra no tardará en hacerlo, pues sus mamas están hinchadas y ya se ve al pollino moverse en su vientre. La cubrió el semental de la cuadra de la aldea llamado Donetz, *y esperamos el parto para la quinta semana de cuaresma. Estamos contentos con tu servicio y de que tus jefes te aprecien. Procura cumplir como es debido y el zar sabrá agradecértelo. Mientras tanto, Natacha vivirá con nosotros. Piensa en esto.*

Todavía otra desgracia: la semana de carnaval, los lobos han degollado tres ovejas. Pórtate bien y que Dios te proteja. Te pido que no olvides a tu mujer. Es cariñosa y además tu legítima compañera. No te salgas del sendero y obedece a tu padre.

Tu padre, cabo primero.

PANTELEI MELEKHOV.

El regimiento de Grigori estaba de guarnición a cuatro kilómetros de la frontera austriaca, en el burgo de Radzivill. Raramente escribía Grigori a su casa. Contestó con reticencias a la carta que le anunciaban que Natacha vivía de nuevo en casa de sus padres, y encargó que la saludaran de su parte. Sus cartas eran evasivas y confusas. Pantelei Prokofievich se las hacía leer varias veces por Duniachka o por Pedro. Se esforzaba en adivinar, entre líneas, los verdaderos pensamientos de Grigori. Antes de las fiestas de Pascuas le planteó la cuestión claramente: Después del servicio, ¿iba a vivir con su mujer o con Axinia?

Grigori hizo esperar mucho tiempo la respuesta. Su carta no llegó hasta después de Pentecostés. Duniachka leía rápidamente, comiéndose la mitad de las palabras, y Pantelei estaba inquieto por apoderarse del sentido de la misiva a través de los innumerables saludos y encargos. Al final, Grigori hablaba de Natacha.

Me pide que le escriba si, después del servicio, pienso o no vivir con Natacha. Yo le diré, padre, que "una rebanada de pan no se puede volver a unir a la libreta". ¿Y cómo podría yo unirme a Natacha cuando, como usted sabe muy bien, tengo una hija? No puedo prometer nada y me desagrada hablar de esto. Recientemente, en la frontera, han cogido a un yupin *que pasaba contrabando. Le hemos visto y nos ha dicho que dentro de poco habrá guerra con los austriacos. Ha contado que su zar vino a inspeccionar las fronteras para ver por qué parte convendría empezar la ofensiva y de qué tierras habrían de apoderarse. Si viene la guerra, podrían matarme y, por eso, no vale la pena de tomar decisiones por adelantado.*

Natacha trabajaba en casa de su suegro y sólo vivía con la inconsciente esperanza del regreso del marido. Era lo único que la sostenía. No le escribía, pero nadie de la familia esperaba las cartas de Grigori con tanta angustia e impaciencia como ella.

En el pueblo, la vida seguía el curso habitual e inmutable. Los cosacos que habían terminado el servicio militar estaban de vuelta en sus casas. En los días laborables el trabajo cotidiano roía imperceptiblemente el tiempo. Todos los domingos, las familias enteras iban a la iglesia. Los cosacos iban de uniforme, con los abombados pantalones de gala. Las mujeres, con amplias faldas multicolores, arrastraban el polvo con sus bajos y lucían bordadas blusas apretadamente ajustadas a la cintura. La tela, descolorida bajo los sobacos, expandía un husmo de sudor femenino dulce y agrio como la mostaza.

En la plaza cuadrangular de la iglesia se levantaban los varales de las carretas desenganchadas; los caballos forrajeaban; y circulaba gente muy diversa; junto al parque de bomberos, los humildes colonos búlgaros vendían legumbres, expuestas sobre largos tableros. Los chicos se apretaban alrededor de los caballos, que miraban despreciativamente la plaza del mercado y los gorros con franjas rojas, de los cosacos, y los floridos pañuelos de las mujeres. Los caballos rumiaban, dejando caer la espuma de sus belfos levantados; descansaban de su largo y continuado trabajo, y sus ojos se cubrían con un destello verdoso. Por la tarde, las calles rebosaban de risas, de canciones y de danzas, acompañadas por el sonido de los acordeones. Era ya muy entrada la noche cuando se extinguían las últimas notas de las canciones.

Natacha no iba a las reuniones, pero le agradaba oír de labios de Duniachka lo que pasaba en ellas. Duniachka se había desarrollado poco a poco y se había convertido en una linda muchacha. Maduraba como una manzana temprana. Sus amigas mayores habíanla acogido este año en el círculo de jovencitas. Su adolescencia quedaba terminada. Duniachka era pequeña y morena como su padre. Pasados los quince años, su cuerpo aún era delgado y desgarbado. Había en ella una candida y conmovedora mezcla de infancia y de juventud en flor. Sus hombros se ensanchaban; sus senos, como puños, se endurecían y empezaban a abombar la blusa. Sus ojos alargados, un tanto oblicuos y almendrados, eran tímidos, pero sus pupilas negras brillaban maliciosamente sobre sus córneas de ágata.

Cuando volvía de sus juegos sólo a Natacha confiaba sus secretillos.

—Natacha, lucecita mía, quería contarte una cosa.

—Pues bien, cuenta.

—Michka Kochevoi estuvo ayer conmigo toda la tarde, bajo las encinas, cerca del depósito.

— ¿Por qué te ruborizas?

— ¡No me ruborizo!

— ¡Mírate en el espejo! Tienes las mejillas como fuego.

— ¡Eres tú la que me pones encarnada! Duniachka se frotó las mejillas con sus manos

morenas, sujetándose la frente, y rió con risa joven y sonora.

—Me dijo: "Eres como una flor azul..."

— ¿Qué más? Continúa.

Natacha se animaba tomando parte en la alegría de la muchacha, que le hacía olvidar que la felicidad se había terminado para ella.

—Después de haberme jurado que decía la verdad, yo le dije: "¡No me hagas cumplidos, Michka!"

La risa de Duniachka sonaba como campanillas. Las trenzas negras le colgaban sobre los hombros y la espalda como dos pequeños lagartos.

— ¿Y qué te dijo él?

—Me pidió que le diera el pañuelo como recuerdo.

— ¿Y tú se lo diste?

—No. "No te lo daré, le respondí. Ve a pedírselo a tu amante." Está con la nuera de Erofrei..., una *jalmerka*, como se llama a las mujeres de los cosacos que se hallan en el servicio, que se divierte...

—Desconfía de él.

—Eso hago.

Duniachka continuó, procurando hablar con tono serio:

—Entrábamos en la casa después de jugar. Éramos tres muchachas. De pronto, el padre Mikhei, ebrio, nos alcanza y nos grita: "¡Abrazadme, queridas mías, y os haré un regalito!" Se lanza sobre nosotras, pero Niurka le da un golpe en la frente con las tenazas. ¡A duras penas hemos podido escapar!

El estío se consumía en sequedad. El agua escaseaba en el Don. Frente al lugar, allí donde la corriente solía ser rápida, se había formado un vado por el que los bueyes podían pasar el río sin mojarse el lomo. Por las noches, un calor sofocante bajaba de las colinas. El viento traía un olor de tierra quemada. Más lejos, flameaban las altas hierbas de la estepa. Una ligera neblina, casi invisible, flotaba sobre el Don. Algunas noches las nubes se extendían al otro lado del río y los truenos estallaban y rodaban por encima de la estepa, pero la lluvia no regaba la tierra febril. Los relámpagos surcaban en zigzag los cielos. Un mochuelo chillaba, durante la noche, en lo alto del campanario. Sus gritos agudos y terroríficos caían sobre el pueblo. Después volaba al cementerio y ululaba sobre las tumbas cubiertas de hierba marchita. —Anuncia una desgracia —profetizaban los viejos oyendo al mochuelo gemir en el cementerio.

— ¡Habrá una guerra!

—Antes de la guerra de Turquía chillaba como ahora.

— ¡Quizá sea de nuevo el cólera!

—Nada bueno se puede esperar. Si el mochuelo vuela de la iglesia al cementerio, es signo de muerte.

— ¡Sálvanos, san Nicolás misericordioso! Martín Chumilin, el hermano de Alexei, el manco, aguardó durante dos noches al pájaro de mal agüero subido al muro del cementerio. Pero el mochuelo, invisible y misterioso, pasó sin ruido y fue a posarse sobre una cruz, al otro extremo del cementerio, desde donde lanzaba sus agonizantes llamadas al pueblo dormido. Martín blasfemó, disparó contra el colgante vientre de una nube y se volvió. Vivía muy cerca del cementerio. Su mujer, tímida y enferma, fecunda como una coneja, cada año daba un ser al mundo. Acogió con reproches a su marido:

— ¡Eres un imbécil, un verdadero imbécil! ¿En qué te molesta ese pájaro? ¿Y si Dios te castiga por eso? ¡Estoy en el último mes y podría adelantárseme por tu culpa, demonio!

— ¡Todo pasará! ¡Parirás bien! ¡Te encolerizas como el caballo del tonelero! ¡Ese maldito mochuelo me molesta! ¡Nos traerá la desgracia! Si viene la guerra me movilizarán. ¡Y fíjate en toda esta chiquillería que me has dado!

Martín, con un gesto, indicó el rincón donde, sobre una estera, dormían todos los niños, unos al lado de los otros.

Pantelei Melekhov charlaba con los viejos en la plaza de la iglesia y les contaba pausadamente:

—Nuestro Grigori escribe que el zar austriaco llegó a la frontera para dar orden de reunir todo su ejército en el mismo sitio y, en seguida, ir sobre Moscú y Petersburgo.

Los ancianos se acordaban de las antiguas guerras y hacían suposiciones.

—Se ve claro que, después de la cosecha, habrá guerra.

—La cosecha no tiene nada que ver.

— ¡Deben de ser intrigas de los estudiantes!

—Seremos los últimos en saberlo.

—Como cuando la guerra contra los japoneses. — ¿Has comprado un caballo para tu hijo? — ¿Para qué apresurarse...?

—Eso no son más que mentiras.

— ¿Y contra quién vamos a batirnos?

—Contra los turcos, para conquistar el mar.

—Nunca llegarán a repartir el mar.

— ¡Valiente reparto! No hay más que dividirlo en lotes como nosotros hacemos con la pradera, y repartirlo en seguida.

Las conversaciones acababan en algunas bromas, y los viejos se separaban.

La época del henaje se aproximaba rápidamente. Las plantas acababan de florecer sobre la ladera opuesta del Don, pero no tenían ni la belleza ni el perfume de las de la estepa. La tierra era la misma, pero las hierbas se nutrían de jugos diferentes. Detrás de la colina, en la estepa, la tierra negra es dura y resistente como un hueso, tanto que un tropel de caballos al pasar no dejaban la huella de un solo casco. La hierba se hace olorosa, fuerte y alta. Llega al vientre de los caballos. Por el contrario, en el otro lado del Don, la tierra es húmeda y fría, la hierba aparece mezquina, poco sabrosa, y hasta el ganado la desdeña.

Se afilaban las hoces, se arreglaban los rastrillos. Las mujeres preparaban el *kwas* para apaciguar la sed de los segadores. En esta época se produjo el acontecimiento que revolvió todo el pueblo de arriba abajo. Un día llegó el comisario de Policía acompañado del juez de instrucción y de un oficial de dientes negros con un uniforme desconocido. Hicieron venir al *atamán* y a algunos cosacos para que les ayudasen, y se dirigieron directamente hacia la casa de Lukeria la bizca.

El juez llevaba en la mano el gorro de tela blanca, ornado de una escarapela, y marchaba con los otros a lo largo de los vallados del lado izquierdo de la calle; el sol pasaba a través de los enrejados, produciendo manchas claras sobre la calzada. El juez preguntaba al *atamán,* que corría como un gallo delante de él.

— ¿Estará Stockman en su casa?

—Desde luego. Excelencia.

— ¿Qué hace aquí?

—Es un artesano... trabaja en lo que le sale.

— ¿No has reparado en nada sospechoso?

—En nada.

Mientras andaba, el comisario aplastó con el dedo un granito que le había salido entre las cejas; se ahogaba con el uniforme de paño. El oficialito se limpiaba los dientes con una brizna de paja y entornaba los ojos enrojecidos y abultados.

— ¿Quién le trata? —continuaba preguntando el juez de instrucción, apartando con la mano al *atamán,* que marchaba delante de él.

—Algunos que vienen a jugar a las cartas. — ¿Quiénes?

—Sobre todo los obreros del molino. — ¿Qué obreros?

—El mecánico, el pesador, el encargado de los cilindros, Davidka y también algunos cosacos.

El juez se paró para aguardar al oficial y se frotó la nariz con el gorro. Dijo algunas palabras al oficial mientras se torcía un botón del uniforme y llamó al *atamán* con un dedo.

El *atamán* se acercó corriendo sobre la punta de los pies y conteniendo la respiración. Las venas entrecruzadas de su cuello se hinchaban y latían.

—Coge dos guardias y ve a detener a toda esa gente, condúcelos a la casa comunal, que nosotros vamos ahora mismo. ¿Has comprendido?

El *atamán* se cuadró, resopló y adelantó por el camino.

Stockman, en mangas de camisa, con el cuello desabrochado, estaba sentado de espaldas a la puerta. Aserraba un tablero. Miró al juez y a todos los demás funcionarios, apoyó la mano sobre la sierra y se mordió el labio inferior.

— ¡Levántese! Queda detenido.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Ocupa usted dos habitaciones?

—Si.

—Vamos a hacer un registro.

El oficial, apartando la estera con su espuela, fue hacia un velador y, frunciendo las cejas, cogió un libro.

—Tenga la bondad de darme la llave de este baúl.

—Pero, ¿a qué debo el honor, señor juez?

—Ya tendremos más tarde tiempo de hablar.

—Comience, pues.

La mujer de Stockman apareció en el umbral de la alcoba, dejando la puerta abierta. El juez y el secretario entraron.

— ¿Qué es esto? —preguntó suavemente el oficial, que había cogido un libro encuadernado en amarillo.

—Es un libro —respondió Stockman encogiéndose de hombros.

—Guarda tus bromas para mejor ocasión. Te ordeno que respondas con seriedad a mis preguntas.

Stockman se apoyó en la pared, esbozando una amarga sonrisa.

El comisario miró el libro por encima del hombro del oficial y se dirigió a Stockman:

— ¿Estudias?

—Me interesa eso —respondió Stockman secamente, y dividió su barba negra en dos partes iguales con un peinecito.

— ¡Ah! ¡Oh!

El oficial hojeó el libro y lo dejó sobre la mesa. Después cogió otro, lo apartó, y habiendo leído el título de un tercero se volvió hacia Stockman:

— ¿Dónde escondes esta clase de literatura?

—Todo lo que tengo está aquí.

—Mientes —rugió el oficial con voz clara, agitando el libro que tenía en la mano.

—Exijo...

— ¡Buscad!

El comisario, sujetando el sable con una mano, se acercó al baúl. Un cosaco picado de viruelas, visiblemente intimidado por los acontecimientos, revolvía la ropa interior y los vestidos.

—Exijo que se me trate con consideración —dijo Stockman terminando la frase, y miró al oficial de arriba abajo.

— ¡Cálmese un poco, amigo mío! Registraron las habitaciones ocupadas por Stockman y su mujer y también inspeccionaron el taller.

El comisario, con gran celo, examinó por si mismo golpeando con los dedos las paredes.

Llevaron a Stockman a la casa comunal. Iba delante del grupo por el centro de la calle, con una mano hundida en los forros de un viejo abrigo y moviendo la otra mano como si quisiera librarla del lodo pegado a sus dedos.

Las autoridades iban a lo largo de las empalizadas, siguiendo el sendero salpicado de manchas de sol. El juez colocaba sobre estas manchas sus zapatos enverdecidos por la hierba. Ya DO llevaba en la mano el gorro, pues se lo había encasquetado hasta las pálidas orejas.

Stockman fue interrogado el último. En la antecámara, bajo la vigilancia de un cosaco, apretados los unos contra los otros, esperaban los que ya habían sido interrogados. Ivan

Alexeievich, al que no le habían dado tiempo de lavarse las manos, sucias de petróleo; Davidka, sonriendo maliciosamente; *Valet,* con el abrigo echado sobre los hombros, y Mikhail Kochevoi. El juez, mientras jugueteaba con el respaldo rosa del sillón, preguntó a Stockman, que permanecía de pie al otro lado de la mesa:

— ¿Por qué me ocultó que pertenecía al partido socialdemócrata cuando le interrogué con motivo del muerto del molino?

Stockman miró por encima del hombro del juez y no contestó.

—Puede dar por seguro que será castigado por su actividad.

—Le ruego que empiece el interrogatorio.

El tono de Stockman denotaba aburrimiento. Viendo libre un taburete, pidió permiso para sentarse. El juez no contestó; hojeaba sus papeles y lanzó una mirada sobre Stockman, que se sentaba tranquilamente en el taburete.

— ¿Cuándo llegó usted aquí?

—El año pasado.

— ¿Con alguna misión de su Partido?

—Sin ninguna misión.

— ¿Desde cuándo pertenece al Partido?

—Pero, ¿de qué se trata?

—Le pregunto: ¿desde cuándo es miembro del partido socialdemócrata obrero?

—Pienso que...

—No me interesa en absoluto lo que piense. Conteste. Negar sería inútil y perjudicial para usted.

El juez puso delante de Stockman una hoja de papel y la sujetó sobre la mesa con el índice.

—Vea el informe de Rostov confirmando que usted pertenece a dicho Partido.

Stockman lanzó una rápida mirada sobre el documento y respondió con voz firme, mientras se pasaba las manos por las rodillas:

—Desde 1907.

—Bien. ¿Niega haber sido enviado aquí por el Partido?

—Sí. Lo niego.

—En ese caso, ¿por qué ha venido a vivir aquí?

—Hacía falta un aserrador.

— ¿Por qué escogió este distrito?

—Por esa razón.

—Durante su estancia aquí, ¿tuvo relaciones con su organización?

—No.

— ¿Saben que vino usted a instalarse aquí?

—Probablemente.

El juez tajó su lápiz con un cortaplumas incrustado de nácar e hinchó los labios sin mirar a Stockman.

— ¿Tiene correspondencia con alguno de los suyos?

—No.

— ¿Y la carta que se ha encontrado en el registro?

—Es de un camarada, que no tiene nada que ver con ninguna organización revolucionaria.

— ¿Recibe instrucciones de Rostov?

—No.

— ¿Con qué objeto se reunían en su casa los obreros del molino?

Stockman levantó los hombros como si se asombrara de lo absurdo de la pregunta.

—Venían, simplemente, a pasar las largas veladas de invierno. Se jugaba a las cartas.

—Y se leían libros prohibidos —añadió el juez.

—No. Toda esa gente apenas sabe leer.

—Sin embargo, ni el mecánico ni los otros lo niegan.

—Eso no es verdad.

—Me parece que usted ignora lo más elemental... —Ante la sonrisa de Stockman, el juez perdió el hilo de la frase y terminó con rabia contenida—: ¡Carece usted de buen sentido! Se obstina en negar y eso sólo puede perjudicarle. Está perfectamente claro que

su Partido le ha enviado aquí para hacer una propaganda sediciosa entre los cosacos y sustraerlos a la influencia del Gobierno. ¡No comprendo su juego de ocultaciones! ¡No aminora lo más mínimo su culpabilidad!

—Hasta ahora todo son suposiciones. ¿Me permite fumar? Muchas gracias. No son más que suposiciones sin ningún fundamento.

—Perdone. ¿Ha leído este librito a los obreros que venían a verle?

El juez mostró un libro cuyo título tapaba con la mano. En la parte alta, a la izquierda, se veía el nombre del autor: "Plejanov."

—Leíamos poesías.

Stockman lanzó un suspiro y aspiró el humo, apretando con los dedos la boquilla de cuerno.

Al día siguiente, el cielo apareció encapotado. Una tartana, tirada por caballos de posta, dejó la aldea. En el interior, Stockman, soñoliento, ocultaba su barba en el cuello subido del viejo abrigo. A su lado iban cosacos armados de sables. Uno de ellos, de pelo rizado y la cara picada de viruelas, apretaba el codo de Stockman con su mano sucia y nudosa. Le miraba perezosamente con sus ojos incoloros y, con la mano derecha, sostenía la vaina del sable.

El coche bajaba rápidamente por la calle. Detrás del corral de los Melekhov, una mujercita, envuelta en un chal, esperaba junto a la empalizada. Su cara grisácea estaba oxidada por los lloros como una moneda, y las lágrimas velaban todavía los ojos en su cara amarilla y lastimosa.

El coche pasó y la mujer, apretando las manos contra el pecho, se lanzó detrás, corriendo y gritando:

— ¡Ossia! ¡Ossip Davidovitch! ¿Qué será de ti? El cosaco gritó:

— ¡Quieto! ¡Si no, te mato!

El cosaco, por primera vez en su vida sencilla, veía a un hombre que se había rebelado contra el zar.

II

A lo lejos, detrás de una neblina gris y viscosa, se perdía el ancho camino que va desde el pueblo de Mankovo-Kalitvenskaia hasta Radzivill. Grigori no recordaba casi nada del viaje. Únicamente algunos detalles sueltos habían quedado grabados en su memoria. Evocaba los edificios rojos de las estaciones de ferrocarril, el sonido rítmico de las ruedas bajo el piso de los furgones, el olor del heno y del estiércol de los caballos, las interminables filas de los rieles, que surgían por debajo de la locomotora, el humo que entraba a bocanadas por las puertas abiertas, la cara bigotuda de un gendarme, no recordaba si en Voronej o en Kiev...

Se apearon en una modesta estación, donde había una masa de oficiales y de gente afeitada, con chaquetas grises, que hablaban una lengua extraña e incomprensible. Largo rato emplearon en sacar los caballos de los furgones por medio de tablas inclinadas. Inmediatamente, el comandante ordenó ensillar los caballos. Después, los suboficiales encargados del alojamiento y las clases comenzaron la selección. En la primera compañía se colocó a los caballos bayos claros; en la segunda, a los grises; en la tercera, los bayos oscuros; en la cuarta (adonde fue destinado Grigori), los alazanes y los bayos simples; en la quinta, los rojos claros, y, en la sexta, los negros. Habiendo visto reunidos a los cosacos, los suboficiales los enviaron a sus compañías respectivas, que estaban acantonadas en los pueblecitos y en las propiedades particulares.

El bravo suboficial Karkhin, de ojos abombados, que llevaba los galones de reenganche voluntario, preguntó cuando pasaba delante de Grigorí:

— ¿De qué aldea? —De Vechenskaia (*la aldea de los perros).*

— ¡Ah! ¿Os han cortado el rabo?

Oyendo la risa burlona de los cosacos de otras aldeas, Grigorí enrojeció bajo la ofensa.

El camino se unía a la calzada. Los caballos del Don, que veían por primera vez una carretera reluciente, pusieron los cascos con precaución, moviendo las orejas y relinchando como si marcharan por el río helado. Poco a poco llegaron a acostumbrarse y galoparon haciendo resonar sus herraduras nuevas.

Algunos bosquecillos raquíticos se extendían por aquella tierra extraña de Polonia. El día se presentaba nublado y tibio. Una ligera polvareda flotaba en el aire. El sol, que parecía también diferente al del Don, se ocultaba algunas veces tras las cortinas de muselina de las nubes.

La propiedad de Radzivill estaba a cuatro kilómetros de la estación. A mitad del camino, el comandante y su ordenanza se adelantaron, al galope, a los cosacos. Al cabo de media hora llegaron a la propiedad.

— ¿Qué es este lugar? —preguntó al suboficial un cosaco joven de la aldea de Mitiakinskaia, señalando un grupo de árboles desnudos.

— ¡Un lugar! ¡Olvida los lugares, pollo de Mitiakinskaia! Esta región no es la del ejército del Don.

—Entonces, ¿qué es eso, tiíto?

— ¿Tío? Ignoraba que tuviese un sobrino. Es la propiedad de la princesa Urusov, hermano. La cuarta compañía se aloja aquí.

Grigorí acariciaba tristemente el cuello de su caballo y miraba la hermosa casa de dos pisos, el cercado de madera y las construcciones del corral, de aspecto insólito. Pasaban delante del jardín y los árboles, sin hojas, murmuraban al viento la misma canción que los de la lejana ribera del Don.

La vida insípida y monótona de la guarnición pesaba sobre Grigorí. Los cosacos jóvenes» sin nada que hacer, se aburrían al principio y sólo se distraían algo en las conversaciones íntimas que tenían en los momentos de libertad. La compañía se alojaba en las inmensas dependencias del castillo, cubiertas por tejas. Dormía sobre tablas colocadas en caballetes, cerca de las ventanas. La de Grigorí estaba junto a la ventana del rincón. Por las noches, un papel pegado a la rendija de la ventana sonaba como la flauta lejana de un pastor. Grigorí escuchaba el silbido de la flauta y los ronquidos de los compañeros. Sentía que una angustia templada y pesada como la piedra se adentraba en él. El agudo zumbido del papel, al vibrar, le atenazaba el corazón. Sentía un ansia loca de levantarse, ir a la cuadra, ensillar el caballo bayo y volver a su casa, dejando tras de sí, en la carretera, los copos blancos y espumantes de su cabalgadura. A las cinco de la mañana se levantaban para almohazar las caballerías y para limpiar las cuadras. Durante media hora, mientras los caballos comían la avena, cambiaban impresiones.

— ¡Se está mal aquí, compañeros!

— ¡No se puede resistir!

—Y ese cabo, ¡qué canalla!, nos obliga a lavar los cascos a los caballos.

—Y, mientras tanto, en nuestras casas, se comen empanadillas. Es carnaval.

— ¡Si al menos pudiésemos acariciar a una muchacha...!

—Hoy he soñado que hacía las faenas con mi padre. La pradera estaba llena de gente. Parecían tantas margaritas como las que crecen detrás de las hayas —decía el apacible Prokhor Zykov, con dulces ojos de buey—. Segábamos; la hierba caía a nuestro alrededor, y yo me encontraba a gusto.

—Mi mujer debe de preguntarse ahora: "¿Qué hará mi Mikoluchka?"

— ¡Oh! Sin duda alguna estará ahora acostumbrada a distraerse con el suegro.

— ¡No! Siempre mientes.

—Nunca en la vida una mujer que se queda sin marido resiste al deseo de probar en otra parte.

— ¡No digáis eso! La mujer no es una cántara de leche. Y, aunque beban en ella, siempre quedará algo para cuando regresemos.

Egorka Jarko, el chistoso del escuadrón, un muchacho alegre, algo insolente, amigo de contar cuentos picarescos, se mezcló en la conversación, guiñando un ojo y sonriendo.

—Ten por seguro que tu padre no dejará en paz a su nuera. Es un perro vigoroso. Yo conozco una historia, a propósito de esto —continuó Egorka, dirigiendo una mirada a su auditorio—. Una vez, un viejo como él comenzó a rondar a su nuera. No la dejaba en paz, pero el marido la celaba. ¿Qué hace el viejo, entonces? Una noche va al corral y abre las puertas del establo. Todo el ganado sale. Entonces, el viejo dice a su hijo: "¿Qué has hecho, imbécil? ¿Cómo has cerrado la puerta del establo? Todas las bestias están en el patio. Ve a recogerlas." Pensaba que, una vez fuera su hijo, podría divertirse con la nuera. Pero el hijo no se mueve. "Vete a recoger las bestias", dice a su mujer. La mujer sale, el marido permanece acostado con el oído atento. El padre baja de ¡a cama y, de rodillas, se acerca al lecho del hijo, que no era tan tonto; coge un batidor de leche y espera al viejo, que se aproxima y tiende la mano, pero el hijo le golpea en la cabeza con toda su fuerza. "¡Oh, oh!", grita. "¡Maldito ternero! ¿Cuándo perderás la costumbre de roer la colcha?" En efecto, en la casa había un ternero que se recogía en la casa y que tenía la costumbre de morder los vestidos. El hijo fingió creer que había golpeado al ternero. En seguida quedó tranquilo, mientras que el viejo se arrastraba hasta su cuarto para curarse los chichones como huevos de oca. Al cabo de algunos minutos, el viejo dijo: "¡Ivan! ¡Ivan!" "¿Qué, padre?" "¿A quién has pegado?" "Al ternero." Y el viejo terminó, con lágrimas en los ojos: "¡Si pegas de esa forma a las bestias, serás un amo malísimo, imbécil!"

— ¡Sabes contar mentiras!

— ¡Habría que ponerte el bozal!

— ¡Bonita reunión! ¿Qué nacéis aquí? ¡A vuestro sitio! —rugió, de pronto, el cabo.

Después del té matutino, empezaban los ejercicios. Los sargentos instruían a los cosacos jóvenes.

— ¡Tú, repliega el vientre! ¡Tripas de cerdo!

— ¡Media vuelta a la derecha! ¡Mar...!

— ¡Pelotón! ¡Alto!

— ¡De frente! ¡Marchen!

— ¡Eh! ¡Tú, en el lado izquierdo! ¿Qué haces? ¡Puerco!

Los oficiales estaban aparte, mirando de lejos la instrucción que los cosacos hacían en el patio. Fumaban, y raramente se mezclaban a las órdenes dadas por los sargentos.

Observando a los oficiales elegantes, con capotes de color gris pálido, con uniformes entallados, Grigori sentía que un muro invisible le separaba de ellos. Entre ellos, la vida era de otra forma, sin suciedad, sin piojos, sin miedo a los sargentos, que a menudo tenían la mano demasiado pesada.

Un incidente, al tercer día de su llegada al castillo, produjo una fuerte impresión en Grigori y en todos los cosacos jóvenes.

Estaban haciendo la instrucción a caballo. La cabalgadura de Prokhor Zykov, el de los dulces ojos de ternero, que soñaba a menudo con su aldea lejana, dio, al pasar, una coz a la yegua del suboficial El golpe no fue muy fuerte. Sólo produjo una rozadura en la piel de la pata del animal. Pero el suboficial golpeó a Prokhor en la cara con su fusta y gritó, empujándole con su caballo:

— ¡Fíjate, imbécil! ¿Adónde miras? ¡Yo te enseñaré a conducirte, hijo de perra! ¡Te haré estar en posición de "firmes" durante tres días!

El comandante del escuadrón, que estaba dando órdenes al jefe del pelotón y que había presenciado toda la escena, no hizo ningún caso y se volvió de espaldas, bromeando. Prokhor se limpió con la manga de la chaqueta la sangre que corría por la mejilla hinchada. Los labios le temblaban. Mientras alineaba su caballo, Grigori observó a los oficiales. Conversaban como si nada hubiera ocurrido.

Cinco días después, en el abrevadero, Grigori dejó caer el cubo en el pozo. El sargento se lanzó sobre él como un buitre y levantó la mano.

— ¡No me toque! —dijo sordamente Grigori, mirando al agua.

— ¿Cómo? ¡Sácalo inmediatamente o, si no, te rompo las muelas!

— ¡Voy a cogerlo; pero tú no me toques! Grigori hablaba lentamente, sin levantar la cabeza. Si hubiera habido cerca del pozo otros cosacos, el sargento seguramente habría pegado a Grigori, pero los hombres estaban junto a la empalizada y no podían oír la conversación. El sargento iba hacia Grigori rodando los ojos feroces, nublados por la cólera. Resoplaba furiosamente:

— ¿Cómo te atreves a hablar a tus jefes así?

— ¡Ten cuidado, Semen Yegorov!

— ¿Me amenazas? ¡Te voy a aplastar como a un piojo!

—Escucha. —Y Grigori levantó la cabeza—. Si me pegas, un día u otro te mataré. ¿Comprendes?

El sargento quedó con la boca abierta, estupefacto, sin saber qué responder. La cara súbitamente pálida de Grigori no presagiaba nada bueno, y el sargento, completamente desorientado, se alejó del pozo, resbalando sobre el cieno. Cuando estuvo a alguna distancia, se volvió, amenazando a Grigori con el puño, y le gritó:

—Informaré al comandante.

Sin embargo, no lo hizo, y durante dos semanas persiguió a Grigori, buscándole querella por la menor cosa y enviándole de guardia fuera de turno No obstante, evitaba mirarle a los ojos.

Los días transcurrían uniformes y monótonos, ahogando a aquellos jóvenes en el aburrimiento. Hasta la noche, hasta el toque de retreta, se hacían los ejercicios a pie y a caballo. Almohazaban a las bestias y luego les daban de comer. Se estudiaba el reglamento militar. Esto acontecía hasta las diez de la noche, que se tocaba la retreta y se les alineaba para la oración. El sargento, fijando en las líneas sus ojos redondos, como de estaño, entonaba engoladamente un *Pater noster.*

Al día siguiente, todo empezaba otra vez y las jornadas eran iguales entre sí.

En toda la propiedad sólo había una mujer, sin contar la anciana esposa del administrador. Era la doncella, la joven y linda polaca Frania. Todo el escuadrón, comprendidos los oficiales, la cortejaban. Con frecuencia iba de la casa a la cocina, en la que reinaba un viejo cocinero sin cejas.

Desde que aparecía en el patio el traje gris de Frania, los pelotones que estaban haciendo la instrucción lanzábanle miradas y sonrisas. Constantemente sentía sobre sí las miradas de los cosacos y de los oficiales. Parecía complacerse en el deseo que emanaban aquellos trescientos pares de ojos. Haciendo ondular sus provocativas caderas, corría de la casa a la cocina y de la cocina a la casa, sonriendo a los oficiales en particular y a cada pelotón en general. Todos aspiraban a sus favores, pero, según habladurías, sólo el comandante del escuadrón, un oficial de pelo rizado y velludo como un oso, había tenido éxito con la muchacha.

III

Un calor sofocante envuelve la estepa. Un polvillo amarillento se eleva del trigo maduro. Los metales de la segadora queman las manos. Es imposible levantar la cabeza. También el cielo, azul y amarillo, despide fuego. Más allá del campo de trigo, se ve el trébol en flor.

Todos los habitantes del pueblo se han trasladado a la estepa. Se está segando la cebada. Los caballos que arrastran las segadoras se ahogan de calor, y un polvo acre se les agarra a la garganta. Las escasas ráfagas de viento provenientes del Don levantan nubes de polvo que envuelven al sol en un velo de vapor.

Pedro, que conducía la segadora, había bebido desde la mañana más de la mitad de la cántara, pero un ~~min~~uto después de beber aquella agua templada y repugnante, la boca le quedaba seca de nuevo. La camisa se empapaba con el sudor que corría por el rostro, los oídos zumbaban y las palabras no podían salir de la apretada garganta. Daria, con la cabeza envuelta en una pañoleta, con la camisa desabrochada, amontonaba las gavillas. El sudor, grisáceo, corría entre sus senos curtidos. Natacha guiaba los caballos. Sus mejillas, quemadas por el sol, estaban rojas como la remolacha; lagrimeaban sus ojos. Pantelei Prokofievich sudaba a mares. La camisa, constantemente empapada, le escocía el cuerpo. La barba le goteaba sobre el pecho como alquitrán fundido.

—Parece que sales de un baño, Prokofievich —le dijo *Khristonia,* que pasaba en un carretón.

— ¡Estoy empapado! —gritó Pantelei Prokofievich, moviendo una mano.

Y se secó el vientre con el faldón de la camisa.

— ¡Pedro! —gritó Daria—. ¡Basta! ¡Párate!

—Espera un poco. Voy a terminar esta esquina. —Dejemos pasar el calor. No puedo más. Natacha paró los caballos. Respiraba penosamente, como si fuera ella la que tirara del trillo. Daria se aproximó, poniendo con cuidado sobre el suelo sus pies oprimidos por las botas.

— ¡Petiuchka, el lago no está lejos!

—No muy lejos. A unos tres kilómetros.

— ¡Si fuésemos a bañarnos...!

—Cansa mucho el andar.

— ¿Para qué andar? No hay más que desenganchar los caballos y montar en ellos.

Pedro miró tímidamente a su padre, que acababa de completar un haz, y después se decidió:

— ¡Desengancha, mujer!

Daria lo hizo y, de un salto, subió sobre la yegua. Natacha sonrió con sus labios resecos, condujo el caballo cerca del trigo y se subió sobre el asiento para alcanzar el lomo de la caballería.

—Apóyate en mi mano —dijo gentilmente Pedro, queriendo ayudarla.

Daria con el pañuelo caído sobre el cuello y las rodillas al aire, partió la primera. Montaba como un cosaco, oprimiendo fuertemente los flancos del animal. Pedro no pudo contenerse y le gritó:

— ¡Ten cuidado! ¡Te desollarás!

— ¡No te preocupes!

Pedro miró a la izquierda. A lo lejos, por la parte del pueblo, avanzaba rápidamente una polvareda sobre el camino gris.

—Es un jinete —dijo Pedro.

— ¡Mira qué aprisa va! ¡Qué polvareda ha levantado! —añadió Natacha con asombro.

— ¿Qué pasa, Dachka? —gritó Pedro a su mujer, que galopaba delante de ellos —. ¡Para, a ver qué es!

El jinete empezaba a dibujarse entre la nube de polvo. Al cabo de cinco minutos se le podía distinguir más claramente. Pedro le miraba, apoyando la mano sucia en el borde del sombrero de paja.

— ¡Pronto reventará el caballo si sigue al mismo galope que ahora!

Pedro frunció el ceño y separó la mano de su sombrero. Su rostro expresaba un asomo de confusión. Ahora se distinguía perfectamente al jinete. Llegaba al galope, sujetándose la gorra con la mano izquierda. En la derecha tremolaba una banderita roja, cubierta de polvo. Pasó tan cerca de Pedro que éste pudo oír el resoplar del caballo al respirar el aire sofocante. El jinete abrió una boca cuadrada, gris como la piedra, y gritó:

— ¡Alarma!

Un copo de espuma cayó sobre las huellas que el casco había dejado en el polvo. Pedro siguió al jinete con los ojos. En su memoria quedaron grabados para siempre el penoso

ronquido del caballo fatigado y la húmeda grupa, brillando en un relámpago implacable, como una lámina de acero.

No dándose cuenta todavía de la desgracia que se anunciaba, Pedro paseó su mirada por el reguero de temblorosa espuma que se extendía ante él sobre el duro suelo de la estepa. De todos los lados, desde todos los campos amarillos, los cosacos galopaban hacia el pueblo. A lo largo de la estepa, hasta en los más lejanos horizontes, los jinetes levantaban nubes de polvo, y una larga fila se aproximaba ya a las casas, arrastrando tras sí la enorme cola: una polvareda gris. Los cosacos movilizables desenganchaban sus caballos de las segadoras y se precipitaban al galope hacia sus residencias. Pedro vio cómo *Khristonia* desenganchaba el suyo y cómo marchaba al galope, separando sus largas piernas.

— ¿Qué pasa? —preguntó Natacha mirando a Pedro con espanto.

Y aquella mirada de liebre bajo la amenaza del cazador, sacó a Pedro de su embotamiento. Volvió al campamento, saltó al caballo, se aseguró los calzones, destrozados por el trabajo, saludó a su padre con un gesto y desapareció en medio de una nube de polvo, como aquellos que sembraban de puntitos movibles, como lentejas, la estepa reseca por el calor.

IV

La masa gris se hacía cada vez más densa en la plaza. Se alineaban los caballos Amontonábanse los equipos de los cosacos y los uniformes, con los números de los diversos regimientos. Los cosacos de la Guardia Imperial, tocados con las gorras azules, sobrepasaban más de una cabeza sobre los del ejército. Se paseaban orgullosos, como ocas de Holanda entre las otras aves de corral...

La taberna está cerrada. El comisario militar tiene el aire sombrío y receloso. Las mujeres, engalanadas como para una fiesta, se agrupaban junto a los cercados, a lo largo de las calles. Sólo una palabra predomina sobre la muchedumbre: "la movilización". Las caras están abotargadas y como ebrias. La inquietud se comunica a los caballos, que se empujan y relinchan. El polvo flota sobre la plaza. Botellas vacías y papeles de caramelos baratos aparecen tirados por el suelo.

Pedro conduce por la brida el caballo ensillado. Cerca de un vallado, un cosaco enorme y moreno se abrocha el inmenso calzón de paño azul. Sonríe, mostrando sus dientes blancos. Junto a él, una mujercita cosaca, su mujer o su querida, parece una codorniz.

— ¡Ya te arreglaré en las fiestas, a ti y a aquella desvergonzada! —le dice la mujer.

Las cáscaras de las semillas de girasol están enredadas a sus cabellos despeinados; tiene deshecho el nudo de su chal de dibujos. El cosaco la coge por la cintura, dobla las rodillas y sonríe; un ternero de un año podría pasar fácilmente entre sus piernas.

— ¡Machka, no me molestes!

— ¡Maldito perro! ¡Corretón!

— ¿Y qué más?

— ¡Impúdico! ¡Ni siquiera bajas la vista!

Al lado, un sargento de barba roja discute con un artillero.

— ¡No pasará nada! Estaremos allí un día y, en seguida, nos dejarán volver a casa.

— ¿Y si es la guerra?

— ¿Crees tú, amigo mío? De todos modos, ¿qué nación nos podría resistir?

Por todos lados, la conversación es animada. Los hombres cambian frases cortas y agudas:

— ¿Qué nos importa? ¡Que hagan la guerra entre ellos si quieren, pero nosotros tenemos que acabar de recoger la cosecha!

— ¡Qué desgracia! ¡Mira cuánta gente han hecho venir, y, sin embargo, un solo día más de trabajo, ahora, hubiera asegurado el pan para todo el año!

— ¡El ganado va a devastar el campo!

—En nuestra casa ya habían empezado a segar la cebada.

— ¿Entonces es verdad que han matado al zar austriaco?

— ¡No! ¡A él no, al príncipe heredero!

— ¿De qué regimiento eres tú, cosaco?

— ¡Eh! ¡Camarada! Pareces un ricachón.

— ¡Ah, ahí ¿Eres tú, Stechka? ¿De dónde sales?

—El *atamán* dijo que nos ha reclutado al azar.

— ¡Pues bien, cosacos: mientras tanto, hay que tener ánimos!

— ¡Si hubieran aguardado un año más, no sería de tercera categoría!

—Y tú, abuelo, ¿qué haces aquí? ¿No has cumplido de sobra, tu servicio?

—Cuando empiecen a asesinar a las gentes, llegará el turno a los viejos.

— ¡Han cerrado el despacho de vodka! ¡Perros!

— ¡Eres un verdadero tonto! Se puede comprar cuanto se quiera en casa de Marfutka.

La comisión empezó el reconocimiento. Tres cosacos llevaron a la casa comunal a otro borracho y ensangrentado. Volviéndose, desgarraba su camisa y chillaba, girando sus ojos de calmuco.

—Yo..., los *mujiks*... ¡Les machacaré las muelas hasta hacerles sangre! ¡Se acordarán del cosaco del Don!

Se apartaron para dejarle pasar con risas de aprobación y simpatía.

— ¡Mátalo!

— ¿Por qué le traen así?

—Ha pegado a un *mujik.*

—Tendría razón.

— ¡Habría que verlo!

—Yo, hermano, en 1905, tomé parte en una represión. ¡Nos divertimos de lo lindo!

—Si no hay guerra, nos enviarán a reprimir las revueltas.

—No. Ya hemos hecho bastante. Que recluten a los civiles para eso. ¡Es asunto de la Policía, y para nosotros supone una vergüenza!

Se empujan, se apresuran en la tienda de Mokhov. Ivan Tomilin, un poco borracho, insulta al propietario; Sergio Platonovich trata de calmarle levantando los brazos al cielo; su socio, Emelian Constantinovitch, recula hacia la puerta ceceando:

— ¿Por qué es esto? ¡Vaya un desorden! ¡Palabra de honor que mando al muchacho a llamar al *atamán!*

Tomilin, secándose las húmedas manos en el pantalón y abombando el pecho, se adelanta hacia Sergio Platonovitch, que ahora extingue su sonrisa.

— ¡Me has ahogado con tus letras y ahora tienes miedo, canalla! ¡Podría aplastarte la cara, si quisiera! Nos has arrebatado nuestros derechos de cosacos. ¡Ah, canalla!

Las palabras del *atamán* intentaban, bromeando, apaciguar a los cosacos que le rodeaban.

— ¿La guerra? No. No habrá guerra. Su Excelencia, el comisario militar, me ha dicho que esto es una maniobra. Podéis estar tranquilos.

— ¡Muy bien! Cuando vuelva, iré directamente al campo.

—Naturalmente. Todo el trabajo está suspendido.

—Dime si quieres: ¿en qué piensan los jefes? Yo tengo que segar más de diez hectáreas.

—Timochka, ve a decir en casa que probablemente volveremos mañana.

—Muchachos, leen una proclama. ¡Vayamos allá! La plaza estuvo llena de gente hasta la noche... Cuatro días después, los vagones rojos llevaban a los regimientos y a las baterías de cosacos en dirección de la frontera ruso-austriaca. La guerra... En los furgones, cerca de los pesebres, dominan el resoplido de los caballos y el olor apestoso del estiércol. En los vagones se charla y se canta:

El Don apacible y ortodoxo
se despierta, al fin, y se conmueve
y a la llamada del monarca
responde obediente.

En las estaciones, los curiosos miran con curiosidad y con respeto a los cosacos, cuyos rostros aún no han perdido el color curtido de la estepa.

— ¡La guerra...!

En las estaciones, las mujeres agitan los pañuelos, sonriendo y regalando cigarrillos y golosinas a los regimientos de cosacos. Poco más allá de Voronej, un viejo guardabarrera, borracho, viene a examinar el interior del vagón donde Pedro Melekhov se cuece en su propia salsa con otros treinta cosacos y pregunta sorbiendo con su naricilla:

—Entonces, ¿os vais?

—Ven con nosotros, padrecito —le responde uno, en nombre de todos.

V

A fines de junio, el regimiento partió para las maniobras. A las órdenes del Estado Mayor de la división, fueron por las carreteras hasta Rovno. Dos divisiones de infantería y parte de una división de caballería quedaron desplegadas por los alrededores. El cuarto escuadrón se detuvo en el pueblo de Vladislavska.

Dos semanas después, cuando el escuadrón, cansado por las pesadas maniobras, se instaló en Zobrone, el oficial Potkovnikov, comandante del escuadrón, llegó al galope desde el Estado mayor del regimiento, Grigori y otros soldados de su pelotón descansaban en las tiendas de campaña. Vieron al oficial galopando por la calle estrecha sobre un caballo cubierto de sudor. Los cosacos salieron a la carretera.

— ¿Se va a partir de nuevo? —dijo Prokhor Zykov aguzando el oído.

El oficial, que estaba recosiendo sus calzones, pinchó la aguja en el forro de su gorro.

—Seguramente es la orden de marcha.

— ¡No nos dejan ni respirar un poco!

—El suboficial ha dicho que había llegado el comandante de la brigada.

— ¡Ta-ta-ta, tri-tri-ta-ti-ta! El clarín anunció la llamada. Los cosacos se levantaron de un salto.

— ¿Dónde está mi petaca? —gritó Prokhor.

— ¡Ensillad!

— ¡Al diablo tu petaca! —gritó Grigori, corriendo.

El suboficial se precipitó en la carretera. Sosteniendo el sable, corrió hacia los caballos. Fueron ensillados en el tiempo prescrito. Grigori desmontó la tienda de campaña y el cabo le murmuró al oído:

—Es la guerra, muchacho.

—No lo creo.

—Te lo juro. El sargento acaba de decírmelo.

Se plegaron las tiendas. El escuadrón se formó en la calle. El comandante caracoleaba ante las filas en su cansada cabalgadura.

— ¡En columnas, por pelotones!

Los cascos de los caballos resonaron en el suelo. El escuadrón, al trote, desembocó en la carretera real. Los escuadrones primero y quinto llegaban al pueblo de Konsten y se dirigían hacia la estación del ferrocarril.

Al día siguiente, el regimiento se detuvo en la estación de Verbi, a treinta y cinco kilómetros de la frontera. La aurora despuntaba por detrás de los abedules. El día se anunciaba radiante. Una locomotora resoplaba sobre la vía. Los caballos, relinchando, salían de los vagones. Cerca del depósito de agua se oían las llamadas y las órdenes de mando.

Los cosacos del cuarto escuadrón atravesaron el paso a nivel llevando a los caballos por la brida. Las voces flotaban en la penumbra violeta, las caras parecían sombras azuladas y casi no se distinguían las siluetas de los caballos.

— ¿Qué escuadrón es éste?

—Y tú ¿de dónde sales?

— ¡Canalla! ¿Así se habla a un oficial?

— ¡Perdone, Excelencia! No le había reconocido.

—Bueno. Está bien.

— ¿Por qué te quedas plantado en medio de la vía? ¡Largo, que viene la locomotora!

—Suboficial, ¿dónde está el tercer pelotón?

— ¡Escuadrón: firmes!

En la columna decían en voz baja:

— ¡Ésa es buena! ¡Como si fuera fácil estar firmes cuando no se ha dormido en dos noches!

—Déjame que aspire un poco el humo de tu cigarrillo. No he fumado desde ayer.

—Este demonio de caballo ha roído la correa.

—El mío ha perdido una herradura.

Otro escuadrón vino a interponerse en el camino del cuarto. Sobre el cielo azul pálido las siluetas de los jinetes se destacaban claramente, como si estuvieran dibujadas con tinta china. Llegaban en filas de a cuatro. Las lanzas se balanceaban como tallos de

girasol, se oía el rechinar de las sillas.

— ¿Dónde vais, hermanos?

—A un bautizo, a casa de la madrina.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

— ¡Silencio! ¡Basta de conversación!

Prokhor Zykov, empinándose en el pomo de la silla, miraba la cara de Grigori y decía en voz baja:

—Melekhov, ¿no estás inquieto?

— ¿Por qué tener miedo?

— ¡Quizás hoy mismo entremos en combate!

—Bueno. ¿Y qué importa?

—Yo tengo miedo —confesó Prokhor.

Sus dedos retorcían la brida, húmeda por la escarcha.

—No he dormido en toda la noche y, sin embargo, no tengo sueño.

La cabeza de la columna emprendió la marcha; el movimiento llegó al tercer pelotón, los caballos partieron a paso rítmico, y las lanzas, sujetas a los estribos, oscilaron.

Grigori, soñoliento, dejaba sueltas las riendas. Le parecía que no le llevaba el caballo en la silla, sino que iba por el camino negro y tibio con paso alegre y ligero.

Si Prokhor le decía algo al oído, su voz se mezclaba a los crujidos de la silla y al ruido de los cascos, sin romper la calma de aquel ensueño de sus pensamientos.

Tomaron por un camino vecinal. El silencio dominante mecía la somnolencia de los cosacos. La avena, madura, humeaba bajo la escarcha. Los caballos, tirando de la brida, alargaban las cabezas hacia las espigas. Una luz dulce penetraba bajo los párpados de Grigori, hinchados por el insomnio. Levantaba la cabeza y oía siempre la misma voz de Prokhor, monótona como el chirrido de una carreta.

Un profundo tronar que, de pronto, rodó tras los lejanos campos, le despertó.

— ¡El cañón! —casi gritó Prokhor.

El miedo turbaba sus ojos de ternero. Grigori levantó la cabeza. El capote gris del cabo del pelotón se movía delante de él. A la izquierda extendíase un campo de trigo sin segar todavía. Una alondra giraba en el aire, a la altura de un poste telegráfico. El escuadrón se agitó. El tronar del cañón lo recorrió como una corriente eléctrica.

El capitán Palkovnikov, excitado también por el cañoneo, ordenó el trote. Pasada una encrucijada, donde había un albergue abandonado, empezaron a encontrarse los carricoches de los campesinos que huían. Un escuadrón de dragones, con vistosos uniformes, pasó al galope. Su capitán, de bigotes rubios, montado en un magnífico caballo rojo, miró irónicamente a los cosacos y espoleó al caballo. Una batería de obuses estaba atascada en el hoyo de un aguazal. Los conductores fustigaban a los caballos. Un robusto ordenanza, con la cara picada de viruelas, traía una brazada de tablas arrancadas de la tapia del albergue.

El escuadrón adelantó a un regimiento de infantería. Los soldados caminaban rápidamente con los capotes arrollados a la espaldas. El sol se reflejaba sobre sus lustradas cartucheras y brillaba en las puntas de las bayonetas. El sargento de la última compañía, un hombre desenvuelto, tiró a Grigori un terrón de barro.

— ¡Cógelo! ¡Tíraselo a los austriacos!

— ¡No hagas tonterías, majadero!

Grigori, con su fusta, partió el terrón al vuelo.

— ¡Cosacos! ¡Saludad a los austriacos de nuestra parte!

— ¡Ya les saludaréis también vosotros!

En la columna de vanguardia berreaban una canción grosera. Un soldado, torpe y pesado como una mujer, marchaba hacia atrás, al lado de la columna, golpeándose la caña de sus botas. Los oficiales reían. La sensación aguda del peligro inminente les acercaba a los soldados y les hacía más tolerantes.

Desde el albergue, hasta el pueblo de Gosovichuk, la infantería, los convoyes, las baterías, las ambulancias se arrastraban como orugas. Se sentía el mortal aliento de los combates próximos.

Cerca del pueblo de Berestechko, el comandante del regimiento, Kaledin, adelantó al escuadrón con el ayudante. Grigori siguió con la mirada la figura del coronel y oyó que el ayudante decía con inquietud:

—Este pueblecito no está indicado en nuestro mapa, Vasili Maximovitch. Podríamos encontrarnos en mala situación.

Grigori no oyó la respuesta del coronel. Un oficial de órdenes pasó al galope. Su caballo arrastraba un poco la pata izquierda trasera. Grigori apreció mentalmente las cualidades del animal.

Las casitas del pueblo aparecieron en la lejanía, al final de un campo en declive. El regimiento cambiaba a menudo de paso. Los caballos estaban empapados de sudor. Grigori palpó el cuello ennegrecido de su bayo y miró alrededor de él. Detrás del pueblo se veían las copas de los árboles de un bosque, hiriendo con sus puntas verdes el azul del cielo. El tronar del cañón se acrecentaba detrás del bosque, hería el tímpano de los

jinetes y hacía levantar las orejas a los caballos. Las descargas de fusilería sonaban en los intervalos de los cañonazos. La ligera humareda de los *shrapnells* se elevaba en el horizonte. La fusilería se desplazaba hacia la derecha del bosque, tan pronto debilitándose como haciéndose más fuerte.

Grigori sentía vivamente todos los ruidos y los nervios se le atirantaban. Prokhor Zykov se movía sobre la silla y hablaba sin cesar.

—Grigori, ¿verdad que las descargas suenan como cuando los chicos golpean con palos los cercados?

— ¡Cállate, charlatán!

El escuadrón entró en el pueblo. Los patios estaban llenos de soldados. Un continuo ir y venir agitaba las casas. Los habitantes se preparaban a huir. Todas las caras expresaban el desconcierto y el pánico. Grigori vio, al pasar cerca de un corral, que unos soldados habían encendido fuego dentro de la cuadra; pero el propietario, un enorme ruso blanco, de cabellos grises, abrumado por el peso de su desgracia, no se preocupaba de ello. Su familia metía dentro de un saco los almohadones de tela roja y toda clase de vestidos, mientras el arrendatario llevaba el cerco de una rueda que probablemente habría quedado abandonada durante muchos años. La tontería de las mujeres asombraba a Grigori: cargaban en los carritos los tiestos, los iconos, y dejaban en las casas los objetos necesarios y precisos. La borra de un edredón desgarrado giraba en la calle como copos de nieve. Al salir del pueblo se encontraron a un judío que llegaba corriendo. La estrecha hendedura de su boca parecía una llaga. Gritaba: — ¡Señor cosaco! ¡Señor cosaco! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Señor!

Un pequeño cosaco, de cabeza breve, iba al trote, blandiendo su fusta, sin prestar atención a los gritos. — ¡Alto! —le gritó el oficial del segundo escuadrón.

El cosaco se inclinó sobre la silla y se lanzó por un paso estrecho. — ¡Alto, imbécil! ¿De qué regimiento eres?

La cabeza redonda del cosaco se apretó casi contra el cuello del caballo. Como en las carreras, lanzó su caballo a rienda suelta y saltó por encima de una alta valla.

—Aquí está el noveno regimiento, Excelencia. Debe de pertenecer a él —dijo el sargento al capitán.

— ¡Ah! ¡Que se vaya al diablo!

El oficial hizo una mueca y preguntó al judío, que se había agarrado a su estribo:

— ¿Qué te ha robado?

— ¡Señor oficial..., el reloj, señor oficial!

El judío volvió hacia los oficiales que se acercaban una cara roja y alegre, pestañeando rápidamente.

El oficial le separó con el pie y espoleó al caballo.

—De todas formas, los alemanes te lo hubieran robado también —dijo sonriendo.

El judío, con la cara contraída, quedó indeciso, en medio de la calle.

—Siga su camino, señor judío —le gritó el comandante del escuadrón, levantando su fusta.

El escuadrón cuarto pasó ante él con el ruido de los cascos martilleando el suelo y los rechinamientos de las sillas. Los cosacos lanzaban sobre el judío miradas irónicas y platicaban entre sí:

—Nosotros no podemos pasarnos sin robar algo. —Todo se pega a la mano del cosaco.

—No hay más que tener cuidado.

— ¡Qué bien lo hizo aquel buen mozo!

—Saltó como un galgo por encima de la valla. El sargento Kargin dejó pasar el escuadrón y, acompañado de la risa general de los cosacos, bajó la lanza:

— ¡Quítate; si no, te atravieso!

El judío abrió la boca con terror y echó a correr. El sargento le alcanzó y le golpeó con la fusta. Grigori vio cómo se tambaleaba y cómo se volvía hacia el sargento, cubriéndose la cara con las manos. La sangre corría a través de sus dedos.

— ¿Por qué? —gritó en un quejido.

El sargento, sonriendo con sus ojos redondos como los botones de su uniforme, respondió alejándose:

— ¡Para que no te vayas de vacío, imbécil!

En una hondonada, cubierta de cañizos y de nenúfares, los soldados de ingenieros acababan de tender un puentecillo. Un automóvil, parado delante del puente, trepidaba. El chofer se había apeado y miraba el motor. Un general de cabellos blancos estaba sentado, apoyado en los cojines del coche. El coronel Kaledin, el comandante del duodécimo regimiento, con la mano en la visera de su gorro, y el comandante del batallón de ingenieros estaban de pie, a su lado. El general, colérico, gritaba al oficial de ingenieros:

— ¡Le ordené que ayer estuvieran terminados los trabajos! ¡Cállese! ¡Debió de pensar antes en traer el material necesario! ¡Cállese! —volvía a decir el general, aunque el oficial no abría la boca. Solamente le temblaban los labios—. Y ahora, ¿cómo paso yo al otro lado? Se lo pregunto, capitán: ¿Cómo puedo pasar al otro lado?

Un general joven, de bigote negro, sentado a la izquierda del otro, sonreía encendiendo un cigarrillo. El capitán de ingenieros se inclinó señalando algo al lado del puente. El

escuadrón pasó cerca de! automóvil y descendió la pendiente. Los caballos se hundieron hasta las rodillas en el fango negro. El serrín caía, desde el puente, sobre los cosacos, como plumas blancas.

A mediodía pasaron la frontera. Los caballos saltaban por encima de la barrera pintada a rayas y caída en tierra. El cañón gruñía a la derecha. Los tejados rojos de un fuerte aparecieron a lo lejos. El sol hería la tierra con sus rayos verticales. Una polvareda agria y espesa cubría los hombres y las bestias. El comandante del regimiento ordenó que se adelantara una patrulla de reconocimiento. El tercer pelotón del cuarto escuadrón avanzó al mando del oficial Lemenov. El regimiento, dividido en escuadrones, quedó atrás, envuelto en una nube de polvo. El destacamento, compuesto de una veintena de cosacos, pasó delante de un fuerte por la honda carretera llena de surcos profundos.

El oficial paró al destacamento tres kilómetros más lejos y se puso a consultar un mapa. Los cosacos se agruparon para fumar. Grigori echó pie a tierra para apretar la cincha de su silla, pero el oficial le chilló:

— ¿Estás loco? ¡A caballo inmediatamente!

El oficial encendió un cigarrillo y limpió escrupulosamente los cristales de sus gemelos. La llanura se extendía ante él, abrasada por el sol de mediodía. A la derecha se veía el ribete punteado del bosque en el cual la carretera se clavaba como un dardo. A dos kilómetros y medio se divisaba un pueblecito. Detrás del pueblo, las riberas escarpadas de un río y el frescor cristalino del agua. El oficial miró largo rato con los gemelos, examinando las calles desiertas y sin vida, pues todo estaba vacío como un cementerio. El hilo azul del agua atraía las miradas.

—Es de suponer que sea Korolevka —dijo el oficial señalando con los ojos el pueblecillo.

El sargento se acercó a él sin responder. La expresión de su cara decía claramente: "Usted debe saberlo. A nosotros sólo nos toca obedecer."

—Vamos allí —dijo el oficial con aire indeciso, guardando los gemelos en el estuche y haciendo un gesto como si le dolieran las muelas.

— ¿No caeremos sobre ellos, Excelencia?

—Seremos prudentes. ¡Ea! ¡En marcha! Prokhor seguía al lado de Grigori. Entraron con precaución en la calle desierta. Cada ventana podía escupir la muerte. Cada puerta abierta daba la sensación de una soledad atroz y hacía descender a lo largo de la espina dorsal un odioso escalofrío. Las empalizadas y las zanjas atraían las miradas como el imán. Entraban en el pueblo como una manada de venados, como los lobos que, en invierno, se acercan a las casas. Pero las calles estaban desiertas. El silencio zumbaba, embrutecedor. Por una ventana abierta salieron de pronto las claras campanadas de un reloj. Grigori vio cómo el oficial temblaba y apercibía el revólver con un gesto convulso a la primera campanada que rompió el silencio como un disparo de fusil.

No había un alma viviente en el pueblecito. La patrulla vadeó el riachuelo. El agua llegaba hasta el vientre de los caballos. Las caballerías entraban voluntariamente en el

agua y bebían mientras andaban. Grigori miraba ávidamente el agua removida, tan cercana y tan inasequible. Le atraía irresistiblemente. De haber podido, habría saltado del caballo lanzándose, sin desnudarse, en las claras ondas, que murmuraban dulcemente bajo sus pies, hasta sentir el frío helado penetrar en su cuerpo.

Desde lo alto de la colina, que se elevaba a la salida del pueblecillo, se podía ver la ciudad: grupos de casas, edificios de ladrillos, el verdor de los jardines, veletas de las iglesias católicas. En la cumbre, el oficial miró de nuevo con los gemelos.

— ¡Ahí están! —gritó moviendo los dedos de la mano izquierda.

El oficial y los cosacos subieron, uno después de otro, a la cima quemada por el sol, y se pararon para mirar. A lo lejos, hombres, que parecían minúsculos, hormigueaban por las calles. Los convoyes pasaban, iban y venían jinetes.

Entornando los ojos y protegiéndoles con la mano contra el sol, Grigori distinguió perfectamente el color gris de los uniformes extranjeros. Las líneas de trincheras oscuras, recientemente abiertas, rodeaban la ciudad y, cerca de ellas, se agitaba una masa compacta de soldados austriacos.

—Son muchos...—dijo Prokhor con asombro. Los otros cosacos callaban, oprimidos por el mismo sentimiento. Grigori oía los latidos precipitados de su corazón —parecía como si un ser pequeño, pero torpe, se esforzara en la parte izquierda del pecho por salirse de su sitio—y se dio cuenta de que el sentimiento que experimentaba viendo a aquellos extranjeros era muy diferente del sentido durante las maniobras frente al enemigo.

El oficial escribió con lápiz algunas notas en su cuaderno. El sargento ordenó a los cosacos dejar la cima y echar pie a tierra. Hizo una señal con el dedo a Grigori.

— ¡Melekhov! — ¡Presente!

Grigori trepó la pendiente, desentumeciéndose las piernas. El oficial le entregó una hoja de papel, en cuatro dobleces.

—Tú tienes mejor caballo que los otros. Vete al galope hasta el comandante del regimiento.

Grigori se guardó el papel en el bolsillo interior de la guerrera y volvió a su caballo, bajándose el barboquejo.

El oficial aguardó a que Grigori hubiera saltado sobre la silla y lanzó una ojeada sobre su reloj de pulsera.

El regimiento se acercaba ya al pueblo de Karolevka cuando Grigori llegó con el uniforme. El coronel Kaledin dio una orden a su ayudante, que galopó hacia el primer escuadrón.

El cuarto escuadrón atravesó el pueblo y, una vez traspuesto el lugar, se desplegó rápidamente, como en los ejercicios. El oficial Semenov y los cosacos del tercer pelotón, se les reunieron, bajando la pendiente al galope.

El escuadrón se desplegó en abanico. Los caballos, picados por el tábano, movían la cabeza. Las bridas crujían. Se oía el ruido sordo de los cascos del primer escuadrón, que pasaba delante de las últimas casas del pueblecillo.

El oficial Polkovnikov, montado sobre un hermoso caballo, avanzó caracoleando delante de la línea. Tiró de la brida y puso la mano en el puño del sable. Grigori, conteniendo la respiración, esperaba las voces de mando. Sobre el ala izquierda, el escuadrón primero se desplegaba también con sordo ruido.

El oficial desenvainó el sable. El relámpago azul pálido de la hoja brilló en el aire.

— ¡Escuadrón!

El sable se inclinó a derecha e izquierda y cayó hacia delante, deteniéndose justamente sobre las levantadas orejas del caballo, "¡Adelante!", tradujo Grigori.

— ¡Bajad las lanzas! ¡Desenvainad! ¡A la carga! ¡March...! —terminó el oficial, y espoleó su caballo.

La tierra, aplastada por miles de herraduras, exhaló un suspiro sordo. Grigori apenas tuvo tiempo de abatir su lanza —iba en primera fila—, cuando su caballo, arrastrado por el torrente de jinetes, se lanzó, llevándole como el viento. El oficial Polkovnikov galopaba delante, destacándose vagamente sobre el fondo gris del campo. Un cono negro de la infantería enemiga se acercaba con rapidez vertiginosa. El primer escuadrón dejó oír un grito vibrante, que fue contestado por el cuarto. Los caballos doblaban sus patas como resortes, extendíanse con el viento, rozando apenas el suelo, y parecía que lanzaban el espacio tras de ellos. A través del silbido estridente del viento, Grigori oía el tableteo de los disparos, aún lejanos. La primera bala silbó muy alta, y pronto su grito lastimero surcó la bruma vidriada del cielo. Grigori apretó contra el costado el asta templada de su lanza. La palma de su mano le sudaba tanto, que le parecía mojada de un líquido pegajoso. Como a través de unos gemelos de cristales empañados, entrevió la línea oscura de las trincheras y los soldados que corrían hacia la ciudad. Una ametralladora enviaba sin cesar, por encima de la cabeza de los cosacos, el abanico desparramado y estridente de las balas, que levantaban, ante ellos y bajo los cascos de los caballos, copos algodonosos de polvo. Los músculos que en el pecho de Grigori hacían circular con tal rapidez la sangre antes de la carga, ahora parecían pararse como embotados. Grigori no sentía más que un zumbido en los oídos y un dolor agudo en los dedos del pie izquierdo.

El teniente Liakhovski fue el primero en caer del caballo. Prokhor pasó por encima de él en pleno galope. Grigori volvió un instante la cabeza y en su memoria se grabó la imagen del caballo de Prokhor, que saltó por encima del teniente, enseñó los dientes y cayó al suelo, torciéndose el cuello. Prokhor salió despedido por la sacudida. Grigori nunca pudo olvidar las encías rojas del caballo y a Prokhor aplastado bajo los cascos del que montaba un cosaco que galopaba tras él. No oyó el grito; pero por la cara de Prokhor, por su boca torcida, por los ojos que se le salían de las órbitas, comprendió que había exhalado un grito terrible e inhumano. Otros cosacos caían. El viento velaba las lágrimas en los ojos de Grigori. Como a través de la niebla, veía la mancha gris de los austriacos que se escapaban de las trincheras. El escuadrón que, cuando se lanzó desde

el pueblo era una masa compacta, se extendía, rompiendo las filas. Las primeras líneas, en las que iba Grigori, llegaron al galope sobre las trincheras.

Un enorme austriaco de cejas rubias hincó rodilla en tierra y disparó, casi a boca de jarro, sobre Grigori. La bala pasó rozándole una mejilla. Grigori tiró de la brida con todas sus fuerzas y dirigió la lanza contra el austriaco. El golpe fue tan brusco que el arma le penetró hasta medio mango. Grigori no tuvo tiempo de arrancarla y la dejó caer bajo el peso del cuerpo inerte. Sintió, a través de la vara, las convulsiones del moribundo, y vio al austriaco, echado hacia atrás, clavar sus dedos retorcidos en el asta de la lanza. Grigori desembarazó su brazo y con mano entorpecida asió el puño del sable.

Los austriacos huían por las calles de la población. Los caballos de los cosacos se encabritaban sobre las masas grises de uniformes enemigos.

Después de dejar caer la lanza, Grigori, sin saber por qué, hizo girar a su caballo. Su mirada cayó sobre el sargento, que pasaba al galope, con los dientes apretados. Grigori golpeó a su caballo, de plano, con el sable. El bayo, enderezando la cabeza, le llevó a lo largo de una calle. Un austriaco, sin armas, apretando el kepis con las manos, corría delante de la verja de un jardín. Grigori vio su ancha nuca y su cuello empapado de sudor. El austriaco corría a lo largo de la verja, a la izquierda de Grigori. Era difícil golpear; pero colgándose sobre la silla, sujetando oblicuamente el sable, Grigori lo abatió sobre la frente del austriaco. Éste, sin dar un grito, se llevó las manos a la herida y, volviéndose bruscamente, se apoyó en la verja. Grigori no pudo detener su caballo y pasó al galope, pero un instante después volvió al trote. La cara del austriaco, cuadrada, alargada por el miedo, se tornó negra como el bronce. Un brazo le colgaba a lo largo de la costura del pantalón y los labios grises le temblaban. El sable había arrancado una parte de la frente, que le colgaba sobre la mejilla en un jirón rojo. La sangre chorreaba.

Grigori se encontró con la mirada de aquel hombre. Dos ojos vidriosos, inundados por un terror mortal, se clavaron en él. El austriaco doblaba lentamente las rodillas. El estertor gorjeaba en su garganta. Cerrando los ojos, Grigori, de un sablazo, le partió en dos la cabeza. Cayó abriendo los brazos, como si hubiera resbalado, y su cabeza sonó sordamente sobre el pavimento. El caballo dio un salto y, encabritándose, llevó a Grigori al centro de la calle.

Los disparos sonaban a su alrededor, espaciándose cada vez más. Un caballo, empapado de espuma, llevando a un cosaco muerto, pasó al galope al lado de Grigori. La pierna del cosaco se había enganchado en el estribo y el caballo arrastraba el cadáver sobre la calzada de adoquines. Grigori vio la franja roja de su pantalón y cómo su chaqueta desgarrada se había vuelto hasta los hombros.

Grigori tenía la cabeza pesada, como si le hubieran vertido plomo en la nuca. Bajó del caballo y movió la cabeza. Los cosacos del escuadrón pasaron al galope. Otros llegaron, llevando a un herido tumbado en un capote. Un grupo de prisioneros austriacos pasaron, vigilados por una escolta. Corrían como un rebaño gris, y sus herradas botas martilleaban tristemente sobre el pavimento. Sus rostros se fundieron en los ojos de Grigori en una mancha gelatinosa color de arcilla. Soltó la brida y, sin saber por qué, se acercó al soldado austriaco que había matado. El cadáver había resbalado cerca de la verja y la palma oscura y callosa de su mano estaba extendida como para demandar una

limosna. Grigori le miró la cara. Le pareció pequeña, casi infantil, a pesar del bigote caído y de la boca torcida y severa, que expresaba el sufrimiento acaso por el dolor o por su vida pasada sin alegría.

— ¡Eh! ¡Tú! —gritó un oficial desconocido que pasaba por el centro de la calle.

Grigori miró su escarapela blanca cubierta de polvo y fue tropezando hacia su caballo. Andaba torpemente, sin poder apenas levantar las piernas, como si llevara un peso aplastante. El remordimiento y la Ansiedad le oprimían el alma. Cogió el estribo y, durante algún tiempo, no pudo levantar la pierna entumecida.

VI

Los cosacos de segunda categoría de Tatarski y pueblos vecinos pasaron la segunda noche, después de su partida, en el caserío Ela.

Los cosacos de la parte baja del pueblo no congeniaban con los de la parte alta. Por eso, Pedro Melekhov, Anikuchka, *Khristonia,* Stefan Astakhov, Ivan Tomilin y otros, pernoctaron en el mismo recinto. El propietario, un viejecito enfermizo, veterano de la campaña de Turquía, entabló conversación con ellos. Los cosacos ya estaban acostados en el suelo, sobre las mantas, y fumaban antes de dormirse.

— ¡Vais a la guerra, cosacos!

— ¡A la guerra, abuelo!

—Creo que esta guerra no se parecerá a la de Turquía. Las armas de ahora son muy diferentes a las de entonces.

—No habrá diferencia. Todo es igual. Se exterminó a la gente durante la campaña de Turquía y así la exterminarán ahora —gruñó Tomilin, súbitamente irritado.

—Te enfadas sin razón, amigo mío. Esta guerra será distinta.

—Seguramente —confirmó *Khristonia* con un bostezo, extinguiendo el cigarrillo con la uña.

—Sí, haremos la guerra —dijo Pedro Melekhov, también bostezando; hizo el signo de la cruz sobre la boca y se cubrió con el capote.

—Tengo una súplica que dirigiros, hijos míos, y quiero que recordéis mis palabras... —empezó el viejo.

Pedro levantó la cabeza y escuchó.

—Acordaos bien. Si se quiere salir con vida, si se quiere quedar indemne en un combate mortal, hay que observar las leyes de la justicia humana.

— ¿Qué leyes? —preguntó Stefan Astakhov.

El viejo sonrió incrédulamente. Tenía esta sonrisa siempre que hablaba de la guerra. La guerra le atraía. La agitación general, el dolor de los otros, hacía menos sensible su

propio sufrimiento.

—Estas leyes: en la guerra no tomes los bienes de otros, primera. Que Dios te libre también de tocar a las mujeres, segunda, y, por último, debes saber también las oraciones que preservan del peligro.

Los cosacos se removieron en el suelo, hablando todos a la vez.

— ¿Los bienes de otro? Ya nos contentaremos si conservamos los nuestros.

— ¿No tocar a las mujeres? Bien que no se las tome por la fuerza, pero con buenas palabras...

—Además, ¡no siempre puede uno contenerse!

— ¡Claro que no!

— ¿Y cuál es esa oración?

El viejo les miró severamente y respondió:

—En ningún caso se debe tocar a las mujeres. ¡Nunca! Si no te contienes, perderás la cabeza y serás herido. Entonces te arrepentirás, pero será demasiado tarde. La oración os la diré yo. He hecho toda la guerra de Turquía. La muerte estaba colgada de mis hombros como una mochila. Pero, gracias a esta oración, salí con vida.

Fue a su cuarto, revolvió entre los iconos y volvió con una hoja de papel sucio y amarillento.

— ¡Aquí está! ¡Levantaos y copiadla! Mañana, seguramente, partiréis antes de que cante el gallo.

Extendió la hoja sobre la mesa y se apartó, haciendo sitio a los cosacos. Anikuchka se levantó el primero. Sobre su cara barbilampiña y femenina oscilaban las sombras proyectadas por la llama de la vela, agitada por la corriente. Todos, a excepción de Stefan, se sentaron y copiaron la oración. Anikuchka, que fue el primero en terminar, dobló el papel y lo ató al cordón con que sostenía, colgada a su cuello, una crucecita. Stefan se burló.

—Preparas un refugio para los piojos. Por si no están bien en tu camisa, les haces una casa de papel.

—Si no tienes fe, muchacho, cállate —le interrumpió el viejo severamente —. No impidas que los otros crean, y no te burles de la religión. Es vergonzoso y además es pecado.

Stefan se calló, sonriendo. Anikuchka, para suavizar la tirantez, preguntó al viejo:

—La oración habla del hacha y de las flechas. Y eso ¿por qué?

—Esta oración para las invasiones se ha compuesto en otros tiempos. Mi abuelo la recibió del suyo, y quizá sea más antigua. Antiguamente hacían la guerra con hachas y con flechas.

Copiaron las oraciones. Cada uno escogió la que más le agradaba.

ORACIÓN CONTRA EL FUSIL

¡Bendito sea el Señor! Una piedra blanca aparece tendida en la montaña, como un caballo. De la misma forma que el agua no penetra en la piedra, haz que ni la flecha ni la bala me tropiecen a mí, siervo de Dios; ni a mis camaradas, ni a mi caballo. Como el martillo rebota sobre el yunque, haz que la balita rebote sobre mí. Como giran las muelas del molino, haz que las flechas que vengan hacia mí giren en torno mío. El sol y la luna son claros y me fortalecen a mí, siervo de Dios. Detrás de la montaña hay un castillo: yo lo cerraré con llave y tiraré las llaves al mar, bajo la piedra blanca, altar invisible para el brujo y la bruja, para él monje y la monja. El agua no se escapa nunca del océano y no se pueden contar los granos de arena de la playa. Del mismo modo, nada podrá tocarme a mí, siervo de Dios. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ORACIÓN PARA EL COMBATE

Hay un océano, y en este océano una piedra blanca, Altor. Sobre esta piedra, Altor, hay un hombre de piedra, cuya estatura es tres veces nueve pies. Vísteme a mí, siervo de Dios, y a mis camaradas, con un vestido de piedra que llegue desde él Este hasta él Oeste y desde la Tierra hasta los cielos. Contra él sable y contra la espada, contra la lanza de acero y contra el venablo forjado y sin forjar, contra él cuchillo, contra él hacha y contra él cañón; contra las balas de plomo y contra las armas de fuego; contra todas las flechas empenachadas de plumas de águila, de cisne, de oca, de grulla y de cuervo; contra los ataques de los turcos, de los crimeos y de los austriacos; contra los salteadores tártaros y lituanos, alemanes y calmucos, Santos Padres y fuerzas celestiales, protegedme a mí, siervo de Dios. Amén.

ORACIÓN CONTRA LAS INVASIONES

Inmaculada Reina de los Cielos, Santísima Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, que la bendición de Dios sea sobre el siervo del Señor y sobre sus camaradas que partan para él combate. Envuélvenos en una nube, protégenos con tu santo muro de piedra. San Dimitri Soslutski, protégeme a mí, siervo de Dios, y a mis camaradas, por los cuatro costados. Que los malvados no tiren sobre nosotros, que no nos puncen con sus venablos y no nos corten con sus alabardas, que no nos peguen con sus bastones y nos degüellen con sus cuchillos. Ni los viejos, ni los jóvenes, ni los morenos, ni los negros, ni los herejes, ni los brujos, ni todos los magos. Todo está ahora ante mí, siervo de Dios y huérfano. En el océano, sobre la isla Buian, hay una viga de hierro. Sobre esta viga, ¡un *hombre de hierro se apoya como sobre un bastón \y ordena al hierro, al acero, al estaño, al plomo y a todos los proyectiles: "Vete, hierro, a tu madre la tierra; aléjate del siervo de Dios, de mis compañeros y de mi caballo. Flecha tallada en*

madera, vete al bosque. Pluma, retorna al pájaro, y cola, vuelve al pescado." Protégeme a mí, siervo de Dios, con un escudo de oro, contra los sables y las balas, contra los cañonazos, contra las granadas, contra los puñales. Que mi cuerpo sea más fuerte que la coraza. Amén.

Los cosacos se llevaron, metida en la camisa, la copia de las oraciones. Las ataron a las cruces, a las medallas que sus madres les habían dado, a los saquitos que contenían tierra natal. Pero la muerte no les distinguió de los otros.

Sus cadáveres se pudrieron en los campos de Galitzia y de la Prusia Oriental, en los Cárpatos, en Rumania; allí donde prendió el incendio de la guerra y donde los caballos de los cosacos dejaron impresas las huellas de sus cascos.

VII

Mitka Korchunov, con otros cosacos del caserío Viescenski, fue destinado al tercer regimiento del Don, que estaba acantonado en Vilno con varias unidades de la tercera División de caballería. En junio, los escuadrones dejaron la ciudad para llevar los caballos al campo.

Era un tibio día de estío. Las nubes se amontonaban en el cielo y tapaban el sol. El regimiento partió en traje de campaña. La música tocaba. Los oficiales, con gorra de verano y guerrera caqui, iban en grupos. El humo azul de sus cigarrillos se elevaba por encima de ellos.

A los dos lados de la carretera, los *mujiks* y las mujeres, endomingados, segaban la hierba y se paraban, siguiendo con los ojos las columnas de cosacos.

A la mitad del camino, un potro empezó a seguir al quinto escuadrón. Al desembocar de un pueblo y ver la masa compacta de caballos, relinchó y se lanzó, a campo traviesa, hacia la carretera. Su cola, que no había perdido la flexibilidad de la juventud, flotaba al viento, y sus cascos, bien herrados, levantaban pellas de barro, que caían sobre la hierba del camino. Galopó hasta el primer pelotón y, jugando, dio un cabezazo en la grupa del caballo del sargento, que tropezó; pero no se dignó cocearle, compadeciendo, sin duda, al pequeño.

— ¡Vete, imbécil! —gritó el sargento, levantando la fusta.

Los cosacos rompieron a reír, divertidos por el aspecto, para ellos familiar, del potrillo. Entonces ocurrió algo imprevisto. El potro se abrió paso con insolencia por entre las filas y el pelotón se deshizo, perdiendo su formación compacta y ordenada. Los caballos piafaron, indecisos, a pesar de los gritos de los cosacos. El potro atravesó la columna, tratando de morder a los caballos. — ¿Qué pasa aquí? —gritó el comandante del escuadrón llegando al trote.

En el sitio donde había penetrado el imprudente potro los caballos se habían desmandado y hacían extraños. Los cosacos fustigaban sonriendo al joven animal. El pelotón estaba en completo desorden. El jefe del pelotón llegó al galope. — ¿Qué hay? ¿Qué pasa aquí? —preguntó el comandante, haciendo avanzar su caballo por el atasco. —Es un potro... —Se ha metido entre nosotros. —No hay modo de echarle.

—Pégale con tu fusta. No te contengas.

Los cosacos sonrieron con aire de culpabilidad, tratando de contener a sus caballos, que

se impacientaban.

— ¡Sargento! ¡Oficial! ¿Qué es esto? Restablezca el orden en su pelotón. ¡No faltaba más!

El comandante del escuadrón se alejó. Su caballo resbaló y sus patas traseras se hundieron en la zanja. Picó espuelas y le hizo saltar al otro lado, al borde de la carretera, bordeada de manzanilla y de armuelle. El grupo de oficiales se trasladó un poco más lejos. El mayor, con la cabeza echada hacia atrás, bebía en su calabaza. Su mano se posaba paternalmente sobre el elegante arzón de arreos metálicos.

El sargento dividió el pelotón en dos y, jurando, echó fuera al potro. Ciento cincuenta pares de ojos seguían al sargento, que, de pie sobre los estribos, perseguía al animal. Éste, tan pronto se paraba, pegando su flanco enlodado contra la montura del sargento, como echaba a correr de nuevo, con la cola retorcida en forma de trompeta. El sargento no llegaba a alcanzarle con su fusta y le pegaba en la cola. Ésta se abatía ante los golpes, pero un segundo después se levantaba de nuevo.

Todo el escuadrón reía; los oficiales también, y hasta en la cara del capitán apareció la sonrisa.

Mitka Korchunov iba en la tercera fila del pelotón de cabeza con Mikhail Ivankov, un cosaco del caserío de Karguino, de la aldea Vechenskaia, y Kosma Krintchkov, de Ust Khoper. Ivankov, ancho de hombros y de cabeza enorme, guardaba silencio. Krintchkov, apodado *Camello,* un cosaco encorvado, algo picado de viruelas, se ensañaba con Mitka. Krintchkov era un "cosaco veterano", es decir, que estaba terminando su último año de servicio activo y, según la costumbre, tenía el derecho, como todos los "veteranos", de perseguir a los jóvenes, de corregirlos y de castigarles por la menor bagatela. Estaba establecido que un cosaco de la quinta de 1913 recibiría trece correazos si cometía una falta, y catorce si pertenecía a la de 1914. Los sargentos y los oficiales fomentaban esta costumbre, considerando que servía para inculcar a los cosacos el respeto a sus superiores.

Krintchkov, que acababa de obtener sus primeros galones, se mantenía encorvado sobre la silla y con los hombros caídos. Miraba una nube gris y preguntaba a Mitka, imitando la voz del capitán Popov, comandante del escuadrón:

—Dime, Korchunov, ¿cómo se llama nuestro comandante del escuadrón?

Mitka, que, por su carácter indómito, ya había recibido varias veces el castigo, tomó una expresión respetuosa.

—Capitán Popov, señor veterano.

—No te pregunto eso. Dime cómo le llamamos entre nosotros.

Ivankov guiñó maliciosamente un ojo a Mitka y su enorme boca dibujó una sonrisa. Mitka se volvió y vio al capitán Popov que se acercaba por detrás.

— ¡Ea! ¡Responde!

—Capitán Popov es su nombre, señor veterano.

— ¡Catorce "hebillazos"! ¡Habla, canalla!

— ¡No lo sé, señor veterano!

—Escucha: cuando lleguemos al campo —dijo Krintchkov con su voz natural—he de calentarte las orejas. ¡No te ha de valer ni tu madre! ¡Para que contestes cuando se te pregunte!

—Si no lo sé...

— ¿Cómo que no sabes su apodo?

Mitka, que oía detrás de él el paso ligero del caballo del capitán, que se acercaba furtivamente, no respondió.

— ¡Está bien! —continuaba Krintchkov.

Una risa reprimida recorrió las filas detrás de ellos. Sin comprender por qué se reían y creyendo que se burlaban de él, Krintchkov se encolerizó:

— ¡Fíjate, Korchunov! Cuando lleguemos te daré cincuenta hebillazos.

Mitka se encogió de hombros y se decidió:

—Tchernoguz (Rabo negro).

— ¡Vaya! ¡Por fin lo has dicho!

— ¡Krintchkov! —gritó una voz detrás de ellos. El señor veterano tembló, saludando respetuosamente.

— ¿Qué es lo que inventas, canalla? —gritó el capitán, poniéndose al lado del caballo de Krintchkov—. ¿Qué enseñas a los novatos?

Krintchkov cerró los ojos y sus mejillas enrojecieron.

Detrás de él reían los cosacos.

— ¿A quién di una lección el año pasado? ¿No fue en tu mandíbula donde me rompí una uña?

El capitán puso bajo la nariz de Krintchkov la uña larga y puntiaguda de su dedo meñique, y continuó, agitando los bigotes:

— ¡Que no vuelva a oír nada parecido! ¿Comprendes?

— ¡Comprendo perfectamente, Excelencia!

El capitán paró su caballo y dejó pasar el escuadrón.

— ¡Escuadrón! ¡Al trote!

Krintchkov se apretó el cinturón, volvióse para ver al capitán y, enderezando la lanza, se encogió de hombros.

— ¿De dónde ha salido ese maldito? Conteniendo la risa, Ivankov dijo:

—Hacía rato que venía detrás de nosotros y lo ha oído todo. Creo que se figuró lo que hablabas y se acercó a oírlo.

— ¡Debías haberme hecho una seña, imbécil!

— ¡A mí qué me importaba!

— ¿Que no te importa? Catorce hebillazos sobre la piel.

Los escuadrones fueron acantonados en los castillos vecinos. Por el día, los cosacos segaban el trébol y la hierba de las praderas. Por la noche, hacían pacer a sus caballerías en los pastos que les habían sido designados, jugaban a las cartas cerca del fuego o se contaban historias divertidas. El sexto escuadrón trabajaba en la propiedad del gran hacendado polaco Schneider. Los oficiales vivían en una de las dependencias; jugaban a las cartas, se emborrachaban o hacían la corte a la hija del administrador. Los cosacos establecieron el campamento a tres kilómetros del castillo. Todas las mañanas, el administrador iba a verlos en un cochecito. El polaco, gordo y respetable, bajaba del coche, se estiraba, desentumecía sus gordas piernas y saludaba invariablemente a los cosacos agitando su gorro blanco de visera charolada.

— ¡Ven a segar con nosotros, *pan* (Señor, en polaco)!

— ¡Ven a perder un poco de grasa!

— ¡Coge la guadaña si no quieres quedarte paralítico! —gritaban las filas de cosacos con sus camisas blancas.

El *pan* sonreía tranquilamente, secaba con un pañuelo su calva rosada y marchaba con el sargento a indicarle los sitios que quedaban por segar.

La cocina de campaña llegaba a mediodía. Los cosacos se lavaban la cara e iban a recibir su ración. Comían en silencio; pero, durante el reposo de media hora que disfrutaban después de la comida, las conversaciones no cesaban un instante.

— ¡Qué mala es la hierba de aquí! No vale nada en comparación con la de las estepas.

—Allí ya habrán segado el heno.

—También nosotros acabaremos pronto. Ayer empezó la luna nueva. Pronto lloverá.

—Es avaro el polaco. Bien podía regalarnos una botella de vodka a cada uno por el trabajo.

— ¡Oh! ¡Oh! Por una botella es capaz de...

— ¿Por qué será, hermanos, que el más rico es el más avaro?

—Pregúntaselo al zar.

— ¿Quién ha visto a la hija del propietario? — ¿Por qué?

—Es una chica metida en carnes. ¡Un rico bocado!

— ¿De carnero?

— ¡Eso es!

—Yo me la comería con los huesos.

— ¿Es cierto lo que se dice? ¿Que alguien de la familia imperial la ha pedido en matrimonio?

—Un bocado como ése no puede ser para un hombre cualquiera.

—El otro día oí decir que el zar nos pasará una revista.

—Cuando el gato no tiene nada que hacer, inventa.

— ¡No digas eso, Tarass!

— ¡Déjame dar un par de chupadas...!

— ¡Ah! ¡Aprovechado, demonio, vete a mendigar a la puerta de la iglesia!

— ¡Mirad, militares! Fedoska tiene una hermosa pipa, pero no tiene nada dentro.

—Nada más que cenizas.

— ¡Abre más los ojos! Hay tanto fuego en ella como en una mujer en celo.

Estabas acostados boca abajo, fumando, y, levantadas las camisas, se tostaban las espaldas al sol.

Cuando, por la tarde, caía la penumbra color de ópalo, se reunían en el campo, alrededor del fuego, y cantaban:

El cosaco se va a un país lejano,
montado en un fogoso alazán,
abandona para siempre
la tierra natal...

Las voces de bajo profundo, acompañando a la frágil y quejumbrosa del tenor, ponían de manifiesto la suavidad de la triste melodía:

y no volverá nunca a la casa paterna.

La voz del tenor se elevó por grados y cantó:

En vano la joven esposa cosaca
mira al horizonte lejano, esperando,
siempre esperando, que de lejanas tierras
vuelva el querido cosaco, su alma.

Numerosas voces se unían a la canción, que se hacía compacta y enervante como la *braga,* la bebida alcohólica preparada por los campesinos de la región forestal:

Allá en las montañas impera el hielo,
extiende el invierno su blanco velo,
los huesos del cosaco sepultos están,
pinos y abetos, la guardia les dan.

La canción cuenta la sencilla historia de la vida cosaca, y, como la alondra, pasado el deshielo de abril, palpita la voz del tenor:

Al morir, el cosaco había suplicado
que sobre su tumba se eleve un monumento.

Las voces de bajos se entristecen de su suerte:

Plantad un verde saúco de mi país
para que, al florecer, recuerde al Don.

Cerca de otra hoguera hay menos gente y se canta otra canción distinta:

Del mar de Azov tormentoso
los navíos remontan el Don
y el atamán, *desde el país lejano*
retorna a su mansión.

Junto a un tercer fuego, un narrador inventa historias ingeniosas y complicadas. Se le escucha con sostenida atención, y de vez en vez, cuando el héroe del relato se escapa valerosamente de las emboscadas preparadas por el "maligno" y los moscovitas, alguno del auditorio se da un golpe sobre la caña de la bota y grita maravillado:

— ¡Ah! ¡Condenado del infierno! ¡Es magnífico!

Y otra vez la voz lánguida del narrador resuena.

Una semana después de la llegada de los cosacos a la propiedad, el capitán Popov llamó al herrador del escuadrón y al sargento.

— ¿Cómo están los caballos? —Bien, Excelencia, muy bien. Ya han engordado. El capitán retorció su negro bigote de flecha (el que le había merecido su apodo), y dijo: —Orden del comandante del regimiento: niquelar los estribos y los bocados. El emperador pasará revista al regimiento. Todo debe brillar: las sillas y todo lo demás. Es preciso que sea un placer contemplar a los cosacos. ¿Cuándo estará todo dispuesto?

El herrador miró al sargento, el sargento al herrador y los dos acabaron mirando al capitán.

—El domingo, Excelencia —dijo el sargento, re. torciéndose el bigote, enverdecido por el tabaco.

—Fíjate bien en que todo esté a punto —previno el capitán con tono amenazador.

Los dos hombres se fueron.

Desde aquel día, empezaron los preparativos para la revista. Mikhail Ivankov, hijo de un herrero de Karghino, ayudaba a niquelar los estribos y los bocados. Los otros almohazaban concienzudamente los caballos, limpiaban las bridas, frotaban con polvo de ladrillo los bridones y las partes metálicas de las sillas.

Al cabo de una semana, el regimiento brillaba como una moneda de plata nueva. Todo relucía, desde las cabezas de los hombres hasta los cascos de los caballos. El coronel Grekov pasó revista el sábado y felicitó a los oficiales.

Los azules días de julio transcurrían tranquilamente. Los caballos de los cosacos engordaban con los buenos pastos. Pero la inquietud empezaba a extenderse entre los hombres, que se perdían en conjeturas. De pronto se había dejado de hablar de la revista imperial... Pasó una semana entre conversaciones y ejercicios, y después, bruscamente, llegó la orden de partir para Vilno.

Llegaron la misma tarde. Allí, el escuadrón recibió una nueva orden: llevar a los depósitos de las cantinas los efectos de los cosacos y prepararse para una partida imprevista.

— ¿Qué quiere decir esto, Excelencia? —preguntaban los cosacos a los oficiales del pelotón.

Pero los oficiales se encogían de hombros, pues no sabían mucho más que sus hombres.

— ¡Lo ignoro!

— ¿Se van a hacer las maniobras ante el zar?

—Hasta ahora no se sabe nada.

El 19 de julio, el asistente del comandante del regimiento se encontró por un momento con uno de sus amigos: Mrykine, cosaco del sexto escuadrón, que estaba de servicio en la cuadra, con el que cuchicheó breves momentos.

— ¡La guerra, viejo mío!

— ¡Mientes!

— ¡Te lo juro! Pero ¡ni una palabra!

Al día siguiente, el regimiento recibió orden de alinearse cerca de los cuarteles y a caballo aguardaba al coronel.

El capitán Popov, sobre un caballo de raza, estaba delante del sexto escuadrón. En la mano izquierda, enguantada de blanco, tenía las riendas, mientras el caballo curvaba el cuello y se frotaba las fosas nasales con los músculos del pecho.

El coronel desembocó de detrás de los edificios de los cuarteles y pasó su caballo delante de las filas. El ayudante sacó un pañuelo del bolsillo, levantando el dedo meñique, pero no tuvo tiempo de sonarse. El coronel, en medio del silencio, atrayendo la atención general, empezó:

— ¡Cosacos...!

"Ya llegó", pensaron todos. Aumentaba la creciente impaciencia. El caballo de Mitka Korchunov piafaba. Mitka le castigó encolerizado. A su lado, Ivankov estaba inmóvil en su actitud y escuchaba abriendo su boca de labios enormes. Krintchkov se encorvaba al otro lado; más lejos, Lapin movía las orejas como un caballo, y se veía, detrás de él, el cuello mal afeitado de Schegolkov.

— ¡Alemania nos ha declarado la guerra!

Un ligero susurro, como una brisa suave que hiciese ondear un campo de mieses maduras, pasó por las filas. De pronto, el relincho de un caballo cortó el silencio. Los ojos extrañados y las bocas abiertas se volvieron hacia el primer escuadrón, de donde había partido el relincho.

El coronel siguió hablando. Colocaba las palabras en el orden necesario, esforzándose por encender el sentimiento del orgullo nacional. Pero la imagen de las banderas

enemigas inclinándose ante el vencedor no conmovía entonces el espíritu de los cosacos. Clamaba en ellos, con voces desesperadas, lo más íntimo: sus mujeres, sus hijos, sus novias, el trigo sin recoger, los pueblos desiertos, la aldea...

"¡Dentro de dos horas, en la estación!" Esto fue lo que cada uno retuvo del discurso.

Las mujeres de los oficiales, agrupadas allí cerca, lloraban cubriéndose el rostro con los pañuelos. Los cosacos regresaron a los cuarteles. El oficial Khoprov llevaba casi en brazos a su mujer, una rubia polaca, encinta.

El regimiento hizo cantando el camino hasta la estación. Cantaban tan fuerte que la música cesó de tocar. Las mujeres de los oficiales seguían a las tropas en coches de alquiler. Una masa abigarrada se apiñaba en las aceras. Los caballos levantaban un polvo compacto: burlábanse del propio dolor y del ajeno. El solista, moviendo el hombro izquierdo, lanzaba las primeras palabras de la canción alegre a los cosacos:

La hermosa muchacha se ha emborrachado.

El escuadrón entero, rimando las palabras con el acompañamiento de los cascos, recientemente herrados, llevaba hacia la estación, hacia los rojos vagones, su angustia secreta manifiesta en la canción.

El ayudante del coronel, rojo por el azoramiento, galopaba hacia los cantadores. El solista hacía girar sus bridas en el aire y, aflojándolas, guiñaba cínicamente un ojo al pasar por delante de las mujeres, apretujadas en las aceras. El sudor, amargo como jugo de absenta, resbalaba, sobre el bronce quemado de sus mejillas, hacia el bigotillo negro.

La hermosa moza ha hecho cocer,
ha hecho cocer la sopa,
la sopa, la sopa de pescado.

La locomotora, que resoplaba bajo la presión, daba pitidos breves y previsores, llamando a todos a la realidad.

Convoyes..., convoyes..., innumerables convoyes...

Por todas las arterias del país, Rusia, trastornada, enviaba hacia la frontera occidental su sangre envuelta en los capotes grises de los soldados...

VIII

En la pequeña población de Torjok, el regimiento se dividió en escuadrones. El sexto, a la orden del Estado Mayor de la División, fue enviado a las órdenes del Tercer Cuerpo de Ejército. Cuando, después de una marcha forzada, pasaron el lago de Pelikalie, varios destacamentos se quedaron allí para ocupar puestos de observación.

La frontera aún estaba guardada por las unidades ordinarias de tiempo de paz. Todos los días llegaba infantería y artillería. La tarde del 24 de julio, un batallón del regimiento número 108, de Glebovski, hizo su entrada en el pueblo con una batería de campaña. En el cortijo "Alexandrovski", la propiedad más cercana a Torjok, había un puesto integrado por nueve cosacos, al mando de un sargento.

En la tarde del día 27, el capitán Popov llamó a su presencia al sargento y al cosaco Astakhov.

Cuando Astakhov volvió al pelotón ya era de noche.

Mitka Korchunov acababa de regresar del abrevadero con su caballo.

— ¿Eres tú, Astakhov? —preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Dónde están Krintchkov y los otros, Korchunov?

—En la choza.

Astakhov, grande, torpe y negro, entró en la casita, entornando los ojos a causa de la luz. Cerca de la mesa, Schegolkov recosía una correa. Krintchkov, con las manos detrás de la espalda, estaba cerca de la estufa y señalaba con los ojos a Ivankov al viejo patrón, un polaco enfermo de hidropesía, que estaba acostado en la cama. Acababan de reír, y las rosadas mejillas de Ivankov temblaban todavía.

—Mañana, muchachos, partimos al alba... hacia el puesto de observación.

— ¿Qué puesto? —preguntó Schegolkov.

—Al pueblo Linbov.

— ¿Quién irá? —preguntó Mitka Korchunov, dejando un cubo de agua cerca de la puerta.

—Schegolkov, Krintchkov, Kvatchev, Popov e Ivankov irán conmigo.

— ¿Y yo?

—Tú, Mitri, permanecerás aquí.

— ¡No me fastidies...!

Krintchkov se estiró, haciendo sonar sus articulaciones, y preguntó al patrón:

— ¿A cuántos kilómetros de aquí está Linbov?

—A cuatro.

—Es muy cerca —dijo Astakhov, que estaba sentado en un banco mientras se descalzaba.

— ¿Dónde podría secar mi ropa?

Partieron al amanecer. A la salida del pueblo, una muchacha, con los pies desnudos, sacaba agua de un pozo. Krintchkov paró su caballo.

— ¡Hermosa, dame de beber!

La joven, sujetándose con una mano el vestido de tela gris, chapoteó en la charca, sonriendo con sus ojos grises, bordeados de espesas pestañas. Krintchkov bebió.

La mano que sostenía el pesado cubo temblaba con el esfuerzo. Las gotas caían y resbalaban sobre la franja roja del pantalón.

— ¡Que Cristo te proteja, hermosa de ojos grises!

— ¡Señor Jesús!

Cogió el cubo y se alejó, volviéndose con una sonrisa.

— ¿A quién sonríes? ¡Ven conmigo! Krintchkov se apartó sobre la silla como si quisiera hacerle sitio.

— ¡En marcha! —gritó Astakhov, haciendo avanzar a su caballo.

— ¿Te gusta? —dijo Kvatchev mirando irónicamente a Krintchkov.

—Tiene las piernas rojas como una oca —respondió Krintchkov, riendo.

Como a una orden, todos se volvieron a la vez. la joven estaba inclinada sobre el brocal del pozo. La falda modelaba sus formas y sus piernas rellenas, rojas en las mollas, aparecían separadas.

—Me gustaría casarme... —dijo Popov dando un suspiro.

—Si quieres, yo te casaré con mi fusta —propuso Astakhov.

—Esa fusta no sirve para nada. — ¿Estás caliente, semental?

—Será necesario castrarlo.

— ¡Como a un toro!

Continuaron la broma. Los cosacos pusieron sus caballos al trote. Pronto, desde una altura, vieron el pueblo de Linbov, que estaba enclavado en un valle. El sol se levantaba detrás de ellos. Una alondra se desgañitaba cantando cerca del aislador de un poste telegráfico.

Astakhov, que acababa de terminar el curso de instrucción complementaria, había sido nombrado jefe del puesto. Escogió una casa aislada, situada a la salida del pueblo, en dirección de la frontera. El patrón, un polaco de cara lampiña tocado con un sombrero de fieltro blanco, condujo a los cosacos a una vasta granja. Detrás de la granja verdeaba una pradera de tréboles; más lejos se veían campos de trigo atravesados por la carretera, y de nuevo las franjas verdes del trébol.

Montaron la guardia por turno detrás de la granja, cerca de una pequeña zanja. Los otros permanecían acostados en la frescura de la casa, que guardaba el trigo segado, el salvado, el excremento de las latas y los hierros herrumbrosos.

Ivankov, acurrucado en un rincón sombrío cerca Be la carreta, durmió hasta la tarde. Despertóle al crepúsculo Krintchkov, tirándole del pescuezo y diciéndole:

— ¡Esta vida te hace engordar, buey! ¡Ve a espiar a los alemanes!

— ¡No me fastidies, Kosma!

— ¡Levántate!

— ¡Déjame! ¡No seas idiota! ¡Ya me levanto!

Se levantó rojo, sofocado. Estiróse y movió la enorme cabeza, sólidamente plantada sobre los anchos hombros; estornudó, cogió la cartuchera y salió arrastrando la carabina. Relevó a Schegolkov y miró con los gemelos hacia el bosque que se extendía al Noroeste. El sol poniente vertía un torrente rojo sobre el promontorio verde del bosque de álamos y sobre el campo de trigo que ondulaba al viento. Unos chiquillos se desgañitaban en un riachuelo que corría allí cerca, formando un elegante arco azul. La voz de contralto de una mujer llamó:

— ¡Stassin! ¡Stassin! ¡Ven!

Schegolkov lió un cigarrillo y dijo, marchándose:

— ¡Mira qué rojo es el crepúsculo...! ¡Señal de viento!

—Sí. Eso es viento.

Por la noche desensillaron los caballos. Las luces y los ruidos se extinguían en el lugar.

Por la mañana, Krintchkov llamó a Ivankov: —Vamos al pueblo.

— ¿Para qué?

—Vamos a comer algo y a beber un trago.

—No es fácil eso... —respondía escépticamente Ivankov.

— ¡Cuando yo te lo digo! He preguntado al patrón. En aquella choza, cerca del depósito con el techo de tejas, hay un judío que vende cerveza. ¿Vamos?

Fueron. Astakhov salió de la granja y les preguntó: — ¿Adónde vais?

Krintchkov, de graduación superior a Astakhov, gritó:

— ¡Volvemos en seguida!

— ¡No os mováis, muchachos!

— ¡No ladres!

Un viejo judío, que tenía un párpado levantado y los mechones tradicionales sobre la frente, les recibió con profundos saludos.

— ¿Tienes cerveza?

— ¡Ahora no, señor cosaco!

—Te la pagaremos.

— ¡Dios mío! Es que yo... ¡Ah, señor cosaco! ¡Crea a un honrado judío que no tiene cerveza!

— ¡Mientes, judío!

—Señor cosaco... Le aseguro que...

—Escúchame —le interrumpió Krintchkov, sacando de su bolsillo un viejo portamonedas—. ¡Danos cerveza si no quieres que me enfade!

El judío apretó la moneda contra la palma de la mano, bajó el párpado levantado y descendió a la cueva. Un minuto después trajo vodka en una botella húmeda, con granos de avena pegados al cristal.

— ¡Y decías que no tenías, padrecito!

— ¡Yo dije que no había cerveza! —Danos algo de comer.

Krintchkov descorchó la botella y llenó una jarra de bordes desportillados. Salieron medio borrachos de casa del judío. Krintchkov bailaba en la calle y amenazaba con los puños las negras ventanas.

Astakhov bostezaba en la granja. Detrás del muro, los caballos comían heno.

Por la tarde, Popov partió con el informe. El día siguiente transcurrió en un ansia incesante.

La tarde... La noche... La luna nueva, parecida a una hoja de sable, se levantó sobre el pueblecillo...

A veces, una manzana madura se desprendía del árbol y caía con ruido sordo detrás de la casa, en el jardín...

Hacia medianoche, Ivankov oyó ruido de cascos en la calle del pueblo. Salió de la zanja. Una nube cubría la luna. Ivankov nada podía distinguir en la oscuridad gris. Fue a buscar a Krintchkov, que dormía a la entrada de la granja. — ¡Kosma! ¡Algunos jinetes pasan por aquí! ¡Levántate!

— ¿De dónde vienen?

—Pasan por el pueblo.

Salieron. A una quincena de metros sonaba rítmicamente el ruido de los cosacos.

— ¡Vamos al jardín! ¡Desde allí se oirá mejor!

Corrieron al jardincito, junto a la casa, y se echaron cerca de la valla... Un murmullo sordo de voces... El tintinear de los estribos... El crujido de las sillas... Muy cerca... Se veían las siluetas confusas de los jinetes... Pasaban en filas de a cuatro.

— ¡Alto!

— ¿Qué quieres?

— ¿Quién vive? ¡Voy a disparar! Krintchkov hizo sonar el cerrojo de su fusil.

— ¡T-r-r-rr!

Uno de los jinetes paró su caballo y se acercó a la valla.

—Es un destacamento de carabineros. ¿Es esto un puesto?

—Sí, un puesto.

— ¿De qué regimiento?

—Del tercero de cosacos.

— ¿A quién hablas, Trichine? —preguntaron en la oscuridad.

El jinete respondió:

—Es un puesto de cosacos, Excelencia. Otro jinete se acercó a la valla.

— ¡Salud, cosacos!

— ¡Buenos días! —respondió Ivankov.

— ¿Estáis aquí hace mucho?

—Desde anteayer.

El jinete encendió una cerilla y Krintchkov vio un oficial de carabineros.

—Nuestro regimiento se retira de la frontera —dijo el oficial, encendiendo un cigarrillo—. Ahora vosotros estáis en primera línea. Mañana mismo puede avanzar el enemigo hasta aquí.

— ¿Y dónde vais, Excelencia? —preguntó Krintchkov sin dejar el fusil.

—A reunirnos con nuestros escuadrones a dos kilómetros de aquí. ¡En marcha, muchachos! ¡Buena suerte, cosacos!

— ¡Buena suerte!

El viento apartó de la luna la franja algodonosa de nubes y una luz espectral cayó como un pus amarillo sobre los jardines, el pueblo, la granja y el destacamento que se alejaba.

Al día siguiente, Kvatchev partió con el informe. Astakhov habló con el propietario, y por un precio razonable le permitió segar trébol para los caballos. Todo el día los tenían ensillados. El pensar que estaban frente al enemigo impresionaba a los cosacos. Mientras supieron que los carabineros se encontraban delante de ellos no tuvieron este sentimiento de soledad y de abandono que les invadía ahora, al enterarse que la frontera se hallaba sin vigilancia.

Los campos del propietario estaban cerca de la granja. Astakhov envió a Ivankov y Schegolkov a segar. E! propietario, cubierto con su sombrero de fieltro blanco, iba con ellos. Ivankov rastrillaba la hierba húmeda y compacta. Astakhov, que vigilaba la carretera con los gemelos, vio a un chiquillo que, viniendo del Sudoeste, corría a través del campo. Parecía una liebre oscura, rodando por una cuesta, y gritaba desde lejos agitando las anchas mangas de su chaqueta. Cuando llegó delante de Astakhov se paró, ahogado de fatiga, y exclamó, desorbitando los ojos, desencajados por el terror:

. — ¡Cosaco! ¡Cosaco! ¡Han venido los alemanes! ¡Han venido los alemanes! ¡Allí!

Tendió su ancha manga, y Astakhov, acercándose con los gemelos, vio a lo lejos un compacto grupo de jinetes. Sin cesar de mirar, gritó: — ¡Krintchkov!

De un salto salió éste de la granja. — ¡Corre, llama a los muchachos! ¡Los alemanes! ¡Una patrulla de alemanes!

Oyó el ruido de los pasos de Krintchkov, que se alejaba corriendo, y vio claramente con sus gemelos a los jinetes alemanes, que avanzaban por detrás de una franja de hierba rojiza.

Distinguió perfectamente los arreos de los caballos y el tono azul oscuro de sus uniformes. Eran más de veinte. Avanzaban apretados, revueltos los unos con los otros, desde el Sudoeste, mientras el observador les aguardaba al Noroeste. Atravesaron la carretera y subieron al cerro que dominaba el valle en que estaba situado el pueblo de Linbov.

Ivankov estaba metiendo hierba en un saco. Resoplaba bajo el esfuerzo, sacando la punta de la lengua. El propietario fumaba junto a él su pipa, con las manos metidas en la cintura y el sombrero de fieltro echado sobre los ojos, mientras veía cómo segaba Schegolkov.

— ¡Vaya una hoz! —protestaba éste levantando una que parecía un juguete—. ¿Puedes segar con esto?

— ¡Ya lo creo! —contestó el polaco sacando un dedo de su cintura.

— ¡Es buena, a lo sumo, para cortar ciertos pelos a tu mujer!

— ¡Ah! —dijo el polaco asintiendo.

Ivankov se echó a reír. Su gruesa cara enrojeció. Parecía que iza a rezumar sangre. Quiso decir algo, pero vio a Krintchkov que corría a través del campo.

— ¡Dejadlo todo!

— ¿Qué pasa ahora? —preguntó Schegolkov, clavando en la tierra la punta de su hoz.

— ¡Los alemanes!

Ivankov dejó caer el saco de forraje. El patrón se volvió hacia la casa, encorvándose hasta el suelo, como si las balas hubieran empezado ya a silbar cerca de él.

Apenas tuvieron tiempo de volver y saltar sobre las sillas cuando una compañía de infantería rusa, que llegaba del lado de Pelikalie, entró en el pueblo. Los cosacos galoparon a su encuentro. Astakhov informó al comandante de la compañía que una patrulla de alemanes llegaba a lo alto del montículo que rodeaba al pueblo. El capitán miró severamente la punta de sus empolvadas botas, y preguntó:

— ¿Cuántos son?

—Más de veinte.

—Id a cortarles el camino. Nosotros vamos a abrir el fuego.

Se volvió hacia la compañía, dio una orden y partieron acelerando el paso.

Cuando los cosacos llegaron a la cumbre, los alemanes ya la habían dejado atrás y marchaban al trote, cortando la carretera de Pelikalie. Un oficial les precedía sobre un caballo alazán de corta cola.

— ¡Alcancémoslos! ¡Les van a cazar junto al segundo puesto! —ordenó Astakhov.

Un carabinero a caballo, que se había unido a ellos en el pueblo, quedó atrás.

—Oye, hermano, ¿vas a escaparte?

El otro hizo un gesto impreciso con la mano y bajó la pendiente. Los cosacos se lanzaron al galope. Ahora se distinguían a simple vista los uniformes azules de los soldados alemanes, que adelantaban al trote largo en derechura al segundo puesto, establecido a tres kilómetros del pueblo. Se volvieron para ver a los cosacos. La distancia que los separaba disminuía rápidamente. — ¡Vamos a empezar el fuego! —ordenó Astakhov. Echaron pie a tierra y, sujetando a los caballos por la brida, hicieron una descarga. El caballo de Ivankov se encabritó y derribó a su dueño. Al caer vio a un alemán ladearse lentamente, levantar los brazos y rodar a tierra. Los alemanes, sin pararse y sin sacar las armas de sus fundas, partieron a galope. Ahora iban a cierta distancia los unos de los otros. Las banderolas de sus lanzas flotaban al viento. Astakhov fue el primero en saltar sobre la silla. Los cosacos espolearon sus caballos. La patrulla alemana giró bruscamente hacia la izquierda. Los cosacos continuaron en su persecución y pasaron a poca distancia del alemán muerto. Ahora se encontraban en un terreno accidentado, cortado por pequeñas hondonadas y sembrado de breves montículos agrietados. Cuando los alemanes, desembocando de un socavón del terreno, remontaron la pendiente opuesta, los cosacos echaron pie a tierra y abrieron fuego. Frente al segundo puesto mataron a otro alemán. — ¡Ha caído! —gritó Krintchkov, poniendo el pie en el estribo.

— ¡Los nuestros van a salir en seguida del recinto! ¡El segundo puesto está ahí! —refunfuñó Astakhov, cargando su carabina.

Los alemanes pasaban ya, al trote, cerca del recinto. Pero el patio estaba desierto. El sol lamía ávidamente el tejado. Astakhov, sin apearse, disparó un tiro. Un alemán que iba un poco rezagado, sacudió la cabeza y espoleó su caballo.

Más tarde se supo que los cosacos del segundo puesto, enterados de que los hilos del telégrafo habían sido cortados a medio kilómetro de la finca, lo abandonaron la noche anterior.

— ¡Vamos a perseguirles hasta el primer puesto! —gritó Astakhov, volviéndose.

Ivankov no advirtió hasta entonces que la nariz de Astakhov estaba desollada. Un pellejito blanco colgaba sobre uno de los agujeros.

— ¿Por qué no se defienden? —preguntó Astakhov con ansiedad, ajustando su carabina en la espalda.

—Espera un poco —dijo Schegolkov respirando fuertemente como un caballo atacado de muermo.

Los alemanes, sin detenerse, desaparecieron en una hondonada sin mirar hacia atrás. A un lado extendíase un campo en cultivo, al otro crecía la grama salpicada de matorrales ralos. Astakhov paró el caballo, se aseguró la gorra y se limpió con el revés de la mano las gruesas gotas de sudor. Miró a sus camaradas, escupió, y dijo:

—Ivankov, acércate hacia el hoyo para ver dónde están.

Ivankov, rojo como un ladrillo, con la espalda empapada de sudor, se pasó la lengua por los labios agrietados y partió.

—Me gustaría fumar un cigarrillo —dijo Krintchkov, cazando un tábano con la fusta.

Ivankov iba al paso, empinándose sobre los estribos y escrutando el camino con la mirada. De pronto, vio las puntas oscilantes de las lanzas. Después, bruscamente, aparecieron los alemanes. Habían vuelto grupas y ahora cargaban sobre ellos, remontando al galope la pendiente. El oficial galopaba delante del pelotón, con el sable en la mano como en una formación. Mientras hacía girar su caballo, Ivankov tuvo tiempo de ver su cara juvenil, sus cejas fruncidas, su elevada estatura. Los cascos de los caballos alemanes martillearon su corazón como una granizada y sintió en la espalda el frío penetrante de la muerte. Sacudió las bridas y galopó en dirección contraria.

Astakhov, sin tiempo de plegar su petaca, la dejó caer. Krintchkov, viendo a los alemanes pisar los talones a Ivankov, partió, el primero, al galope. El flanco derecho de los alemanes avanzaba para cortar la retirada a Ivankov. Se acercaban a él con rapidez increíble. Ivankov fustigaba a su caballo y se volvía. Su rostro se había puesto gris y convulso. Los ojos se le salían de las órbitas. Astakhov galopaba ante él, curvado sobre el pomo de la silla. Una nube de polvo se elevaba detrás de Krintchkov y de Schegolkov.

— ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Van a alcanzarme!

Un frío estupor invadía el cerebro de Ivankov. No pensaba en defenderse y abatía su cuerpo macizo, tocando con la cabeza el cuello del caballo.

Un enorme alemán rojo le alcanzó. Le golpeó con la lanza en la espalda. La punta traspasó el cinturón penetrando unos cinco centímetros en su cuerpo.

— ¡Hermanos, huid! —gritó Ivankov, loco de espanto.

Desenvainó el sable, paró un segundo golpe dirigido contra su costado y, levantándose sobre los estribos, dio un sablazo en la espalda al alemán que galopaba a su izquierda. Le cercaron. Un enorme caballo alemán dio de pechos en el flanco del de Ivankov, estando a punto de derribarle.

Astakhov acudió el primero en su ayuda. Le rechazaron. Él se defendía con su sable, revolviéndose en la silla como una anguila y mostrando los dientes en un rictus pavoroso de cadáver. La punta de un sable hirió el cuello de Ivankov. Un dragón apareció súbitamente a su izquierda. Su arma levantada brillaba como un pálido relámpago. Ivankov paró el golpe. Otro dragón enganchó con la lanza las forrajeras de Ivankov y se esforzaba por arrancarlas. Delante de la levantada cabeza del caballo, Ivankov veía la cara sofocada y cubierta de pecas de un alemán entrado en años, cuya mandíbula inferior temblaba. Blandía torpemente el sable, tratando de alcanzar a Ivankov en el pecho. Pero el sable era muy corto, y el alemán, sin apartar de Ivankov sus ojos oscuros, llenos de terror, trataba de sacar la carabina de la funda amarilla, sujeta a la silla. Antes de que tuviera tiempo de hacerlo, Krintchkov le alcanzó con la lanza. El alemán, abriéndose por el pecho el uniforme azul, volvióse hacia atrás, dando un grito de asombro y de terror:

—*Meine Mutter!*

Ocho dragones rodearon a Krintchkov. Querían cogerle vivo. Su caballo se encabritó y él giró rápidamente haciendo un molinete con su sable, hasta que se lo hicieron caer de las manos. Entonces arrancó la lanza a un alemán y abatióla como en la instrucción. Los alemanes retrocedieron y reducían a astillas la lanza con sus sables.

Cerca de un pequeño campo arcilloso recientemente labrado, los hombres, oscilando como sacudidos por el viento, se mezclaban en un furioso cuerpo a cuerpo. Embrutecidos por el miedo, los alemanes y los cosacos daban sablazos, pinchaban, golpeaban ciegamente sobre las espaldas, los brazos, los caballos y las armas. Los caballos, locos de terror, se encabritaban, entrechocando en medio de la confusión. Ivankov, viéndose dominado, trató repetidas veces de golpear en la cabeza de un dragón rubio, de cara alargada; pero el sable resbalaba sobre el casco del alemán.

Astakhov rompió el círculo que le estrechaba y galopó perdiendo sangre. El oficial alemán se lanzó en su persecución. Astakhov le mató de un tiro a boca de jarro. Esto decidió el resultado del combate. Los alemanes, heridos todos en esta confusión incoherente, se dispersaron después de la pérdida del oficial y volvieron grupas. No se les persiguió. No se disparó sobre ellos. Los cosacos galoparon directamente hasta Pelikalie para reunirse con su escuadrón. Los alemanes recogieron al camarada herido y se alejaron en dirección a la frontera.

Después de haber galopado medio kilómetro, Ivankov vaciló:

— ¡Estoy...! ¡Me caigo...!

Paró su caballo, pero Astakhov tiró de él por la brida.

— ¡Adelante!

Krintchkov se enjugaba la sangre de la cara y se palpaba el pecho. Manchas rojas empapaban su guerrera. Cerca de la casa que el segundo puesto había ocupado la víspera, se separaron.

—Hay que tomar a la derecha —dijo Astakhov, señalando un pantano y un bosquecillo de alisos que verdeaba detrás de la carreta.

—No. A la izquierda —insistió Krintchkov. Astakhov e Ivankov regresaron al pueblo después que los otros. Los cosacos del escuadrón les aguardaban a la entrada del pueblo.

Ivankov soltó la brida, se deslizó hasta el suelo, se tambaleó y cayó. A duras penas pudieron arrancar el sable de su mano crispada.

Una hora después, casi todo el escuadrón partía para el lugar donde habían matado al oficial alemán. Los cosacos le quitaron las botas, el uniforme y las armas, y se agruparon alrededor del cadáver, examinando su rostro juvenil, que ya empezaba a amarillear. Tarassov, un cosaco de Oust-Khoper, logró apoderarse del reloj de pulsera, guarnecido de plata, del oficial, e inmediatamente lo vendió al cabo de su pelotón. En la cartera del muerto se encontró algún dinero, una carta, un mechón de cabellos rubios y la fotografía de una joven con una hermosa boca sonriente.

IX

El frente aún no se había extendido como una enorme serpiente de muchos kilómetros de longitud. Algunas escaramuzas y ligeros combates de caballería estallaban todavía a lo largo de la frontera. En los primeros días, después de la declaración de guerra, el Mando alemán extendió, como tentáculos, fuertes patrullas de caballería, que hostilizaban nuestras unidades, llegaban cerca de los puestos, hacían reconocimientos, observaban la distribución de nuestras tropas. La duodécima División de caballería, mandada por el general Kaledin, marchaba delante del Octavo Ejército de Brussilov. Hacia la izquierda, habiendo pasado la frontera austriaca, avanzaba la 11 División de caballería. Estas unidades, después de un combate, se habían apoderado de Leinchnuv y de Brody, deteniéndose allí. Los austriacos habían recibido refuerzos y la caballería húngara marchaba contra la nuestra, rechazándola hasta cerca de Brody.

Después de la batalla de la ciudad de Leichnuv, Grigori Melekhov estaba oprimido por una angustia interior, pesada y persistente. Adelgazaba, y tanto en las marchas como en el reposo, en el sueño como en la somnolencia, veía al austriaco que había matado cerca de la verja del jardín. Aquel primer combate persistía en sus sueños con insistencia singular, y hasta dormido sentía el espasmo convulsivo de su mano derecha apretando el asta de la lanza. Al despertarse y volver en sí, ahuyentaba aquella pesadilla y se frotaba con la mano, hasta hacerse daño, los párpados oprimidos.

La caballería aplastaba el trigo maduro. Las huellas de las herraduras de los caballos cubrieron el campo como si una granizada hubiera devastado toda Galitzia. Las toscas botas de los soldados hollaban las carreteras, amasando el cieno y machacando las calzadas como un rulo. Los proyectiles socavaron como la viruela la faz sombría de la tierra. Los trozos de hierro y de acero, salpicados de sangre humana, se enmohecían en los embudos. Resplandores rojos elevábanse por la noche en el horizonte. Las villas, los pueblos y los caseríos ardían en el mes de agosto cuando maduran las frutas y los granos; el cielo, barrido por el viento, estaba gris y triste, y en los ratos de sol los soldados se ahogaban bajo el calor agobiante. Finalizaba agosto. En los jardines, las hojas empezaban a amarillear; la púrpura las invadía poco a poco, y de lejos parecía que los árboles, heridos por los sablazos, estuvieran cubiertos de heridas.

El regimiento retirado de la línea de fuego se aprestó para un reposo de tres días recibiendo refuerzos enviados del Don. Cuando el escuadrón se preparaba a bañarse en un estanque vecino, un importante destacamento de jinetes abandonaba la estación situada a tres kilómetros del castillo. Cuando los cosacos del tercer escuadrón se acercaron al estanque para arrojarse al agua, el destacamento que llegaba de la estación descendía la pendiente y se pudo ver claramente que eran cosacos. Prokhor Zykov, que estaba quitándose la ropa, levantó la cabeza y miró a la carretera, diciendo:

— ¡Son de los nuestros! ¡Cosacos del Don! También Grigori siguió con los ojos la columna que bajaba hacia el castillo.

—Debe de ser un refuerzo para nosotros.

—Seguramente han movilizado la segunda reserva.

— ¡Mirad, muchachos! ¡Ahí está Stefan Astakhov!

¡Allí, en la tercera fila! —gritó Grochev, con una risa breve y ronca.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡También los han llamado a ellos!

— ¡Y ahí está Anikuchka!

— ¡Grichka! ¡Melekhov! ¡Tu hermano está ahí! ¿No lo ves?

—Sí. Lo veo.

—Debes convidarme a algo. Le he visto antes que tú.

Grigori, entornando los párpados, trataba de reconocer el caballo de Pedro. "Ha comprado otro", pensaba, y levantó los ojos hasta la cara de su hermano, extrañamente cambiada después de su última entrevista: tostado, el bigote cortado y las cejas plateadas, quemadas por el sol. Fue a su encuentro, se quitó la gorra y balanceó los brazos como en la instrucción. Los cosacos, medio desnudos, se precipitaron detrás de él dejando el dique y hollando los frágiles juncos y la grama.

El escuadrón de refuerzo daba la vuelta al jardín, dirigiéndose hacia el castillo donde estaba acuartelado el regimiento. En cabeza marchaba un capitán de alguna edad, corpulento, de boca dura, autoritaria.

"Debe de ser antipático y vocinglero", pensó Grigori. Sonrió a su hermano y observó la estatura del capitán y su caballo de raza calmuca.

— ¡Escuadrón! —gritó con voz clara el capitán— ¡Media vuelta a la izquierda! ¡Marchen!

— ¡Buenos días, hermano! —gritó Grigori alegremente emocionado—. ¿Cómo estás?

— ¡Bien, a Dios gracias! Me han enviado con vosotros. ¿Cómo te va?

— ¡Ya ves...!

— ¡Aún estás vivo!

— ¡Hasta ahora...!

—Recuerdos de los nuestros.

— ¿Cómo están?

—Todos están bien.

Pedro, apoyando la mano en la grupa de un caballo leonado, bien nutrido, se volvió sonriendo hacia Grigori. Después se alejó, desapareciendo tras las espaldas de otros jinetes, conocidos y desconocidos.

— ¡Buenos días, Melekhov! Te traigo saludos del lugar.

— ¿También vienes tú con nosotros? —dijo alegremente Grigori, reconociendo el pelo dorado de Michka Kochevoi.

— ¡Venimos como pollos a picotear el mijo!

— ¡Pronto estarás harto de picotear aquí! Y lo más probable es que te piquen a ti.

— ¿Tú crees?

Egorka Jarkov, en mangas dé camisa, corría saltando sobre un pie, tratando de ponerse el pantalón en plena carrera.

— ¡Buenos días, cosacos!

— ¡Ah! ¡Pero si es Egorka Jarkov!

— ¡Eh! ¡Semental! ¿Estás trabado?

— ¿Cómo va la madre?

—Está viva y te envía un saludo. Pero no hemos traído los regalos porque pesaban mucho.

Egorka escuchó la respuesta con seriedad desacostumbrada en él. Puso el trasero desnudo sobre la hierba y ocultó su cara abatida. No lograba enfundar la pierna temblorosa en el pantalón.

Los cosacos, medio vestidos, se agruparon cerca de la empalizada pintada de azul. El escuadrón recién llegado del Don entraba en el recinto por una avenida de castaños.

— ¡Hola, muchachos!

—Pero ¿eres tú, Alexei?

— ¡El mismo!

— ¡Adrian! ¡Adrian! ¿No me conoces? ¿Eres sordo? —Un saludo de tu mujer. ¡Eh! ¡Militares!

— ¡Que Cristo nos proteja! — ¿Está por aquí Boris Belov?

— ¿De qué escuadrón es?

—Creo que del cuarto.

— ¿De dónde es?

—De Zaton. Aldea Vegenskaía. — ¿Por qué quieres verle? —Interrumpió un tercer cosaco.

—Le necesito. Le traigo una carta.

— ¡Ah! ¡Hermano! Le mataron el otro día en Raibrody.

— ¿De veras?

— ¡Lo juro! ¡Fue delante de mis ojos! La bala le entró por debajo del pecho izquierdo.

— ¿Hay aquí alguno del río Tchernaia?

—Nadie. Ve más alla.

El escuadrón entró en el recinto. El dique se cubrió nuevamente de cosacos dispuestos para bañarse. Algunos instantes después, los recién llegados se reunieron con ellos. Grigori sentóse al lado de su hermano. En el dique, la tierra arcillosa, mojada y resbaladiza, olía a humedad y a cadáver.

El agua espesa se corrompía en las orillas.

—Vuestro escuadrón ¿se reunirá a nuestro regimiento?

— ¿Por qué? No... Nosotros somos el 27 Regimiento.

—Creía que erais un refuerzo para nosotros.

—Nuestro escuadrón está destinado a una División de infantería, a la que debemos unirnos. La que debe completar vuestros efectivos también ha venido con nosotros. Son los jóvenes.

— ¡Bien! Ahora, vamos a bañarnos.

Grigori se quitó rápidamente el pantalón y se dirigió al dique. Su cuerpo oscuro, alargado, un poco encorvado, apareció envejecido a los ojos de Pedro. Abriendo los brazos se lanzó de cabeza al agua verdosa, que se cerró tras él. Nadó hacia un grupo de cosacos que reían a carcajadas en el centro del estanque.

Pedro se quitó lentamente la cruz colgada a su cuello y la oración cosida al escapulario regalado por su madre. Se lo colocó debajo de la camisa y entró en el agua con repugnancia. Se trotó el pecho y las espaldas y lanzóse a nadar para reunirse con Grigo-

ri. Se destacaron del grupo y dirigiéronse hacia la orilla opuesta, arenosa y cubierta de zarzales. El agua y el ejercicio calmaron a Grigori, que siguió hablando en tono reposado, sin el ardor de antes.

— ¡Los piojos me devoran! ¡Estoy aburrido! Querría, por un momento, volver a casa. Si tuviese alas, volaría allí. Sólo para echar una ojeada. ¿Cómo están por allá?

—Natacha está en casa.

— ¡Ah!

—Vive allí.

—Y el padre y la madre, ¿cómo se encuentran?

—Van pasando. Pero Natacha espera siempre. Siempre piensa que tú volverás a ella.

Grigori escupió en silencio el agua que le había entrado en la boca. Pedro trataba de descifrar su mirada.

—Por lo menos, envíale recuerdos en tus cartas. Es una mujer que sólo vive para ti.

— ¿Qué es lo que quiere? ¿Atar lo que se ha roto?

— ¡Cómo decirte...! El hombre vive con su esperanza... Es una mujercita agradable. Seria. Se porta bien. Decir que mira a algo o a alguno con mala intención es un absurdo.

—Debía casarse. —No digas tonterías.

—No es ninguna tontería. Debía hacerlo.

—Esto es asunto vuestro. Yo no me meto en nada.

— ¿Y Duniachka?

—Ya es una muchacha casadera, hermano. Ha crecido de tal forma, en este año, que no la conocerías.

— ¿De verdad? —se asombró Grigori.

Se animó y su cara resplandecía.

— ¡Te lo juro! Se casará y nosotros nos empaparemos los bigotes de vodka en su boda. Pero quizá nos maten esos malditos.

—Es lo más fácil.

Salieron a la arena y se echaron, acodándose para calentarse al sol. Michka Kochevoi nadó hacia ellos, saliendo a medias del agua.

— ¡Ven al agua, Grichka! —Espera que descanse.

Grigori sepultó en la arena a un escarabajo y preguntó: — ¿Qué sabes de Axínia?

—La vi en el pueblo antes de declararse la guerra.

— ¿Qué había ido a hacer allí?

—Fue a casa del marido a retirar sus cosas. Grigori tosió, haciendo un agujero en la arena para ¿sepultar al escarabajo.

— ¿No hablaste con ella?

—La saludé solamente. Tenía las mejillas bien lucidas y parecía alegre. Se ve que vive bien, engordando en la cocina del señor.

— ¿Qué hizo Stefan?

—Le dio sus vestidos sin maltratarla. Pero tú debes desconfiar de él. Los cosacos me han dicho que un día, estando borracho, amenazó con enviarte una bala en la primera ocasión.

— ¡Ah! ¡Ah!

—No te perdonará nunca. —Ya lo sé.

—Me he comprado un caballo... —dijo Pedro cambiando de conversación.

— ¿Has vendido los bueyes?

—Sí, los del lunar en la frente; por ciento ochenta rublos. He pagado ciento cincuenta por el caballo. Es un buen animal. Lo compramos en Tsutskan.

— ¿Cómo está el trigo?

—Está bien. No hemos tenido tiempo de segarlo. Nos llamaron antes.

La conversación siguió versando sobre los trabajos agrícolas, y los dos hermanos estaban satisfechos. Grigori absorbía ávidamente las noticias de la familia, que le apartaban completamente su ser actual, tornándole el mocetón simple y voluntarioso de antes.

—Ahora vamos a refrescarnos un poco y después nos vestiremos —propuso Pedro, sacudiéndose la arena que tenía encima del vientre y temblando ligeramente.

Después del baño, todos volvieron en grupo. Cerca del muro que separaba el jardín de la carretera, Stefan Astakhov se unió a los dos hermanos. Mientras andaba, se peinaba con un peine de cuerno y colocaba los cabellos bajo la visera de la gorra. Se acercó a Grigori.

— ¡Hola, amigo!

—Buenos días —respondió Grigori, aflojando el paso y elevando hasta Stefan una mirada un poco inquieta y fugaz.

— ¿Me has olvidado?

—Casi. —Yo me acuerdo muy bien de ti —dijo Stefan, sonriendo burlonamente.

Pasó sin pararse y abrazó por los hombros a un cosaco con galones de oficial que iba delante de ellos. Al anochecer, el Estado Mayor de la División dio por teléfono la orden de partir para primera línea. El regimiento estuvo dispuesto en un cuarto de hora y, una vez completado con las nuevas unidades, se fue cantando a cubrir una brecha abierta por la caballería húngara, En el momento de separarse, Pedro dejó en la mano de su hermano una hoja de papel doblada en cuatro.

— ¿Qué es esto? —preguntó Grigori.

—He copiado para ti una oración. Tómala. — ¿Protege?

—No te rías, Grigori.

—No me río.

— ¡Bueno...! ¡Adiós, hermano! ¡Que te vaya bien! No corras delante de los otros. La muerte prefiere a los fogosos. Piensa en la aldea —gritó Pedro.

— ¿Y la oración? Pedro hizo un gesto vago.

Hasta las once de la noche marcharon sin tomar precauciones. A esta hora, los sargentos comunicaron a sus hombres la orden de avanzar en el mayor silencio posible y de no fumar. Las descargas sonaban en un bosque lejano, levantando rachas de una humareda violácea.

X

Un carnet encuadernado en piel color de encina. Las puntas, raídas, estaban un poco dobladas. El propietario debió llevarlo mucho tiempo en el bolsillo. Las hojitas se hallaban cubiertas por una escritura inclinada y nudosa.

* * *

"...Hace mucho tiempo que siento la necesidad de escribir mis pensamientos y de tener una especie de Diario. Ante todo, hablaré de ella. En el mes de febrero, no recuerdo en qué día, le fui presentado por su camarada, el estudiante de la Escuela Politécnica, Boiarichkin. Les encontré a la entrada de un cine. Boiarichkin nos presentó, diciendo: "Una muchacha de la aldea de Vechenskaia. Te la recomiendo mucho, Timofei; Lisa es una excelente muchacha." Recuerdo haber pronunciado algunas frases incomprensibles, mientras retenía su mano húmeda y suave en la mía. Así empezaron mis relaciones con Elisavieta Mokhova. Desde el primer momento comprendí que era una muchacha viciosa. En esta clase de mujeres, los ojos hablan más de lo necesario. Debo reconocer que hizo en mí una pésima impresión, sobre todo aquella mano templada y húmeda. Nunca he encontrado a nadie a quien le transpiren las manos de tal forma. Además, los ojos...; cierto que son lindos esos ojos, con su reflejo color avellana, pero resultan desagradables al mismo tiempo.

Amigo Vassia, cuido intencionadamente mi estilo y también empleo algunas imágenes, ya que este Diario ha de llegar a tus manos. (Tengo la intención de enviártelo a Semipalatinks, después del desenlace de la intriga amorosa que he empezado con Elisavieta Mokhova.) Acaso la lectura de este documento te produzca alguna distracción. Para que te formes una idea exacta de lo que ha pasado, voy a describírtelo todo, por orden cronológico. Después de habernos encontrado, fuimos los tres a ver una película idiota, ultrasentimental. Boiarichkin estuvo sin hablar —se quejaba de dolor de muelas—y yo tenía que sostener la conversación. Cuando descubrimos que éramos de aldeas vecinas, cambiamos nuestros recuerdos comunes sobre la belleza de las estepas y quedamos en silencio. Me atrevo a decir que me callé con satisfacción y que ella no estaba descontenta por aquel silencio. Me enteré que era estudiante de segundo año de Medicina, que era de una familia de comerciantes y que gustaba mucho del té fuerte y del tabaco de Asmolov. Como ves, no es gran cosa para conocer a una doncella de ojos de avellana. En el momento de separarnos (la acompañamos hasta la parada del tranvía) me invitó a ir a verla. Tomé nota de su dirección y pensé visitarla el 28 de abril.

29 de abril

Hoy he estado en su casa. Me ha ofrecido té con *halva* (dulces). En el fondo, es una muchacha interesante. Una lengua acerada y bastante inteligente. Regresó tarde a casa. Preparé los cigarrillos pensando en cosas que no tenían la menor relación con ella, especialmente pensaba en el dinero. Mi ropa está usada hasta la exageración y carezco de dinero. ¡La ruina!, en resumidas cuentas.

1.° de mayo

Día señalado por un acontecimiento. En Sokolniki, el inmenso parque cercano a Moscu, mientras pasábamos el tiempo sin pensar en nada, hemos presenciado un incidente: La Policía y un destacamento cosaco de una veintena de hombres, han dispersado una reunión obrera. Un borracho golpeó al caballo de un cosaco con el bastón. El cosaco le repelió con la fusta. Yo me aproximé y me mezclé en el asunto. Reconozco francamente que me movían los sentimientos más nobles. Intervine y grité al cosaco que era un bruto y otras cosas. Levantó su fusta para pegarme, pero le dije con firmeza que también yo era cosaco, de la aldea de Kamenskaia, y que, aunque le pusiera de vuelta y media, no les Daria cólico a los demonios. Tropecé con un cosaco indulgente, un joven a quien todavía el servicio, militar no había endurecido. Me contestó que él era de la aldea de Oust-Kopershaia y uno de los mejores pugilistas de su caserío. Nos separamos buenos amigos. Si hubiera intentado algo contra mí le habría hecho frente, lo que hubiera podido terminar mal para mí. Mi intervención se explica por la presencia entre nosotros de Elisavieta, pues, cuando estoy delante de ella, como si fuera un chico, deseo distinguirme con algún acto heroico. Me siento gallo de pelea y noto cómo, bajo mi gorro, aparece una cresta roja e invisible. Ya ves adónde he llegado.

3 *de mayo.*

Estoy de un humor de perros. Y lo peor es que carezco de dinero. Mi pantalón se ha abierto desesperadamente entre las piernas como una sandía muy madura. La esperanza de recoserlo es ilusoria. ¡Como si pudiera recoserse un melón! Valodka Strejnev ha venido hoy a casa. Mañana iré a la Universidad.

7 *de mayo.*

He recibido dinero de mi padre. Me sermonea en su carta, pero yo no siento la menor vergüenza. ¡Si supiera que la consistencia moral de su hijo ha empezado a derrumbarse...! Me he comprado un traje. Mi corbata llama la atención de todo el mundo. ¡Hasta de los cocheros! Ayer entré en una peluquería de Tverskaia. Salí de allí fresco como un dependiente de mercería. Un guardia me sonrió en la esquina de la calle Sadovaia-Triomphaluaia. ¡Qué bribón! Mi aspecto actual tiene algo de común con él. ¿Y hace tres meses? Pero no hay que remover la ropa sucia del pasado... Por azar he visto a Elisavieta a través del cristal del tranvía. Me ha saludado con un guante y me ha sonreído. ¡Así estamos!

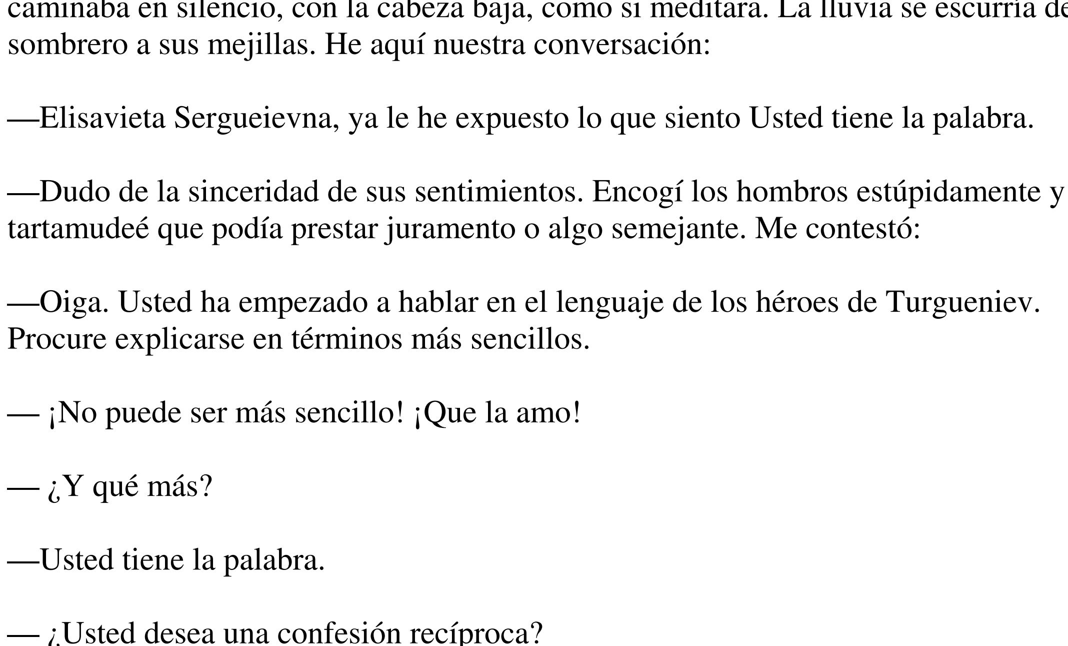
8 de mayo.

"El amor reina en todas las edades", como dicen los versos de Puchkin. Me imagino claramente la boca del marido de Tatiana abierta para el canto, como la de un cañón. Desde lo alto de la galería sentí un deseo irresistible de escupir en aquella boca. Y cuando recuerdo la frase de la ópera, sobre todo aquel "reee-iii-naaa", un bostezo contrae mis mandíbulas. Probablemente es nervioso.

Pero lo real es que a *mi edad* estoy enamorado. Escribo estas líneas y se me ponen los pelos de punta. He estado en casa de Elisavieta. Empecé desde lejos y en un estilo muy digno. Parecía no enterarse y trató de cambiar de conversación. ¿No es muy pronto todavía? ¡Ah, demonio! El traje es la causa de todo. Cuando me miro en el espejo, me encuentro irresistible y pienso que debo declararme. El cálculo y el buen sentido me dominan. Si no me declaro ahora, dentro de dos meses será tarde. Mi pantalón estará tan desgastado que me sentiré incapaz de aguantar dignamente una declaración amorosa. Cuando escribo esto me admiro de mí mismo, ¡Hasta qué punto los mejores sentimientos de los mejores hombres de nuestra época se manifiestan en mí! La pasión tierna e inflamada y la voz firme de la razón se unen en mi alma. Una ensalada de virtudes, sin contar las demás cualidades.

No conseguí llevar a término los trabajos de aproximación, porque la dueña de la casa llamó a Elisavieta al pasillo y le pidió un préstamo. Se negó y, sin embargo, tenía dinero. Yo lo sabía ciertamente y me representé su rostro y sus ojos de avellana en el momento en que rehusaba con voz sincera. Todo mi deseo de hablarle de amor se esfumó.

10 de mayo.



El asunto ha tomado un giro inesperado. Caía una lluvia templada y agradable. Ibamos por la calle Mokhovaia. Un viento oblicuo barría las losas de la acera. Yo hablaba y ella caminaba en silencio, con la cabeza baja, como si meditara. La lluvia se escurría del sombrero a sus mejillas. He aquí nuestra conversación:

—Elisavieta Sergueievna, ya le he expuesto lo que siento Usted tiene la palabra.

—Dudo de la sinceridad de sus sentimientos. Encogí los hombros estúpidamente y tartamudeé que podía prestar juramento o algo semejante. Me contestó:

—Oiga. Usted ha empezado a hablar en el lenguaje de los héroes de Turgueniev. Procure explicarse en términos más sencillos.

— ¡No puede ser más sencillo! ¡Que la amo!

— ¿Y qué más?

—Usted tiene la palabra.

— ¿Usted desea una confesión recíproca?

—Quiero una respuesta.

—Comprenda usted, Alexandre Ivanovitch..., ¿que puedo decirle? Usted me agrada un poquito. Tiene buena estatura...

—Creceré algo más —Le prometí.

—Pero nos conocemos tan poco... La comunidad...

— ¡Cuando hayamos comido juntos un saco de sal nos conoceremos mejor!

Se enjugo con la palma rosada de su mano las mejillas mojadas y dijo:

—Bueno. Si usted quiere, podemos unirnos. ¡Siempre se puede ensayar! Déme solamente un plazo para que pueda liquidar mi "afecto" anterior. — ¿Quién es? — pregunté con interés.

—No le conoce usted. Es un médico de enfermedades venéreas.

— ¿Cuándo estará usted libre?

—Espero que el viernes.

— ¿Y viviremos juntos? Es decir, ¿en la misma habitación?

—Es lo más cómodo. Usted se mudará a mi casa.

— ¿Por qué?

—Tengo un cuarto muy amplio. Es limpio y la dueña es simpática.

No hice objeciones. Nos separamos en la esquina de la calle. Nos besamos, con gran asombro de una señora que pasaba.

¿Qué me prepara el mañana?

22 de mayo.

Hoy había decidido comprarme ropa blanca, pero Lisa me ha obligado a hacer un desembolso inesperado. Se ha empeñado en comer en un restaurante elegante y en comprarse medias de seda. Y hemos comido y comprado las medias de seda; pero estoy desesperado. ¡Adiós, mi ropa interior!

27 de mayo.

¡Lisa me consume! Estoy agotado físicamente. Parezco el desnudo tallo de un girasol. Esto no es una mujer, sino fuego y humo.

2 de junio.

Hoy nos hemos despertado a las nueve. Mi maldita costumbre de mover los dedos de los pies ha dado el siguiente resultado: Lisa ha levantado la ropa y ha examinado detenidamente mis pies. Después ha resumido así sus observaciones: —No son pies, son cascos de caballo. ¡Peor que un casco! Y, además, esos pelos sobre los dedos...

¡Puah...! Un escalofrío de desagrado la recorrió y, metiendo la cabeza bajo las sábanas, volvióse de cara a la pared.

Yo estaba mortificado. Encogí las piernas y la toqué en la espalda.

—Lisa...

— ¡Déjame!

— ¡Lisa! ¡Es absurdo! No puedo cambiar la forma de mis pies. No me los hice de encargo. Y, respecto a la vegetación, de sobra sabes que el vello es absurdo y que se extiende por todas partes. Tú, como estudiante de Medicina, debías conocer las leyes naturales.

Volvió su cara hacia mí. Sus ojos avellana tomaron un matiz perverso más acentuado.

—Ten la bondad de comprar hoy mismo polvos contra la transpiración. Tus pies huelen a cadáver.

Le respondí acertadamente que siempre tenía las manos mojadas. Se calló, y para expresarme en estilo elevado diré "que mi alma se ensombreció". ¡Aunque es cierto que no sólo se trataba de pies y de pelos!

4 de junio.

Hoy hemos dado un paseo en barca sobre el Moscova. Hemos evocado nuestros recuerdos sobre el Don, Elisavieta se comportaba muy mal. Continuaba burlándose de mí, groseramente algunas veces. Contestarle en la misma forma sería provocar una ruptura que no deseo. A pesar de todo, cada vez me siento más unido a ella. Sencillamente, es una mujer mimada. Temo que mi influencia no sea suficiente para cambiar radicalmente su carácter. Una chiquilla encantadora y caprichosa. Una chiquilla, además, que sabe muchas cosas que yo conozco sólo de referencias. Al volver, me ha comprado en una droguería polvos de talco y alguna otra porquería. —Es para ti, contra el sudor. Me he inclinado amablemente ante ella y la he dado las gracias. Es ridículo, pero así fue.

7 de junio.

Su bagaje intelectual es muy pobre. Por otra parte, a veces sería capaz de enseñar a los demás.

Todas las noches, antes de acostarme, me lavo los pies con agua caliente, me los fricciono con agua de colonia y los espolvoreo con alguna porquería.

16 de junio.

Cada día se hace más insoportable. Ayer tuvo una crisis nerviosa. Es difícil vivir con una mujer así.

18 de junio.

¡Nada nos une! Hablamos lenguajes distintos. Lo único que nos une es el lecho. La vida se ha interrumpido...

Esta mañana, al buscar en mi bolsillo el dinero para ir a la panadería, ha encontrado este cuaderno:

— ¿Qué es esto?

Una oleada de fuego me ha subido al rostro. ¡Si abriera una o dos páginas! Le he contestado sorprendiéndome del tono natural de mi voz:

—Es un cuaderno de cálculos matemáticos.

Lo volvió a meter en mi bolsillo con indiferencia y salió. Hay que ser prudente. Las ingeniosidades, sólo son buenas cuando no las lee ningún extraño. Esto será una fuente de distracción para mi amigo Vassia.

21 de junio.

Elisavieta me deja estupefacto. ¡Tiene veintiún años! ¿Cómo ha podido pervertirse hasta este extremo? ¿De qué familia proviene? ¿Cómo ha sido educada? ¿Quién se ha preocupado de su desenvolvimiento? He aquí unas preguntas que me interesan mucho. Es extrañamente bonita. Está orgullosa de la perfección de su cuerpo. Se admira a sí misma: autoadmiración. Fuera de esto, nada existe para ella. He tratado varias veces de hablarle seriamente. Pero es más fácil convencer a un fanático de la inexistencia de Dios, que transformarla.

25 de junio.

Todo se explica de la forma más sencilla. Hoy hemos hablado francamente y me ha dicho que no soy capaz de satisfacerla físicamente. La ruptura no ha sido formalizada, pero se realizará, sin duda, un día de estos.

26 de junio.

Le haría falta un semental de la cuadra de la aldea. ¡Un semental!

28 de junio.

Me es muy penoso dejarla. Me ha enviscado como una pella de fango. Hoy hemos ido a las montañas Vorobievi. En el hotel se sentó cerca de la ventana, y el sol, filtrándose a través de los calados de la cortina, esclarecía sus cabellos de oro rojizo. ¡He aquí la poesía de las cosas pequeñas!

4 de julio.

He dejado mi trabajo y Elisavieta me ha dejado a mí. Hoy hemos bebido cerveza con Etrejuev. Ayer bebimos vodka. Elisavieta y yo nos hemos separado correctamente, como personas educadas. Sin decir nada y sin ningún reproche. Hoy la encontré en la calle con un joven que llevaba botas de montar. Ha correspondido con reserva a mi saludo. Ahora puedo terminar estas notas. La fuente está agotada.

30 de julio.

Acontecimientos inesperados me obligan a escribir de nuevo. ¡La guerra! La explosión de un entusiasmo bestial. Todo huele a patriotismo desde un kilómetro como un perro putrefacto. La juventud está contenta e indignada. Estoy devorado por los recuerdos de mí... "Paraíso perdido"... Ayer vi modestamente en sueños a Elisavieta. Ha dejado en mí una huella angustiosa. Necesitaré distraerme.

1.º de agosto.

Todo este alboroto empieza a cansarme. La angustia anterior vuelve a dominarme. La absorbo, como un niño el biberón.

3 de agosto.

¡Una solución! Me alisto para el frente. ¿Es necio? Mucho. ¿Es vergonzoso?

¿Qué importa? No sé qué hacer de mí. Sentiré, por lo menos, sensaciones nuevas. Sin embargo, hace solamente dos años no estaba tan deprimido. ¿Empezaré a envejecer?

7 de agosto.

Escribo en el tren. Acabamos de dejar Voronej. Mañana me apearé en Kameskaia. Estoy firmemente decidido. Voy a luchar "por la fe, por el zar y por la patria".

12 de agosto.

Me han tributado una solemne despedida. El *atamán* había bebido un poco y pronunció un discurso inflamado. Después, le dije en voz baja: "Es usted tonto, Andrei Karpovitch." Se quedó estupefacto y se molestó hasta ponerse verde. Contestó en tono sarcástico. "Y pensar que es usted instruido, no de aquellos que pegamos con las fustas en el año 1905." Le contesté que, a pesar mío, yo no era de "aquéllos"; le aconsejé que entrara en el partido socialdemócrata. Mi padre me abrazaba llorando. Su nariz goteaba. ¡Pobre padre! ¡Querría verte en mi pellejo! Le he propuesto en broma, partir conmigo, y ha gritado con espanto: "¿Qué dices? ¿Y la hacienda?" Mañana estaré en la estación del ferrocarril para marcharme.

13 de agosto.

En algunos sitios el trigo está sin segar. Gruesas marmotas permanecen echadas sobre las gavillas. Se parecen mucho a los alemanes de los cromos, que Kosma Krintchkov atraviesa con su lanza. Vivía tranquilo, estudiaba matemáticas y otras ciencias exactas y nunca había pensado en ser tan patriota. Cuando esté en el regimiento tendré que hablar con los cosacos.

22 de agosto.

En una estación he encontrado el primer convoy de prisioneros. Un oficial austriaco, alto, de aspecto deportivo, atravesaba, custodiaba, la estación. Dos señoritas que se paseaban por el andén le sonrieron. Las ha saludado elegantemente y sin detenerse las ha enviado un beso con la punta de los dedos. A pesar de hallarse prisionero el oficial estaba afeitado recientemente, era galante y sus botas amarillas relucían. Le he seguido con la mirada: un buen mozo, joven, de cara encantadora y simpática. Si me lo encontrara en el campo de batalla no podría levantar mi sable contra él.

24 de agosto.

Refugiados, refugiados, refugiados... Todos los caminos están ocupados por las caravanas de los refugiados y de militares. Hemos encontrado el primer tren hospital. He conversado con un soldado joven, que llevaba la cara vendada. Había sido herido por un casco de metralla. Estaba contento porque no tendría que volver al frente. Tenía un ojo destrozado. Y reía...

27 de agosto.

Me he incorporado a mi regimiento. El comandante es un viejecito muy amable; un cosaco del bajo Don. Aquí se percibe ya el olor de la sangre. Dicen que pasado mañana iremos a primera línea. Mi pelotón, el tercero del tercer escuadrón, está compuesto de cosacos de la aldea de Constantinovskaia. Son muchachos sencillos. No los hay que sepan hablar o cantar agradablemente.

28 de agosto.

Vamos a avanzar. Hoy truena fuertemente a lo lejos. Da la impresión de una tormenta que se acerca y de un trueno que rueda en la lejanía. Aspiro el aire para ver si noto señal de lluvia. Pero el cielo está limpio como el raso azul. Mi caballo empezó ayer a cojear. Se golpeó la pata contra la rueda de una cocina de campaña. Aquí todo es nuevo y extraordinario y no sé por dónde empezar mi descripción.

30 de agosto.

Ayer no tuve tiempo de escribir. Ahora escribo sobre la silla. Por el movimiento tengo que trazar letras deformes. Hemos venido tres a forrajear, con los carros.

Los camaradas están haciendo gavillas de hierba.

Yo, echado boca abajo, anoto pausadamente los acontecimientos de ayer. Ayer el sargento Tolokonikov nos envió de reconocimiento. Éramos seis. El sargento me trata de "estudiante" despectivamente. "¡Eh, tú, estudiante! ¡Tu caballo va a perder las herraduras! ¡Y tú no te das cuenta!" Llegamos a un pueblecillo incendiado. Hace calor. Los caballos y los jinetes sudan. Es necio que los cosacos estén obligados a llevar pantalones de paño. Pasado el pueblo, en una zanja, vimos el primer cadáver: un alemán.

A medio kilómetro del pueblo se levantaban los muros de un almacén incendiado. Las paredes de ladrillos aparecían negras y ahumadas en su parte superior. No decidiéndonos a pasar por la carretera, al lado de estos escombros, decidimos rodearles. Habíamos dado ya la mitad de la vuelta cuando abrieron el fuego desde detrás de los muros. Me da vergüenza confesarlo, pero el crepitar de los primeros disparos me hizo temblar. Me agarré al pomo de la silla, encogiéndome por instinto, y sacudí la brida. Galopamos hacia el pueblo, pasando por delante de la zanja donde estaba el cadáver del alemán, y no nos repusimos hasta haberlo traspuesto. Entonces retrocedimos y echamos pie a tierra. Dejamos los caballos con dos hombres, y los cuatro restantes fuimos hacia la entrada del pueblo. Marchábamos curvándonos, a lo largo de la zanja. Vi de lejos las piernas dobladas del alemán con sus cortas botas amarillas. Pasé ante él, conteniendo la respiración, como si temiera despertarle. La hierba por debajo del cadáver estaba verde y húmeda... Nos echamos en la zanja. Algunos minutos después, nueve ulanos alemanes desembocaron por detrás de los escombros del almacén incendiado. Iban en fila india. Reconocí sus uniformes. El oficial se destacó de la fila y gritó algunas palabras con voz gutural. El destacamento galopó en nuestra dirección... Los muchachos me llaman para ayudarles a cargar la hierba. Voy allá.

30 de agosto.

Querría terminar mi relato y decir cómo he disparado sobre un hombre por primera vez en mi vida.

Los ulanos galopaban hacia nosotros. Aún estoy viendo sus uniformes de color gris verdoso, color lagarto, sus cascos relucientes y las lanzas oscilantes, con banderolas. Montaban caballos de gran alzada. No sé por qué me puse a mirar el terraplén de la zanja y vi un escarabajo verde esmeralda. Me pareció que se agigantaba, adquiriendo proporciones enormes. Trepaba atrevidamente y movía todas las ramitas de hierba. Se acercó a mi codo, apoyado sobre la tierra gredosa de la rampa, subió sobre mi chaqueta caqui, descendió rápidamente al fusil y del fusil bajó a la correa. Seguía con los ojos su viaje, cuando oí la voz tajante del sargento Trundalei: "¡Tirad pronto! ¿Qué esperáis?" Afirmé el codo, cerré el ojo izquierdo y mi corazón se dilató haciéndose tan enorme como el escarabajo. El punto de mira de mi fusil temblaba entre la muesca del alza sobre el fondo gris verdoso del uniforme. Trundalei disparó a mi lado. Apreté el gatillo y oí el silbido quejumbroso de la bala. Seguramente había apuntado muy bajo, pues mi bala, de rebote, levantó una polvareda en la madriguera de un topo. Era la primera vez que disparaba sobre un hombre. Gasté mi cargador disparando sin apuntar, sin ver nada ante mí. Al apretar el gatillo la última vez y darme cuenta de que no tenía carga, miré a los alemanes. Eran nueve. Se retiraban con la misma alineación, yendo el último el oficial. Vi la grupa alisada del caballo del oficial y la punta metálica sobre su casco de ulano.

2 *de setiembre.*

Hay un pasaje en *La guerra y la paz,* de Tolstoi, en que habla de la línea que separa a dos ejércitos enemigos. Es la línea de lo "desconocido", que separa a los vivos de los muertos. El escuadrón de Nicolás Rostov cargaba sobre el enemigo, y Rostov intentaba definir esta línea con el pensamiento. Me he acordado vivamente del pasaje de la novela porque esta mañana, al amanecer, hemos atacado a los húsares alemanes.

Desde muy temprano, las fuerzas enemigas, vigorosamente apoyadas por la artillería, presionaban sobre nuestra infantería. He visto a nuestros soldados, creo que de los regimientos de infantería números 241 y 273, huir llenos de pánico, completamente desmoralizados por el fracaso de la ofensiva, pues después de haber atacado, sin el apoyo de la artillería, fueron rechazados por el fuego enemigo, perdiendo una tercera parte de sus efectivos. Los húsares alemanes les perseguían. Entonces entró en combate nuestro regimiento, que ocupaba una ventajosa posición de reserva. He aquí lo que recuerdo: Dejamos el pueblo de Tichoitchi a las tres de la madrugada, en medio de una profunda oscuridad. Se aspiraba el olor penetrante de los pinos y de los campos de avena. El regimiento avanzaba dividido en escuadrones. Dejamos a la izquierda la carretera y seguimos a campo traviesa. Los caballos resoplaban y mordisqueaban la avena cubierta de escarcha. A pesar de los capotes, teníamos frío. El regimiento vagó largo rato a través del campo, y sólo una hora después un oficial del Estado Mayor comunicó unas órdenes al coronel. Nuestro viejecito transmitió la orden con desagrado, y el regimiento giró en ángulo recto hacia el bosque. Los escuadrones se apretujaban en el camino abierto a través de los árboles. La batalla se desarrollaba, a corta distancia, a la izquierda. Las baterías austriacas estaban en acción y parecían numerosas. Las detonaciones retumbaban en el aire como si las ramas olorosas de los pinos ardieran sobre nuestras cabezas. Hasta la salida del sol fuimos únicamente espectadores. De pronto, se oyó un vítor débil, quejumbroso y triste. En seguida se hizo un silencio cortado por el claro tableteo de las ametralladoras. En aquel momento, desordenados pensamientos se confundían en mi cerebro. Lo único que se me representaba con una

lucidez rayana en el dolor eran los rostros innumerables de nuestros infantes, que avanzaban al ataque en columnas cerradas. Veía con la imaginación sus formas grises y curvadas con las gorras caqui de plato, con sus burdas botas, que no les llegaban a las rodillas, pisoteando la tierra otoñal mientras oía distintamente el tableteo de las ametralladoras austriacas. Dos regimientos fueron rechazados y huyeron, abandonando las armas. Un regimiento de húsares les perseguía de cerca. Nosotros les teníamos cogidos de flanco y estábamos a medio kilómetro de ellos. Una orden resonó. Nos desplegamos en un segundo. Sólo oí una palabra, fría, impasible: "¡March...!" ¡Volamos! Las orejas de mi caballo se abaten y se aprietan tan fuertemente sobre su cabeza como si nunca más hubieran de enderezarse.

4 de setiembre.

Estamos descansando. La cuarta División del Segundo Cuerpo de Ejército está llegando al frente. Estamos en el pueblo de Kobylino. Esta mañana, las unidades de la 11 División de Caballería y los cosacos del Ural han atravesado el pueblo a galope tendido. Los combates se desarrollan al Oeste. El cañón truena sin cesar. Después de la comida fui al hospital. Un convoy de heridos acababa de llegar. Los enfermeros reían entre ellos, mientras descargaban un coche. Me he acercado. Un soldado enorme, picado de viruelas, bajaba cojeando, pero sonriente, ayudado por un enfermero. "Mira, cosaquito —dijo dirigiéndose a mí—: ¡Me han metido plomo en las nalgas! Me han clavado cuatro pedazos dé metralla." El enfermero preguntó: "El obús ¿estalló por detrás?" "¡No; era yo, que avanzaba hacia atrás!"

Una enfermera salió de la casucha. Al verla, invadióme un temblor que me obligó a apoyarme en un carro. El parecido con Elisavieta era asombroso: los mismos ojos, la nariz, los cabellos, el mismo corte de cara... ¡Hasta la voz recordaba la de Elisavieta! Quizá sólo fuera una ilusión. ¿Empiezo a encontrar algo semejante entre ella y todas las mujeres...?

5 de setiembre.

Durante veinticuatro horas se ha dejado pastar a los caballos. Ahora volvemos al frente. Estoy destrozado físicamente. El trompeta toca a botasillas. Dispararía contra él a gusto en este momento...

El comandante del escuadrón envió a Grigori Melekhov para establecer el enlace con el Estado Mayor del regimiento. Al pasar por el sitio donde el combate se había verificado, vio en medio de la calzada el cadáver de un cosaco con la rubia cabeza apoyada sobre los guijarros. Grigori se apeó del caballo y, tapándose la nariz, registró el cadáver. Un olor denso y fétido se expandía ya. En el bolsillo del pantalón encontró este cuaderno de notas, un trozo de lapicero y un portamonedas. Le desabrochó la cartuchera y examinó rápidamente la cara pálida y húmeda, que ya empezaba a descomponerse. En la frente y en la nariz le aparecían manchas negras y aterciopeladas. El polvo llenaba una arruga que le cruzaba la frente, dándole una expresión grave y pensativa.

Grigori le cubrió la cara con un pañuelo encontrado en los bolsillos del muerto, y siguió

su camino, volviéndose de vez en cuando. En el Estado Mayor entregó el cuaderno a los escribientes. Éstos lo leyeron en voz alta y sonrieron ante la vida breve de un desconocido y el relato de sus pasiones terrestres.

XI

Después de la ocupación de Lechnov, la 11 División de Caballería pasó combatiendo a través de Stanislavtchik, Radzivill, Brody, y el 15 de agosto acampó cerca de la villa de Kamenta-Strumilovo. El grueso del ejército la seguía. La infantería se concentraba en importantes puntos estratégicos, y los convoyes de avituallamiento y los Estados Mayores se acumulaban en los nudos ferroviarios. Como una trenza siniestra, el frente se extendía hasta el mar Báltico. En los Estados Mayores se habían elaborado los planes de una intensa ofensiva. Los generales estudiaban los mapas; los correos galopaban con las órdenes, y centenares de miles de soldados iban hacia la muerte.

Los observadores comunicaban que el enemigo concentraba importantes fuerzas de caballería cerca de la ciudad. En los bosquecillos, a lo largo de los caminos, se entablaban constantes escaramuzas. Las patrullas cosacas entraban en contacto con los destacamentos de reconocimiento del enemigo.

En los días siguientes al encuentro con su hermano, Grigori Melekhov trató en vano de restablecer la paz en su alma. Durante las horas de marcha no lograba dominar los pensamientos lúgubres y restablecer el equilibrio precedente.

El regimiento acababa de ser reforzado por un batallón de cosacos de la tercera reserva. Uno de ellos, Alexei Uriupin, cosaco de la aldea de Kasanskaia, fue destinado al pelotón de Grigori. Uriupin era alto, un poco cargado de espaldas, con la mandíbula prominente y un bigotito caído de calmuco. Sus ojos, alegres y audaces, reían siempre, a pesar de su edad. Estaba calvo y sólo tenía escasos cabellos a ambos lados del cráneo desnudo y abombado. Desde el primer día, los cosacos le dieron el sobrenombre de *Chubaty* (Enmarañado).

Después de un combate, el regimiento disfrutó de un día de reposo, cerca de Brody. Grigori se alojó en la misma casucha que *Chubaty.* Hablaron entre sí.

— ¡Pareces algo decaído, Melekhov!

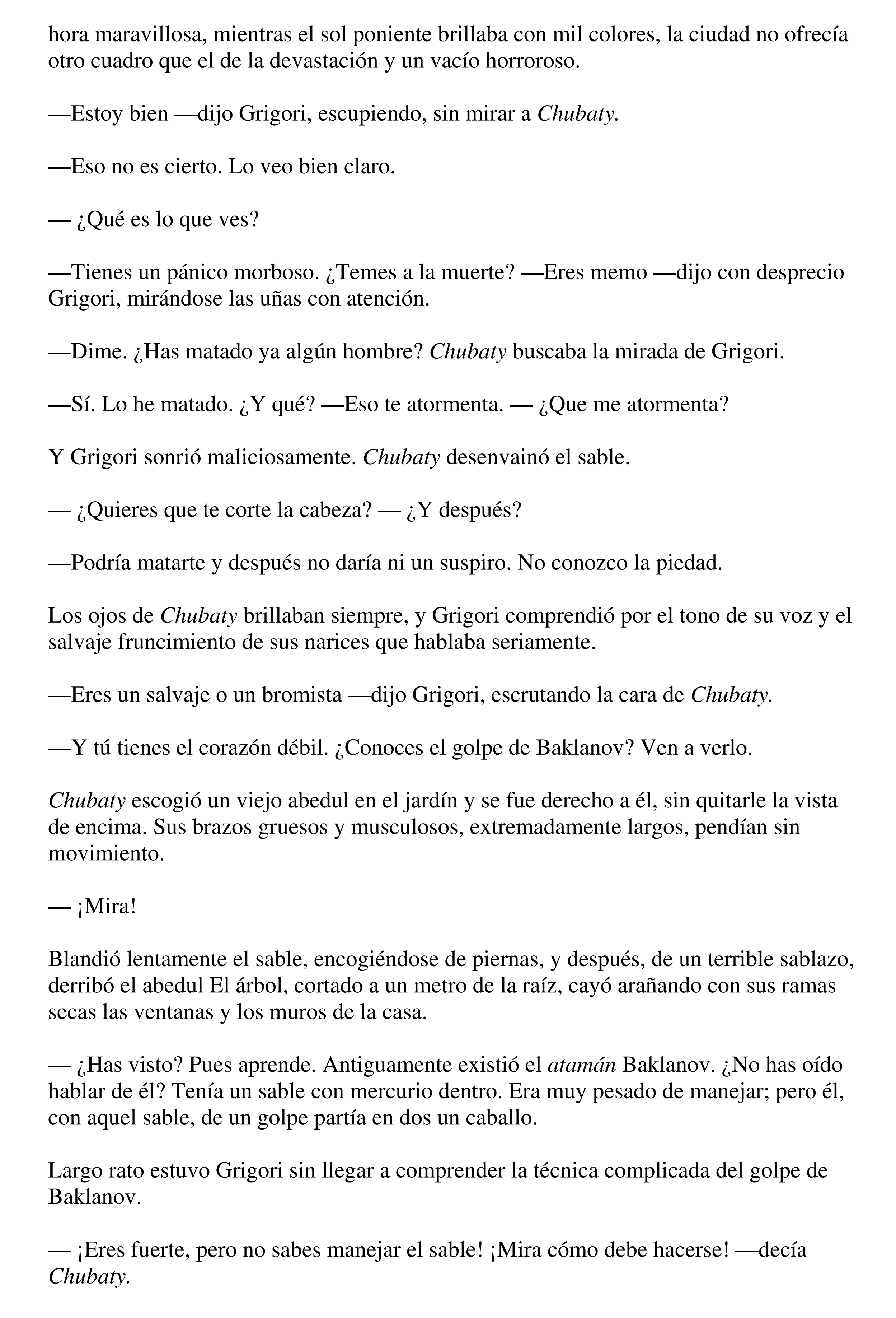
— ¿Cómo, decaído? —dijo Grigori, frotándose las cejas.

—Estás débil, como si estuvieras enfermo —explicó *Chubaty.*

Estaban dando el pienso a los caballos y fumaban apoyados en una vieja empalizada cubierta de musgo. Los húsares marchaban por las calles en filas de a cuatro. Los cadáveres yacían cerca de las tapias.

Los austriacos se habían batido en retirada en las calles de la ciudad.

Una humareda apestosa fluctuaba sobre las ruinas de la sinagoga incendiada. A esta



hora maravillosa, mientras el sol poniente brillaba con mil colores, la ciudad no ofrecía otro cuadro que el de la devastación y un vacío horroroso.

—Estoy bien —dijo Grigori, escupiendo, sin mirar a *Chubaty.*

—Eso no es cierto. Lo veo bien claro.

— ¿Qué es lo que ves?

—Tienes un pánico morboso. ¿Temes a la muerte? —Eres memo —dijo con desprecio Grigori, mirándose las uñas con atención.

—Dime. ¿Has matado ya algún hombre? *Chubaty* buscaba la mirada de Grigori.

—Sí. Lo he matado. ¿Y qué? —Eso te atormenta. — ¿Que me atormenta?

Y Grigori sonrió maliciosamente. *Chubaty* desenvainó el sable.

— ¿Quieres que te corte la cabeza? — ¿Y después?

—Podría matarte y después no daría ni un suspiro. No conozco la piedad.

Los ojos de *Chubaty* brillaban siempre, y Grigori comprendió por el tono de su voz y el salvaje fruncimiento de sus narices que hablaba seriamente.

—Eres un salvaje o un bromista —dijo Grigori, escrutando la cara de *Chubaty.*

—Y tú tienes el corazón débil. ¿Conoces el golpe de Baklanov? Ven a verlo.

Chubaty escogió un viejo abedul en el jardín y se fue derecho a él, sin quitarle la vista de encima. Sus brazos gruesos y musculosos, extremadamente largos, pendían sin movimiento.

— ¡Mira!

Blandió lentamente el sable, encogiéndose de piernas, y después, de un terrible sablazo, derribó el abedul El árbol, cortado a un metro de la raíz, cayó arañando con sus ramas secas las ventanas y los muros de la casa.

— ¿Has visto? Pues aprende. Antiguamente existió el *atamán* Baklanov. ¿No has oído hablar de él? Tenía un sable con mercurio dentro. Era muy pesado de manejar; pero él, con aquel sable, de un golpe partía en dos un caballo.

Largo rato estuvo Grigori sin llegar a comprender la técnica complicada del golpe de Baklanov.

— ¡Eres fuerte, pero no sabes manejar el sable! ¡Mira cómo debe hacerse! —decía *Chubaty.*

Y su sable cortaba el árbol con una fuerza extraordinaría.

—Parte a los hombres sin ningún reparo. El hombre es blando como la pasta —predicaba *Chubaty,* riendo con los ojos —. No te preguntes el cómo y el porqué. Eres cosaco y tu obligación es dar sablazos sin preguntar nada. Es algo sagrado matar al enemigo en el combate. Por cada muerto. Dios te perdona un pecado, como por una serpiente aplastada. No se debe destruir sin razón a un animal, supongamos una vaca u otro cualquiera. Pero los hombres deben ser exterminados sin la menor duda. El hombre es impuro. Es una plaga asquerosa. Mancilla la tierra en que vive como una seta venenosa.

Grigori trató de hacer algunas objeciones, pero *Chubaty* frunció las cejas y se hundió en el silencio. Grigori observó con asombro que todos los caballos tenían miedo de *Chubaty.* Cuando se acercaba a ellos bajaban las orejas y se apretaban unos contra otros, como si se acercase una fiera en vez de un ser humano. Cerca de Stanislavtchik, avanzando por un lugar arbolado y pantanoso, el escuadrón se vio obligado a echar pie a tierra. Algunos cosacos condujeron los caballos hacia el valle resguardado. *Chubaty* estaba de servicio, pero se negó rotundamente.

— ¡Uriupin, hijo de perra! ¿Qué te pasa? ¿Por qué no quieres llevar a los caballos? —gruñó el sargento del pelotón.

—Tienen miedo de mí. ¡Palabra de honor! —respondió *Chubaty,* y ocultó la risa habitual de sus ojos.

No iba nunca a la cuadra. Cuidaba bien a su caballo y siempre le trataba bien; pero Grigori observó que cuando se acercaba a él, con los brazos inmóviles pegados a los costados, un escalofrío recorría al caballo, que se ponía inquieto.

—Dime, bienaventurado, ¿por qué te temen los caballos? —le preguntó una vez Grigori.

— ¡Quién sabe! —Y *Chubaty* se encogió de hombros —. Sin embargo, les trato bien.

—Olfatean a los borrachos y les temen; pero tú eres sobrio.

—Mi corazón es duro, y ellos lo notan.

— ¡Tienes corazón de lobo, o acaso no lo tengas! ¡Quién sabe si tendrás una piedra en su lugar!

— ¡Puede ser! —accedió voluntariamente *Chubaty.*

Cerca de la ciudad de Kamanka-Strumilovo, el tercer pelotón fue enviado en su totalidad de exploración, al mando de un oficial. Un desertor turco había hablado la víspera de una distribución de tropas austriacas y de un proyecto de contraofensiva sobre la línea Gorchi-Stavinski. Había que vigilar continuamente el camino por el cual debían efectuar el movimiento las fuerzas enemigas. Por esto el oficial jefe del pelotón dejó cuatro cosacos con un cabo a la entrada de un bosque y partió con los otros hacia la aldea, cuyos tejados se mostraban detrás de la colina.

Grigori Melekhov, el cabo, un cosaco joven, Silantiev, *Chubaty* y Michka Kochevoi quedaron a la entrada del bosque, cerca de una antigua capilla de techo puntiagudo coronado por un oxidado crucifijo.

— ¡Echad pie a tierra, muchachos! —ordenó el cabo—. Kochevoi, lleva a los caballos detrás de esos pinos. Allí donde son más espesos.

Los cosacos, echados bajo un abeto inclinado, fumaban. El cabo no se quitaba los gemelos de los ojos. A diez pasos ondulaba un campo de trigo no segado, cuyos granos esparcía el viento. Las espigas, vacías, se curvaban gimiendo tristemente.

Durante media hora los cosacos permanecieron tranquilos, dirigiéndose escasas palabras. De la derecha de la ciudad, provenía, sin interrupción, el ruido de los cañonazos. Grigori se arrastró hacia el campo de trigo y, escogiendo las espigas llenas, las estrujó en la mano, comiendo los granos secos. — ¡Me parece que vienen los austriacos! —gritó a media voz el cabo. — ¿Por dónde? —preguntó Silantiev. —Allá. Salen del bosque. Mira a la derecha. Un grupo de jinetes apareció, desembocando de un bosquecillo lejano. Se pararon, examinando con atención el campo y los bordes del bosque, que por algunos sitios se adentraba en la planicie, y se dirigieron hacía donde se encontraban los cosacos. — ¡Melekhov! —llamó el cabo. Grigori se acercó al abeto, arrastrándose. —Dejémosles avanzar y luego les enviaremos una buena descarga. ¡Preparad los fusiles, muchachos! —murmuró febrilmente el cabo. Los jinetes venían al paso, torciendo hacia la derecha. Los cuatro cosacos, bajo los abetos, contenían la respiración.

— ¡...Acht! ¡Kaporal! —resonó, llevada por el viento, una voz joven y sonora.

Grigori levantó la cabeza. El grupo se componía de seis húsares húngaros de vistosos uniformes. El primero montaba un hermoso caballo negro, llevaba una carabina en la mano y reía en voz baja.

— ¡Fuego! —ordenó el cabo.

Sonó la descarga y el eco repercutió detrás del bosque.

«— ¿Qué demonios pasa? —gritó Kochevoi, asustado—. ¡Pr-pr-pr! ¡Maldita bestia! ¿Estás rabioso? ¡Sosiégate, diablo! —añadió, dirigiéndose a los caballos. Los húsares galopaban en fila a través del campo. El que montaba el hermoso caballo negro disparaba al aire su carabina. El último, un poco separado de los otros, se inclinaba sobre el cuello de su caballo y se volvía, sujetándose el kepis con la mano izquierda.

Chubaty se levantó el primero, y, llevando el fusil en la mano, corrió, metiéndose entre el trigo. A unos cincuenta metros un caballo caído agitaba las patas en el aire. Un húsar húngaro, sin kepis, estaba de pie cerca del caballo y se oprimía la pierna, que se había herido al caer. Gritó algo desde lejos y levantó los brazos, volviéndose hacia sus camaradas, que se alejaban. Todo esto sucedió tan rápidamente que Grigori no se dio cuenta de ello hasta que el cabo llevó al prisionero cerca de los abetos.

— ¡Quítate eso, soldado! —gritó *Chubaty* cogiendo el sable al austriaco.

El prisionero tuvo una sonrisa embarazosa y se puso a quitarse rápidamente la correa, pero sus manos temblaban y no lograba desenganchar la hebilla. Grigori le ayudó precavidamente. El húsar, un joven mofletudo, con una verruguita en un extremo del labio superior afeitado, le sonrió con agradecimiento y movió la cabeza asintiendo. Parecía dichoso por verse desembarazado de sus armas. Miró con curiosidad a los cosacos, buscó en sus bolsillos, sacó una petaca de cuero y empezó a hablar rápidamente, ofreciendo tabaco, por gestos, a los cosacos.

—Nos Invita —dijo sonriendo el cabo, y sus dedos palparon en su bolsillo el papel de fumar. —Fumemos gratis —dijo riendo Silantiev. Los cosacos hicieron cigarrillos y empezaron a fumar. El tabaco negro, para pipa, se les subió a la cabeza.

— ¿Dónde está tu fusil? —preguntó el cabo, aspirando ávidamente la chupada.

—Mírale —respondió *Chubaty* mostrando la correa amarilla de la carabina, que se había pasado al hombro.

—Hay que conducirle al escuadrón. El Estado Mayor necesita confidencias. ¿Quién le llevará? —preguntó el cabo tosiendo y mirando a los cosacos desconfiadamente.

—Yo le acompañaré —propuso *Chubaty.*

—Vete, pues.

El prisionero pareció comprender y empezó a sonreír tristemente. Tratando de dominarse, revolvió en sus bolsillos y ofreció a los cosacos chocolate blando y oloroso.

—Yo *ruteno..., ruteno...,* no austriaco —decía, retorciendo las palabras.

— ¿Tienes otras armas? No charles más, que todo es igual y no te comprendo. ¿Tienes revólver? ¿Tienes *tac-tac?*

Y el cabo oprimió un gatillo imaginario. El prisionero movió furiosamente la cabeza.

— ¡No tener! ¡No tener!

Se dejó registrar dócilmente. Sus gruesos carrillos temblaban. La sangre corría por su pantalón desgarrado. Se veía una rozadura sobre la piel rosada. Le aplicó su fino pañuelo, frunciendo las cejas, haciendo chascar la lengua, y habló sin cesar. Su kepis había quedado cerca del caballo muerto, y pidió permiso para ir a recoger la manta, el kepis y la cartera, que contenía los retratos de sus padres. El cabo se esforzaba en vano por comprenderle, y dijo desesperado:

— ¡Llévatelo! *Chubaty* cogió su caballo, que guardaba Kochevoi, saltó sobre la silla, reajustó la correa de su fusil e indicó con la mano:

— ¡En marcha, militar! ¡Vaya un guerrero de buena sangre!

Envalentonado por su risa, el prisionero sonrió y, marchando al lado del caballo, dio un golpecito con familiaridad insinuante en la seca rodilla de *Chubaty;* pero éste le separó

severamente, tiró de la brida y le dejó pasar delante.

— ¡Andando, demonio! ¡No tengo ganas de broma! El prisionero sonrió, después se puso serio y partió, volviéndose a menudo hacia los cosacos. Un mechón de cabellos rubios se levantaba arrogantemente sobre su cabeza. De esta forma quedó grabado en la memoria de Grigori: la bordada guerrera de húsar, echada sobre los hombros; los cabellos rubios, agitados; el andar seguro y marcial.

—Melekhov, ve a desensillar su caballo —dijo el cabo escupiendo con pena la colilla, que ya le quemaba los dedos.

Grigori quitó la silla al cadáver del caballo y recogió, sin saber por qué, el kepis caído a su lado. Desdobló la badana y notó un olor de jabón barato mezclado a sudor. Llevó la silla, sujetando cuidadosamente con la mano izquierda el kepis del húsar. Los cosacos, agrupados bajo los abetos, registraron los sacos de la silla y examinaron ésta, que era de un modelo que nunca habían visto.

—Tiene buen tabaco. Debíamos haberle pedido para otro cigarrillo —confesó Silantiev.

—Es verdad, es verdad. Es buen tabaco.

—Parece miel y se mete en la garganta como el aceite.

El cabo suspiró ante este recuerdo y tragó saliva. Algunos minutos después, una cabeza de caballo apareció entre los abetos. *Chubaty* volvía.

— ¿Cómo? —Y el cabo dio un salto—. ¿Le has dejado huir?

Chubaty se aproximó, echó pie a tierra y se estiró.

— ¿Qué has hecho del austriaco? —preguntó el cabo, yendo hacia él.

— ¡Ah...! ¡Dejadme en paz! —contestó *Chubaty* con rabia—. Ha huido... Ha querido huir...

— ¿Y le has dejado escapar?

—En cuanto llegó al claro empezó a correr. Entonces le derribé de un sablazo.

— ¡Mientes! —gritó Grigori—. ¡Le has matado sin razón!

— ¿Qué ruido metes? ¡Ese no es asuntó tuyo!

Chubaty alzó hasta Grigori sus ojos de hielo.

— ¿Cómo?

Grigori se levantó lentamente, tanteando a su alrededor con manos temblorosas.

—No te metas donde no te llamen, ¿comprendes? No te metas —repitió severamente

Chubaty.

Cogiendo nerviosamente su carabina, Grigori la hizo entrar en juego. Su dedo se movía sin encontrar el gatillo. Su rostro contraído mostraba una gran lucha.

— ¡Alto ahí! —gritó el cabo.

Se precipitó sobre Grigori, empujándole antes de que el disparo sonara, y la bala, cantando quejumbrosamente, derribó unas ramitas de abeto.

— ¿Qué has hecho? —gritó Kochevoi, estupefacto.

Silantiev, con la boca abierta, seguía sentado. El cabo empujando a Grigori en el pecho, trataba de arrancarle el fusil. *Chubaty* no se movía. Seguía en la misma postura, con una pierna ligeramente separada y la mano izquierda en la cintura.

—Tira otra vez.

— ¡Te mataré! —gritó Grigori, tratando de lanzarse sobre él.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Qué es esto? ¿Queréis comparecer ante un Consejo de Guerra? ¿Queréis que os fusilen? ¡Deponed las armas! —aulló el cabo.

Y, empujando a Grigori, se metió entre él y *Chubaty,* separando los brazos.

—Fanfarroneas. No me matarás —dijo *Chubaty* riendo y golpeando el suelo con el tacón.

Al crepúsculo, cuando volvían, Grigori fue el primero en ver, en el claro, el cadáver del prisionero. Adelantándose a los otros, paró cerca de él su caballo, que se resistía a acercarse. El húsar estaba echado boca abajo, con la cabeza hundida entre la hierba y un brazo extendido. La palma amarilla de su mano, abierta sobre el verde, parecía una hoja de otoño. El terrible sablazo, dado por detrás, había partido en dos al austriaco.

— ¡Cómo lo ha dividido! —murmuró sordamente el cabo, que pasaba a su lado, mirando compasivamente el mechón rubio erizado sobre la cabeza caída del muerto.

Hasta que regresaron al escuadrón los cosacos no pronunciaron una palabra.

Las sombras se extendían. El viento empujaba desde el Oeste una enorme nube negra. Del pantano llegaba un olor fétido de humedad, de ácidos y de podredumbre. Un búho aullaba. El silencio somnoliento sólo era interrumpido por el tintineo de los arneses, por el ruido seco de los sables chocando con el estribo, por el crujir de las ramitas de abeto secas bajo los cascos de los caballos. Los últimos fulgores del sol, ya desaparecido, se extinguían tras los árboles. *Chubaty* fumaba continuamente. El fuego esclarecía con intermitencias sus gruesos dedos, de uñas abombadas y negras, que sujetaban firmemente el cigarrillo.

La nube se acercaba por encima del bosque, acentuando y condensando los colores apagados e indeciblemente tristes del crepúsculo.

XII

Las operaciones para la toma de la ciudad empezaron al amanecer. La infantería, apoyada en sus flancos por la caballería, debía empezar la ofensiva desembocando del bosque. Ocurrió un contratiempo. Dos regimientos de infantería no llegaron a tiempo; el 211 de ametralladoras, que había recibido la orden de apostarse en el flanco izquierdo, durante el despliegue, efectuado también por otro regimiento, fue cañoneado por una batería rusa. Una confusión lamentable destruyó todos los planes. La ofensiva estuvo a punto de degenerar, si no en desastre, por lo menos en fracaso. Mientras la infantería volvía a sus posiciones y los artilleros se ocupaban en sacar las piezas y los caballos del pantano, donde hablan llegado durante la noche, la 11 División se lanzó al ataque. Las condiciones del terreno, cenagoso y plagado de bosquecillos, no permitían atacar un frente amplio. En algunos sectores, nuestros escuadrones se vieron obligados a cargar por pelotones. El cuarto y el quinto escuadrón del 12 regimiento fueron colocados de reserva. Los otros ya habían entrado en la ola de la ofensiva. Al cabo de un cuarto de hora, los que estaban en retaguardia oyeron un retumbar sordo, gritos y disparos:

— ¡Hurra! ¡Hurra!

— ¡Ahí van los nuestros!

— ¡Avanzan!

— ¡Escucha cómo escupen las ametralladoras!

— ¡Es a los nuestros a los que siegan!

— ¡Ya no gritan! ¿Oís?

— ¡Eso quiere decir que ya están allí!

— ¡Pronto también nosotros cantaremos la misma canción!

Los cosacos cambiaban frases entrecortadas entre ellos. El escuadrón aguardaba en un claro rodeado de elevados abetos. Una compañía de infantería desfiló a paso de carga. Un sargento, ensangrentado y arrogante, dejó pasar las últimas filas y gritó con voz ronca:

— ¡Apretad las filas!

La compañía desapareció detrás de los árboles con ruido de pasos y de armas

entrechocadas.

Desde lejos, del otro lado de la colina y del bosquecillo, llegó de nuevo un grito que se debilitaba:

— ¡Hurra!

Después enmudeció súbitamente. Un silencio denso y angustioso pesó sobre el bosque.

— ¡Es que ahora ya están allí!

— ¡Combaten! ¡Están en un cuerpo a cuerpo!

Todos escuchaban, afinando el oído; pero el silencio era impenetrable. Sobre el flanco derecho, la artillería austriaca fulminaba a los asaltantes. Las ametralladoras repiqueteaban en los oídos.

Grigori Melekhov observaba el pelotón. Los caballos, como picados por el tábano, estaban inquietos e impacientes, como si les asaltasen nubes de tábanos. *Chubaty,* con la gorra enganchada al pomo de la silla, mostraba su calvicie violácea. Al lado de Grigori, Michka Kochevoi aspiraba ávidamente el humo del cigarrillo. Todos los objetos que le rodeaban parecíanle a Grigori claros y de una realidad exagerada. Experimentaba una sensación semejante a la que se siente después de una noche blanca.

Los escuadrones siguieron de reserva cerca de tres horas. El bombardeo, tan pronto disminuía como redoblaba con fuerza inusitada. Un avión dio estridentemente algunas vueltas sobre sus cabezas. Iba a una altura vertiginosa y voló hacia el Este, subiendo cada vez más alto. Las pequeñas humaredas lechosas de las *sharapnells* aparecieron debajo del avión, en el aire azul.

A mediodía se hizo entrar en combate a las reservas. Los hombres habían ya fumado todo el tabaco y se consumían en la espera cuando llegó al galope un correo con la orden de atacar. Inmediatamente el comandante hizo avanzar el cuarto escuadrón. Lo condujo sesgando hasta cierto sitio; a Grigori le hizo el efecto de que volvían atrás. Durante veinte minutos atravesaron, rompiendo filas, un paraje cubierto de maleza. El ruido del combate se acercaba más y más. Muy cerca, a su espalda, se oía el fuego constante de una batería. Los proyectiles, silbando y aullando, pasaban por encima de la cabeza de los cosacos. El escuadrón, que se había dispersado durante el paso por el bosque, salió en desorden al campo. A medio kilómetro de distancia, a la entrada de un bosquecillo, unos húsares húngaros atacaban a sablazos a los servidores de una batería rusa.

— ¡Escuadrón! ¡Formar!

Y, antes de que tuviera tiempo de desplegarse:

— ¡Escuadrón! ¡Desenvainad! ¡A la carga! ¡March! Las hojas azules brillaron en el aire como un aguacero. El escuadrón pasó del trote al galope.

Seis húsares húngaros se agitaban junto a los tiros de una pieza de artillería. Uno tiraba

de las bridas de los caballos, que se encabritaban, y otro les golpeaba de plano con el sable. Los demás, pie a tierra, les ayudaban, empujando las ruedas del armón. Un oficial hacía caracolear su yegua, de cola cortada y color chocolate. Daba órdenes. Los húngaros, viendo a los cosacos, dejaron el cañón y partieron al galope. — ¡Así! ¡Así! ¡Así!

Grigori medía mentalmente el galope de su caballo. Por un segundo, su pie resbaló del estribo. Perdió el equilibrio sobre la silla y buscó el estribo con angustia. Inclinándose, lo encontró, hundió en él la punta del pie, levantó los ojos y vio de pronto, el ataque de los seis. Silantiev adelantó a Grigori. El oficial húngaro, montado en la yegua de cola cortada, le mató de un tiro de revólver a boca de jarro. Silantiev se balanceó sobre la silla y cayó, tendiendo las manos hacia el lejano azul, estrechando el vacío. Grigori cambió la dirección para coger de lado al oficial, a fin de golpearle más fácilmente. El oficial observó la maniobra e hizo fuego. Descargó contra Grigori todas las balas de su revólver y desenvainó el sable. Evidentemente era un excelente esgrimidor, pues paró como jugando los tres formidables golpes de Grigori. Éste, con la boca contraída, se le emparejó por cuarta vez. Sus caballos galopaban casi juntos. Grigori veía el rostro terso y afeitado, color gris ceniza, del oficial; el galón y el número sobre el cuello del uniforme. Burló la vigilancia del húngaro y con astucia, cambiando la dirección del sable, le tocó entre los omoplatos; después le dio un sablazo en el cuello, donde comienzan las vértebras. El húngaro dejé caer el brazo que sostenía el arma, soltó la brida y se enderezó sobre el pomo de la silla. Experimentando un enorme alivio, Grigori le dio otro sablazo en la cabeza. Vio cómo la hoja se hundía en el parietal del húngaro.

Un terrible golpe en la cabeza, dado por detrás, hizo perder el conocimiento a Grigori. Sintió en la boca el sabor caliente y salado de la sangre y comprendió que se caía del caballo. Le pareció que la tierra, cubierta de rastrojos se acercaba rápidamente. El golpe de la caída le hizo volver en sí por un segundo. Abrió los ojos, inundados de sangre. Sintió cerca de su oído el martilleo de los cascos y la respiración fatigosa de un caballo. Abrió los ojos por última vez y vio las rosadas narices dilatadas del caballo y una bota que colgaba del estribo. "Esto es el fin." Este pensamiento aliviador se deslizó como una serpiente por su espíritu. Después, un zumbido sordo y el profundo vacío.

XIII

A principios de agosto, el oficial Evgueni Listnitski decidió pasar del regimiento Atamanski de la Guardia Imperial a un regimiento cosaco del ejército. Hizo la petición, y tres semanas después logró ser enviado al frente. Una vez cumplidos los requisitos, y antes de dejar Petersburgo, comunicó a su padre su decisión en una carta:

Papá: He dado los pasos necesarios para ser transferido del Atamanski al ejército combatiente. Acabo de recibir mi nombramiento, y voy a partir para ponerme a la disposición del comandante del Segundo Cuerpo de Ejército. Probablemente le extrañará mi decisión; pero me empezaba a pesar el ambiente en que vivía. ¡No podía más! Ya estaba harto de las paradas, de las recepciones, de las guardias en palacio. Deseo estar allí donde haga falta, y hasta acometer alguna hazaña, si usted quiere. Es posible que la sangre gloriosa de los Listnitski hable en mí de esos Listnitski que, desde las guerras contra Napoleón, no han cesado de honrar al Ejército ruso. Parto para el frente. Déme su bendición. La semana última vi al emperador, antes de su salida para el Cuartel General. Le adoro. Estaba de servicio en el interior del palacio. Al pasar con Rodzianko, el Presidente de la Duma, cerca de mí sonrió, señalándome con el dedo, y dijo en inglés: "Mira mi gloriosa Guardia. Día vendrá en que, gracias ü ella, podré vencer a Guillermo." Siento por él una adoración de joven interno de Instituto. No tengo vergüenza de confesarlo, a pesar de mis veintiocho años cumplidos. Estoy indignado por todas las habladurías del palacio, que, como una tela de araña, envuelven el nombre luminoso del soberano, últimamente estuve a punto de matar al capitán Gromov porque, en mi presencia, se atrevió a gastar bromas poco reverentes con respecto a la emperatriz. ¡Qué vileza! Le dije que sólo los que tienen sangre de esclavo en las venas pueden dar oídos a esas torpes historias. Este incidente se produjo en presencia de varios oficiales. En el paroxismo del furor saqué mi revólver para disparar sobre aquel canalla, pero los cantaradas me desarmaron. Cada día me es más difícil permanecer en esta cloaca. En los regimientos distinguidos, en general, y entre los oficiales, en particular, no existe verdadero patriotismo. Tampoco se encuentra en ellos, forzoso es confesarlo, amor por la dinastía. No son nobles: son una chusma. Ésta es la razón de mi ruptura con el regimiento. No puedo permanecer entre personas que no respeto. Y ahora creo que ya le he dicho todo. Perdóneme la carta deshilvanada; pero tengo prisa, debo hacer mis maletas e ir a ver al comandante de la plaza. Le deseo buena salud, papá, y ya le escribiré una larga carta desde el frente. Suyo.

EVGUENI.

El tren para Varsovia partía a las ocho de la tarde. Litsnitski tomó un coche de punto para ir a la estación. Petersburgo se extendía detrás de él en una reverberación violácea de luces. Una masa bullidora, compuesta en gran parte por militares, se arracimaba en la estación. El mozo depositó en el vagón el equipaje de Litsnitski, recibió la propina y deseóle un buen viaje. Listnitski se quitó el sable y la capa, desató las correas del portamantas y colocó sobre el asiento su manta multicolor de seda del Cáucaso. Cerca de la ventanilla, un clérigo flaco, de rostro ascético, se preparaba para comer. Había dispuesto sus provisiones ante él, en la mesita, e invitaba a una muchacha morena, con uniforme del Instituto, a que las compartiera con él:

— ¿Quiere usted tomar algo?

—Muchas gracias.

—No debe incomodarse. Le conviene comer mucho para engordar.

—Gracias.

—Mire qué pastel. ¡Pruébelo! ¿Quizá también aceptaría usted un pedazo, señor oficial?

Listnitski volvió la cabeza.

— ¿Se dirige usted a mí?

—Sí. sí...

El sacerdote le miraba con sus ojos grises, punzantes como una barrena, y sonreía con el extremo de los labios finos, bajo el bigote ralo y triste.

—Gracias. No tengo apetito.

— ¡Qué tontería! ¡Todo lo que entra en la boca abre el apetito...! ¿Va usted al frente?

—Sí.

— ¡Que Dios le proteja! A través del velo del sueño, Listnitski oía la voz gruesa del sacerdote, que parecía venir de muy lejos, confundiéndose a menudo con la del capitán Gromov.

—...¿Qué quiere usted? Tengo familia y mi parroquia es pobre. Parto como capellán del regimiento. El pueblo ruso no puede vivir sin fe, y usted sabe que la fe se afirma más cada año. Hay algunos que abandonan la Iglesia, pero son los intelectuales. El campesino es fiel a Dios. Sí... Eso es así...

La voz de bajo cesó. Después surgió un torrente de palabras que no llegaban a dominar la somnolencia de Listnitski que se adormecía. Lo último que le llegó fue el olor de la pintura fresca del techo y unos gritos detrás de la ventanilla:

— ¡El servicio de equipajes lo ha aceptado y lo demás no me importa!

—"¿Qué es lo que ha aceptado?", se preguntó inconscientemente; pero el hilo se rompió de pronto. Después de dos noches de insomnio, un sueño reparador se apoderó de él. El tren estaba ya a cuarenta kilómetros de Petersburgo cuando se despertó. Las ruedas giraban con ruido rítmico, el coche traqueteaba balanceándose. Cantaban a media voz en el departamento vecino; la lámpara proyectaba sombras oblicuas y violáceas. El regimiento al que el oficial Listnitski había sido destinado, acababa de sufrir grandes pérdidas en los últimos combates. En la retaguardia, el regimiento completaba con urgencia hombres y caballos. El combate se encontraba en la población de Berezniaghi. Listnitski bajó del tren en una estación anónima. Una ambulancia desembarcó al mismo tiempo que él. Listnitski se enteró por el médico que el hospital acababa de ser trasladado al frente Sudoeste y que iba a partir en seguida para Berezniaghi-Ivanovna-Krichovinskoie. El médico, grueso, de cara abotagada, hablaba muy despectivamente de sus superiores y echaba pestes contra los oficiales del Estado Mayor de la División. Al hablar se retorcía la barba, y los ojillos iracundos brillaban bajo los lentes con montura de oro y daba libre curso a su amargura biliosa ante aquel interlocutor ocasional.

— ¿No podría usted conducirme a Berezniaghi? —dijo Listnitski interrumpiendo las lamentaciones del doctor.

—Venga por aquí, capitán. Suba en el cochecillo —contestó el médico, cogiéndole familiarmente por un botón del capote.

Y siguió, con su voz de bajo profundo:

—Piense, capitán, que hemos sido traqueteados durante doscientos kilómetros en esos furgones de ganado, y todo para no hacer nada aquí, mientras que en el sitio de donde venimos tuvieron lugar terribles combates, que duraron más de dos días, quedando allí gran cantidad de heridos que necesitan urgentemente nuestra asistencia. (El doctor pronunció con extraño placer las palabras "terribles combates", arrastrando las erres.)

— ¿Y cómo explica usted este desorden? —preguntó por cortesía el capitán.

— ¿Cómo?

El médico levantó irónicamente sus cejas por encima de los lentes y rugió:

— ¡Por la inepcia, por la idiotez, por la imbecilidad de los superiores! ¡He ahí cómo! Los canallas que están arriba lo enredan todo. No saben poner las cosas en su punto. Carecen de buen sentido. ¿Usted se acuerda de las *Memorias de un médico,* de Veressaiev? ¡Pues eso es! ¡Aquello es lo que estamos a punto de repetir, pero en gran escala!

Listnistki saludó militarmente y se fue hacia el vehículo. Los carrillos, cruzados de venas violáceas, del médico temblaban. Pero él seguía graznando:

— ¡Perderemos la guerra, capitán! ¡Nos ganaron los japoneses, pero aquello no nos sirvió de lección! ¡Y pensar que todo el mundo cree que somos fuertes...!

Atravesó la vía alargando el paso para saltar por encima de los charcos de agua, cubierta de finas películas irisadas de petróleo.

Anochecía cuando el convoy sanitario llegaba a Berezniaghi. El viento agitaba las espinas doradas del trigo en los campos. Algunas nubes se amontonaban, alejándose hacia el Oeste. Muy arriba, tomaban un color violeta oscuro; más abajo, cambiaban este tinte siniestro por un matiz lila claro, y en el centro, esta masa de nubes disformes se deshacía como el hielo quebrantado sobre los ríos en primavera, para dejar paso al haz naranja de los rayos del sol poniente. El haz se abría en abanico, esparcíase en un polvillo luminoso, y al rasgarse convertíase en una orgía de colores.

Un caballo alazán, muerto de un balazo, yacía sobre la carretera, cerca de la cuneta. Sobre el casco de su pata trasera, levantada en el aire, brillaba al sol una herradura. Listnitski, traqueteado por el coche, miraba el cadáver del caballo. El enfermero que iba en el vehículo le explicó, escupiendo sobre el vientre hinchado del animal:

— ¡Ha devorado mucho trigo, el glotón...! —miró al oficial, quiso escupir otra vez, pero, por cortesía, se tragó la saliva y se secó los labios con la manga—. ¡Ahí está, ha reventado, y nadie se ocupa de enterrarlo! ¡Así es el pueblo ruso! ¡Los alemanes son muy diferentes a nosotros!

— ¿Por qué lo dices? —preguntó Listnistki, invadido de súbita cólera sin motivo. En aquel momento le resultaba odiosa la cara fría del enfermero y su aire de desprecio y de superioridad. Era una cara gris y triste, como un campo después de la cosecha de setiembre. Era semejante a los miles de rostros de soldados y de *mujiks* que Listnitski encontró en su viaje desde Petersburgo al frente. Todos parecían pálidos. Algo inconscientes se había fijado en aquellos ojos azules, grises, verdes... Hacían pensar en las viejas monedas de cobre usadas mucho tiempo.

—He vivido en Alemania tres años, antes de la guerra —respondió con calma el enfermero.

El matiz de desprecio y de superioridad que el oficial había descubierto en su mirada también se hacía sentir en su voz.

—He trabajado en Konigsberg, en una fábrica de cigarros —decía el enfermero con voz lenta y aburrida, agitando las riendas.

— ¡Cállate! —respondió severamente Listnitski, y se volvió para mirar la cabeza del caballo, con la crin caída sobre los ojos y los dientes descarnados. La pata trasera, levantada en el aire, aparecía doblada por la rodilla. El casco estaba abierto cerca de la herradura pero la pezuña lucía un barniz azulado, y por esto y por la ranilla juzgó el oficial que era un caballo joven y de buena raza.

El cochecillo se alejaba ya, dando tumbos, por el camino vecinal. Al Oeste, los colores vivos se extinguían en el cielo. El viento deshacía las nubes. La pata del caballo se levantaba como una torrecilla descabezada. Listnitski la seguía mirando y de pronto, un haz de rayos cayó sobre el animal, y la pata de pelos rojos floreció como una rama milagrosa desprovista de hojas y bañada en una luz anaranjada.

A la entrada de Berezniaghi, la ambulancia se encontró con un convoy de heridos.

Un campesino anciano de Rusia Blanca, de pelo canoso, propietario del primer coche, marchaba al lado del caballo con las riendas enrolladas en la mano. Un cosaco sin gorro, con la cabeza vendada, estaba echado en el coche. Con los ojos cerrados por la fatiga, masticaba pan, escupiendo después lo que había masticado. Otro soldado estaba echado a su lado. Su pantalón, horriblemente desgarrado, veíase raído y cubierto de sangre coagulada. El soldado, sin levantar la cabeza, blasfemaba bárbaramente. La entonación de su voz horrorizaba a Listnitski. Se parecía a la de los creyentes fanáticos al recitar sus oraciones. Seis soldados estaban acostados, unos al lado de otros, en el segundo coche. Uno de ellos, agitado por un temblor febril, contaba entornando sus ojos inflamados:

—Dícese que un mensajero de su emperador ha venido para hacer proposiciones de paz. Quien me ha contado esto merece toda mi confianza y no miente.

—No es probable —decía otro moviendo su cabeza mondada, que mostraba huellas de escrofulosis antigua.

— ¿Quién sabe, Felipe? Quizá sea verdad que haya venido el parlamentario —dijo el tercero con una voz dulce con acento del Volga.

Las líneas rojas de los gorros cosacos aparecían en el quinto coche. Tres cosacos estaban confortablemente instalados en el furgón y miraban a Listnitski en silencio, pero en sus caras, cubiertas de polvo, no conservaban ninguna huella del respeto que se ve en las formaciones.

—Buenos días, cosacos —gritó el oficial. —Buenos días, Excelencia —respondió desmayadamente un hermoso cosaco de bigote rubio y cejas espesas, sentado cerca del cochero.

— ¿Dé qué regimiento sois? —preguntó Listnitski tratando de descifrar el número sobre la hombrera azul del uniforme del cosaco.

—Del duodécimo.

— ¿Dónde está ahora?

—No lo sabemos. — ¿Dónde os hirieron?

—Cerca de un pueblo. Ahí cerca.

Los cosacos se pusieron a cuchichear entre sí y después uno saltó a la carretera, sujetando su brazo herido, vendado con un trozo de tela.

—Excelencia, espere un momento.

Llevaba con precaución el brazo herido e hinchado y se bamboleaba acercándose sonriente a Listnitski:

— ¿No es usted de la aldea Vechenskaia? ¿No es usted Listnitski?

—Sí, sí.

—Le hemos reconocido, Excelencia. ¿No tendría algo para fumar? Por el amor de Cristo. Háganos ese favor. ¡Nos morimos sin tabaco!

Apoyándose en el coche, seguía junto a él. Listnitski sacó su pitillera.

—Si nos pudierais dar una docena. Somos tres —dijo el soldado sonriente con aire suplicante.

Listnitski vació la pitillera en la larga y oscura mano y preguntó:

— ¿Hay muchos heridos en vuestro regimiento?

—Una veintena.

— ¿Habéis sufrido graves pérdidas?

—Bastante graves. Déme fuego, Excelencia.

El cosaco encendió el cigarrillo, dejó pasar el coche y gritó:

—Hoy han matado a tres del caserío de Tatarski, el que está cerca de su propiedad. ¡Han derramado mucha sangre cosaca!

Y, agitando la mano, corrió a reunirse con su furgón. El viento hinchaba su guerrera caqui, sujeta a la cintura.

El comandante del regimiento al que Listnitski había sido destinado se alojaba en Berezniaghi, en casa del párroco. Una vez en la plaza, el oficial se despidió del médico, que tan hospitalariamente le había cedido un sitio en el coche ambulancia, y se fue en busca del Estado Mayor del regimiento. Un sargento de poblada barba roja, que conducía a los soldados que iban al relevo de una guardia, saludó al oficial y, sin pararse, le indicó la casa. En las oficinas del Estado Mayor todo estaba tranquilo y silencioso, como en todas las oficinas alejadas de las primeras líneas. Los escribientes estaban inclinados sobre una mesa enorme. Un viejo capitán, al teléfono de campaña, reía de las tonterías de un interlocutor invisible. Las moscas zumbaban cerca de la ventana de la amplia cabaña. El timbre de un teléfono sonaba a lo lejos. El ordenanza acompañó al oficial hasta el despacho del comandante del regimiento. El comandante, de elevada estatura, con una cicatriz triangular sobre el mentón, le recibió de mal humor en la antecámara. Estaba de un genio endiablado.

—Soy yo el comandante del regimiento —contestó a la pregunta.

Y después de haberse enterado que el oficial tenía el honor de presentarse y ponerse a su disposición, le invitó con la mano a pasar al despacho. Cerrando la puerta tras él, se alisó los cabellos con un movimiento que revelaba una laxitud infinita, y dijo con voz suave y monótona:

—El Estado Mayor de la brigada ya me anunció ayer su llegada. Tenga la bondad de

sentarse.

Interrogó a Listnitski sobre su servicio anterior, sobre las novedades de la capital, sobre el viaje; pero en el curso de la breve conversación no levantó una sola vez sobre su interlocutor sus ojos, abatidos por un gran cansancio.

"Ha debido bregar mucho en el frente. Parece estar mortalmente fatigado", pensaba el oficial compasivamente, examinando la frente despejada e inteligente del coronel. Pero éste, como si quisiera convencerle de lo contrario, se rascó la punta de la nariz con el puño del sable, y dijo:

—Ahora vaya a conocer a los oficiales. Ha de saber que hace tres noches que no duermo. En este sucio agujero no se puede hacer otra cosa que beber y jugar a las cartas.

Listnitski saludó, disimulando su desprecio feroz con una sonrisa. Partió, representándose con amargura la escena desarrollada y burlándose del involuntario respeto que el aspecto fatigado del coronel y la cicatriz sobre su largo mentón le habían inspirado.

XIV

La División recibió la orden de forzar el paso del río Styr para cortar la retirada al enemigo cerca de Lovytch.

En algunos días, Listnitski se había acostumbrado al ambiente de los oficiales del regimiento. Se habituó muy pronto a la vida militar que destruía las antiguas costumbres de paz y de reposo.

La operación necesaria para forzar el paso del río se efectuó brillantemente. La División atacó sobre el ala izquierda a un grupo importante de fuerzas enemigas y les cortó la retirada.

Cerca de Lovytch, los austriacos, con el apoyo de la caballería húngara, intentaron pasar al contraataque, pero fueron rechazados por los *shrapnells* de las baterías cosacas. Los escuadrones húngaros se retiraron en desorden, perseguidos por los cosacos y diezmados por el fuego de flanco de las ametralladoras.

Listnitski tomó parte con su regimiento en el contraataque. Los escuadrones cosacos perseguían de cerca al enemigo en retirada. El tercer pelotón, a cuyo frente estaba Listnitski, tuvo un muerto y cuatro heridos. Listnitski, tranquilo exteriormente, pasó delante de Lochenov, esforzándose para no escuchar su voz quejumbrosa y ronca. Lochenov, un cosaco joven, de nariz remangada, originario de la aldea de Krasnokuska, estaba caído en tierra, aprisionado por su caballo muerto. Se encontraba herido en un antebrazo y suplicaba inútilmente a los cosacos que pasaban ante él:

— ¡No me abandonéis, hermanos! ¡Sacadme de aquí, hermanitos!

Su voz ronca, entrecortada por el sufrimiento, resonaba sordamente, pero no había compasión en los corazones turbados de los cosacos, y si la había, dominaban su voluntad, no dejándola manifestarse. Durante cinco minutos, el pelotón fue al paso para dar un descanso a los caballos, sofocados por la carrera. A medio kilómetro de distancia, los escuadrones húngaros se alejaban en desorden. Los uniformes grises azulados de los infantes aparecían entre las hermosas guerreras ribeteadas de piel de los caballeros. Un convoy austriaco de municiones seguía la cumbre de una colina, sobre el cual estallaban los últimos *shrapnells* circundados por nubecillas lechosas. El fuego de una batería, repetido por los numerosos ecos de los bosques vecinos, retumbaba en el aire.

El coronel, que mandaba la División, dio la orden de ponerse al trote y tres escuadrones se ensancharon en libre formación y partieron al trote. Los caballos se balanceaban bajo

los jinetes, dejando caer copos de espuma semejantes a flores amarillas y rojas. Pernoctaron en un pueblecillo. Doce oficiales se instalaron en una miserable cabaña. Estaban apretados y se acostaron sin cenar, rendidos de fatiga. La cocina de campaña no llegó hasta medianoche. El oficial Tchebov trajo una marmita de sopa, cuyo olor grasiento despertó a los oficiales. Un cuarto de hora después comían ávidamente, en silencio, restaurando sus fuerzas por primera vez después de dos días de combate. Aquella cena tardía les quitó el sueño. Los oficiales fumaban echados sobre la paja y sobre los capotes. El capitán Kaimikov, un oficial pequeño y rechoncho, cuya cara revelaba, Igual que su nombre, su origen mogol, hablaba hacíendo violentos gestos:

—Esta guerra no se ha hecho para mí. Debía haber nacido cuatro siglos antes. ¿Sabes, Pedro? —decía, dirigiéndose al oficial Tersintsev—. Moriré antes del fin de esta guerra.

— ¡Deja la quiromancia! —contestó el otro con voz ronca.

—No se trata de quiromancia. ¡Es la fatalidad! En mí esto es atavismo, y te juro que no sirvo aquí para nada. Cuando atacábamos hoy, bajo el fuego de la artillería, temblaba de rabia. Necesito ver al adversario. Es una sensación odiosa que equivale al miedo. Tiran sobre uno a varios kilómetros de distancia y uno se siente sobre el caballo como una avutarda en la estepa bajo el fusil del cazador.

—Yo he visto en Kupalki un cañón austriaco. ¿Lo han visto ustedes, señores? —preguntó el capitán Atamantchukov, limpiándose los residuos que se habían quedado en su bigote rojo, recortado a la inglesa.

—Son maravillosos. El mecanismo es perfecto —subrayó con entusiasmo el oficial Tchubov, que estaba vaciando la segunda gamella de sopa.

—También le vi, pero no puedo decir nada. Soy profano en artillería. Para mí todos los cañones son iguales.

—Envidio a aquellos que antiguamente hacían la guerra de una manera primitiva —continuó Kalmykov, dirigiéndose esta vez a Listnitski—. Atacar al enemigo en un combate noble, y que uno de los dos quede muerto por la espada de su enemigo, se comprende. ¡Pero lo de ahora, me desespera!

—En las guerras futuras, el papel de la caballería será nulo.

—Seguramente no existirá.

— ¿Quién sabe?

—No hay la menor sombra de duda. —Escucha, Tersintsev: No es tan fácil remplazar al hombre por la máquina. Exageras.

—No hablo del hombre, sino del caballo. El caballo será remplazado por el auto y la motocicleta.

— ¡Me lo imagino! ¡Un escuadrón de automóviles!

— ¡Majaderías! —gritó Kalmykov, encolerizandonse—. El caballo aún prestará grandes servicios al Ejército. ¡Absurdas fantasías! Nosotros no sabemos lo que pasará dentro de doscientos o trescientos años, pero, por el momento, tenemos la caballería...

— ¿Pero qué harás tú, Dimitri Duskoi, cuando el frente se fije en las trincheras? ¿Eh? Contéstame.

—La ruptura de las líneas enemigas, el ataque improvisado, la persecución del enemigo en retirada... He ahí el papel de la caballería.

— ¡Herejías!

— ¡El que viva, lo verá!

— ¡Eh! ¡Acabad las discusiones, que tenemos ganas de dormir!

La conversación cesó. Alguno roncaba ya bajo el capote. Listnitski, que no había tomado parte en la discusión, estaba echado boca arriba y aspiraba el fuerte olor de la paja de centeno. Kalmykov hizo el signo de la cruz y se acostó cerca de él.

—Oficial, un día debía usted charlar con el voluntario Buntchuk. Está en su pelotón y es un tipo curioso.

— ¿Cómo? —preguntó Listnitski, volviendo la espalda a Kalmykov.

—Es un cosaco rusificado. Ha vivido siempre en Moscú. Un simple obrero, pero muy enterado de todas las cuestiones. Y excelente ametrallador.

— ¿Quiere que durmamos? —propuso Listnitski.

—Es verdad —asintió Kalmykov, pensando en otra cosa.

Movió los dedos de los pies e hizo una mueca de dolor.

—Perdóneme, oficial, pero me duelen los pies. No me he descalzado en tres semanas. Mis calcetines están podridos por el sudor. Es molesto. Habrá que usar las bandas de tela de los cosacos.

—Yo le ruego... —murmuró Listnitski, estirándose entre sueños.

Listnitski había olvidado su conversación con Kalmykov; pero, al día siguiente, el azar le puso frente al voluntario Buntchuk. De madrugada, el comandante del escuadrón ordenó a Listnitski que fuera de reconocimiento y, si era posible, estableciera la unión con un regimiento de infantería que continuaba la ofensiva por el ala izquierda. En la penumbra matinal, Listnitski erró por las calles abarrotadas de cosacos dormidos, y encontró, no sin trabajo, al sargento del pelotón.

—Envíame cinco cosacos para una patrulla y ordena que ensillen mi caballo. ¡Pronto!

Cinco minutos después, un cosaco de mediana estatura se acercó al umbral de la cabaña.

—Excelencia —dijo al oficial, que llenaba su pitillera—. El sargento no quiere designarme para la patrulla porque no me corresponde. ¿Me permite ir con usted?

—Tú deseas hacerte perdonar algo... —dijo el oficial tratando de distinguir en la oscuridad las facciones del cosaco.

—No he cometido ninguna falta.

— ¡Pues bien, puedes venir! —decidió Listnitski, levantándose. Pero, viendo que el cosaco se alejaba, le gritó—: ¡Eh, tú! ¡Vuelve! El otro volvió.

—Di al sargento...

—Mi nombre es Buntchuk —interrumpió el cosaco.

— ¿El voluntario?

—Exactamente.

—Di al sargento —continuó Listnitski, dominando su sorpresa momentánea—que él... O, si no, vete. Se lo diré yo mismo.

La oscuridad se hizo menos densa. La patrulla salió del pueblo y, después de haber dejado atrás todos los puestos de avanzada, tomó la dirección indicada en el mapa. Después de medio kilómetro, el oficial puso su caballo al paso y llamó:

— ¡Voluntario Buntchuk!

— ¡Presente!

— ¡Acérquese!

Buntchuk hizo avanzar su mediocre caballo y se unió al pura sangre *Donetz* del oficial.

— ¿De qué aldea es usted? —preguntó Listnitski, examinando el perfil del voluntario.

—De Novotcherskaskaia.

— ¿Podría saber por qué ha sentado plaza?

— ¡Si usted quiere...! —respondió Buntchuk con inflexión de voz levemente irónica, al tiempo que levantaba sobre el oficial sus ojos duros y verdosos.

Su mirada fija era firme y sin pestañeos.

—El arte militar me interesa. Quiero estudiarlo.

—Para eso hay academias militares.

—Sí. En efecto...

— ¿Entonces...?

—Primero quiero hacer la práctica, la teoría vendrá después.

— ¿Cuál era su profesión antes de la guerra?

—Obrero.

— ¿Dónde había trabajado usted?

—En Petersburgo, en Rostov, junto al Don, en los arsenales de Tula... Voy a pedir que me trasladen a una compañía de ametralladoras.

— ¿Conoce el manejo de las ametralladoras?

—Conozco los sistemas Schosch-Berthier, Matzen, Maxims, Hotchkiss, Bergmann, Wickers, Schartzlose, Lewis...

— ¡Ah, ah! Hablaré al comandante del regimiento.

—Se lo ruego.

El oficial observó todavía otra vez la recia contextura del voluntario. Le recordaba un árbol del Don: el *karaitch.* En este hombre no había nada de particular, nada sorprendente. Ninguna de sus facciones llamaba la atención. Todo era corriente, gris, habitual. Sólo las duras mandíbulas y los ojos, cuya mirada no se podía sostener, le destacaban del conjunto de las otras caras.

Sonreía raramente, con la punta de los labios; pero la sonrisa no dulcificaba sus ojos, que siempre guardaban un resplandor frío.

Todo en él era incoloro y de reserva glacial, enteramente como el *karaitch*, el árbol duro como el hierro, que brota en el suelo arenoso y severo de la región del Don.

Durante algún tiempo cabalgaron en silencio. Las anchas palmas de las manos de Buntchuk descansaban sobre el pomo verde de la silla. Listnitski sacó un cigarrillo. Buntchuk le ofreció una cerilla, y el oficial notó el olor dulce y resinoso, de sudor de caballo, que emanaba de la mano del cosaco, cubierta de pelos rojos y espesos, como una piel de caballo, y Listnitski sintió deseo de acariciarla. Tragando la acre chupada del pitillo, dijo:

—Usted irá con otro cosaco por ese camino que hay a la izquierda del bosque. ¿Lo ve?

—Sí.

—Si al cabo de medio kilómetro no se encuentran con nuestra infantería, regresan.

— ¡A sus órdenes!

Partieron al trote. Un tupido grupo de abedules se apretaban en el linde del bosque. Mas lejos, unos abetos jóvenes, pequeños y amarillos, entristece la vista. El viento movía algunas ramitas y pequeños retoños de árboles, pisoteados por el convoy austriaco. A la derecha, el tronar de los cañones conmovía el suelo, mientras que aquí, bajo los abedules, se respiraba una calma indecible. La tierra bebía el rocío abundante y la hierba tenía los reflejos rojizos del otoño, anunciando su muerte próxima. Listnitski se paró cerca de los abedules, escudriñando con sus gemelos la colina que se elevaba como una joroba detrás del bosque. Una abeja vino a posarse sobre el puño de su sable, desplegando sus alitas.

— ¡Tonta...! —murmuró Buntchuk.

Y su voz sonaba compasivamente por el error de la abeja.

— ¿Qué? —preguntó Listnitski separando los gemelos de sus ojos.

Buntchuk le señaló el insecto con la mirada, Listnitski sonrió.

—Su miel será muy amarga, ¿verdad? Listnitski no tuvo tiempo de contestarle. Desde algún sitio, detrás de un grupo de abetos, el chirrido estridente de una ametralladora rasgó el silencio. Las balas silbaron, alcanzando a los abedules. Una rama cortada giró en el aire y vino a caer lentamente sobre la crin del caballo del oficial.

Galoparon hacia el pueblecito, azuzando a los caballos con gritos y fustigándolos. La ametralladora austriaca extendía su abanico de balas sin interrupción. En los días sucesivos, Listnitski tuvo muchas ocasiones de charlar con el voluntario Buntchuk, y cada vez estaba más asombrado por la expresión de voluntad indomable que leía en sus ojos duros. No lograba adivinar lo que ocultaba aquella reserva inaccesible, cuya sombra cubría una cara tan simple e insignificante a primera vista. Buntchuk siempre daba la sensación de no decir todo su pensamiento. Cuando hablaba, con la sonrisa a flor de labios, parecía seguir un sendero sinuoso, esquivando una verdad que sólo él conocía. Le habían trasladado a la sección de ametralladoras. Doce días después, cuando el regimiento estaba en un descanso de veinticuatro horas, Listnitski, al ir a casa del comandante del escuadrón, vio a Buntchuk delante de él. Iba junto al muro de un almacén destruido por el incendio y movía alegremente su mano izquierda.

— ¡Ah! ¿Es usted?

Buntchuk se volvió y, saludando al oficial, se apartó para dejarle pasar.

— ¿Dónde va? —preguntó Listnitski. —A casa del jefe de la sección.

—Creo que vamos en la misma dirección.

—En efecto.

Durante algún rato marcharon en silencio por la calle de la aldea destruida. En los patios, cerca de los escasos edificios que habían quedado en pie, muchos hombres iban y venían, y varios jinetes pasaban por la calle, en medio de la cual humeaba una cocina

de campaña. Muchos cosacos hacían cola ante ella. El cielo rezumaba una bruma penetrante.

— ¿Y qué? ¿Sigue estudiando la guerra? —preguntó Listnitski, mirando con el rabillo del ojo a Buntchuk, que iba un poco detrás de él.

—Sí..., estudio, si me lo permite...

— ¿Qué piensa usted hacer cuando acabe la guerra? —preguntó Listnitski, sin saber por qué, mirando las manos cubiertas de pelos caballunos del voluntario.

—Cada uno recogerá lo que haya sido sembrado..., y yo lo miraré...

Buntchuk entornó los ojos.

— ¿Qué quiere decir?

—Usted conoce el refrán, oficial... —Y su mirada se hizo más acerada —: "Quien siembra vientos, recoge tempestades." Pues bien: eso es.

—Hable más claro, sin alegorías.

—Está bastante claro. Adiós, oficial, me voy por la izquierda.

Tocó con sus dedos la visera de la gorra y se fue. Listnitski se encogió de hombros y le siguió con la mirada.

"¿Se hace el original o estará algo tocado?", se preguntó con irritación entrando en el alojamiento del comandante del escuadrón.

XV

Después de la movilización de la segunda reserva, se llamó a la tercera. Las aldeas y los caseríos del Don quedaron desiertos, como si todos los habitantes de la comarca se hubieran ido al campo para la siega.

En un bello día de setiembre, telarañas sutilísimas, reflejando todos los colores del iris, flotaban por encima de Tatarski. El sol, exangüe, tenía la sonrisa de una viuda; el azul virginal del cielo, era puro y frío. Sobre la orilla opuesta del Don, el bosque estaba salpicado de amarillo. Los álamos lucían débilmente, sus copas dejaban caer las hojas sueltas. Sólo los sauces continuaban alegremente enverdecidos, en medio de la alegría de las urracas.

Aquel día, Pantelei Prokofievich Melekhov recibió una carta del frente. Duniachka la trajo del correo. El oficial de Correos, al dársela, se había inclinado, balanceando su calva cabeza y uniendo las manos con gesto humilde:

— ¡Perdóneme, por el amor de Dios! He abierto la carta. Diga a su papá: "Pierce Sidorovitch reconoce haber abierto la carta; estaba muy curioso por saber noticias de la guerra, por enterarse de lo que pasa." Perdóneme, se lo ruego, y explique todo esto a su padre Pantelei Prokofievich.

Contra su costumbre, parecía embarazado, y había salido a acompañar a Duniachka hasta la puerta, sin preocuparse de su nariz manchada de tinta.

—Le ruego... Que Dios me perdone... He hecho eso porque hay confianza...

Continuaba excusándose, y Duniachka, escuchando sus vacilantes palabras, sintió un choque interior como una advertencia.

De vuelta a su casa, estaba tan desconcertada que no acertaba a sacar la carta del justillo.

— ¡Más de prisa! —gruñó Pantelei Prokofievich, alisándose la temblorosa barba.

Sacando la carta del sobre, Duniachka dijo rápidamente:

—El empleado dijo que había leído la carta por curiosidad y que le rogaba que le perdonase.

— ¡Que se vaya al demonio! ¿Es de Grichka? —inquirió ansiosamente el viejo, resoplando ruidosamente en la cara de Duniachka—. ¿Es de Grigori o de Pedro?

—No, padre. Es una letra desconocida.

—Lee pronto y no me atormentes —gritó Ilinichna, resbalando hasta el banco.

Sus piernas temblorosas no la sostenían.

Natacha llegó sofocada desde el corral y se colocó cerca de la estufa, cruzando sus brazos sobre el pecho e inclinando el cuello deformado por la cicatriz.

Una sonrisa temblaba sobre sus labios como un pequeño reflejo de sol. Esperaba un saludo de Grichka, una palabrita, una alusión breve, algo que la recompensara de su fidelidad y sumisión.

— ¿Dónde está Daria? —murmuró la vieja.

— ¡Chist! —gruñó Pantelei Prokofievich, y la cólera agrandaba sus ojos—. Lee, Duniachka.

—"Debo informarles..." —empezó Dachka; pero, de pronto, se dejó caer al suelo y, temblando, gritó con voz alocada—: ¡Papá! ¡Ay! ¡Madre! ¡Nuestro Grichka...! ¡Ah, ah...! Grichka... ¡ha muerto...!

Una avispa rayada zumbaba en las hojas sucias del geranio cerca de la ventana. Una gallina cloqueaba tranquilamente en el corral. A través de la puerta se oía la risa lejana y cristalina de los niños.

Una convulsión contrajo el rostro de Natacha, mientras que la sonrisa fluctuaba todavía sobre las comisuras de sus labios.

Pantelei Prokofievich se levantó, sacudió la cabeza y, petrificado, miró a Duniachka, que se retorcía en el suelo convulsivamente.

Debo informarles que su hijo, cosaco del 12 Regimiento de Cosacos del Don, Grigori Pantelei Melekhov, ha caldo muerto en la noche del 16 de agosto del corriente año, en un combate librado junto a la ciudad de Kamenska-Strumilovo. Su hijo cayó en el campo del honor como un valiente, lo que les debe servir de consuelo en su pérdida irreparable.

Sus efectos se enviarán a su hermano Pedro Melekhov. El caballo ha quedado en el regimiento.

El comandante del cuarto escuadrón,

Capitán PALKOVNIKOV.

En el ejército combatiente, a 18 de agosto de 1914.

Después de la noticia de la muerte de Grigori, Pantelei Prokofievich decayó rápidamente. Envejecía a los ojos de los suyos. El desenlace se acercaba inexorablemente. Su memoria se debilitaba y la razón se le empezaba a ofuscar. Con la expresión sombría, paseaba de arriba abajo por la casa, encorvado hacia delante; pero el relámpago febril de sus ojos expresaba el desorden de su alma.

Había colocado la carta del comandante del escuadrón sobre los iconos. Varias veces al día salía al pasillo y llamaba a Duniachka con el dedo:

— ¡Ven aquí! Duniachka entraba.

—Coge la carta y léela —ordenaba, entornando con cuidado la puerta de la habitación donde Ilinichna se consumía en su dolor —. Lee en voz baja. Como si fuera para ti —decía señalando la puerta—. Lee suavemente, porque la madre..., ya sabes... Es terrible...

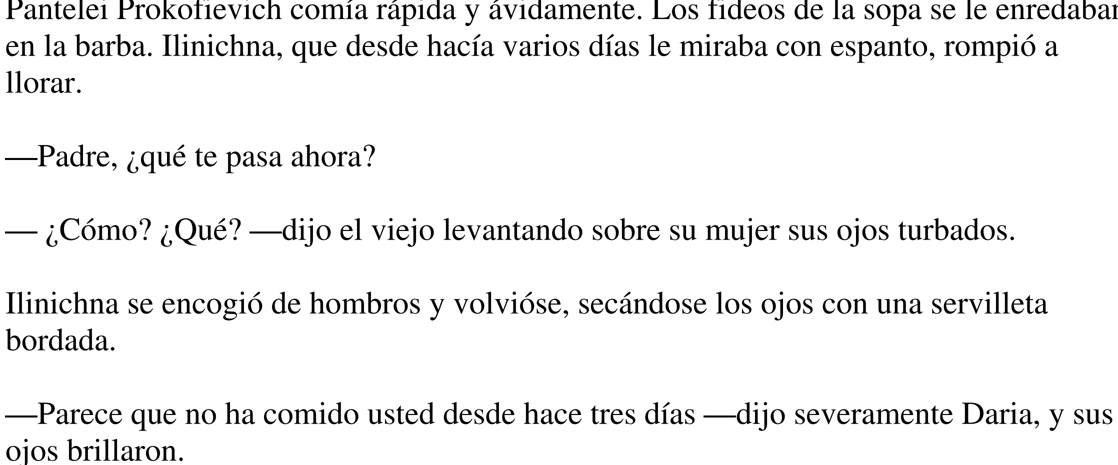
Duniachka leía la primera frase sorbiéndose las lágrimas. Pantelei Prokofievich, que, por costumbre, se acercaba mucho a ella, levantaba su mano, larga como el casco de un caballo.

—Para. Ya sé lo que sigue... Ve y colócala sobre los iconos. Despacito, pues ya sabes que tu madre...

Y de nuevo guiñaba un ojo y se retorcía como la corteza del árbol en el fuego.

Sus cabellos encanecían y pronto su cabeza estuvo llena de mechones blancos. Algunos hilos de plata se extendían también por su barba. Se había vuelto voraz y comía mucho y desordenadamente.

El noveno día, después del funeral, invitaron al *pope* Visarion y a todos los parientes próximos y lejanos a la comida dada en memoria del "combatiente Grigori, caído en el campo del honor".



Pantelei Prokofievich comía rápida y ávidamente. Los fideos de la sopa se le enredaban en la barba. Ilinichna, que desde hacía varios días le miraba con espanto, rompió a llorar.

—Padre, ¿qué te pasa ahora?

— ¿Cómo? ¿Qué? —dijo el viejo levantando sobre su mujer sus ojos turbados.

Ilinichna se encogió de hombros y volvióse, secándose los ojos con una servilleta bordada.

—Parece que no ha comido usted desde hace tres días —dijo severamente Daria, y sus ojos brillaron.

— ¿Cómo? ¡Ah, sí! Es verdad... Ya no lo haré más.

Pantelei Prokofievich, confundido, paseó su mirada sobre los convidados y, ensombreciéndose, no contestó a más preguntas.

—Sé valeroso, Prokofievich. ¿Por qué te dejas llevar de la desesperación? —dijo el *pope* Visarion después de la comida—. ¡Ha muerto santamente! No ofendas al Señor, viejecito. Tu hijo ha muerto por el zar y por la patria, y tú... eres un pecador, Pantelei Prokofievich, un pecador... Dios no te perdonará.

—Padre mío, ya hago lo posible para tener valor. El comandante me escribió: "Ha muerto como un valiente en el campo del honor."

Después de besar la mano al *pope,* el viejo se acercó a la puerta y, por primera vez después de la muerte de su hijo, lloró, sacudido por violentos sollozos.

Desde entonces, volvió a ser dueño de sí.

Cada cual se curaba la herida a su manera.

Cuando Natacha oyó a Duniachka anunciar la muerte de Grigori, se precipitó fuera de la casa. "¡Ahora voy a matarme! ¡Todo ha terminado!" Era el pensamiento que le quemaba el cerebro. Se debatía en los brazos de Daria y de pronto sintió un desvanecimiento que la aliviaba. Pasó toda la semana en una especie de embotamiento y, cuando volvió al mundo real, lo hizo completamente cambiada, abatida, roída por la ictericia. La muerte, invisible, habitaba en casa de los Melekhov, y los vivos respiraban el olor putrefacto de cadáver.

XVI

Doce días después de la noticia de la muerte de Grigori, los Melekhov recibieron al mismo tiempo dos cartas de Pedro. Duniachka las había leído en el correo. Corrió hacia la casa, unas veces rápida, como una brizna de paja arrastrada por el viento, y otras desfalleciendo. Puso en movimiento a todo el pueblo y provocó una alegría increíble en la casa.

— ¡Grichka está vivo! ¡Es vivo nuestro hermano! —gritaba desde lejos con voz entrecortada por los sollozos—. ¡Pedro ha escrito! ¡No han matado a Grichka! ¡Está herido solamente! ¡Vive! ¡Vive!

Queridos padres —escribía Pedro en una carta fechada el 20 de agosto—. *Les informo que Grichka ha creído entregar su alma a Dios; pero ahora, gracias a Dios, está sano y salvo, cosa que también les deseamos. Que el Señor les conceda salud y una vida dichosa. Cerca de la ciudad de Kamenska-Strumilovo, su regimiento tomó parte en un combate y, durante el ataque, los cosacos de su pelotón vieron cómo un húsar húngaro daba un sablazo a Grigori haciéndole caer del caballo. Pero no sabíamos nada más, y a todas mis preguntas nada pudieron responderme los cosacos. Mucho más tarde me enteré por Mitka Kochevoi —Mitka ha venido a traer una orden a nuestro regimiento— que Grigori había quedado sobre el campo de batalla hasta la noche, en que, recobrando el conocimiento, empezó a arrastrarse, guiándose por las estrellas, hasta encontrar a uno de nuestros oficiales, herido también. Este oficial era teniente coronel de dragones y había sido herido en el vientre y en las piernas por un casco de obús. Grigori le recogió y le llevó a cuestas seis kilómetros. Por esto le han dado una recompensa, la cruz de san Jorge, y le han hecho sargento. ¡Ya veis! La herida de Grigori no tiene importancia. El enemigo le arañó la cabeza arrancándole un pedazo de piel, pero Grigori cayó del caballo y quedó sin sentido. Mitka dice que ya ha vuelto a su puesto en las filas. Perdonadme si he escrito mal, pero lo hago sobre la silla y se mueve mucho.*

En la segunda carta, Pedro pedía que le enviaran cerezas secas "cogidas en nuestros queridos jardines del Don", y rogaba que "no le olvidaran y le escribieran más a menudo". En la misma carta echaba pestes contra Grigori, porque, según decían los cosacos, no cuidaba bastante bien al caballo, que era el bayo de Pedro. Rogaba a su padre que escribiera a Grigori. Y decía: "Le he mandado a decir que, si no cuida bien el caballo, la primera vez que me lo encuentre le golpearé en la cara, aunque esté condecorado."

La cara de Pantelei Prokofievich, trastornada por la alegría, era penosa de ver. Se apoderó de las dos cartas y fue de casa en casa buscando a los que sabían leer, obligándoles a que le releyeran las misivas. El viejo se enorgullecía del hijo, queriendo hacer partícipe de su alegría a todo el pueblo.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya ves cómo es mi Grichka! ¿Qué dices?

Levantaba la mano como un casco de caballo cuando el lector, descifrando la carta penosamente, palabra por palabra, llegaba al pasaje en que Pedro describía la hazaña de Grigori, que había llevado a cuestas al teniente coronel durante seis kilómetros.

— ¡Es el primero de nuestro pueblo que tiene la cruz! —decía con orgullo el viejo Melekhov.

Y cogiendo alegremente las cartas, las guardaba bajo la badana de su gorra, partiendo en busca de otro cosaco que supiera leer.

También Sergio Platonovitch, viéndole por la ventana de su tienda, salió y se descubrió ante él.

— ¡Entra, Prokofievich!

Estrechó la mano del viejo entre sus dedos blancos y regordetes, y dijo:

— ¡Te felicito! ¡Ejem, ejem! ¡Debes estar orgulloso de tener un hijo así! ¡Y vosotros que ya habíais hecho la comida del duelo! He leído en los periódicos el relato de su hazaña.

— ¿Hasta los periódicos hablan de él? —gritó Pantelei Prokofievich, asombrado.

Y la emoción le apretaba la garganta.

—Sí. Lo he leído en un comunicado. Lo he leído.

Sergio Platonovitch cogió de un anaquel tres paquetes del mejor tabaco turco, llenó sin pesarlo un cartucho de bombones finos y lo tendió todo a Pantelei Prokofievich, diciendo:

—Cuando envíes algo a Grigori Panteleievich, dale un saludo de mi parte y le remites estos regalitos.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué honor para mi hijo Grichka! ¡Todo el pueblo habla de él! ¡Dios me ha permitido ver este día! —murmuraba el viejo bajando los escalones del almacén de Mokhov.

Se sonó, secó una lágrima que le corría por la mejilla y pensó: "¡Me hago viejo! Lloro con facilidad... ¡Ah, Pantelei, Pantelei, a lo que has llegado! ¡Antes eras fuerte como la roca! Descargabas las barcas, llevabas sacos de un quintal sobre la espalda... ¡Y ahora...! ¡Grichka me ha trastornado un poco!"

Saltaba en la calle, apretando contra su pecho el cartucho de bombones. Su pensamiento giraba alrededor de Grigori como un pajarraco sobre un pantano, y las palabras de la carta de Pedro le volvían a la memoria. En este momento encontró a su compadre Korchunov. Éste le llamó primero:

— ¡Eh! ¡Compadre! ¡Espera un momento!

No se habían vuelto a ver desde la declaración de guerra. Al dejar Grigori la casa, sus relaciones se habían hecho frías, casi hostiles. Miron Grigorievitch estaba enfadado con Natacha, pues creía que se humillaba ante Grigori esperando de él una limosna. Él también estaba mortificado por esta situación.

Insultaba a Natacha ante los suyos: "¡Perra vagabunda! ¿No podría permanecer en casa de su padre? Pues no. ¡Mírala cómo se va a casa de sus suegros! Su pan le parece mejor, probablemente. Y por culpa de esa imbécil me veo obligado a sufrir esta vergüenza y a bajar los ojos ante la gente."

Miron Grigorievitch se acercó a su compadre, le tendió la mano peluda y le estrechó los dedos.

— ¿Cómo va eso, compadre?

—Bien, a Dios gracias, compadre. —Veo que has hecho compras.

Pantelei Prokofievich movió negativamente la cabeza.

—Éstos son, compadre, regalos para nuestro héroe. Sergio Platonovitch, el bienhechor, ha leído en los periódicos su heroísmo y le envía bombones y excelente tabaco. "Envía", me ha dicho, "a tu héroe estos presentes, en unión de mis saludos, y que en lo sucesivo continúe distinguiéndose en la misma forma." Tenía lágrimas en los ojos. ¿Lo entiendes, compadre? —decía Pantelei Prokofievich, sin apartar su mirada del rostro de Korchunov, tratando de adivinar el efecto que producían sus palabras.

El compadre bajaba los ojos y, oscureciéndolos con sus párpados, les daba una expresión burlona.

—Bien, bien... —gruñó Korchunov, y atravesó la calle dirigiéndose hacia la valla.

Pantelei Prokofievich le siguió. Sus dedos, temblando de rabia, trataban de abrir el cartucho.

—Toma un bombón de miel —ofreció maliciosamente al compadre—. Te lo ofrezco de parte de tu yerno. Tu vida no es muy dulce, toma esto y te pasará la amargura. Mi hijo creo que quizá merezca este honor. Quizá sí o quizá no...

—Déjame tranquilo. Sé mejor que nadie lo que debo hacer.

—Toma. ¡Hazme ese honor!

Pantelei Prokofievich se inclinó delante del compadre en una exagerada reverencia. Sus dedos retorcidos arrancaban el papel de plata que envolvía el bombón.

—No estamos habituados a cosas azucaradas... —dijo Miron Grigorievitch, apartando la mano del compadre—. No estamos acostumbrados. Los regalos nos hacen daño en los dientes. Y tú, compadre, no debías ir a mendigar para tu hijo. Si te falta algo, no tienes

más que venir a mi casa. Para mi yerno te Daria cuanto hiciera falta. Natacha come vuestro pan... Conociendo vuestra miseria, os habría dado cualquier cosa. — ¡Nadie ha pedido todavía una limosna en mi familia! ¡No digas mentiras, compadre! ¡No seas jactancioso, compadre! ¿Por qué tu hija ha venido a mi casa si vives tan ricamente?

Miron Grigorievitch le interrumpió, en tono autoritario:

— ¡Espera! No tenemos ninguna razón para disputar. No he venido para discutir contigo. Cálmate, compadre. Ven conmigo, que tengo que hablarte.

— ¡No tenemos nada que decirnos!

—Cuando te lo digo es que hay algo.

Miron Grigorievitch cogió a su compadre por una manga y giró por una calle. Pasadas las granjas, se encontraron en la estepa.

— ¿De qué se trata? —preguntó Pantelei Prokofievich, cuya cólera se había calmado súbitamente.

Miró de lado la cara blanquecina, cubierta de pecas rojas, de Korchunov. Éste se levantó los faldones del largo abrigo, sentándose al borde de una zanja y sacando del bolsillo una vieja petaca.

— ¿Ves tú, Prokofievich? Te has lanzado sobre mí como un gallo de pelea. Pero eso no es obrar como parientes. Eso no está bien, ¿verdad? Yo quiero saber —y su tono se hizo firme y un poco duro—si tu hijo todavía va a seguir burlándose de Natacha. ¡Dímelo!

— ¡Pregúntaselo a él!

—No debo preguntárselo. Tú eres el jefe de la casa y a ti te lo pregunto.

Pantelei Prokofievich aplastaba el bombón en su mano. La pasta blanda y pegajosa del chocolate se deshacía entre sus dedos. Los limpió contra la tierra cretosa del declive y se puso en silencio a liar un cigarrillo. Cogió un papel y un poco de tabaco turco y tendió el paquete a su compadre. Miron Grigorievitch no se negó esta vez a liar un cigarrillo con el tabaco dado por Mokhov. Empezaron a fumar. Por encima de sus cabezas flotaba una nube blanca como la espuma, redonda como el seno de una mujer, y una telaraña, delgada y ligera, agitada por el viento, se alzaba de la tierra hacia el cielo inaccesible.

El día declinaba. Un silencio apacible e infinitamente suave se extendía sobre el aire de setiembre.

El cielo, que ya había perdido su triunfante brillan tez del verano, estaba ahora azul pálido. Hojas purpúreas de manzano, traídas por el viento, cayeron en la zanja. Detrás de la cumbre ondulante de un ribazo desaparecía la encrucijada de las carreteras invitando, en vano, a los hombres a irse lejos, más allá de la línea verde del horizonte, vago como un sueño hacia países desconocidos. Los hombres, atados a sus hogares, a sus costumbres cotidianas, penaban y se consumían en su labor, mientras que la carretera, aquella pista desierta y desolada, se desenrrollaba atravesando el horizonte y

desaparecía en lo invisible. El viento, con una elegancia fútil, hacía bailar el polvo sobre el camino.

—Este tabaco es flojo como la hierba —dijo Miron Grigorievitch, lanzando una bocanada de humo.

—Un poco flojo, pero agradable —confirmó Pantelei Prokofievich.

—Contéstame, compadre —rogó Korchunov, suavizando la voz mientras extinguía el cigarrillo.

—Grigori no me ha escrito nada sobre eso. Ahora está herido.

—Ya lo he oído decir.

— ¡No sé qué va a pasar aquí! ¡Acaso le maten! Y entonces...

—Pero, ¿cómo seguir así? —Y Miron Grigorievifch parpadeó desconsoladamente—. Ahora ella no es ni doncella, ni mujer, ni viuda honrada. ¡Es una vergüenza! ¡Si yo hubiera podido prever que iba a pasar algo semejante, jamás hubiera dejado franquear el umbral de mi casa a compadres como vosotros! ¡Ah! ¡Compadre, compadre! ¡A cada cual le afectan las desgracias de su hijo! Es la voz de la sangre.

— ¿Y qué puedo hacer yo? —repuso Pantelei Prokofievich con rabia mal contenida—. Explícame bien. ¿Es que estoy contento de que haya dejado su casa? ¿Me beneficia en algo? Verdaderamente, dices unas cosas...

—Escríbele —ordenó Miron Grigorievitch con voz sorda —. Pídele que dé una respuesta de una vez para siempre.

— ¡Tiene una hija con otra!

— ¡También ésta le dará un hijo! —gritó Korchunov, enrojeciendo—. ¿Es que se puede tratar así a un ser humano? ¿Eh? ¡Ha querido matarse, está mutilada y aún la quiere empujar a la tumba! ¿Y el corazón? ¿Y su corazón? —Miron Grigorievitch se golpeó el pecho con una mano y con la otra tiró al compadre del faldón de la chaqueta—. ¿Es que tiene un corazón de lobo?

Pantelei Prokofievich resoplaba y se volvía.

—...Su mujer se consume por él, no respira más que para él. ¡Por eso es por lo que vive en tu casa como una criada!

— ¡Nosotros la queremos más que si fuera nuestra propia hija! ¡Cállate! —gritó Pantelei Prokofievich.

Y se levantó.

Se separaron sin despedirse.

XVII

La vida, saliendo de madre, se divide en múltiples brazos. Es difícil prever qué dirección tomará su corriente traidora y pérfida. Allí donde hoy se agota la vida como un río seco, dejando ver el fangoso cauce, mañana corre de nuevo rica y abundante.

La decisión de ir a Yagodnoyé para ver a Axinia y suplicarle que le devolviera a Grigori maduró de pronto en el espíritu de Natacha. Le parecía que todo dependía de Axinia y que bastaría doblegarse ante ella para recobrar a Grigori y el bienestar perdido. No se preguntaba si esto sería realizable ni cómo recibiría Axinia el extraño paso que daba. Impulsada por un sentimiento inconsciente quería ejecutar su proyecto lo más rápidamente posible. Al finalizar el mes, los Melekhov recibieron una carta de Grigori. Después de los saludos de costumbre al padre y a la madre, enviaba también "sus respetuosos cumplidos a Natacha Mironovna". Sin acertar las razones que hubiese tenido Grigori para nombrarla, de todas formas esta carta animó a Natacha en su decisión. Al domingo siguiente se preparó a partir para Yagodnoyé.

— ¿Adónde vas, Natacha? —preguntó Daria viendo que Natacha se miraba atentamente en un pedazo de espejo.

—Voy a ver a mis padres —dijo Natacha, ruborizándose al comprender de pronto que iba al encuentro de una humillación y de una tortura moral.

—Por lo menos debías venir conmigo una vez a la velada —rogó Daria colocándose con coquetería su traje—. ¿Quieres venir esta noche?

—No sé... No lo creo...

— ¡Te haces la monjita! ¡No podemos divertirnos más que en ausencia de los maridos! —se quejó Daria, inclinándose flexiblemente para ver mejor en el espejo el borde de su falda azul pálido.

Después de la marcha de Pedro, un gran cambio se había operado en ella. La ausencia del marido se hacía sentir visiblemente. Cierta inquietud se dibujaba en sus ojos, en sus movimientos, en su andar. Los domingos se arreglaba cuidadosamente. Volvía tarde y de mal humor de las veladas, y con las pupilas oscurecidas, se quejaba a Natacha.

— ¡Es una desgracia, Señor...! Se han llevado a todos los cosacos convenientes... ¡No quedan más que los viejos y los niños!

— ¿Qué es lo que te hace falta?

— ¿Cómo? —exclamaba Daria con asombro—. No puede una divertirse con nadie en las veladas. Por lo menos, quisiera ir sola al molino, pues cuando el suegro me acompaña no hay manera de hacer nada...

Interrogaba a Natacha con cínica franqueza:

— ¿Cómo puedes soportar el permanecer tanto tiempo sin un hombre?

— ¡Cállate, desvergonzada! —contestaba Natacha, ruborizándose.

— ¿No sientes deseos?

—Tú sí los tienes, probablemente.

—Cierto, pequeña mía —contestaba Daria, enrojeciendo y rompiendo a reír, temblándole los arcos de sus pestañas— ¿Por qué ocultarlo? Ahora sería capaz de sacudir a un viejo. ¡Fíjate! ¡Hace dos meses que se fue Pedro...!

—Daria, vas a acabar mal.

— ¡Basta, basta; no te hagas la honrada, viejecita! ¡De sobra sabemos lo que valen las garitas muertas como tú! ¡No puedes ocultarlo!

Daria, contemplándose en el espejo, la miraba riendo y contaba, mordisqueándose los labios con sus dientecitos perversos:

—El otro día, Timochka Manitskov, el hijo del *atamán,* vino a sentarse junto a mí en la velada. Lo veo sudando, sin atreverse a empezar. Me pasa suavemente la mano temblorosa por debajo del brazo. Espero. No me dice nada y noto que la rabia empieza a apoderarse de mí. ¡Si por lo menos fuera un muchacho...! ¡Pero es un mocoso...!, a lo sumo tiene dieciséis años. ¡Vaya hombres que nos han dejado! Yo estoy tranquila. Él me palpa y después cuchichea: "Ven a nuestra granja." ¡Entonces fue cuando le di una buena lección!

Daria reía a carcajadas, los arcos de sus cejas se quebraban y sus ojos brillaban con alegría maliciosa.

—Le dejé de mil colores gritándole: "¡Ah, bandido! ¡Ah, mocoso! ¿Cómo te atreves a hablarme de cosas semejantes? ¡Si aún no hace mucho que te meabas en la cama...!" Le puse hecho un trapo.

Entre ella y Natacha se habían establecido relaciones sencillas y amistosas. La desconfianza que Daria alimentaba al principio por la nueva nuera había desaparecido poco a poco, y en la actualidad las dos mujeres se entendían bien, a pesar de sus caracteres totalmente opuestos.

Natacha salió después de arreglarse. Daria la alcanzó en el pasillo.

— ¿Quieres abrirme la puerta esta noche, cuando vuelva?

—Seguramente me acostaré en casa de mis padres.

Daria reflexionó, rascándose la nariz con el peine, y después sacudió la cabeza:

—Bien. No quería pedírselo a Duniachka, pero no habrá más remedio que hacerlo.

Natacha advirtió a Ilinichna que marchaba a casa de sus padres, y se fue. Dos coches que volvían del mercado venían desde la plaza. Algunas personas salían de la iglesia. Natacha pasó dos callejuelas y torció a la izquierda. Subió rápidamente la cuesta. Al llegar arriba, se volvió. El pueblo, con sus casitas blanqueadas con cal, se extendía a sus pies, inundado de sol. Sobre el techo del molino se quebraban los rayos del sol reflejándose en la superficie deslumbrante.

XVIII

La guerra no se había olvidado de Yagodnoyé. Veniamin y Tikon fueron movilizados. Después de su partida, todo quedó más monótono, triste y silencioso. Axinia remplazaba a Veniamin en el servicio del viejo general. La gruesa Lukeria, a la que nada hacía adelgazar, se encargó de la cocina de los criados y del corral. El padre Sachka alternaba las funciones de mozo de cuadra con las de jardinero. Sólo Grigori había sido remplazado por otro cochero, el viejo y apacible cosaco Nikitich. Este año, el propietario había hecho sembrar menos tierra y dado una veintena de caballos para el Ejército. No le quedaron más que los potros y tres caballos del Don para las necesidades de la propiedad. El general se distraía cazando. Iba con Nikitich a perseguir las avutardas y a veces recorría la región en alguna cacería con galgos.

Axinia recibía raramente noticias de Grigori. Escribía brevemente, informándole que por el momento estaba sano y salvo y que continuaba haciendo el servicio. Quizá para no mostrar su debilidad, en sus cartas no se quejaba nunca y tampoco decía que se aburría. Sus cartas respiraban frialdad, como si se viera forzado a escribirlas. En la última sólo dejó escapar una frase: "Estoy siempre a caballo. Creo que ya he hecho bastante la guerra y arrastrado demasiado tiempo la muerte en las bolsas de mi montura." En las cartas preguntaba por su hija y pedía que le dieran noticias de ella. "Escríbeme cómo crece mi Tanincha y cómo está ahora, últimamente la vi en un sueño, y ya era grande y llevaba un traje rojo."

Axinia parecía que soportaba valientemente la separación. Concentró todo su afecto en su hija, sobre todo desde el momento en que se convenció definitivamente de que la niña era en realidad de Grichka. Ahora tenía pruebas irrefutables. Los cabellos de la niña, que en un principio fueron castaños, se hicieron negros y rizados. Sus ojos también cambiaron de color. Se habían oscurecido y alargado. Cada día la niñita se parecía más a su padre. En su sonrisa había también algo salvaje que recordaba la familia de los Melekhov. Axinia ya no tenía la menor duda, y el amor que sentía por su hija era aún más profundo. Ya no temblaba como en otro tiempo cuando contemplando la cara de la niña, dormida en su cuna, le encontraba algún vago parecido con los rasgos odiosos de Stefan.

El tiempo se deslizaba aumentando cada día una amargura ácida en el fondo del alma de Axinia. La inquietud por la vida del amado le destrozaba el corazón, la taladraba como una barrena, no abandonándola durante el día y torturándola a menudo durante la noche. Entonces era cuando todos sus sentimientos, contenidos por la voluntad, se desbordaban rompiendo los diques. Durante noches enteras, Axinia se debatía en una queja muda, dando libre curso a sus lágrimas, mordiéndose las manos para no despertar a la niña. Sorbiéndose las lágrimas, decía con ingenuidad: "Es la hija de Grichka: su corazón sen-

tirá cómo me atormento por él."

Después de noches semejantes, se levantaba quebrantada. Le parecía que martillos de plata le golpeaban sin cesar las sienes. Una expresión amarga crispaba las comisuras de sus labios, antes llenos y tersos como los de una adolescente. Y aquellas noches dolorosas envejecían a Axinia.

Un domingo, después de servir el desayuno al viejo propietario, y bajando por la gradería, vio aparecer una mujer cerca de la puerta del corral. Unos ojos extrañamente familiares brillaban bajo el pañuelo blanco. La mujer empujó el picaporte, abrió la puerta y entró en el corral. Axinia palideció, reconociendo a Natacha, y fue lentamente hacia ella. Se encontraron en medio del corral. Las botas de Natacha estaban cubiertas de polvo. Se paró, dejó caer sus grandes manos de trabajadora, respiró penosamente y trató, en vano, de enderezar el cuello mutilado. No quería que pareciera que miraba de costado.

—Vengo a verte, Axinia —pronunció, pasando su lengua por los labios resecos.

Axinia lanzó una mirada rápida a las ventanas de la casa y, sin proferir una palabra, se dirigió hacia el alojamiento de los criados. Natacha la siguió. El crujir del traje de Axinia al andar le era penoso. "Probablemente el calor me ha puesto malos los oídos", pensaba. Axinia hizo entrar a Natacha en el cuarto y cerró la puerta. Adelantó hasta el centro de la habitación con las manos bajo el delantal blanco. Fue ella quien tomó la ofensiva.

— ¿Por qué has venido? —preguntó con voz insinuante, casi en un murmullo.

—Quisiera un poco de agua... —demandó Natacha, paseando por la habitación una mirada torpe e inexpresiva.

Axinia esperó. Natacha habló, por fin, levantando la voz con trabajo:

— ¡Me has quitado a mi marido...! ¡Devuélveme a Grigori...! ¡Has roto mi vida...! Ya ves cómo estoy...

— ¿Tu marido? —Axinia apretó los dientes y continuó destilando sus palabras, que caían como gotas de agua sobre una piedra—. ¡Tu marido...! ¿A quién se lo pides? ¿Por qué has venido? ¡Ya no es hora de mendigar! ¡Ya es tarde! —Axinia se inclinó hacia delante y se acercó a Natacha, riendo amargamente.

Traspasaba a su rival con la mirada. ¡Allí estaba, ante ella, la mujer legítima y abandonada, rota por el dolor! ¡Allí estaba la que fue causa del sufrimiento mortal de Axinia; la que, acariciando a Grigori, se burlaba seguramente de la amante abandonada, a la que una pesada piedra aplastaba el corazón!

— ¿Eres tú la que vienes a pedirme que le deje?

Axinia se ahogaba.

— ¡Ah, pérfida, víbora! ¡Fuiste tú la que me robó a Grichka! Fuiste tú y no yo. ¿Por qué

te casaste con él? Yo he recuperado lo mío. Es mío. ¡Tengo un hijo de él! Y tú...

Miraba a Natacha en los ojos con un odio feroz y, agitando los brazos, desbordaba un torrente de palabras.

— ¡Grichka es mío y no lo cederé a nadie! ¡Es mío, mío! ¿Te enteras? ¡Mío! ¡Vete, perra desvergonzada! ¡Tú no eres su mujer! ¡Quieres quitar el padre a una hija! ¡Ah! ¡Ah! ¿Y por qué no has venido antes? ¡Contesta! ¿Por qué?

Natacha fue hacia el banco, se sentó, dejando caer la cabeza entre las manos, y ocultó la cara. —No grites así. Tú has dejado a tu marido.

—No tengo otro marido que Grichka. No tengo más que a él en el mundo entero.

Axinia, arrebatada por una rabia loca, miraba el mechón de cabellos negros que caía sobre la mano de Natacha.

— ¿Crees que te necesita? ¡Fíjate en tu cuello torcido! ¿Crees que podrás atraerlo así? ¿Te dejó cuando estabas buena y crees que te querrá ahora que estás enferma? No verás más a Grichka. Es lo único que puedo decirte. ¡Vete!

Axinia defendía furiosamente su hogar y se vengaba de todo el pasado. Veía claramente que, a pesar de su cuello torcido, Natacha era tan bonita como antes, que sus mejillas y sus labios seguían frescos, mientras que ella, por causa de esta misma Natacha, empezaba a tener los ojos circundados de arrugas.

— ¿Crees que esperaba obtener algo de ti?

Y Natacha levantó su mirada ebria de dolor.

—Entonces, ¿por qué has venido? —preguntó Axinia rápidamente.

—La desesperación me ha empujado.

La niñita de Axinia se despertó con las voces y empezó a llorar en la cuna. La madre la Cogió en sus brazos y se sentó de frente a la ventana. Natacha miraba a la niña. Un espasmo le apretó la garganta. En aquella carita, los ojos de Grigori la miraban con viva curiosidad. Salió a la escalinata, sacudida por los sollozos y tropezando. Axinia no la acompañó. Un minuto más tarde, el padre Sachka penetró en la habitación.

— ¿Quién era esa mujer? —preguntó.

—Una mujer de mi pueblo.

A tres kilómetros de la propiedad, Natacha se echó bajo un ciruelo. Permaneció allí algún tiempo, oprimida por una angustia inexpresable, sin pensar en nada... Ante ella bailoteaban sin cesar los ojos rasgados y oscuros de Grigori en aquella cara infantil.

XIX

El recuerdo de aquella noche había de quedar siempre con claridad cegadora en la memoria de Grigori.

Recobró el conocimiento antes del alba, extendió el brazo, tropezando en los rastrojos del campo segado. Un dolor sordo en toda su cabeza le arrancó un gemido. Con esfuerzo levantó la mano y se la llevó a la frente, tocando un mechón pegado a la sangre coagulada. Se palpó con un dedo la herida y, sintiendo un dolor agudo, como si le hubieran acercado un tizón, rechinó los dientes. Se volvió boca arriba. Encima de él las hojas heladas tintinearon tristemente con ruido cristalino. Los contornos negros de las ramas se dibujaban claramente sobre el fondo azul del cielo. Las estrellas aparecían a través de las ramitas. Grigori miraba con los ojos fijos, enormemente abiertos. Le parecía que no eran estrellas, sino frutos desconocidos de un color azulado amarillento que pendían de las ramas. Dándose cuenta de lo que le había ocurrido, sintiendo cómo el terror le iba ganando irresistiblemente, se arrastró sobre las manos, apretando las mandíbulas. El dolor, de cuando en cuando, le hacía caer, obligándole a pararse. Le pareció que llevaba muchísimo tiempo arrastrándose. En un esfuerzo, se volvió. El árbol negro, bajo el cual se había desmayado, sólo estaba a cincuenta pasos. Arrastrándose más pasó por encima del cadáver de un soldado, apoyándose con los codos sobre el vientre duro e hinchado. Había perdido mucha sangre, la cabeza le daba vueltas, tenía náuseas, lloraba como un niño y para no perder el conocimiento mordía la hierba insípida y húmeda. Apoyándose en un cajón tirado boca arriba trató de ponerse en pie. Permaneció largo rato hasta lograr conservar el equilibrio y avanzó con precaución. Poco a poco sintió que las fuerzas le volvían, empezó a andar con paso firme y pronto pudo orientarse por medio de la Osa Mayor. Se dirigió hacia el Este.

En el linde del bosque le detuvo una advertencia ronca:

— ¡No te acerques o disparo!

Oyó cómo montaban una pistola y miró en la dirección de la voz. Un hombre estaba echado junto a un abeto.

— ¿Quién eres? —preguntó Grigori, y su propia voz le pareció extraña.

— ¡Un ruso! ¡Oh, Dios mío! ¡Ven!

El hombre junto al abeto se dejó caer al suelo. Grigori se acercó.

— ¡Inclínate!

—No puedo...

— ¿Por qué?

—Me caería y no podría levantarme. Estoy herido en la cabeza.

— ¿De qué regimiento eres?

—Del 12 Regimiento del Don.

— ¡Ayúdame, cosaco!

—Me caeré, Excelencia.

Grigori había distinguido los galones del oficial.

—Dame la mano, por lo menos.

Grigori ayudó al oficial a levantarse. Empezaron a andar. Pero, a cada paso, el oficial herido pesaba más en el brazo de Grigori. Cuando subían una cuesta, se agarró a la manga de Grichka y dijo, castañeteando los dientes:

—Déjame, cosaco. Lo mismo da. Estoy herido en el vientre...

Sus ojos se hacían cada vez más opacos bajo los lentes. Su boca abierta, con la barba sin afeitar mucho tiempo, aspiraba el aire en un estertor. Perdió el conocimiento. Grigori lo cargó sobre sus hombros, cayendo, levantándose, volviendo a caer de nuevo. Por dos veces abandonó su carga, volviendo a recogerle, andando como si dormitara. A las doce de la mañana, un destacamento de enlace los encontró y los condujo a la ambulancia.

Al día siguiente, Grigori abandonó en secreto la ambulancia. Se quitó la venda y anduvo moviendo alegremente el vendaje cubierto de sangre.

— ¿De dónde sales? —le preguntó, estupefacto, el comandante del escuadrón.

—Vuelvo a las filas, Excelencia.

Dejando al oficial, Grigori encontró al sargento del pelotón.

— ¿Dónde está mi caballo? ¿Dónde está el bayo?

—Está sano y salvo. Le cogimos allá abajo, donde dimos caza a los austriacos. Y tú, ¿cómo estás? Ya habíamos encomendado tu alma al Señor.

—Os habéis apresurado —dijo Grigori bromeando.

Extracto de la orden del día:

Por haber salvado la vida al comandante del noveno regimiento de dragones, el teniente coronel Gustavo Grosbeg, el cosaco del 12 Regimiento del Don, Metekhov, ha sido promovido al grado de sargento y propuesto para ser condecorado con la cruz de san Jorge, de cuarto grado.

El escuadrón permaneció sólo dos días en Kamenska-Strumilovo y se dispuso a partir de noche. Grigori encontró el alojamiento de los cosacos de su pelotón y fue a ver a su caballo. En las bolsas de la silla faltaba la ropa interior y una toalla.

—Te lo han robado casi delante de mí, Grigori —le dijo, excusándose, Michka Kochevoi, que estaba encargado de ocuparse de su caballo—. Ha habido muchos soldados de infantería y ellos te han robado.

—Tanto peor. ¡Que se vayan al diablo! ¡Que les aproveche! Pero querría algo para vendarme la cabeza. Las vendas están empapadas en sangre.

—Coge mi toalla.

Chubaty entró en la cochera donde esta conversación tenía lugar. Tendió la mano a Grigori como si entre ellos no hubiera pasado nada.

— ¡Hola, Melekhov! ¿Estás vivo?

—A medias.

—Tienes sangre en la frente. Límpiatela. —Ya lo haré. No tengo prisa.

—Déjame ver cómo te han arreglado.

Chubaty inclinó a la fuerza la cabeza de Grigori:

— ¡Hum..., hum...! ¿Por qué te has dejado cortar el pelo? Mira cómo te han dejado. Con la cura de los doctores pronto te irás al diablo. Deja que ahora te cure yo.

Sin esperar el consentimiento, sacó una cápsula de su cartuchera, quitó la bala y vertió la pólvora negra en la palma de su mano.

—Mikhailo, búscame telarañas.

Kochevoi derribó de un sablazo unas telarañas que colgaban del techo de la cochera y se las tendió a *Chubaty.* Éste mezcló las telarañas con la pólvora y un poco de tierra negra y amasó todo durante un rato. Cubrió por completo en seguida con esta pasta pegajosa la herida de Grigori y sonrió.

—Dentro de tres días no habrá nada. Ya ves, yo te curo y tú... tú quisiste matarme.

—Te agradezco los cuidados; pero, si te hubiera matado, tendría un pecado menos sobre mi conciencia.

— ¡Qué ingenuo eres, muchacho!

—Soy como soy. ¿Qué tengo en la cabeza?

—Una herida de sable de unos veinte centímetros. Te la han dejado como recuerdo.

—No lo olvidaré.

—Aunque quisieras, no podrías olvidarlo. Los austriacos no afilan sus armas. Te han golpeado con una hoja sin filo y te quedará una cicatriz toda tu vida.

—Has tenido suerte, Grigori, de que el sable te haya herido de través —dijo, sonriendo, Michka—. Si no, te habríamos enterrado en suelo extranjero.

— ¿Qué voy a hacer ahora de mi gorra? Grigori daba vueltas con embarazo a su gorra ensangrentada y dividida por el sablazo.

—Tírasela a los perros. Se la comerán.

— ¡Eh, muchachos! ¡Que han traído el rancho!

—gritó alguien a la puerta de la casa.

Los cosacos salieron de la cochera. El caballo bayo relinchaba, siguiendo a su dueño con la mirada.

—Sufría sin ti, Grigori —dijo Kochevoi—. Yo mismo estaba asombrado. No quería comer y relinchaba quedamente sin cesar.

—Le llamé todo el tiempo que fui arrastrándome —respondió Grigori con voz sorda, volviéndose—. Creí que no me hubiese abandonado nunca. Habrá sido difícil cogerle. No se deja tocar por los extraños...

—Es verdad. Costó mucho trabajo echarle mano.

—Es un buen caballo. Es de mi hermano Pedro. Grigori se volvió, ocultando la emoción de sus ojos.

Volvieron a la casa. En la primera habitación, Egor Jarkov roncaba sobre un somier. Un desorden increíble demostraba que los propietarios habían huido rápidamente de su morada. Trozos de vajilla, pedazos de papel, libros manchados, jirones de tela, juguetes, botas viejas, harina desparramada por el suelo, todo testimoniaba una huida precipitada. En la misma habitación, en un trozo libre, Emelian Grochev y Prokhor Zykov estaban comiendo. Los ojos de vaca de Zykov se ensancharon al ver a Grigori.

— ¡Grichka! ¿De dónde sales?

—Del otro mundo.

—Tráele sopa. No abras los ojos así —gritó *Chubaty.*

—En seguida. La cocina está muy cerca. Prokhor se precipitó en la calle con la boca llena.

Grigori, agotado de fatiga, se dejó caer en el banco.

—Ya no me acuerdo de la última vez que he comido —dijo en un suspiro confuso.

Los regimientos del Tercer Cuerpo de Ejército estaban atravesando el pueblo. Las estrechas calles hallábanse ocupadas por los convoyes interminables, por los escuadrones de caballería.

Atollábanse en los cruces. El ruido de los vehículos y de los caballos penetraba en las casas a través de las puertas cerradas.

Prokhor volvió en seguida con una gamella llena de sopa de coles y un recipiente con papilla de trigo.

— ¿Dónde pongo la papilla?

—Aquí tienes un vaso con asa —dijo Grochev presentando un orinal, cuyo uso ignoraba.

— ¡Apesta tu vaso! —dijo Prokhor haciendo una mueca.

—No importa. Échalo aquí y ya veremos.

Prokhor vació el saco en el orinal. La papilla, espesa y apetitosa, cayó en un montoncito. La manteca fluyó alrededor como un bordado de ámbar. Se comió charlando. Prokhor decía, esforzándose en hacer desaparecer una mancha de grasa de la desteñida franja de su pantalón:

—Una batería de montaña acampa en el corral vecino. Un cabo ha leído en un periódico que los aliados han dado un palizón a los alemanes.

—Has llegado tarde, Melekhov. Esta mañana hemos recibido una felicitación —murmuró *Chubaty* con la boca llena.

— ¿De quién?

—El comandante de la División, el teniente general David, nos ha pasado revista expresándonos su reconocimiento por haber rechazado a los húsares húngaros salvando una batería: "¡Bravo, cosacos!", nos dijo, "el zar y la patria nunca os olvidarán."

— ¡Caray!

Una detonación sonó secamente en la calle. Otra le siguió. El crepitar de una ametralladora rechinó.

— ¡Salid! —gritaron en el patio.

Tirando las cucharas, los cosacos se precipitaron fuera. Un avión daba vueltas muy bajo por encima de ellos con un intenso zumbido.

— ¡Meteos bajo la tapia! ¡Va a lanzar bombas! ¡La batería está en ese lado! —gritó *Chubaty.*

—Despertad a Egorka. ¡Van a matarle en el colchón...!

Chubaty apuntó tranquilamente al avión y disparó sin descender los escalones. Los soldados corrían por las calles, curvándose sin necesidad. El relincho de los caballos y los gritos de mando resonaban en el patio vecino. Grigori descargó un cargador contra el avión y miró por encima de la tapia. Los conductores y los servidores de los cañones se apresuraban a esconderlos bajo techado. Grigori levantó la cabeza y, entornando los ojos bajo la cegadora claridad del cielo azul, vio al pájaro metálico que descendía bordoneando. En aquel momento, algo se destacó de él bruscamente y brilló con un relámpago duro bajo los rayos del sol. Un estallido ensordecedor conmovió la casita y a los cosacos apretados contra la escalinata. En el patio vecino, un caballo lanzó un grito de agonía. Más allá del cercado, percibióse un agudo olor a quemado.

— ¡Escondeos! —gritó *Chubaty,* bajando los escalones a toda prisa.

Grigori le siguió y, de un salto, fue a caer cerca de la tapia. El ala del avión brillaba, girando graciosamente. En la calle, el fuego de fusilería crepitada sin interrupción. Disparaban por salvas a discreción. Grigori acababa de cargar nuevamente su carabina cuando una nueva explosión, aún más fuerte que la anterior, le lanzó a dos metros de la tapia. Una gran cantidad de tierra vino a caerle sobre la cabeza, cegándole y tirándole al suelo. *Chubaty* le levantó. Un dolor agudo en el ojo izquierdo le impedía ver. Abriendo con trabajo el ojo derecho, distinguió un montón informe de ladrillos, del que se elevaba un polvo rojizo. Más de media casa había sido destruida. Egor Jarkov se arrastraba sobre sus manos cerca de la destruida escalera. Toda su cara era un grito. Lágrimas sangrientas resbalaban de sus ojos desorbitados. Se arrastraba con la cabeza metida entre los hombros y gritaba sin abrir los labios, negros, cadavéricos:

— ¡Ayyy! ¡Ayyy...!

Una pierna, arrancada cerca del muslo, se arrastraba tras él sujeta por un jironcito de piel y por el pantalón quemado. La otra pierna había desaparecido. Se arrastraba moviendo lentamente los brazos. Un grito agudo, casi infantil, quejumbroso, penetrante, salía de su boca. Se calló y echóse sobre un costado, apretando la cara contra la tierra hostil, húmeda, sucia de estiércol de caballo y de trozos de ladrillos. Nadie se aproximaba a él.

— ¡Pero recogedle! —gritó Grigori, sin separar la mano del ojo izquierdo.

La calle abarrotóse de soldados de infantería. Un cochecito de telefonista se paró cerca de la puerta.

— ¡Pasa pronto! ¿Por qué te paras? —gritó un oficial llegando al galope—. ¡Brutos!

¡Canallas!

Un viejo, vestido con un largo abrigo negro, y dos mujeres, aparecieron en la calle. Los grupos rodearon a Jarkov. Grigori se abrió paso y vio que el herido respiraba aún. Sollozaba dulcemente, sacudido por un temblor terrible, y gruesas gotas de sudor perlaban su frente amarilla.

— ¡Pero cogedle! ¡Vamos! ¿En qué pensáis? ¿Sois hombres o demonios?

— ¿Por qué chillas tú? —dijo un soldado a su lado—. "¡Cogedle, cogedle!" Pero ¿adónde quieres que lo llevemos? ¿No ves que agoniza?

— ¡Tiene arrancadas las dos piernas!

— ¡Mira cómo se desangra!

— ¿Dónde están los enfermeros?

— ¿Para qué los enfermeros? Ya es demasiado tarde.

— ¡Si aún no ha perdido el sentido!

Chubaty puso la mano sobre el hombro de Grigori. Éste se volvió.

—Déjalo —murmuró *Chubaty*—. Ven por aquí.

— ¡Tapadle la cara! —propuso alguien.

XX

El vagón se balancea ligeramente. El ruido rítmico de las ruedas parece acunar a los que tienen sueño. La linterna proyecta hasta el centro del banco una luz amarilla. Es agradable extenderse a lo largo, descalzarse, dejando descansar los pies doloridos que durante dos semanas hubieron de permanecer cautivos en las botas, no sentir ninguna obligación, saber que ningún peligro amenaza y que la muerte está lejana. Es particularmente grato oír el canto de las ruedas, porque a cada vuelta y a cada tirón de la locomotora el frente se aleja...

Grigori escuchaba aquel ruido acostado sobre el asiento, moviendo los dedos de los pies desnudos, sintiendo en todo su cuerpo la agradable sensación de la ropa limpia y fresca. Tenía la impresión de haber arrojado una envoltura sucia y haber entrado en una vida nueva, limpio e inmaculado.

Aquella alegría tranquila y apacible sólo era interrumpida por un agudo dolor en el ojo izquierdo, que a veces se calmaba, pero que volvía bruscamente, quemando como el fuego, haciendo correr las lágrimas bajo la venda. En el hospital de Kamenska-Strumilovo, un joven médico judío examinó el ojo de Grigori y escribió algunas palabras sobre un pedazo de papel.

—Habrá que enviarle a retaguardia. El ojo está gravemente herido.

— ¿Me quedaré tuerto?

—No. ¿Por qué? —respondió, sonriendo afectuosamente el doctor, que parecía ocultar algo—. Habrá que cuidarle. Quizás haya que operar... Le enviaremos a Petersburgo o a Moscú.

—Gracias.

—No tenga miedo. Conservará el ojo.

El doctor le dio un golpecito sobre el hombro y, poniéndole en la mano el pedazo de papel, le empujó suavemente hasta el pasillo. Y se remangó los brazos, preparándose para una operación.

Después de muchas peripecias, Grigori tomó asiento en un convoy de heridos. Permaneció acostado un día, regocijándose en su reposo. Una vieja maquinita resoplaba, tratando con todas sus fuerzas de arrastrar el largo convoy con dirección a Moscú.

Llegaron de noche. Los camilleros transportaban en camillas a los heridos graves. Los que podían andar sin ayuda salían al pórtico, después de las formalidades. El médico que acompañaba el tren llamó a Grigori y dijo, mostrándolo a una enfermera.

—A la clínica del oculista doctor Suegiev.

— ¿Tiene equipaje? —preguntó la enfermera.

— ¿Qué puede tener un cosaco? Aquí están la mochila y el capote.

— ¡Vamos!

Empezó a andar sujetando sus cabellos bajo la toca. Grigori la seguía con paso inseguro. Tomaron un coche de alquiler. El ruido de la gran capital, las campanas de los tranvías, la luz de la electricidad dejaban estupefacto a Grigori. Apoyado en el respaldo del coche, examinaba ávidamente las calles llenas de gente, a pesar de que era noche cerrada, y le parecía extraño sentir a su lado el calor turbador de un cuerpo femenino.

El otoño estaba adelantado en Moscú. En los bulevares, a la luz de los faroles, las hojas de los árboles tenían reflejos amarillos. La noche era fría. Las losas de las aceras relucían de humedad. Las estrellas brillaban con relámpagos glaciales. Dejaron el centro y entraron en una callecita desierta. Los cascos del caballo resonaban sobre el pavimento. El cochero, vestido con un largo *caftán* azul, se balanceaba sobre el elevado pescante, excitando con el movimiento de las riendas al rocín de orejas caídas. A lo lejos se oía el silbido de las locomotoras. "Quizá haya alguna que en este momento parta para el Don", pensó Grigori inundado de tristeza.

— ¿Se duerme?

—No.

—Llegaremos pronto.

— ¿Quieren algo? —preguntó el cochero volviéndose.

—Nada. Más de prisa.

Detrás de una verja brilló el agua de un estanque con un desembarcadero de madera al que estaba amarrada una barca. El aire estaba saturado de humedad. "Han cerrado el agua con una verja de hierro. Esto no ocurre en el Don", pensaba Grigori confusamente. Bajo las ruedas de goma gemían las hojas muertas.

El coche se paró frente a una casa de tres pisos. Grigori saltó al suelo y se ajustó el capote.

—Deme la mano —dijo la enfermera, inclinándose.

Grigori cogió con su manaza la pequeña y blanda de la enfermera y la ayudó a descender.

—Huele usted a sudor de soldado —dijo riendo la elegante enfermera.

Y se acercó a llamar a la puerta.

—Si usted hubiera estado allá abajo, quizás oliera peor —contestó Grigori con rabia contenida.

El portero abrió la puerta. Subieron al segundo piso por una escalera de barandilla dorada. La enfermera llamó a otra puerta. Una mujer con bata blanca les dejó entrar. Grigori se sentó cerca de un veladorcito, mientras la enfermera hablaba en voz baja con la mujer vestida de blanco que escribía.

Por las puertas de los dormitorios que daban a un largo pasillo aparecían y desaparecían cabezas con lentes de diferentes colores.

—Quítese el capote —dijo la mujer de bata blanca, Un mozo, también con blusa blanca, cogió el capote de manos de Grigori, y le condujo al cuarto de baño.

— ¡Quítese toda la ropa!

— ¿Por qué?

—Para el baño.

Mientras Grigori se desnudaba, examinaba con asombro la instalación del cuarto de baño; el mozo llenó la bañera, tomó la temperatura del agua y dijo a Grigori que se metiera dentro.

—Esta pila no es para mis dimensiones —dijo, metiendo en el agua su pierna negra y peluda.

El mozo le ayudó a lavarse, le dio ropa limpia, una bata gris y unas pantuflas.

— ¿Y mi ropa?

—Se le devolverá cuando salga del hospital.

Al pasar frente a un espejo, Grigori no se reconoció: alto, negro, con los pómulos salientes y rodales rojos en las mejillas, con aquella bata y aquella venda que le atravesaba la cara y los cabellos negros, no se parecía lo más mínimo al Grigori de otro tiempo. Le habían crecido el bigote y una barbita rizada.

"He rejuvenecido en este tiempo", pensó Grigori con amarga sonrisa.

—Sexto dormitorio, tercera puerta a la derecha. Un *pope,* en batín, con lentes azules, se levantó de su cama al penetrar Grigori en la habitación amplia y blanca.

— ¿Otro vecino? Encantado de conocerle. Nos aburriremos menos. Yo soy de Zaraisk —dijo amablemente, ofreciendo una silla a Grigori.

Algunos minutos después entró una enfermera corpulenta, con una cabeza grande y fea:

—Melekhov, venga; vamos a examinarle el ojo —dijo con voz de contralto, dejando pasar a Grigori.

XXI

En el frente sudoeste, el comandante del ejército decidió, secundando las órdenes superiores, romper las líneas del adversario por medio de una vigorosa ofensiva de la caballería y enviarle por retaguardia un importante destacamento que, cogiéndole por detrás, le destruyera las vías de comunicación y le desorganizara las formaciones con cargas inesperadas. El comandante tenía grandes esperanzas en la realización de este plan. Un gran número de regimientos de caballería fue concentrado en el punto indicado. El regimiento de cosacos en que servía el oficial Listnitski también fue enviado allí. El ataque debía efectuarse el 28 de agosto; pero, a causa de la lluvia, se retrasó hasta el día siguiente.

Desde el amanecer, la División estaba alineada sobre una enorme extensión, preparándose para el ataque.

A las ocho, por el ala derecha, la infantería empezó una simulada ofensiva atrayendo sobre ella el fuego del enemigo. Las unidades de otra División de caballería también avanzaron en dirección simulada.

El enemigo estaba invisible. A un kilómetro de distancia del escuadrón, Listnitski vio las negras líneas de las trincheras abandonadas, limitadas por la muralla de los campos de trigo, sobre los que se levantaba, arrastrada por el viento, una violácea niebla matinal.

Sucedió que el mando enemigo, enterado de los preparativos del ataque, o sencillamente adivinándolos, ordenó que, durante la noche, las tropas austriacas abandonaran las trincheras dejando nidos de ametralladoras que segaran en todas direcciones a nuestra infantería cuando asaltara las desiertas trincheras.

En lo alto, detrás de un macizo de nubes, el sol ya lucía, pero el llano estaba enteramente cubierto de una niebla lechosa. Se dio la orden de ataque. Los regimientos avanzaron. La tierra resonó bajo los miles de cascos de los caballos. Listnitski a duras penas podía sujetar su pura sangre que intentaba pasar al galope. Hicieron al trote kilómetro y medio sobre un ancho frente y entraron en los campos de trigo. Los caballos adelantaban con trabajo en el trigo espeso, que llegaba más arriba de la cintura. Al cuarto kilómetro los caballos empezaron a resoplar y a fatigarse. Pero seguía sin verse al adversario. Listnitski se volvió y vio en la cara del comandante del escuadrón revelada sorda desesperación.

Seis kilómetros de carrera penosa habían reventado a los caballos. Algunos se caían bajo los jinetes. Los más resistentes se tambaleaban resoplando. Entonces fue cuando las ametralladoras austriacas entraron en acción con un fuego mortal que diezmó las primeras filas. Los ulanos retrocedieron los primeros, volviendo grupas. Los cosacos se

desmoralizaron. Las ametralladoras arrojaban una lluvia de balas sobre los regimientos en fuga. La artillería vertió sobre ellos un huracán de fuego. La negligencia criminal del alto mando transformó este ataque de una envergadura inaudita en un verdadero desastre. Algunos regimientos perdieron la mitad de sus efectivos en hombres y caballos. Cuatrocientos hombres y dieciséis oficiales del regimiento de Listnitski perecieron. A Listnitski le mataron el caballo y él también resultó herido en la cabeza y en una pierna. El sargento Tchebotarev saltó del caballo, recogió al oficial y se lo llevó atravesado en su silla.

Listnitski escribió a su padre desde el hospital de Varsovia diciéndole que después de su curación iría con permiso a Yagodnoyé. El viejo, después de leer la carta, se encerró en su despacho y no salió hasta el día siguiente, de un humor sombrío. Dijo a Nikitich que enganchara, desayunó y partió para Vechenskaia. Envió a su hijo por giro cuatrocientos rublos y una breve carta:

Sólo me resta regocijarme de que hayas recibido el bautismo de fuego, querido muchacho. Es más noble estar allá abajo que permanecer, en la Corte. Eres demasiado honrado e inteligente para el oficio de cortesano. Nadie en nuestra familia tuvo las cualidades necesarias para este papel. A esto se debe que tu abuelo cayera en desgracia, viéndose obligado a retirarse sin esperar los favores del soberano. Cuídate bien y restablécete pronto. Acuérdate que no tengo en él mundo a nadie más que a ti. La tía te saluda y se encuentra bien. En cuanto a mi, no tengo absolutamente nada que escribirte, ya sabes cómo vivo. ¿Pero qué pasa en el frente? ¿Es posible que no haya en él personas sensatas? No creo en las informaciones de los periódicos, pues mienten mucho. Lo sé por experiencia. ¿Es posible que perdamos la guerra? Espero con la máxima impaciencia.

El viejo Listnitski nada nuevo tenía, en efecto, que contar sobre su vida, que se arrastraba monótona como siempre, sin cambios. Sólo la mano de obra había aumentado de precio y empezó a notarse la escasez de bebidas alcohólicas. El viejo general, a pesar de ello, bebía más que antes, volviéndose irritable, exigente y chismoso. Un día llamó a Axinia a una hora intempestiva y le dijo:

—Me sirves mal. ¿Por qué estaba ayer frío el desayuno? ¿Por qué no estaba limpio el vaso del café? Si esto se repite, te despediré. ¿Me entiendes? No puedo soportar a los sucios. ¿Me entiendes?

Axinia escuchaba apretando los dientes. De pronto empezó a sollozar.

—Nicolai Alexeievitch, mi hijita está enferma. Deme permiso por algún tiempo. No puedo dejarla ni un instante.

— ¿Qué tiene?

—Un mal en la garganta la ahoga..

— ¿La escarlatina? ¿Por qué no me lo has dicho, imbécil? ¡Que el demonio te lleve, pedazo de oca! Corre, di a Nikitich que enganche y que vaya corriendo a la aldea a

buscar al practicante. ¡Pronto!

Axinia corrió a transmitir la orden. El viejo le chillaba desde la ventana, con su voz de bajo:

— ¡Mujer imbécil! ¡Mujer imbécil! ¡Imbécil!

Nikitch volvió a la mañana siguiente con el practicante que examinó a la niña, encendida de fiebre y, sin responder a las preguntas de Axinia, fue a ver al propietario. El general le esperaba de pie en la antesala y preguntó sin darle la mano:

— ¿Qué tiene la nena?

—La escarlatina. Excelencia.

— ¿Curará? ¿Hay esperanza?

—No es probable. Seguramente morirá. Hay que tener en cuenta su edad.

— ¡Imbécil! —gritó el general rojo de cólera—. ¿Para qué has estudiado entonces? ¡Cúrala! —y, cerrando la puerta ante las narices del asustado practicante, empezó a dar zancadas por el salón.

Axinia llamó a la puerta:

—El practicante pide un caballo para volver a la aldea.

— ¡Dile que es un cretino y que no se irá de aquí mientras no haya curado a la niña! Dadle una habitación en las dependencias y que coma —gritó el viejo blandiendo el puño huesoso—. Dadle de beber, cebadle como para el matadero; pero que no se vaya, que se quede.

Se paró, fue a la ventana, tamborileó con los dedos sobre los cristales, se acercó al retrato de su hijo en brazos de la nodriza y le miró intensamente, entornando los ojos como si no le conociera.

El primer día de la enfermedad de la niña, Axinia se acordó de la amarga frase de Natacha: "Mis lágrimas te traerán la desgracia", y pensó que Dios la castigaba por haber insultado a la joven.

Temblando por la vida de su hija perdía la cabeza, iba y venía sin motivo, haciendo mal su trabajo.

"¿Será posible que me la lleve Dios?, pensaba febrilmente. Y no queriendo creerlo rezaba con frenesí, suplicando a Dios que le concediera un último favor conservándole la vida de su hija.

"¡Señor, perdóname! ¡No me la lleves! ¡Ten piedad de mi, Señor!"

La enfermedad ahogaba a la niña. Estaba acostada inerte. Un estertor penoso,

entrecortado, salía de su garganta. El practicante, que se había instalado en las dependencias, la visitaba cuatro veces al día, y por las noches permanecía sentado en la escalinata de la casa de los criados, fumando y contemplando las frías estrellas del otoño.

Axinia pasaba las noches enteras junto al lecho. La respiración de la niña, le traspasaba el corazón.

—Ma-má...

— ¡Chiquitina mía, hija de mi alma! ¡Florecita mía, no te vayas! ¡Taninchka, mírame, hermosa mía! ¡Abre tus ojitos! ¡Vuelve en ti, palomita mía, de ojos negros! ¡Dios mío! ¿Por qué?

La niñita abría extrañamente los párpados hinchados, descubriendo los ojos inyectados de sangre. La madre buscaba ávidamente su mirada fugaz e inaccesible, que parecía alejarse cada vez más.

Murió en los brazos de su madre. Su boquita azulada se abrió por última vez en un sollozo y una convulsión recorrió su cuerpo. La cabeza cayó sobre el brazo de Axinia, y el ojito taciturno de los Melekhov parecía seguir mirando con el asombro de una pupila muerta.

El padre Sachka cavó una pequeña fosa cerca del estanque, bajo un viejo álamo, llevó al brazo el ligero ataúd y lo enterró con una rapidez que no entraba en sus costumbres. Esperó vanamente a que Axinia se levantara del pequeño otero. Después, cansado de esperar, se sonó con un ruido que recordaba el restallido de un látigo y se fue a la cuadra. Cogió en el granero un frasco de agua de colonia y una botellita de alcohol desnaturalizado, hizo una mezcla y, contemplando el color de esta bebida, dijo:

—Bebamos a su memoria. ¡Que el reino del Cielo le abra sus puertas de par en par! ¡Un alma angelical se ha presentado ante el Señor!

Bebió, sacudió la cabeza, ya cargada, y añadió, comiendo un tomate y mirando emocionado la botella:

— ¡No me olvides, querida mía, que yo tampoco te olvidaré!

Y después se puso a llorar.

Tres semanas después Evgueni Listnitski telegrafió que estaba en camino para su casa. Se envió una *troika* a la estación y todos los criados fueron movilizados. Se degollaron algunas ocas y pavas. El padre Sachka mató un carnero. Se hicieron preparativos como si esperaran a muchos huéspedes.

La víspera enviaron a Kamenka caballos de relevo. El joven propietario llegó por la noche. Una lluvia mezclada con nieve caía. Los faroles del vehículo alumbraban débilmente los flecos de agua. Los caballos se pararon cerca del pórtico con ruido de cascabeles. Evgueni, emocionado y sonriente, bajó del coche cubierto. Entregó al padre Sachka su manta de viaje y subió cojeando visiblemente. El viejo general venía

apresuradamente a su encuentro, tropezando con las sillas al pasar.

Axinia sirvió la cena en el comedor y fue a llamar a los propietarios. Por el ojo de la cerradura vio que el viejo estrechaba a su hijo entre sus brazos y le besaba. Un escalofrío recorría su cuello arrugado. Esperó unos minutos y miró de nuevo. Evgueni, con el uniforme caqui desabrochado, estaba sentado ante un gran mapa extendido en el suelo.

El viejo, dando grandes chupadas a su pipa, golpeaba con los dedos huesudos el brazo del sillón y gruñía con indignación:

— ¡Alexeiev! ¡No es posible! ¡No lo creeré nunca! Evgueni le decía algo en voz baja, paseando un dedo sobre el mapa. El viejo le respondía:

—En ese caso, el comandante jefe no tiene razón. ¡Es de una miopía espiritual increíble! Pero veamos, Evgueni: en la campaña ruso-japonesa hay un ejemplo análogo...

Axinia llamó a la puerta.

— ¿Qué? ¿Ya está servida? ¡En seguida!

El viejo salió animado y alegre. Sus ojos brillaban con un relámpago de juventud. Bebió con su hijo una botella de vino, desenterrada la víspera. Sobre la etiqueta cubierta de moho se veía la fecha: 1879.

Sirviendo la mesa ante estos rostros alegres, Axinia sentía aún más intensamente su soledad. El dolor y las lágrimas contenidas la torturaban. En los días que siguieron a la muerte de su hija hubiera querido llorar, pero le fue imposible. Los gritos subían a su garganta, pero las lágrimas no brotaban y una amargura le apretaba el corazón como una piedra. Dormía mucho, buscando la calma en el sueño; pero en sus pesadillas oía las llamadas ilusorias de su hija. Unas veces creía que la niñita dormía a su lado y se apartaba para no aplastarla y otras oía en un confuso murmullo: "Mamá, tengo sed."

— ¡Almita mía...! —murmuraba Axinia con los labios fríos.

Durante el día, en más de una ocasión, creía verla cerca de sus rodillas y se sorprendía alargando la mano para acariciar su rizada cabecita.

El tercer día después de su llegada, Evgueni permaneció largo rato en la cuadra escuchando los sencillos relatos de Sachka sobre la antigua y libre vida de los cosacos del Don. Salió después de las nueve. El viento silbaba en el patio. Se chapoteaba en el cieno. La luna amarilla balanceábase entre las nubes fugaces. Evgueni miró su reloj y entró en la vivienda de los criados. Cerca de la entrada encendió un cigarrillo, titubeó un minuto, se encogió de hombros y subió resueltamente los escalones. Abrió la puerta con precaución, entró en el cuarto de Axinia y encendió una cerilla.

— ¿Quién está ahí? —preguntó Axinia tapándose con la manta.

—Soy yo.

—En seguida me visto.

—No vale la pena. Vengo por un minuto. Evgueni se quitó el capote y se sentó al borde de la cama.

—Tu hijita murió...

— ¡Murió...! —respondió Axinia como un eco.

—Tú has cambiado mucho. Adivino, comprendo lo que debe ser perder un hijo. Pero no debes desesperarte. Tú no puedes volverle la vida, pero eres bastante joven para tener otros. No debes desesperarte así. Contente y resígnate. Todo no está perdido. Piensa que tienes una vida ante ti...

Evgueni oprimía la mano de Axinia. La acariciaba con afectuosa autoridad y hablaba arrastrando su voz de bajo. Poco a poco empezó a cuchichear y, oyendo los suspiros y los sollozos de Axinia, acarició las mejillas y los ojos bañados en lágrimas de la mujer.

El corazón de la mujer es sensible a la piedad y a las caricias. Debilitada por su desesperación, en un estado de semiinconsciencia, se entregó, con toda la violencia, ya olvidada, de su apasionada naturaleza. Pero cuando pasó la oleada devastadora y enervante de la voluptuosidad y recobró su consciencia, dio un grito agudo y, perdiendo la razón y el pudor, corrió medio desnuda hasta la escalinata. Evgueni salió precipitadamente tras ella dejando la puerta abierta. Andando se puso el capote, subió sofocado a la terraza del castillo y empezó a reír alegremente.

Le invadió una alegría vivificante. Una vez en la cama se frotó el pecho con satisfacción, pensando: "Desde el punto de vista de un hombre honrado, esto es sucio e inmoral. ¿Grigori...? He robado el bien de mi prójimo. ¡Pero vengo de jugarme la vida en el frente! La bala pudo haberse desviado algo a la derecha y agujerearme la cabeza. Ahora estaría pudriéndome y alimentando a los gusanos. Hay que aprovecharse en cada momento de lo que la vida nos ofrece. Todo me está permitido." Estos pensamientos le asustaron un momento, pero su imaginación reconstituyó de nuevo el horrible cuadro del ataque y el momento en que, al desprenderse del caballo muerto, cayó segado por las balas.

Como tenía mucho sueño, decidió, para tranquilizarse: "Mañana pensaré... Ahora, durmamos, durmamos."

A la mañana siguiente, al quedar solo con Axinia en el comedor, se acercó a ella con sonrisa culpable. Pero, apretándose contra la pared, Axinia extendió el brazo y le rechazó con un grito de rencor:

— ¡No te acerques, maldito!

La vida dicta a los hombres leyes que no están escritas.

Tres noches después, Evgueni volvió a la alcoba de Axinia, que no le rechazó.

XXII

En la clínica para enfermos de los ojos del doctor Serguirev había un jardincito. Existen muchos de aquellos jardines en las afueras de Moscú. Su vista no interrumpe el hastío producido por la ciudad. Mirándolos aún se recuerda con más angustia la libertad salvaje del bosque. El otoño cumplía su misión en el jardincito del hospital. Cubría las avenidas con el broncíneo anaranjado de las hojas, deshojaba las flores en las frías madrugadas y daba a las hierbas de los arriates el color verdoso del agua. Los enfermos se paseaban por los senderos en los días de sol, escuchando los coros de las campanas en las iglesias del piadoso Moscú. Cuando hacía mal tiempo, lo cual acontecía aquel año, iban de un dormitorio a otro o permanecían acostados en sus camas, callados, cansados de sí mismos y de los otros.

La mayor parte de los enfermos eran civiles. Los heridos de guerra estaban reunidos en el mismo dormitorio. Eran cinco: Ivan Varekis, un letón enorme y rubio, de ojos azules y ancha barba recortada; Ivan Vrublevski, un arrogante dragón de veintiocho años, originario de la provincia de Vladimir; el ametrallador siberiano Kossych; Burdin, un soldadito bullidor de carnación amarillenta, y, por fin, Grigori Melekhov.

A fines de setiembre trajeron otro herido. Durante el té vespertino, una campanada prolongada sonó.

Grigori miró el pasillo... Tres personas entraron en la sala de recepción. El enfermero y un hombre con capote caucasiano que sostenían a un soldado por debajo de los brazos. Sin duda acababa de llegar de la estación. Llevaba un uniforme sucio, manchado de sangre sobre el pecho. Aquella misma noche le llevaron a la sala de operaciones. Algunos minutos después se oían gritos y canciones. Mientras que le extraían los restos del ojo, destrozado por un casco de obús, el paciente juraba y cantaba bajo la acción del cloroformo. Después de la operación le llevaron al dormitorio de los heridos. Cuando, veinticuatro horas después, se disiparon los efectos del cloroformo, contó que había sido herido en Werberg, en el frente alemán, que se llamaba Garanja, que era ametrallador y natural de la provincia de Tchernigov. En pocos días trabó amistad con Grigori. Sus lechos estaban juntos, y por la noche, después de la última visita del médico, hablaban entre ellos largamente en voz baja.

— ¿Cómo van los asuntos?

— ¡Blancos como el hollín! (van mal). —Y tu ojo, ¿qué te dice?

—Me da constantes punzadas.

— ¿Cuántas curas te han hecho?

—Dieciocho.

— ¿Te hacen daño?

— ¿Cómo puedes dudarlo? ¿Sería acaso un placer? —Di que te lo quiten.

—Todo el mundo no puede ser tuerto.

—Es verdad.

El vecino de Grigori era bilioso y sarcástico. No estaba contento de nada. Echaba pestes contra las autoridades, contra la guerra, contra su suerte, contra la cocina del hospital, contra el jefe, contra los médicos, contra todos los que caían en su lengua acerada.

Una vez Grigori se levantó a media noche y despertó a Garanja, yendo a sentarse al borde de su cama. La luz verde de la luna de setiembre se filtraba a través de los visillos bajados. La sombra ocultaba las mejillas de Garanja, pero las negras órbitas de sus ojos brillaban. Bostezaba mientras se envolvía temblando en la manta. — ¿Por qué no duermes?

—No tengo sueño. Se me ha ido. Explícame por qué la guerra favorece a unos y arruina a otros.

— ¿Qué, qué? —dijo Garanja bostezando. Hablaron hasta el amanecer. En la penumbra gris, Grigori se durmió con un sueño inquieto. Por la mañana le despertaron voces y lloros. Ivan Vrublevski, con la cabeza hundida en la almohada, sollozaba sonándose. La enfermera, Ivan Varekis y Kossych estaban a su lado.

— ¿Por qué llora? —preguntó Burdin.

—Se le ha roto el ojo. Al sacarlo del vaso, se le cayó al suelo —respondió Kossych con expresión más que cariñosa, irónica.

Un alemán naturalizado en Rusia, comerciante en ojos artificiales, impulsado por sentimientos patrióticos, los distribuía gratuitamente entre los soldados. La víspera había colocado a Vrublevski un hermoso ojo de cristal azul finamente trabajado que sólo mirando con atención podía distinguirse del ojo que le quedaba. Vrublevski se regocijaba riendo como un niño.

—Cuando vuelva a casa —decía con el acento de la región de Vladimir—engañaré a cualquier muchacha, me casaré con ella y hasta después de la boda no le diré que tengo un ojo de cristal.

—Es verdad que engañará a todo el mundo —gritaba Burdin riendo a carcajadas.

Y a causa de aquel desgraciado accidente el buen muchacho tenía que volver tuerto a su pueblo.

—No llores más, que te darán otro —decía Grigori, tratando de consolarlo.

Vrublesvki volvió su cara bañada en lágrimas, con un agujero rojo en lugar del ojo.

—No. No me darán otro. ¡Un ojo como éste cuesta trescientos rublos!

— ¡Era realmente un ojo especial! Estaban dibujadas todas las venas —decía Kossych con entusiasmo.

Después de comer, Vrublevski fue con el enfermero al almacén del alemán, que le regaló otro ojo.

—Los alemanes son mejores que los rusos —decía Vrublevski, lleno de admiración—. Si hubiera suplicado a un comerciante ruso, se habría hecho el sordo, mientras que éste me ha dado otro sin decir nada.

Setiembre pasó. Los días transcurrieron lentamente, se hacían interminables, llenos de un hastío mortal. A las nueve de la mañana se tomaba el té. Cada enfermo recibía dos rebanadas transparentes de pan blanco y un trozo de manteca del tamaño de un dedo. Cuando después de comer se levantaban de la mesa, aún tenían hambre. Por la noche, de nuevo se tomaba el té. El siberiano Kossych fue el primero en dejar el dormitorio de los militares, seguido al poco tiempo por el letón Varekis. Al final de octubre le tocó el turno a Grigori. El doctor Serguirev, un robusto mozo de barba bien recortada, graduó la vista a Grigori y la encontró satisfactoria. Le enviaron al hospital de Tverskaia, porque la herida de la cabeza todavía estaba abierta y un poco inflamada. Al despedirse de Garanja, Grigori preguntó:

— ¿No nos veremos más?

—Las montañas no se encuentran nunca, pero... (Proverbio ruso que termina: "... pero los hombres, si").

—SI alguna vez vas a Tchernigov, ve a buscar al pueblo de Khorokhovka al herrador Andrei Garanja. ¡Adiós, muchacho!

Se abrazaron. La memoria de Grigori guardó durante algún tiempo la imagen del herido con su único ojo, severo, y las líneas afectuosas de la boca entre las estragadas mejillas.

Grigori permaneció diez días en el hospital. Su alma tenía vagas intenciones. El veneno corrosivo y agrio infiltrado por Garanja fermentaba en éL Hablaba poco con sus vecinos de dormitorio, todos sus movimientos reflejaban inquietud y agitación interior. El médico jefe del hospital le clasificó entre los inquietos.

Durante los primeros días tenía fiebre. Acostado en su cama, notaba en sus oídos un zumbido constante.

XXIII

Al caer la tarde del 4 de noviembre, Grigori Melekhov llegó a Nidji-Yablonovski, primer caserío cosaco de la aldea Vechenskaia después de la estación del ferrocarril. Aún le quedaban muchos kilómetros que recorrer hasta la propiedad de Yagodnoyé. Grigori pasaba cerca de las exiguas casas de labor, despertando a los perros. Algunos muchachos cantaban bajo los sauces, al borde del río:

Detrás del bosque las espadas brillan
y avanzan los cosacos bigotudos,
va galopando él oficial delante
y conduce a su gente a la batalla.

Una voz de tenor, pura y limpia, comenzó:

Seguidme, hermanos, sin temor alguno.
¡No temáis nada!

El coro, a tono, replicaba con desenvoltura:

Seguidme, hermanos, sin temor alguno.
Venid, soldados, hasta la muralla,
que el primero que alcance al enemigo
tendrá honores, medallas y oraciones.

Las palabras de la antigua canción cosaca, que él había cantado tan a menudo, despertaron en el alma de Grigori una sensación de calor, íntimamente familiar. Sus ojos brillaron y la emoción le oprimió el pecho. Aspirando ávidamente el humo acre del estiércol prensado que salía de las chimeneas de las granjas, Grigori atravesó el pueblo. Los muchachos cantaban detrás de él:

Ataquemos fuertemente las murallas,
asaltemos, infantes, los bastiones.
¡Cuánto valor demuestran los cosacos!
Con espadas y *lanzas se abren paso.*

"También yo cantaba así hace tiempo. Ahora, mi voz se ha secado y la vida ha matado mis canciones. Voy, con permiso, a ver a la mujer de otro. No tengo hogar; soy como el lobo de la estepa", pensaba Grigori andando con paso fatigado y riendo amargamente de su extraña suerte. A la salida del pueblo subió a una pequeña colina y miró hacia atrás. Una ventana de la última granja estaba iluminada. Una vieja cosaca encontrábase hilando sentada cerca de los cristales.

Dejando la carretera, Grigori marchó sobre la hierba húmeda mordida por la helada. Decidió pasar la noche en el primer pueblo, para llegar a Yagodnoyé al día siguiente antes de anochecer. Al poco rato llegó al caserío Grochev. Durmió en una granja y salió al aparecer la penumbra lila de la madrugada.

Llegó a Yagodnoyé por la noche. Saltó sin hacer ruido por encima de la tapia, y al pasar cerca de la cuadra oyó la tos del padre Sachka. Grigori se detuvo y le llamó:

—Padre Sachka, ¿duermes?

—Espera. ¿Quién es? Conozco la voz; pero, ¿quién es?

El padre Sachka salió al patio.

— ¡Ah! ¡Señor y todos los santos! ¡Grichka! ¿Qué buen viento te trae? ¡Vaya una sorpresa!

Se abrazaron. El padre Sachka, mirando a Grigori a los ojos, le dijo:

—Ven a fumar un cigarrillo.

—No. Mañana.

—Ven, te digo.

Grigori obedeció de mala gana. Se sentó sobre la cama de maderas y esperó a que el padre Sachka acabara de toser.

—Bien, padre Sachka. Aún estás con vida. Sigues pisoteando la tierra.

—Continúo pisándola suavemente. Soy como un antiguo fusil de chispa, que no se gasta nunca.

— ¿Y Axinia?

— ¿Axinia...? Axinia, bien, a Dios gracias.

El viejo empezó a toser de nuevo. Grigori comprendió que su tos era fingida.

— ¿Dónde han enterrado a Taniuchka?

—Bajo el álamo del jardín.

—Cuéntame.

—La tos me atormenta, Grichka.

— ¿Y los demás?

—Todos están en buena salud. El general bebe, el imbécil, y carece de buen sentido.

— ¿Y cómo está Axinia?

—Axinia ahora es la doncella.

—Ya lo sé.

—Pero, haz un cigarrillo. Tengo un tabaco de primera calidad.

—No quiero. Si no quieres que me vaya, habla. —Grigori se volvió, haciendo crujir la cama—. Noto que tienes algo que decirme y que lo guardas en tu bolsillo como un guijarro. ¡Lánzalo, si quieres!

—Lo lanzaré, sí.

— ¡Adelante!

—Sí, lo lanzaré. No tengo bastantes fuerzas para contenerme, y yo, Grichka, me apenaría si me contuviera.

—Cuenta, pues —rogó Grigori, apoyando su mano pesada como una piedra sobre el hombro del viejo. Se inclinó y esperó.

—Has dado calor en tu pecho a una víbora —gritó el padre Sachka con voz de falsete, separando las manos—. Has amado a una serpiente. ¡Ella está liada ahora con Evgueni!

Una gota de saliva corría por la cicatriz roja del mentón del padre Sachka. Se la limpió con la mano, que frotó contra los calzoncillos.

— ¿Es cierto lo que dices?

—Lo he visto yo mismo. Viene a verla todas las noches. Ve, ve. Es posible que los encuentres juntos.

—Está bien.

Grigori hizo chascar sus articulaciones, permaneció sentado algún tiempo, tratando de detener una contracción nerviosa de los músculos de la mejilla.

—Las mujeres son como las gatas. Se frotan con el primero que las acaricia. No hay que tener confianza en ellas.

El padre Sachka hizo un cigarrillo, lo encendió y lo puso entre los dedos de Grigori.

— ¡Fuma!

Grigori dio dos chupadas y apagó el cigarrillo. Salió sin decir palabra. Cerca de la ventana de la casa de los criados se paró y respiró profundamente. Tres o cuatro veces levantó con indecisión la mano para llamar en los cristales, pero su brazo caía como si estuviera roto. Por fin, llamó suavemente con un dedo, pero en seguida, perdiendo el dominio de sí mismo, empezó a golpear furiosamente la ventana con el puño. Los cristales resonaban a los golpes, reflejando la claridad azul de la noche. La cara de Axinia, alargada por el miedo, apareció. Abrió la puerta y dio un grito. Grigori la abrazó en la antesala, mirándole a los ojos.

— ¡Cómo llamabas! No te esperaba..., querido mío.

—Tengo frío.

Axinia notaba que el cuerpo de Grigori estaba sacudido por escalofríos, y que, sin embargo, sus manos quemaban. Mostraba un extraño apresuramiento en constantes idas y venidas. Después de echar sobre sus hombros redondos un ligero chal de lana, encendió la lámpara y la chimenea.

—No te esperaba... ¡Hace tanto tiempo que no me has escrito...! Pensaba que no volverías... ¿Recibiste mi última carta? Quería enviarte algún regalo, pero después quería esperar noticias tuyas...

A veces lanzaba una mirada a Grigori. Sobre sus labios rojos se había petrificado una sonrisa. Grigori estaba sentado en el banco sin quitarse el capote. Sus mejillas, que no había afeitado desde hacía muchos días, ardían de fiebre. La gorra proyectaba una sombra espesa sobre sus ojos bajos. Empezó a desnudarse, pero se paró de pronto, sacó la petaca y revolvió en sus bolsillos, buscando el papel de fumar.: Con dolor Infinito miró a Axinia rápidamente. Había embellecido durante su ausencia. Algo nuevo y autoritario se veía en el gesto de su cara. Sólo los ojos y los sedosos bucles de sus cabellos eran los mismos... Y esta belleza violenta y atrevida no le pertenecía ya a Grigori. Era la querida del hijo del amo.

—No pareces una doncella. Más pareces un ama de gobierno.

Axinia lanzó sobre él una mirada preñada de terror y tuvo una sonrisa convulsiva.

Cogiendo su saco de detrás de él, Grigori fue hacia la puerta.

— ¿Adónde vas?

—A fumar.

—La tortilla está preparada... ¡Espera! —Vuelvo en seguida.

Grigori salió al pórtico y sacó del fondo del saco un chal estampado, cuidadosamente envuelto en una camisa limpia. Lo había comprado por dos rublos en. Gitomír, en casa de un comerciante judío, y lo conservaba como las niñas de sus ojos, sacándolo de

cuando en cuando para contemplar el reflejo de sus colores, pensando en la admiración de Axinia el día en que se lo diera. ¡Pobre regalo! ¿Podría competir con los regalos del hijo de uno de los más ricos propietario del Alto Don? Dominando un sollozo que le apretaba la garganta, Grigori desgarró el chal en muchos pedazos y los echó bajo los escalones. Tiró el saco sobre un banco y volvió a entrar en la casa.

—Siéntate, Grichka, que voy a descalzarte.

Con sus manos blancas, que habían perdido el hábito del trabajo grosero, Axinia le quitó las pesadas botas de soldado y, con la cabeza apoyada en sus rodillas, sollozó largamente en silencio. Grigori la dejó llorar y después le preguntó:

— ¿Por qué lloras? ¿No estás contenta de verme?

Se durmió pronto. Axinia, medio desnuda, salió al pórtico y permaneció hasta el alba bajo el frío penetrante, estrechando entre sus brazos un húmedo pilar, sin moverse, no importándole ni el viento trío ni la llovizna helada. A la mañana siguiente, Grigori se puso el capote y se fue al castillo. El viejo general, con abrigo de pieles y un gorro de astrakán, estaba sobre la escalinata.

— ¡Ah! ¡He aquí al caballero de san Jorge! Te has hecho un hombre, hermano.

Hizo el saludo militar y tendió la mano a Grigori. — ¿Has venido para mucho tiempo?

—Para dos semanas, Excelencia.

—Enterramos a tu hija. ¡Qué pena! ¡Qué pena! Grigori no respondió. Evgueni salió al pórtico, poniéndose los guantes:

— ¡Grigori! ¿De dónde vienes? —De Moscú, con permiso.

— ¿Te hirieron un ojo? —Sí.

—Lo había oído decir. Ahora tienes un aspecto marcial. ¿Verdad, papá?

— ¡Ah! ¡Ah!

El oficial saludó con la cabeza y, volviéndose hacia la cuadra, gritó:

—Nikitich, trae el coche.

Nikitich había acabado de enganchar y, mirando hostilmente a Grigori, trajo ante la escalinata al viejo trotador gris. La tierra, ligeramente helada, crujía bajo las ruedas del coche.

—Excelencia, permítame que le conduzca para recordar el pasado —dijo Grigori a Evgueni con sonrisa insinuante.

"Este desgraciado no sabe nada", pensó el oficial con satisfacción, y sus ojos brillaron bajo los lentes.

—Bueno... Si quieres, vamos.

— ¿Cómo es eso? ¿Acabas de llegar y ya dejas a tu mujer? ¿No se te ha hecho largo el tiempo sin ella. —dijo el viejo propietario con sonrisa cariñosa.

—La mujer no es un oso. No huirá al bosque. Saltó sobre el pescante, metió el látigo bajo el asiento y desató las riendas.

— ¡Ah! He de hacerle trotar para agradarle, Evgueni Nicolaievitch.

—Vamos, y yo te daré una propina.

—Se lo agradezco mucho. Pero yo estoy muy contento con que haya dado a mi Axinia... un asilo y un pedazo de pan.

La voz de Grigori se quebró. Una sospecha atravesó la frente del oficial. "¿Sabrá, por casualidad...? ¡No, qué tontería! ¡Es imposible!" Se apoyó en el respaldo del asiento y encendió un cigarrillo.

— ¡Vuelve pronto! —le gritó el viejo. Las ruedas levantaron un polvillo helado. Grigori, tirando de las guías, oprimía el belfo al trotador y le lanzaba a una carrera loca. Al cabo de un cuarto de hora ya estaban al otro lado de la colina. En el primer rincón del terreno, Grigori saltó al suelo y sacó el látigo de debajo del asiento.

— ¿Qué es esto? —preguntó el oficial frunciendo las cejas.

— ¡Esto!

Grigori levantó el látigo y, con una fuerza terrible, le golpeó en la cara. Volviendo el látigo, empezó a pegarle con el mango en la cara, en las manos, no dándole tiempo a defenderse. Un cristal roto de los lentes le cortó una ceja. La sangre le caía sobre los ojos. Saltó al suelo, con la cara deformada por los golpes y el furor, y trató de defenderse, pero un golpe de Grigori le paralizó el brazo derecho.

— ¡Por Axinia! ¡Por mí! ¡Por Axinia! ¡Otro por mí!

El látigo silbaba y los golpes llovían con ruido sordo. De un puñetazo derribó al oficial sobre el suelo y le pisoteó con los claveteados tacones de sus botas. Agotadas sus fuerzas, subió al coche y, dejando libre al caballo, lo lanzó al galope. Abandonó el coche cerca de la puerta del patio, y con el látigo arrollado al puño corrió, enredándose en los faldones del capote, hacia la vivienda de los criados, y abrió la puerta con estrépito.

— ¡Canalla! ¡Perra!

El látigo silbó cruzando el rostro de Axinia.

Jadeante, Grigori salió al patio y, sin responder a las preguntas del padre Sachka, dejó el castillo. Axinia le alcanzó a kilómetro y medio de la casa. Respiraba fatigosamente y

andaba a su lado sin decir palabra, tocándole la mano de vez en cuando. En el cruce de dos caminos, cerca de la vieja capilla de la estepa, Axinia dijo con voz extraña y lejana:

—Grichka, perdóname.

Grichka rechinó los dientes, se encogió de hombros y se levantó el cuello del capote.

Axinia se paró cerca de la capilla. Grigori, como no se volvió ni una sola vez, no vio los brazos de la joven tendidos hacia él.

Cuando descendía la pendiente hacia Tatarski, se sorprendió al verse con el látigo en la mano. Lo tiró lejos de sí rápidamente y se adentró por las calles. Detrás de todos los cristales veíanse caras asombradas de su llegada. Las mujeres le saludaban respetuosamente.

En la puerta de su casa, una linda muchacha morena y menuda saltó a su cuello dando gritos de alegría. Grigori le alzó la cara con las manos y reconoció a Duniachka.

Pantelei Prokofievich llegó cojeando a su encuentro. La madre sollozaba fuertemente dentro de la casa. Grigori rodeó a su padre con el brazo izquierdo, mientras Duniachka le cubría la mano derecha de besos.

Los escalones crujieron con ruido que le era familiar bajo sus pies y Grigori subió al pórtico. La vieja madre corrió hacia él con la agilidad de una muchacha, empapándole de lágrimas las vueltas de su capote, y abrazó al hijo balbuceando algo íntimo que sentía en el corazón, pero que era incapaz de expresar con palabras. En la antesala, agarrándose a la puerta para no caer, estaba Natacha, enormemente pálida. Sonreía dolorosamente y se desplomó, destrozada por la fugaz y perdida mirada de Grigori.

Aquella noche, Pantelei, dando un codazo a Ilinichna, murmuró:

—Ve despacito a ver si se han acostado juntos.

—He preparado la cama matrimonial para ellos.

—Ve a ver, ve a ver.

Ilinichna fue a mirar por el ojo de la cerradura y volvió al lado del marido.

—Están juntos.

— ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!

El padre Melekhov se apoyó sobre el codo, y se persignó sollozando.

FIN DEL TOMO PRIMERO [1]

(1) Esta obra consta de cuatro tomos